



Uno siempre está construyendo su lugar.
Experiencias del quedarse, el salir y el volver.
Movilidad forzada en contextos de violencia
criminal.

Colombia – México, 2000- 2017

Leidy Laura Cartagena Benítez



Imagen: tomada de internet



El Colegio de Michoacán A.C.
Maestría en Geografía Humana
Centro de Estudios en Geografía Humana

Uno siempre está construyendo su lugar.
**Experiencias del quedarse, el salir y el volver. Movilidad forzada en contextos
de violencia criminal.
Colombia – México, 2000- 2017**

Que para optar al grado de
Maestra en Geografía Humana

Presenta:
Leidy Laura Cartagena Benítez

Directora:
Nubia Cortés Márquez

Lectora: Natalia Quiceno Toro
Lector: Salvador Maldonado Aranda

La Piedad, Michoacán, México,
Septiembre, 2025.

Resumen:

Apatzingán (Michoacán, México) y Granada (Antioquia, Colombia) son dos territorios en los que sus poblaciones vivieron, entre el 2000 y el 2017, la experiencia de un proceso de movilidad forzada a raíz de un sinnúmero de expresiones violentas acaecidas en el marco de la confrontación armada, en el primer caso, entre carteles del narcotráfico y, en el segundo, por el conflicto armado interno. Quienes debieron tomar una decisión de moverse o no, consideraron dos posibilidades: *quedarse o salir* del territorio. Si la determinación era *quedarse*, ello no significó que la vida continuara igual, por el contrario, lo que evidenció esta osadía fue la implementación de una serie de estrategias (de afrontamiento, enfrentamiento, resistencia y negociación) para poder estar y sobrevivir en su espacio significado; pero si tomaron la decisión de *salir*, debieron empezar otro tipo de reconstrucción de su noción de sentido de lugar, un proceso de movilidad que fue tejido de acuerdo con las rutas seguidas o demarcaciones que se hicieron en el andar: una llegada, un quedarse o un seguir, nuevas aprehensiones que pudieron o no reconocer esos espacios que se transitaban/habitaron como espacios constituyentes de sentido de lugar. En esta trayectoria del salir, pudo suceder que al pasar unos días, meses o años aflorara la idea de *volver* nuevamente, de retornar al territorio del que se salió inicialmente; en este sentido, esta experiencia se construyó desde las cargas emocionales, los apegos y los significados previos de ese lugar “de origen” junto con los sentidos y nuevos elementos que emanaron durante todo el proceso de movilidad.

Con todas estas vivencias, en esta tesis hago¹ una descripción y un análisis en la que intentó responder preguntas como: ¿Qué pasa con el o los sentidos de lugar que la gente hace de los espacios que habita y significa? ¿Por qué las personas se quedan, salen y vuelven cuando las acciones de violencia armada arremeten en sus cotidianidades? ¿Cómo mujeres y hombres reconstruyen sus historias de vida, en especial, desde los sentidos de lugar en ocasión de un

¹ Es necesario hacer una anotación inicial frente a cómo me situó en la narración de este texto, para ello he preferido usar una escritura que privilegia la primera persona porque considero que es como puedo dar cuenta de la dependencia de mi experiencia a los hechos sociales que se sucedieron en todo este proceso, no fui ajena a lo que pasaba y a lo que las voces de las personas con las que conversaba; además, debo tener de presente que lo que hice más adelante y en todo el tiempo del tejido de la palabra escrita es muestra de la reconstrucción de lo que mujeres y hombres vivieron en su experiencia de movilidad forzada y su relación con el espacio, pero también de mi proceso, de mi sentido de lugar, aún en condiciones favorables y diferentes a la que ocupa mi interés. En palabras de Edgar Morin: “todo conocimiento es reconstrucción/traducción que lleva a cabo una persona, de acuerdo con una cultura y un tiempo específicos. (...) tenemos que comprender que nuestra lucidez depende de la complejidad del modo de organización de nuestras ideas”. (1999: 101)

contexto de violencia criminal? ¿Cómo los recuerdos son dispositivos para recuperar la memoria espacial?

Con el fin de responder estos interrogantes, esta investigación buscó hacer una urdimbre, lectura vinculante entre enfoques, métodos y técnicas fundamentados en los conceptos de movilidad forzada y geografía humana. Las herramientas de investigación cualitativa y la aproximación al método de la etnografía multisituada desde la observación, los recorridos por las calles, los caminos veredales o las carreteras que llevaban a los ranchos, las conversaciones y las entrevistas, permitieron develar desde la memoria y los sentires -como componentes protagónicos en el devenir del proceso de movilidad- las formas de construcción y transformación de los sentidos de lugar en ocasión de asistir y sufrir los rigores de los que significa vivir en un contexto de violencia criminal.

Palabras claves:

Movilidad forzada, sentido de lugar, violencia criminal, territorio, territorialidad, Granada (Colombia), Apatzingán (México).

Summary:

Apatzingán (Michoacán, Mexico) and Granada (Antioquia, Colombia) are two territories in which their populations have experienced, between 2000 and 2017, the experience of a process of forced mobility because of countless violent expressions that happened within the framework of the armed confrontation, in the first case, between drug trafficking cartels and, in the second one, due to the internal armed conflict. Those who had to make a decision to move or not, considered two possibilities: stay or leave the territory. If the decision was to stay, this did not mean that life continued the same, on the contrary, what evidenced this daring was the implementation of a series of strategies (coping, confrontation, resistance, and negotiation) to be able to stay and survive in their meaningful space. However, if they made the decision to leave, they had to begin another type of reconstruction of their notion of a sense of place, a mobility process that was woven according to the routes followed or demarcations that were made while walking: an arrival, a stay, or a following; new apprehensions that may or may not recognize those spaces that were traveled/inhabited as spaces constituting a sense of place. In this trajectory of leaving, it could

happen that after a few days, months, or years, the idea of coming back again could emerge, of returning to the territory from which one initially left; In this sense, this experience was built from the emotional charges, attachments and previous meanings of that place “of origin” along with the senses and the new elements that emanated throughout the mobility process.

With all these experiences, this thesis provides a description and an analysis that attempted to answer some questions such as: What happens with the sense or senses of place that people make of the spaces they inhabit and mean? Why do people stay, leave, and come back when the actions of armed violence lash out at their daily lives? How do women and men reconstruct their life stories, especially from the sense of place in a criminal violence context? How are memories devices for recovering spatial memory? In order to answer these questions, this research sought to make a plot, binding Reading between approaches, methods, and techniques based on the concepts of forced mobility and human geography. The qualitative research tools and the approach to the method of multisituated ethnography from observation, tours through the streets, rural paths or roads that led to the farms, conversations, and interviews, allowed us to reveal from memory and feelings -as main components in the future of the mobility process- the forms of construction and transformation of the senses of place in the occasion of attending and suffering the rigors of what it means to live in a criminal violence context.

Keywords:

Forced mobility, sense of place, criminal violence context, territory, territoriality, Granada (Colombia), Apatzingan (Mexico).

Índice

Agradecimientos	8
Introducción	11
CAPÍTULO 1. UNA LECTURA VINCULANTE: SENTIDO DE LUGAR, MOVILIDAD FORZADA EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA CRIMINAL Y TERRITORIO -LA URDIMBRE TEÓRICA METODOLÓGICA-	17
Introducción	18
1. Primera hilaza. Sentido de lugar	19
¿A qué me refiero cuando hablo de lugar y sentido de lugar?	20
La identidad con los lugares desde el sentido de lugar de Doreen Massey	23
El sentimiento de apego por el lugar, el concepto de topofilia en Yi Fu Tua	24
2. Segunda hilaza. Territorio	26
3. Tercera hilaza. El contexto de violencia criminal	31
4. Cuarta hilaza. La movilidad forzada (el proceso).....	34
La movilidad forzada como elección conceptual	34
¿Cómo lee la geografía humana la movilidad forzada?	37
La movilidad como proceso	38
El camino para conseguir el fin. Ruta metodológica	40
CAPÍTULO II. ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN GRANADA Y APATZINGÁN. “Antes prosperidad, luego todo se fue diluyendo”.	48
Introducción	49
1. Génesis. Devenir histórico	50
En la montaña Granada y en el valle Apatzingán	51
2. La organización del espacio granadino y apatzinguense.....	58
El espacio de la producción agrícola	59
El espacio de las políticas de desarrollo	62
Tierra Caliente de fondillo del mundo a modelo de cuenca hidrológica	63
¡Aguas! de la agricultura campesina granadina a la espacialidad de los megaproyectos hidroeléctricos	67
El espacio de la disputa y el control	72
Apatzingán, un tránsito desde la colonización territorial para el desarrollo de la agricultura comercial hasta la implantación de una economía ilegal	73
El agua, el bien codiciado en Granada	82

El espacio de la violencia criminal.....	89
“La violencia o inseguridad comenzó hace mucho y vino a destruir muchas cosas aquí en Tierra Caliente”	93
Granada un pueblo donde los actores armados hicieron de las suyas	114
A manera de cierre capitular	119
CAPÍTULO III. <i>UNO SIENTE MUCHAS COSAS</i>. LOS SENTIRES EN EL PROCESO DE MOVILIDAD FORZADA Y EL SENTIDO DE LUGAR.....	121
Introducción	122
Uno se queda, pero no deja de sentir... La nostalgia de lo que ya no está y el miedo por lo que pueda pasar. Cuando la decisión es quedarse	125
El lugar desde la nostalgia se vuelve una construcción idílica.....	127
Un lugar que se construyó con otros cercanos.	132
Un sentido de lugar que invoca la calle, lo público como perdido.....	136
El miedo. Lo que le pasa al sentido de lugar cuando llega y se instala la violencia criminal	140
Un sentido de lugar que transita del bien- estar al miedo.....	141
Un sentido de lugar que se restringe a la casa.....	143
Cuando la decisión es salir. La tristeza por el desarraigo y la incertidumbre por lo nuevo desconocido.....	146
La tristeza, una compañera permanente en el proceso de desarraigo y territorialización.....	147
Un sentido de lugar que se mueve acompañado de incertidumbre	150
El volver: un tránsito de la esperanza aguardada al re- comenzar entre el optimismo o la desilusión.....	153
Esperanza de volver a la vida que se tenía, <i>al espacio propio</i>.....	156
Entre el optimismo y la desilusión cuando se ha vuelto.....	158
A manera de cierre capitular	161
.....	163
CAPÍTULO IV. EL QUEDARSE, EL SALIR Y EL VOLVER. La experiencia de la movilidad forzada en contextos de violencia criminal.....	163
Introducción	164
El QUEDARSE.....	167
Talitha y Enif, dos experiencias compartidas separadas por 3.271 km de distancia	170

Cuando empezó a verse esa gente y la violencia que producían, los lugares cambiaron	174
EL SALIR	182
Uno va de tumbo en tumbo	184
Empezar de nuevo estuvo cañón	186
VOLVER	190
¡Yo me regreso a mi tierra!	195
Volver es empezar de nuevo	201
A manera de cierre capitular	207
CONCLUSIONES GENERALES.....	210
Trabajos citados	215
Anexo 1. Consentimiento informado.....	239

Índice de Mapas

Mapa 1. Localización Granada, Antioquia, Colombia.	51
Mapa 2. Localización Apatzingán, Michoacán, México	55

Índice de Tablas

Tabla 1. Modelos de Análisis.....	41
Tabla 2. Denuncias ciudadanas en la CEDH	107

Índice de Diagramas

Diagrama 1. Ruta metodológica	46
-------------------------------------	----

Agradecimientos

El sueño de estudiar en México comenzó en Medellín desde el año 2008, pero tuvo su realización solo hasta cuando la mae decidió partir de este plano terrenal para dar libertad a un sueño que desde ese momento empezó a confabularse. El 11 de diciembre de 2015, el Centro de Estudios de Geografía Humana decidió aceptar mi postulación a la Maestría, pero sería luego de dos meses, sumida en un dolor inmenso por la partida de la mae cuando tomé el coraje necesario para asumir el riesgo y apostar por vivir otras experiencias, ya no en los lugares conocidos, sino en un país y con una gente que, aunque se presentaban ajenas, desde tiempos atrás, también resonaban presentimientos de que buenos vientos me cobijarían y ¡así fue!

Inicialmente agradezco a la mae, porque desde mis primeros años en espacios formativos me incentivó ese gusto por el saber y aprendizaje continuo, siempre estuvo ahí con sus apapachos, palabras de: ¡Usted es capaz! ¡Usted es muy verraquita!, sus dulcecitos o bebidas calientes para pasar las horas en vela o desde su silenciosa compañía procurando que ganara concentración en mis procesos académicos, ¿Cómo no extrañarte en los momentos de hechura de este proceso?

A las mujeres y los hombres de Granada por abrirme, desde el 2012, un espacio en medio de las premuras de las carreras de la vida. Compartir en sus casas, acompañarles en sus oficios, disfrutar de un plato de comida o tomarnos un juguito o un café fue la excusa perfecta para saberlas y saberlos desde sus memorias a un pasado y un presente que son atravesados por experiencias de dolor que ha signado la violencia criminal, pero también, por la fuerza de su corazón, porque a pesar de todo: nunca desistieron, por el contrario, insistieron y persistieron y como me dijo alguien: *“a la adversidad también hay que ponerle buena cara ¿o sí no para qué seguimos vivos?”*.

¡Muchas Gracias a la gente de Apatzingán! luego de la escapada con Bere, compañera de maestría, a las tierras de su familia, quedé encantada; ¡Que va de tener miedo a la violencia! Llegar allí, no fue encontrarme de frente a ella -la violencia-, por el contrario, fue la oportunidad para conocer cómo allá, también, así como sucedió en Granada, le ponen el rostro, el cuerpo y la palabra para nombrar eso que sucede en medio de la confrontación de los carteles del narcotráfico y que va mucho más allá de los titulares rojos y los estigmas de que *esa tierra es lo más caliente* -en todos los sentidos-, pero con mayor ahínco en referencia a la violencia que se libra hoy por la disputa armada del territorio; Ustedes me permitieron, en poco tiempo, acercarme a sus vidas y

vivencias cuando la violencia acaecía o se hacía presente en medio de las entrevistas o las visitas a los ranchos, gratitudes por la confianza depositada a una extraña y por hacerme parte de sus cotidianidades.

A ustedes, granadinos y apatzinguenses ¡GRATITUDES INFINITAS! discúlpeme porque no logré juntar e interpretar todas sus voces y memorias, la deuda sigue pendiente.

Un profundo agradecimiento al pueblo mexicano por permitirme poder disfrutar, por intermediación de CONAHCYT del derecho a la educación, gratuita y de calidad y al Colegio de Michoacán por apoyar la beca institucional y por facilitar las diferentes movilidades académicas que logré hacer durante mi formación para enriquecer este proceso. Desde hacía muchos años, no sabía que era dedicarse solamente a estudiar sin tener que trabajar, ser becaria me permitió contar con el tiempo necesario para leer, gozar y vivir sin pendiente la academia y también, porque no decirlo, los caminos de Michoacán.

A mi directora de tesis Nubia Cortés Márquez por confiar en mi tema y trabajo, por el aprendizaje mutuo, las observaciones pertinentes y por su compañía durante todo este camino tesista, sobre todo, en los momentos en que desistí, sus palabras, aún desde la distancia y hasta ahora, fueron alicientes para respirar y continuar. ¡Gracias por ser transparente con la palabra en todo momento! un don que pocos y pocas, en escenarios académicos, pueden lograr y sostener, gratitud por respetar mis tiempos, momentos y sentires.

A Natalia Quiceno Toro y Salvador Maldonado Aranda, una lectora y lector que, con el reconocimiento al tema y sus comentarios apremiantes, hicieron que muchas ideas o planteamientos fueran revisados una y otra vez, la rigurosidad de sus lecturas y análisis fueron la oportunidad para considerar y replantear mucho de lo que recoge este texto, ¡Gracias por reconocer la necesidad y la pertinencia de hablar de este tema desde una disciplina como la geografía!

Al Colegio de Michoacán, el Centro de Estudios de Geografía, a las profesoras y profesores, mis compañeras y compañeros de generación gracias por posibilitar aprendizajes, muchos de los cuales fueron significativos, pero, sobre todo, los saberes dentro y fuera del salón de clase, por hacer que me enamorara de la geografía desde su dimensión humanista y por facilitar numerosos momentos gratos en una tierra lejana de mis afectos. Y no puedo dejar pasar el agradecimiento al

personal de la biblioteca, sistemas, intendencia, fotocopidora y cafetería por sus atenciones y por facilitar que los días fueran mejores con la calidez en los servicios brindados.

A todas y todos, amigas de aquí y de allá porque de una u otra forma han inspirado esta escritura, no me dejaron renunciar y me alentaron a hablar sobre el tema, a contar los miedos que me generaba enfrentarme a este proceso, a tratar de armar la vida de nuevo con todos los acontecimientos vividos en los últimos años luego de llegar de México y establecerme de nuevo Medellín. A Sara, Diana, Karen, Marcela, Marta, Cristina, Carolina, Julio, Fercho, Catalina, mi psicólogo y analista ¡Gracias por insistir en que persistiera y no desistiera de este proceso, aún con mis ritmos y tiempos!

Introducción

Esta tesis es producto de mi reflexión sobre las memorias de las representaciones y las vivencias del sentido de lugar de mujeres y hombres que vivieron la experiencia de moverse forzosamente de sus espacios de vida, llevándolos, sobre todo, a ser testigos de las transformaciones del territorio dejado y de nuevas territorialidades construidas cuando decidieron *quedarse, salir y volver* a raíz de un contexto trazado por la violencia criminal. Se indaga, desde una visión contextual, las causas que desencadenaron el proceso de movilidad a razón de este tipo de violencia producida en los territorios y las espacialidades generadas, buscando contribuir al análisis de este proceso para mostrar cómo desde el espacio y su conjunción en estos contextos no solo se producen sujetos, sino también lugares.

Aproximarme al significado que los sentidos de lugar tienen en la vida de las personas con experiencia en movilidad forzada en Colombia (Granada) y México (Apatzingán), implicó entender cómo ellas desde sus memorias, vivencias, cotidianidades, relaciones interpersonales y vínculos materiales, afectivos y simbólicos, han construido pertenencia e identidad hacia los lugares donde han establecido su vida o por aquellos por donde se mueven, hasta el punto de transformarlos y reconfigurarlos desde su experiencia. Una experiencia marcada por una violencia derivada de razones sociopolíticas, situaciones de inseguridad y las respuestas de los estados y la fuerza pública a las dinámicas del crimen organizado de los grupos armados ilegales (narcotráfico, guerrillas, paramilitares o autodefensas).

En este trabajo, se hace una descripción y un análisis socioespacial de una realidad compleja, el proceso de movilidad forzada, que día a día se incrementa por el ejercicio directo y continuo de los actores armados a través de repertorios de violencia como los asesinatos, secuestros, desapariciones, amenazas, extorciones, violencia sexual, movilidad forzada, entre otros. Por ello la contribución está en comprender el proceso desde el lente de la geografía humana, en reivindicar el sentido de lugar como una dimensión posibilitadora de saberes para abordar fenómenos sociales como este.

La investigación alude a la relación que tiene el sentido de lugar con el territorio, el contexto de violencia criminal y la movilidad forzada en dos municipios: Granada y Apatzingán. La elección de estos espacios estuvo determinada por la cercanía con los ejercicios de memoria llevados a cabo en Granada (Antioquia, Colombia) con la población víctima de los hechos de

violencia sucedidos con mayor intensidad entre 1998- 2005 y Apatzingán, por los imaginarios contruidos sobre este municipio y su población a raíz de la confrontación armada entre los carteles de la droga por el territorio.

Son aproximadamente 3 271 kilómetros los que separan el municipio de Granada, ubicado en la región de embalses del oriente antioqueño, de Apatzingán, un municipio de la Tierra Caliente Michoacana; pero más allá de la distancia topográfica, de asuntos identitarios y socioculturales que marcan la diferencia, se propone con relación a estos dos territorios, el acercamiento a una realidad compartida: la movilidad forzada de población en contextos de violencia criminal. Ambos tienen entradas analíticas diferenciales en cuanto a sus lógicas, causas, actores que intervienen y factores explicativos que ayudan a entender por qué sucede lo que sucede en ambos municipios.

Sin embargo, la lectura de este fenómeno desde las voces de las mujeres y hombres que lo han vivenciado reconoce en el sinnúmero de hechos victimizantes² o daños causados, unas experiencias que pueden ser compartidas, en tanto, el proceso de movilidad puede influir en el vínculo entre lo individual, lo social y lo espacial.

El origen de esta investigación se remonta al año 2006 cuando comencé como parte de los ejercicios académicos llevados a cabo en la Universidad Luis Amigó y la Universidad de Antioquia en Medellín, Colombia a acercarme a la experiencia de aquellas personas que por motivo de la violencia armada³ tuvieron que moverse de sus lugares de origen. Si bien, esta aproximación me permitió identificar y reconocer la naturaleza, características, magnitud, causas y efectos en la población, cambios en la estructura social y productiva del país, el desarraigo, las pérdidas, la evolución del conflicto armado, el drama del evento violento, el impacto en el campo y las ciudades, las políticas públicas, la caracterización de la población y sus necesidades, las causas y los efectos socioeconómicos que ocasionaba la confrontación de la diversidad de actores -armados

² De acuerdo a la Red Nacional de Información de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas- UARIV en Colombia se han tipificado 15 hechos victimizantes en coherencia con lo estipulado en el Derecho Internacional Humanitario- DIH: 1) Abandono o Despojo Forzado de Tierras, 2) Acto terrorista/Atentados/Combates/ Hostigamientos, 3) Amenaza, 4) Confinamiento, 5) Delitos contra la libertad y la integridad sexual, 6) Desaparición forzada, 7) Desplazamiento, 8) Homicidio, 9) Lesiones personales físicas, 10) Lesiones personales psicológicas, 11) Minas antipersonal/Munición sin explotar/Artefacto explosivo, 12) Pérdida de Bienes Muebles o Inmuebles, 13) Secuestro, 14) Tortura, 15) Vinculación de Niños Niñas y Adolescentes a actividades relacionadas con grupos armados. (UARIV, 2018)

³ En el caso de Colombia hay una confluencia de tipos de violencia a razón de, especialmente, divergencias políticas y cuestiones económicas que suceden de manera diferencial en espacios rurales y urbanos.

y no armados, legales e ilegales-, también posibilitó advertir un vacío en los estudios empíricos: el abordaje analítico de todo esto que pasaba a partir de una mirada socioespacial, por ejemplo, desde los aportes de la geografía humana.

¿Por qué incluir a Apatzingán? Llegar a México me dio, movida más por intereses académicos y profesionales que por mi condición de estudiante y extranjera, la oportunidad de identificar que en el estado en el que establecí mi residencia, Michoacán, ocurrían hechos similares en relación con la movilidad forzada en Colombia. En este caso, el proceso de movilidad se derivaba de la visible confrontación entre carteles de la droga y la fuerza pública mexicana, ocasionando la salida de población de sus ranchos a las cabeceras municipales, de estas a otros estados o al cruce de fronteras nacionales, principalmente, a Estados Unidos. Según la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos entre 2011 y 2015 en México hubo 281 418 personas que se movieron forzosamente a causa de tres principales razones: 1) la violencia generalizada ocasionada por el narcotráfico; 2) la intolerancia religiosa y, 3) los proyectos de desarrollo (CDHDF, 2016).

A raíz de estos contextos opté por acercarme y revisar lo que estaba sucediendo con la movilidad forzada derivada de la primera relación identificada por la Comisión. Inicialmente, la documentación del caso la hice desde fuentes secundarias (lectura de prensa y artículos académicos) encontrando que esta realidad, a pesar de los muchos kilómetros de distancia de mi país de origen, volvía a estar cercana, marcando fuertes efectos en la población y en los territorios, circunstancias que bastaron para que eligiera querer conocer y analizar lo que pasaba en la población de ambos municipios desde sus experiencias de movilidad y los sentidos de lugar que construían o resignificaban al permanecer, transitar y establecerse en un territorio. De esta manera, la inquietud que fue generándose y se planteó como desafío puso especial atención en saber *¿Cómo la población en contextos de violencia criminal y con experiencia de movilidad forzada construye diversidad de sentidos de lugar?* Y desde esta pregunta orientadora, sostuve como premisa de este proceso investigativo que

El quedarse o salir del lugar de origen, el tránsito, el asentamiento, el retorno o un nuevo redespazamiento a causa de los contextos de violencia criminal son ciclos de movilidad forzada que inciden en que las personas de esta experiencia construyan y deconstruyan

simultánea, heterogénea, entrelazada y disputadamente sus sentidos de lugar, identidades y pertenencias espaciales.

Definida la pregunta y premisa para acercarme, observar y conocer la complejidad del proceso de la movilidad forzada en Apatzingán y Granada desde las voces de las personas, el paso seguido fue definir la estrategia metodológica, ubicada desde los aportes de la geografía humana, me apoyé en la diversidad de posibilidades que permite el enfoque cualitativo, acercándome a las experiencias vividas, los comportamientos, las emociones y los sentimientos con relación a los sentidos de lugar y las formas de apropiación territorial de la población en situación de movilidad forzada.

Las decisiones para el proceso de recolección, sistematización, procesamiento y análisis de datos e información estuvieron marcadas por varios de los lineamientos de la etnografía multisituada y el método biográfico/narrativo. La primera permitió identificar cómo los sujetos/objeto de interés son móviles y están múltiplemente situados, no por el hecho de la delimitación espacial (los dos municipios de interés), sino por su experiencia de movilidad, así mismo, las pautas de la observación etnográfica multisituada posibilitaron identificar y conocer cómo esta población construyó, deconstruyó y reconstruyó sus sentidos de lugar. Frente a la delimitación temporal 2000- 2017, esta responde a la manifestación y expresión de grandes cambios como 1) las políticas gubernamentales económicas y de lucha contra las drogas y los actores criminales implicados; y 2) la acentuación y exacerbación de la violencia criminal con mayores afectaciones en la población civil.

La segunda, el método biográfico/narrativo, captó desde conversaciones espontáneas la subjetividad de la vivencia, por su interacción en diversos espacios y tiempos, de la movilidad forzada a causa de un contexto de violencia criminal. Los sujetos de la experiencia hicieron un viaje por su narrativa vital, casi secuencial, por su memoria y con su voz como vehículo narrativo, logrando dar cuenta de situaciones, emociones, decisiones, interacciones, imágenes, recuerdos, sentimientos, encuentros, aprendizajes y temores contextualizados que, en una etapa posterior junto con las notas de campo, permitieron construir reflexiones acerca del sentido de moverse.

Ambas estrategias metodológicas condujeron, desde la singularidad de las voces, a rescatar las historias particulares revalorizando la experiencia de quienes se han movido forzosamente y,

es esta dimensión experiencial la que cobra sentido no solo en el trabajo de campo, sino principalmente en la reflexión reunida en los capítulos propuestos de este documento.

La costura de esta tesis se presenta en cuatro capítulos y un cierre que, además, de identificar los resultados obtenidos durante el proceso, recupera una serie de aprendizajes, tanto desde lo académico- investigativo como en lo personal (mujer, colombiana, migrante- estudiante en condiciones afortunadas -becaria-), que llevaron a pensar la construcción de mi propio sentido de lugar.

El primer capítulo *Una lectura vinculante: Sentido de lugar, movilidad forzada en contextos de violencia criminal y territorio -la urdimbre teórica-metodológica-*, pone de manifiesto dos contenidos que ayudan a entender el proceso de movilidad desde el foco de la geografía humana. En este se desarrollan los elementos teóricos que llevan a identificar la distinción entre movilidad y desplazamiento forzado, luego se desarrolla la idea de cómo este proceso es y ha sido leído desde esta corriente disciplinar, finalizando con la propuesta vinculante entre las tres dimensiones analíticas.

La referencia metodológica, es un recuento de los enfoques y técnicas que orientaron el trabajo de campo y me permitieron adentrarme a los contextos, datos cuantitativos e investigaciones realizadas sobre el tema desde la consulta de fuentes secundarias, pasando por el encuentro con la palabra y la experiencia de quienes han asistido a un proceso como es la movilidad forzada, hasta llegar a la decantación analítica y la escritura final que se presenta.

El capítulo II: *Organización del espacio en Granada y Apatzingán. “Antes prosperidad, luego todo se fue diluyendo”*, da cuenta del devenir histórico y de la conformación socioespacial de los municipios de Granada y Apatzingán que, si bien, responden a unas lógicas y realidades particulares a escala local, también guardan relación con configuraciones más amplias de lo nacional e internacional, construyendo con ello una serie de espacialidades que han irrumpido sus dinámicas cotidianas, problematizando y redefiniendo hoy, bajo los ciclos de la violencia criminal, la espacialidad y el sentido de lugar de la población y de las mismas localidades.

El Capítulo III *“Uno siente muchas cosas”. Los sentires en el proceso de movilidad forzada y el sentido de lugar*, su hilo conductor se teje a partir de la identificación de cómo los sentimientos, los afectos y las emociones manifestadas por la población en su proceso de movilidad forzada, (re)

significan y (re) configuran el o los sentidos de lugar que mujeres y hombres han construido en su experiencia de vida.

El capítulo IV titulado: *El quedarse, el Salir y el Volver. La experiencia de la movilidad forzada en contextos de violencia criminal* continúa con la inmersión de la experiencia, pero ahora, desde lo que implican las trayectorias de la movilidad. En este se resalta de manera más evidente el protagonismo del lugar, a partir de seis narraciones hechas por tres mujeres y tres hombres que destacan los componentes del proceso de movilidad y en las que fue posible leer cómo el afecto por el lugar se otorga desde la memoria de los acontecimientos humanos allí ocurridos.

El último apartado presenta los hallazgos y aprendizajes en la hechura de esta investigación y profundización acerca del proceso de movilidad forzada a causa de un contexto de violencia criminal, que, aunque silenciosa en sus inicios y con poco reconocimiento social y político, cobra visibilidad cuando la población va asentándose en ciudades principales o intermedias junto con pueblos y ranchos que evidencian, en su cotidianidad, la reducción de sus habitantes y de quienes crean nuevas estrategias para habitar el espacio.

Finalmente, el reconocimiento de las experiencias particulares de las mujeres y los hombres con los que se llevó a cabo el trabajo de campo⁴ facilitó acercarme a la relación con su espacio vital, habitado, sentido y disputado frente a aquellos espacios que solo fueron recorridos y marcaron un desligazón con los espacios donde se había construido un o unos sentidos de lugar, aún al haber hecho un nuevo proceso de territorialización muchos de estos, luego de varios años de pasado el evento de movilidad, seguían sintiéndose ajenos en ellos.

⁴ En relación con los aspectos éticos en el manejo de la información de las personas que contribuyeron con sus experiencias desde el recuerdo y relato de sus memorias para la construcción de este texto, se debe decir que se implementó un documento con el consentimiento informado que fue leído siempre a todas las y los participantes antes de hacer una entrevista o un taller (ver anexo 1).

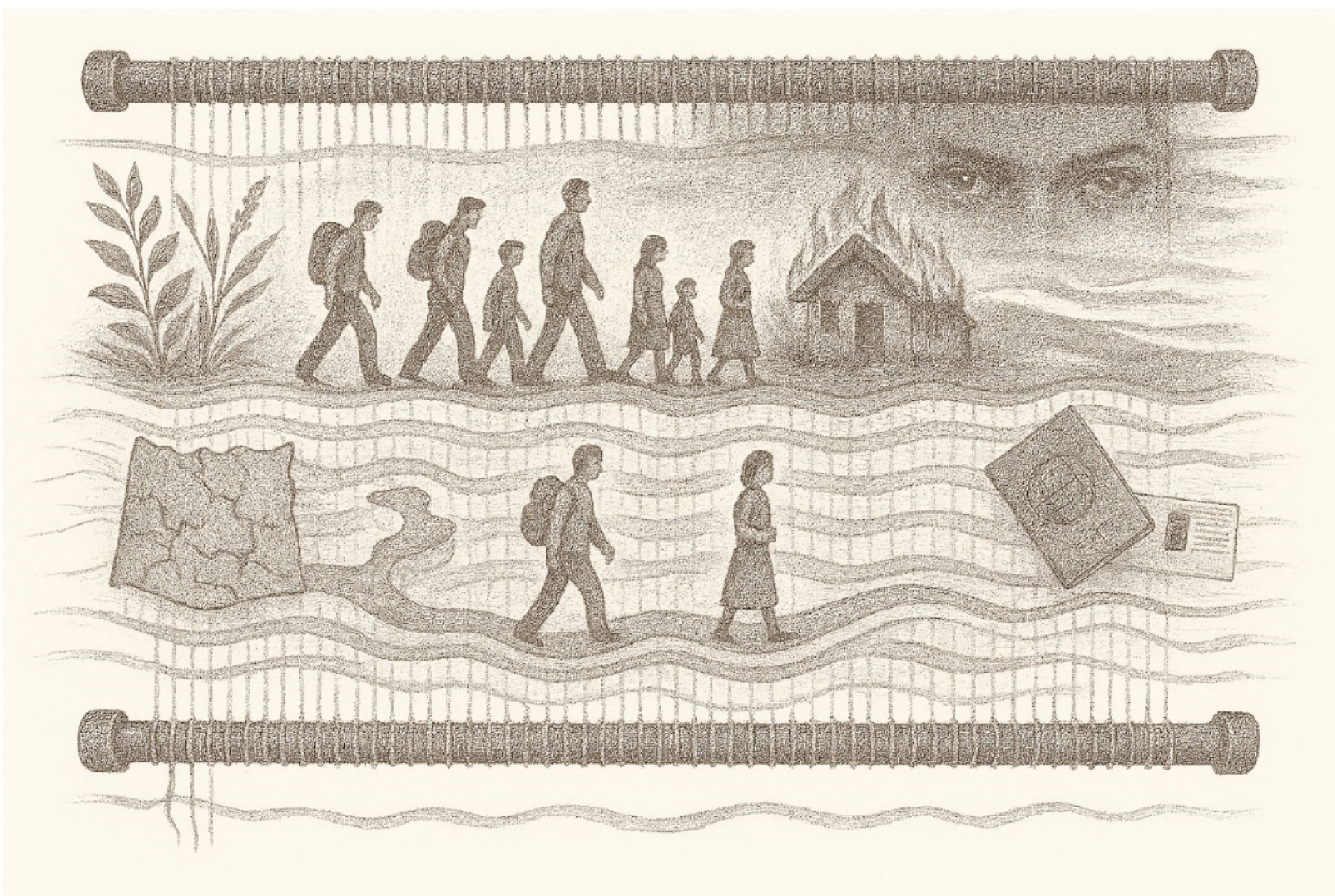


Ilustración 1: Telar.
Ilustración tipo boceto realizada con apoyo de Copilot, basada en representaciones simbólicas de la urdimbre metodológica con el tema de investigación que forma parte del diseño editorial de este capítulo.

CAPÍTULO 1. UNA LECTURA VINCULANTE: SENTIDO DE LUGAR, MOVILIDAD FORZADA EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA CRIMINAL Y TERRITORIO -LA URDIMBRE TEÓRICA METODOLÓGICA-.

“Las ciencias sociales viven de conceptos. Tallarlos es un arte. No necesariamente en el sentido artístico de la palabra, sino en cuanto artesanía, un hacer, como decía Wright Mills. No pueden producirse en serie, según la vieja ortodoxia fordista; es necesario tomarlos, uno a uno, en su idiosincrasia, en su integridad” (Ortíz, 2004).

Introducción

Poner de manifiesto los marcos teóricos orientadores que dialogan en este trabajo para develar las transformaciones del sentido de lugar en el proceso de movilidad forzada, en y por los contextos de violencia criminal acaecidos en Granada (Colombia) y Apatzingán (México), y lo que subyace a raíz de ellos en su dimensión espacial, a propósito de las reconfiguraciones territoriales que suceden con el *quedarse, el salir y el volver* es el fin de este capítulo.

La necesidad apremiante de saber cómo se manifiestan los sentidos de lugar bajo situaciones adversas, la movilidad forzada es el proceso elegido en este caso, me llevó a construir un tejido permanente entre los referentes teóricos –elaborados desde lo lógico deductivo- y el dato empírico o etnográfico –la experiencia vivida- que se hizo emergente gracias a la estrategia metodológica. Vincular estos ejes, tanto en Granada como en Apatzingán, es una salida teórico- metodológica que retoma elementos desde muchas perspectivas, pero que considero son complementarias y su tejido aquí es estratégico. Lo que busco desde esta articulación es poder describir, explicar y entender cómo la población con experiencia en movilidad forzada, en la medida de sus posibilidades y potencialidades, transformó, se apropió, generó acciones y estrategias respecto a las trayectorias realizadas y el espacio habitado, viéndose alterados no solo por las formas abruptas del permanecer, salir, transitar, llegar y volver, sino también, por cómo se manifestaron sus apropiaciones, usos y disputas, respecto a los vínculos creados o no con los lugares involucrados en este proceso.

¿Cómo se manifiesta entonces esta urdimbre? su uso figurado remite primero a reconocer los mínimos básicos desde donde partí para hablar de tejido, acción que resulta de entrelazar un conjunto de hilos. Así entonces, se han considerado cuatro hilazas –sentido de lugar, territorio y el proceso de movilidad forzada en contexto de violencia criminal- significativas y relevantes que indican una pluralidad en medio de la singularidad que por sí solas ellas constituyen. Este apartado desarrolla cada una de estas hilazas, reconociendo las ideas y apuestas fundamentales que me han servido de apoyo para entender los asuntos que emergen en la búsqueda de saber cómo las personas con experiencia en movilidad forzada a raíz de contextos de violencia criminal (re)construyen sus sentidos de lugar y procesos de territorialidad, ejes claves para la construcción del argumento de este texto.

No se podrá hablar de tejido si las hilazas no se hilvanan. Es entonces el momento en el que la estrategia metodológica cobra sentido, en tanto, será la que vincula las apuestas teóricas con la realidad empírica. Si bien, la perspectiva cualitativa fue la que orientó ir tras las narrativas de la población con experiencia en movilidad forzada, en esta oportunidad se acudió a una mixtura de aportes venidos de la etnografía multisituada, la investigación documental y la investigación narrativa/biográfica, esta última, vinculada al uso de técnicas de memoria.

Finalmente, lo que a continuación se enuncia corresponde a las aproximaciones conceptuales básicas que guiaron y se constituyeron desde la geografía humana en los ejes fundamentales para la construcción del planteamiento, la búsqueda de respuestas a la pregunta orientadora y los objetivos de esta investigación y, lo más importante, la triangulación con la experiencia y saberes de las mujeres y los hombres que en contextos de violencia criminal asistieron a procesos de movilidad forzada.

1. Primera hilaza. Sentido de lugar

La mudanza de una casa a otra, de un barrio a otro, de una localidad a otra, de un estado a otro, de un país a otro o de la coacción en el uso y circulación en el espacio que se habita, son experiencias personales que llevan a preguntarse por qué se siente nostalgia, añoranza o sentimientos de pérdida y miedo por los lugares abandonados o ya no frecuentados a raíz de las distintas formas y expresiones en que se ha manifestado la violencia criminal tanto en el espacio como en el día a día de la población. Aquí los lugares hacen parte de las cotidianidades de las personas, tienen marcas indelebles por lo construido en ellos, tanto individual como en lo colectivo, por las relaciones culturales, sociales, políticas, económicas e históricas dadas allí en el tiempo largo y que van configurando lo colectivo, vecinal y cotidiano.

Inquirir por el sentido de lugar es el punto de partida que cobra valor en esta investigación, abonando elementos nuevos que han sido poco abordados en los análisis que se han hecho del proceso de movilidad forzada, especialmente, me refiero a la centralidad que puede tomar el espacio en la interpretación de este proceso y de la experiencia humana que en él sucede. Hablo de identificar y entender las implicaciones que tiene el moverse forzadamente entre y en espacios; espacios que, en este caso, se construyen, pero a su vez son constructores de espacialidades en las que puede otorgarse un valor diferenciado al lugar, el sentido de lugar, por quienes están insertos en este proceso.

“Las ciencias sociales viven de los conceptos. Tallarlos es un arte. No necesariamente en el sentido artístico de la palabra, sino en cuanto artesanía, un hacer, como decía Wright Mills. No pueden producirse en serie, según la vieja ortodoxia fordista; es necesario tomarlos, uno a uno, en su idiosincrasia, en su integridad”. Ortiz, Renato. 2004. Taquigrafiando lo social. Buenos Aires, Siglo XXI, p. 12.

¿A qué me refiero cuando hablo de lugar y sentido de lugar?

En el campo de las ciencias sociales, especialmente en la geografía humanista y crítica, existen varios enfoques que abordan esta noción, especialmente Lucia Aichino y otros colaboradores (2013) han distinguido tres orientaciones en referencia al lugar: La primera es la fenomenológica-esencialista, entre finales de 1960 y el decenio de 1970, en los que se ubican los aportes de Yi Fu Tuan (1977), Edwar Relph (1976) y Anne Buttimer (1980), quienes influenciados por la filosofía de Heidegger, Merleau Ponty y Schutz centran su análisis en las experiencias que en la vida cotidiana las personas hacen de los lugares, desde sus significados, sentidos y vinculaciones emocionales –simbólicas y afectivas-. El lugar, según este enfoque estaría delimitado al presentar seguridades y certezas para quién lo significa, es decir, “el lugar deviene como “mundo en sí mismo”, carente de conflictos internos y con una fuerte esencialización de la vida” (Aichino, y otros, 2013:2).

El segundo enfoque, el constructivista antiesencialista, surge en oposición al anterior en los albores del proceso de globalización de los años ochenta del siglo XX, es una manifestación desde las contribuciones que hace el marxismo, el posestructuralismo, el poscolonialismo, la teoría feminista y de la performatividad, donde se reconoce que el lugar es un entramado de múltiples relaciones –destacándose las relaciones de poder-, múltiples escalas o lo que también se ha llamado la multiescalaridad de las prácticas –materiales y simbólicas- en lo local, regional, estatal, nacional, internacional y global, en este caso, el lugar no es un espacio cerrado sino que continuamente se redefine por sus relaciones con el afuera. Aquí son importantes las contribuciones de Henry Lefebvre (1974), Joan Nogué (1989), Doreen Massey (1994), Alicia Lindón (2006), Tim Cresswell (2006), Ana Fani Alessandri (2007) y David Harvey (2009).

El último enfoque identificado por Aichino y sus colegas (2013: 5) es el posconstructivista, en el contexto anglosajón, se destaca la lectura que hace Doreen Massey de la Teoría de Actor-Red de Bruno Latour para proponer lo que denominaría la política relacional de lo espacial. Otra

lectura que se suma a este enfoque tiene su influencia en América Latina con Edgardo Lander (2005), Arturo Escobar (2006), Aníbal Quijano (2007), Santiago Castro y Ramón Grosfoguel (2007) y Catherine Walsh (2007) quienes a partir de sus intereses sobre movimientos y prácticas de resistencia y otras autoras/autores críticos de la modernidad, colonialidad y decolonialidad rescatan la importancia del conocimiento basado en el lugar o el conocimiento situado⁵.

La propuesta que hay de fondo en estos tres enfoques sobre el sentido de lugar es la idea de construcción desde un adentro y un afuera, pero apelando a Harvey (2009:189) la invitación que se hace es la de una lectura relacional del lugar, no puede haber lecturas micro – macro absolutas, la idea sería como advierte Arturo Escobar (2006) basada en experiencias- prácticas en y sobre el lugar.

En este caso, además de indagar por las razones, las consecuencias, el contexto, los actores, las victimizaciones y las afectaciones que emergen cuando la población de un determinado territorio se mueve o no a raíz de las acciones de actores armados, legales e ilegales, así como por la implementación de políticas y estrategias de seguridad, la apuesta en este caso, está en rescatar el saber espacial como saber posibilitador para analizar y comprender fenómenos y procesos sociales como este, en donde las búsquedas van más allá de ver la movilidad como el mero desplazamiento entre espacios o localizaciones, es decir, como contenedor de lo que sucede.

De acuerdo con Catherine Brun, continuar el análisis desde estos últimos elementos – contenedor, localización y desplazamiento entre espacios-, es seguir reproduciendo la concepción esencialista que establece una relación natural entre las personas y los lugares, donde este último es definido a partir de su ubicación fija, única e inmutable (Brun, 2001: 15). La propuesta que hago en esta investigación, parte de reconocer que el proceso de movilidad no conduce a perder el vínculo con el lugar o anular la posibilidad de construir y significar en otro u otros, por el contrario, el lugar puede (re)construirse a partir de la multiplicidad de relaciones sociales que se dan en otras escalas y por las experiencias a raíz de la o las trayectorias que ocurren dentro del proceso de movilidad.

Agnew (1987 como se citó en Oslender, 2002) identifica tres elementos fundamentales de un lugar: 1) El espacio local, el marco en el que se constituyen las relaciones sociales (informales o

⁵ Si bien se reconoce que son dos corrientes que desde lo epistemológico y ontológico son diferentes, no es este el momento para dar la discusión, para ello se sugiere consultar a: Aichino y otros (2013) y Harvey (2009).

institucionales); 2) la localización, el área geográfica que abarca el marco para la interacción social definida por procesos sociales y económicos que operan en una escala más amplia; y 3) el sentido de lugar, la “construcción del sentimiento” local. En este caso se pasa por entender el lugar como aquel espacio en el que se posibilita la existencia, el habitar y la significación, a partir de la inmersión y relación del ser humano en ellos, su entorno, sus vivencias, experiencias y representaciones espaciales.

Cuando en las narrativas de la población granadina o apatzinguense se hace referencia al sentido de lugar se identifican tres orientaciones: 1) a los objetos u estructuras materiales: la casa, la finca, la vereda, el barrio o la colonia⁶, el parque, la calle, la plaza; 2) a la experiencia significativa que alude a los vínculos familiares contruidos de generación en generación apelando a las raíces ancestrales o a las relaciones vecinales en las que a través de acciones y prácticas colectivas se construye la vida de rancho, vereda, barrio o de colonia; 3) al lugar posibilitador del proyecto de vida, especialmente, en relación con la familia, al trabajo y la educación. De esta manera es como en las narrativas logradas en el trabajo de campo se da cuenta del valor, el significado y el conjunto de experiencias que tienen las personas en y con los espacios, además de las dinámicas que se asocian con el proceso geográfico, las relaciones socio territoriales y las prácticas espaciales.

Desde la perspectiva de la geografía humanista aquello que se nombra como sentido de lugar puede configurarse desde asuntos que apelan por el sedentarismo o la idea del anclaje en un lugar que es la respuesta a la construcción dada por la permanencia en el tiempo en tanto la experiencia, los significados, la pertenencia y el arraigo (Tuan, 1977; Storey, 2001; Cresswell, 2004), hasta el nomadismo como experiencia espacial; desde esta perspectiva se otorga una propiedad dinámica al lugar, al movimiento y los flujos, marcando unas singularidades en las formas de relacionarse y entender el lugar (Arango y López, 2016: 7).

La identificación y la territorialización personal por un espacio determinado para algunas autoras/autores es referirse al sentido de pertenencia, subrayando en mayor medida los aspectos espirituales (sentimientos, emociones y memorias) que ligan las personas a comunidades e

⁶ Barrio en Colombia y colonia en México son categorías urbanas sinónimas de la división político- administrativa en ambos países, en el área rural, las categorías equivalentes son vereda para el caso de Colombia y rancho para el caso de México.

identidades nacionales. Cristóbal Mendoza y Diana Bartolo (2012: 53), consideran que la experiencia y la acción de las personas en su cotidianidad hacen que el espacio se humanice, se llene de contenidos y de significados, entrelazando además elementos físicos y del contexto cultural, histórico y espacial; así mismo, Bradley Jorgensen y Richard Stedman (2006) han definido tres dimensiones analíticas para abordar el sentido de lugar: 1) el apego, 2) la identidad, y 3) la vinculación funcional, cada una de ellas, refiere una forma particular de relacionarse con este.

Si el punto de partida es que la experiencia del lugar es una parte universal y elemental de la vida, y que tener una perspectiva geográfica basada en el lugar es vital para comprender las relaciones existentes (Sack, 1988: 224), son varias las autoras y los autores⁷ que retoman el lugar como concepto central en el pensamiento geográfico, no obstante, las orientaciones que se retoman en esta investigación son desde la geografía crítica de Doreen Massey, y desde la geografía humanista de Yi Fu Tuan quienes desde dos tendencias teóricas buscaron la forma de explicar cómo se construye el sentido de lugar.

La identidad con los lugares desde el sentido de lugar de Doreen Massey

La aproximación que hace Massey al concepto de espacio está dada por tres asuntos que en su libro *For Space* considera son necesarios para rescatar la relación tiempo- espacio- sociedad: 1) el espacio es producto de interacciones y, a su vez, estas repercuten desde lo más global hasta lo más íntimo y privado; 2) es importante reconocer y comprender que el espacio es posibilitador de heterogeneidades, multiplicidades y diversidades; y 3) admitir que el espacio es una construcción permanente, “siempre en el proceso de hacerse” (Massey, 2006).

Para comprender cómo esta geógrafa marxista y feminista considera el sentido de lugar, es necesario saber cómo entiende espacio y lugar y si marca diferencias entre ellos. El espacio para ella es un

(...) producto de relaciones, una complejidad de redes, vínculos, prácticas, intercambios tanto a nivel muy íntimo (como el del hogar) como a nivel global. Para mí esto es fundamental e implica, por una parte, que si el espacio no es simplemente la suma de territorios sino una complejidad de

⁷ Buttimer y Seamon, 1980; Cheng, Kruger y Daniels, 2003; Convery, Corsane y Peter, 2012; Hay, 1998; Lewicka, 2008; Massey y Jess, 1995; Massey, 1995a, 1995b, 1995c, 2004; Relph, 1976; Sack, 1988; Tuan, 1975, 1977, 2007; Williams, Patterson, Roggenbuck, y Watson, 1992.

relaciones (flujos y fronteras, territorios y vínculos) ello implica que “un lugar”, un territorio, no puede ser tampoco algo simple, cerrado y coherente (Massey, 2004: 78).

Mientras que el lugar, lo referencia como un punto particular y único de su intersección, es verdaderamente un punto de encuentro. Entonces, en vez de pensar los lugares como áreas contenidas dentro de unos límites, invita a imaginarlos como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales en los que una gran proporción de estas relaciones, experiencias e interpretaciones están construidas a una escala mayor que la que define en aquel momento el sitio mismo, sea una calle, una región o incluso un continente. Lo que a su vez permite un sentido de lugar extrovertido, que incluye una conciencia de sus vínculos con todo el mundo y que integra de una manera positiva lo global y lo local.

En este sentido, cada lugar es un nodo abierto de relaciones, influencias, un intercambio de flujos, por eso cada lugar se muestra como el resultado de la mezcla de todas las relaciones, prácticas e intercambios que se entrelazan dentro de este nodo y es producto también de lo que se desarrolle como resultado de este entrelazamiento, a esto es lo que Doreen Massey denomina “un sentido global de lugar”, un sentido global en lo local y de lo local en lo global. Asociado a este sentido de lugar, está su identidad que no solo se construye con lo que ocurre a su interior, sino también, por las relaciones externas; ellas no están predeterminadas, por el contrario, son resultado del proceso de formación, cambio y relación con otros, lo local y lo global se constituyen mutuamente (Massey, 2004:79).

El sentimiento de apego por el lugar, el concepto de topofilia⁸ en Yi Fu Tua

Cuando en 1974 este autor publica *Topophilia: A Study of Environmental Perception. Attitudes and Values*, buscó posicionar la idea de que los seres humanos desarrollamos un sentimiento que se identifica con el apego por el espacio habitado, lo que va a conocerse más coloquialmente como apego por el terreno, es decir, la forma como nos relacionamos con espacios que hacemos próximos desde las percepciones, los sentimientos, las actitudes y los valores individuales y las formas de habitar de las personas que han sido construidas socialmente.

⁸ Es necesario aclarar que el concepto de topofilia fue inicialmente acuñado por el filósofo francés Gaston Bachelard en su texto *La poética del espacio* publicado en 1957.

La diferencia de Yi Fu Tuan con Doreen Massey es que él hace hincapié en las percepciones, creencias y experiencias que el ser humano desarrolla hacia sus lugares de vida, tanto desde lo que se produce por sus relaciones cotidianas como por las condiciones del medio físico en las que vive. En este caso, es muy importante según lo señala Yi Fu Tuan, el estado emocional de las personas. Lo que resalta en su obra es la forma cómo analiza las relaciones afectivas de los seres humanos con los lugares, rescatando desde el plano pasional los afectos (topofilia) y rechazos (topofobia); para Tuan el lugar es

(...) una clase especial de objeto cargado de significados que existe en diferentes escalas; un rincón, la casa, una esquina, el barrio, la región, el país o el planeta, son lugares en donde se materializa el acto de vivir en el mundo (...) es una entidad geométrica abstracta definida por lugares y objetos; es una red de lugares y objetos que las personas pueden experimentar directamente a través del movimiento y el desplazamiento, del sentido de dirección, de la localización relativa de objetos y lugares, y de la distancia y la expansión que los separa y los relaciona (Tuan, 1993 citado por Delgado, 2003).

Lo que se debe resaltar de esta definición son los significados otorgados al espacio desde la experiencia vivida y habitada, razón fundamental de este trabajo, más allá del valor estratégico que está imputado a los territorios de los cuales huye la población en un contexto de violencia criminal. En la medida en que la población se mueve forzosamente de sus lugares, tiene unas trayectorias de movilidad (el quedarse, el salir, el llegar y el volver) que hacen, a su vez, que el sentimiento o sentimientos hacia el lugar se muevan con ellos y se resignifiquen, sus emociones no están ancladas al espacio físico como tal, sino a los modos en que cómo individuos o colectividad se relacionan con él, es así como el espacio habitado es un lugar de significación; asunto importante que rescata Yi Fu Tuan cuando sostiene que ese sentimiento de pertenencia debe ser entendido desde el acto mismo de moverse, es decir, la manifestación de amor por un lugar no desaparece o invisibiliza con el acto de salir, por el contrario, son las experiencias de percepción, apropiación, habitación y significado las que se establecen como representaciones que acompañan sin tener necesariamente un espacio definido desde una entidad física.

Desde estos aportes, el sentido de lugar será el concepto que servirá de puente analítico para acercarme al estudio de los dos municipios elegidos, Granada y Apatzingán, que en los últimos 20 años han sido testigos de las acciones violentas de actores armados legales e ilegales y de la implementación de políticas estatales –principalmente las referidas a la seguridad- que han coadyuvado en la decisión que toma la población del quedarse o salir forzosamente de estos

territorios. Las narrativas experienciales y vivenciales acumuladas por el entañamiento de sus lugares, será lo que me permitirá reconstruir sus representaciones a propósito de este.

Para lograr esta finalidad, el sentido de lugar se entenderá aquí como la relación afectiva que asigna unas formas de apropiación, control y dominio diferencial que las personas construyen desde su experiencia de vida y durante su ciclo vital con un espacio al estar y crear agencia con él. En este caso, el espacio se piensa, se crea y se vive desde el mundo de significados que otorga la interrelación entre el entorno físico, las materialidades, las relaciones humanas y los elementos sociales, esto es “la experiencia fundamentada de estar en el mundo” (Sack, 1988:228). No obstante, la experiencia de un proceso de movilidad forzada como la que aquí se narra, transgrede este vínculo integrador llevando a transformar o resignificar dicha correspondencia.

2. Segunda hilaza. Territorio

“El territorio puede formar parte de una teoría o estar presente en varias teorías; pero éstas, al ser incommensurables entre sí (Kuhn, 1993) van a incidir en el significado del concepto, éste no representa el mismo contenido cuando se inscribe en teorías diferentes y más aún cuando forma parte de una perspectiva más amplia como es el caso de la constitución de un paradigma.” (Llanos Hernández, 2010:208)

Desde su derivación etimológica, procedente del latín, *territorium* se asocia a la tierra o terreno que “pertenece a una persona, una organización o una institución” (Pérez Porto y Merino, 2011). Este precisa de cuatro elementos: 1) una superficie terrestre localizada; 2) un actor (individual o colectivo); 3) el ejercicio de apropiación, autoridad y poder que se ejerce sobre esa superficie; y 4) las funciones sociales, culturales, políticas y económicas que se derivan de la acción que en él se desarrolla; a estos componentes se suma que lo que se genera, sucede, realiza, constituye, transforma en el territorio según estas funciones, respondería a lo que se reconoce como una construcción sociohistórica.

El devenir de los tiempos y el desarrollo disciplinar, no solo desde las distintas aristas de la geografía, sino también desde otras áreas de las ciencias sociales ha permitido enriquecer esta conceptualización con nuevas posibilidades, aportaciones y dimensiones en su uso; como pasa con las teorías y los conceptos estos se van resignificando por los contextos, las complejidades de los tiempos, los intereses y las diferentes perspectivas de aprehensión a ellos. A las visiones de que el territorio es base material (biofísica), límite, espacio de poder, control, gestión y dominio del estado u otros actores, ocupación o dimensión fundamental para aquellos procesos que se

desarrollan en la superficie terrestre (López y Velázquez, 2012: 22; Capel, 2016: 6), se han sumado otras comprensiones que identifican el territorio como proceso y resultado de la acción social que, de forma concreta y abstracta, se lo apropia física y simbólicamente. Bajo estos elementos, el territorio se constituye como una urdimbre entre sus elementos más tangibles y la construcción más sociocultural, en esa medida, el territorio se devela como polisémico, pluridimensional e interdisciplinario cuyo común denominador es la apropiación que los actores, individuales o colectivos, hacen de él.

A continuación, destaco algunos enfoques desde otras disciplinas de las ciencias sociales que han permitido la usabilidad de esta categoría analítica más allá del pensamiento propuesto por el determinismo geográfico, visión que resulta insuficiente en los albores de la modernidad y que ha sido resignificada por las dinámicas propias de finales del siglo XX y lo recorrido del XXI que han llevado a pensar, construir, experimentar, habitar y actuar el territorio desde otros saberes sociales como: la sociología, la antropología, la historia, la ciencia política, la planeación urbana, por solo mencionar algunos.

Inicialmente encontramos dos vertientes o corrientes que distan su mirada sobre este concepto, la primera dominada por la idea naturalista, absoluta, clásica y positivista del espacio (aproximadamente 1870- 1950) donde el territorio esta más ligado a disciplinas como: la biología, la geomorfología, la climatología hasta llegar a la geopolítica con su visión estado céntrica (soberanía territorial) en el que sobresalen pensadores como Ratzel, Haeckel y Vidal de la Blache. Desde esta corriente se resaltan tres elementos: “un agente (el estado), una acción (apropiación, control, soberanía, dominio, conquista por la guerra) y una porción de la superficie terrestre (un área delimitada como realidad material)” (Souto, 2011:23), es decir, el territorio como contenedor absoluto de sujetos y objetos.

La segunda corriente, una línea más crítica que se fortaleció entre las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX y se centró en la necesidad de vincular el territorio con otros temas como: desde la economía a asuntos como la industria, el transporte o el comercio, los problemas ambientales, los conflictos agrarios o los armados, la salud, entre otras (Benedetti 2011: 1213). En esta última línea sobresalen varios enfoques entre los que se destacan:

- El enfoque geocrítico marcado por su relación entre la geografía y la economía desde una perspectiva marxista, especialmente, en lo que tiene que ver con el énfasis del proceso de producción que marca la expansión capitalista; este enfoque reconoce, además: i) el uso social e histórico del territorio; ii) la relación entre la escala local y global (glocalización); iii) los aportes del posmodernismo. Su fundamento principal está en la relación entre espacio y economía, donde el primero constituye “un *objeto de consumo* económico, el cual posee un *valor de uso* para la sociedad y, por tanto, un *valor de cambio*” (Orihuela 2019:5), en este caso se destaca el carácter multiescalar del territorio. Las y los autores que sobresalen en este enfoque son: Saskia Sassen, Miltón Santos, Pierre Veltz, Georges Benko, Michael Storper, Alien Scott, Francisco Gatto, Carlos de Mattos por mencionar solo algunos⁹.
- El enfoque relacional con una fuerte influencia de la teoría de la estructuración y perspectivas humanistas en las que se destacan autores y autoras como Claude Raffestin, Roberk Sack, Rogério Haesbaert y Mabel Manzanal. En este caso, su énfasis predomina en las relaciones de poder entre actores que definen y delimitan un territorio a partir del control de sus recursos y de las personas que en él habitan. El valor de lo relacional está dado porque se hacen más visibles los vínculos de apropiación, pertenencia y dominio que se sucede entre una o un grupo de personas y un espacio geográfico; lo relacional, como lo entiende Benedetti (2011: 45) “involucra relaciones de expropiación/apropiación, presencia/ausencia, inclusión/exclusión y algún grado de subordinación o dominación, material o simbólico. A su vez, supone siempre algún modo de clausura de las extensiones que se quieren influir o controlar”. Finalmente, se resalta de esta propuesta que el territorio no es definido como una entidad fija o soporte material, sino como “un proceso, constitutivo del entramado de relaciones sociales. Es la sociedad, en su devenir, la que construye no “el” sino “los” territorios.” (Souto, 2011:51)

⁹ Es necesario hacer una salvedad frente a quienes se nombra pensadoras y pensadores destacados en cada uno de los enfoques identificados, aunque esta anotación también es necesaria hacerla en relación con los autores y las autoras citadas a lo largo de esta tesis. Si bien quise destacar la selección de lecturas escritas por mujeres que hubiesen hecho aportaciones a los contenidos que se desarrollan, no es una falacia manifestar que en el devenir del conocimiento geográfico en este caso, aunque lo mismo sucede en otras disciplinas, se evidencia que este ha sido preferente y claramente masculino, mostrando la desigualdad en el reconocimiento del saber producido por las mujeres en esta área donde su participación y mérito en el escenario público se dio muchos años después de constituida la disciplina.

- El enfoque geohistórico hace un llamado a la reconstrucción histórica y cultural del territorio (la concepción del materialismo histórico). El territorio como entidad geohistórica se está constituyendo constantemente a través de las prácticas materiales y culturales de la sociedad, en este caso, sería un proceso abierto, contingente y que se construye en el tiempo largo como lo denomina Braudel. Este enfoque hace un reformulación de la propuesta Vidaliana estableciendo la relación región – política – cultura.
- Y finalmente, el enfoque del desarrollo territorial. En este caso el territorio se lee desde su característica práctica e instrumental. Las agencias u organismos de financiación internacional (Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo- BID) con los procesos de Desarrollo Territorial Rural- DTR fueron las encargadas de vincular el concepto a partir de las propuestas de desarrollo económico local competitivo para el mercado capitalista.

En síntesis, según el punto de vista, el enfoque y el interés de quien investiga sobre el territorio, habrá una perspectiva que oriente la reflexión analítica, comprensiva y reinterpretadora de un determinado problema. En el caso que asiste esta tesis se valoran los aportes de los enfoques críticos, relacional e histórico, por lo que se tomará una noción de territorio abarcadora en términos de las relaciones/interacciones dinámicas que suceden en un espacio/tiempo entre elementos biofísicos y humanos que, a su vez, están inmersos y cruzados por lo social, político, cultural y económico a nivel material e inmaterial generando condicionantes, limitaciones, potencialidades y posibilidades. Derivado de esta dinámica hay unos procesos o lógicas territoriales que operan como bisagra en la (re)construcción del territorio. Apelo en este caso a la territorialidad, la desterritorialización y la reterritorialización.

La territorialidad tiene su origen en la etología, de la que se recupera la noción de comportamiento que la especie, en este caso animal, desarrolla cuando desde su condición innata ejerce control de un área, se habla en este caso de una especie de agenciamiento. Para Gilles Deleuze y Félix Guattari (2008: 513) la primera regla del agenciamiento es descubrir la territorialidad que engloba los componentes heterogéneos que están en el orden de lo social y biológico, conjugando, a su vez, lo vital, las poblaciones, los territorios, los afectos, las estéticas y

los encuentros. Esto lleva a considerar la territorialidad, de acuerdo con Montoya (2007: 86), como:

(...) una acción que contempla la construcción social de entornos de sentido compartidos y que implica el proceso de producción del territorio. De allí que la territorialidad se corresponda con una actividad diferencial, asociada a las posibilidades reales en el entramado de las redes de poder que poseen los distintos colectivos sociales para crear, reproducir y mantener sus territorios. La noción de territorialidad nos permite comprender que en un mismo espacio coexisten simultáneas y sucesivas formas de entender y producir el territorio, es decir, en un mismo entorno se solapan territorialidades a escalas de poder local, regional, nacional e incluso mundial, además de las territorialidades propias de los actores del lugar, que expresan también sus intereses, actitudes y valoraciones. Este entrecruzamiento de territorialidades hace que en la vida de los lugares se condensen relaciones variadas, que van desde la colaboración, la complementariedad y la cooperación, hasta el conflicto.

Así como sucede la territorialidad, también ocurren las acciones de desterritorialización y reterritorialización. Siguiendo con Deleuze y Guattari (2008), la primera puede ser considerada como el movimiento por el cual se abandona el territorio, una operación de líneas de fuga, y por ello es una reterritorialización y un movimiento de construcción del territorio. En un primer movimiento, los agenciamientos se desterritorializan y, en un segundo, ellos se reterritorializan como nuevos agenciamientos de los cuerpos y colectivos de enunciación. Estas dinámicas de territorialización, desterritorialización y reterritorialización deben ser aprehendidas como acciones dinámicas simultáneas, es decir, la territorialización está compuesta –utilizando como metáfora una moneda- por esas dos caras que son indisociables.

Finalmente, para el caso de la movilidad forzada se hace necesario reconocer el territorio tanto desde su estado material (por ejemplo, las divisiones político-administrativas, los componentes geofísicos, el poder material de las relaciones económicas-políticas) hasta el poder simbólico más estrictamente cultural y social. A esta mirada integradora y su relación con la movilidad forzada, se suman tres dimensiones fundamentales que aportan en la comprensión de lo que pasa en un territorio cuando a raíz de un contexto de violencia criminal, como el que aquí se cita, la población decide quedarse o salir de él: “1) política (referida a las relaciones espacio-poder en general) o jurídico- política (relativa también a todas las relaciones espacio- poder institucionalizadas), en este caso el territorio es concebido como un espacio delimitado y controlado, a través del cual se ejerce un determinado poder; 2) cultural o simbólico cultural: prioriza la dimensión simbólica y más subjetiva, en la que el territorio es visto, sobre todo, como el producto de la apropiación/valoración simbólica de un grupo en relación con su espacio vivido; 3) económica:

(...) destaca la dimensión espacial de las relaciones económicas, el territorio como fuente de recursos o incorporado al conflicto entre clases sociales, y en la relación capital- trabajo como producto de la división “territorial” (Haesbaert, 2011: 35).

Entendido de esta manera, se puede decir que uno de los ejemplos que podría permitir observar y analizar el territorio desde su carácter dinámico es la movilidad humana, en este caso forzada. Desde esta, el territorio “no sería fijo, sino móvil, mutable y desequilibrado” (Montañez y Delgado, 1998:122). Estos distintos vértices analíticos con los que se ha reconocido e identificado el territorio es lo que permite precisar una definición para esta investigación más aprehensiva para abordar el proceso que aquí se plantea entre el valor subjetivo que se da a un lugar cuando se lo dota de sentido y significado, hasta el que se asocia a sus condiciones materiales que son disputadas a razón de luchas de poder y dominio por, en el caso que se alude, actores armados (legales e ilegales) y la institucionalidad representada en el aparato estatal.

3. Tercera hilaza. El contexto de violencia criminal

Comparto lo que muchas investigadoras e investigadores de diversas latitudes consideran al momento de buscar la mejor forma de apelar a la violencia, y es que ella tiene una diversidad de caras según el contexto del cual se deriva, no es lo mismo la violencia política que la violencia de género, la violencia escolar que la violencia criminal, entre otras muchas. Aludir a ella significa volver a su origen, causas, manifestaciones y soluciones para determinar a cuál de estas dimensiones se hace referencia. En palabras de la profesora María Teresa Uribe, “(...) la violencia es pues como una medusa; puede tener muchas cabezas, múltiples rostros, pero un solo cuerpo: la pérdida de legitimidad, la carencia de poder” (2001: 24).

No obstante, si bien identifico la multiplicidad de apelaciones que puede tener el concepto, veo necesario establecer un punto de partida que además de orientar, delimite según la realidad concreta de mi caso. En este sentido, inicialmente debo reconocer la definición más general de violencia que se asocia especialmente a términos de Estado, aludiendo al ‘uso ilegítimo o ilegal de la fuerza’, esto para diferenciarla de la llamada violencia ‘legítima’ (Blair, 2009: 11); seguidamente me adscribo a la propuesta del profesor y filósofo José Sanmartín Esplugues (2007: 9), que entiende por violencia cualquier conducta intencional que puede causar o causa daño.

Esta definición, considera que la violencia debe clasificarse de modo distinto de acuerdo con los puntos de observación desde los que se percibe o construye: 1) saber si la violencia es pasiva o activa; 2) la clase de violencia según el daño causado; 3) la clase según el tipo de víctima que produce; 4) según el daño que ocasiona; y 5) según el tipo de agresor. (Sanmartín, 2007).

Desde este punto de partida, habría que añadir que el proceso de movilidad forzada referida en esta tesis se deriva del o los contextos de violencia criminal, esto significa reconocer y hacer visible que la violencia se “instala” en los espacios como proceso estructurante y desestructurante de las distintas dimensiones y dinámicas que convergen en él, de hecho, esta violencia se apropia, reordena y reconfigura los espacios-tiempos de las sociedades que coexisten con ella. En este sentido, apelar a un contexto de violencia criminal supone observar el escenario en el que tiene ocurrencia la violencia y del cual es necesario dilucidar sus lógicas en el proceso de configuración, la acción de los actores –armados y no armados-, la producción de valores y normas de hecho, lo que deviene en un proceso diferente que configura el territorio, lo transforma por sus dinámicas violentas en medio del sufrimiento, el estigma y la exclusión (González, 2010) y en las que la movilidad forzada es una de sus muchas consecuencias o efectos; en este caso, el contexto influye en las mujeres y hombres que se encuentran en él y, a través de un conjunto de procesos se generan transformaciones en él y en su entorno cercano, pero también, en el conjunto de escalas implicadas. De hecho, se identifica la suma de situaciones y condiciones en los que se desarrolla las lógicas que configuran y despliegan las acciones de los actores, creando un proceso diferente de configuración territorial y espacialidades de la violencia.

En el caso que me ocupa algunos elementos que ayudan a definir lo que entiendo por contexto de violencia criminal es su configuración dinámica en tanto: 1) la presencia y acciones bélica de diferentes actores armados por el monopolio de la violencia¹⁰; 2) la coacción armada y psicológica a las que asiste la población¹¹; 3) las apropiaciones y relaciones espaciales dadas por la

¹⁰ Los contextos actuales de violencia criminal, armada, militar contradicen la concepción primigenia de que el Estado debe tener la capacidad de monopolizar el ejercicio de la violencia en los territorios generando certeza en la población de quién regula el orden y la seguridad; por el contrario, lo que se vive hoy es el desafío que las estructuras armadas ilegales hacen al Estado en su capacidad de salvaguardar el orden desde la provisión y administración de la seguridad y la justicia. En últimas, se asiste a una competencia entre el Estado y los actores armados ilegales.

¹¹ Tanto en Colombia como en México, no solo por los estudios académicos realizados sino también en el desarrollo del trabajo de campo de esta tesis, que los grupos armados ejercen un fuerte control en la vida social, económica y política en los territorios donde hacen presencia, por ejemplo, decretando toques de queda limitando la libre

competencia armada entre los actores presentes en el territorio (legales e ilegales); 4) la aprehensión de que los que inciden en la forma en la que la violencia se ejerce, en quién y cómo la ejerce y sus fines; 5) hay coexistencia con otras formas de violencia que se manifiestan en un territorio¹²; 6) presenta variaciones en su manifestación territorial; y 7) las economías criminales que detentan (fuentes/ rentas de financiación ilícitas)¹³ más allá de los repertorios de violencia.

Desde estos elementos que configuran la violencia criminal es necesario resaltar que esta sobre pasa asuntos como las confrontaciones o enfrentamientos, el número de homicidios, las acciones subversivas o paramilitares, su espectro va más allá, se amplía a la observancia de las intenciones, los patrones, los modos, las trayectorias, los repertorios de interacción y la intensidad de sus acciones en relación con sus fines y propósitos que le son diferenciales según el espacio / tiempo, es decir, la violencia criminal “no se distribuye homogéneamente ni en el tiempo ni en el espacio” (Vásquez s.f.:2).

Finalmente, debe añadirse que la comprensión analítica sobre los contextos de violencia criminal ha privilegiado, en el caso de América Latina, una fundamentación ligada a las causas estructurales (pobreza, desigualdad y exclusión) y los asuntos económicos (valor geoestratégico de los territorios, interés de la geografía económica y política), son muy escasos los aportes que se han hecho desde la geografía humana en los que se profundice, además, la necesidad de una explicación y análisis relacional desde dimensiones más subjetivas asociadas a la identidad y la afectividad que una población construye sobre el lugar donde sucede su vida y la antípoda que resulta de la apropiación y el control espacial que ejercen los actores armados, en especial, los

movilización por ciertos lugares y a determinadas horas, controlando la provisión de alimento en los lugares de comercialización o en el abastecimiento que hacen las familias, injerencia en los procesos electorales (selección y financiación de candidaturas o amenaza, intimidación y coacción a la población para votar, actos violentos en puestos de votación que impedian ejercer el derecho al sufragio), etc.

¹² Esto se hace visible por la multiplicidad de actores que coexisten en un territorio donde ejercen, desarrollan, combinan y transforman las modalidades y los hechos de violencia. En este caso, la confrontación entre los diferentes actores se manifiesta de manera exacerbada en la intensidad de las acciones violentas que ejercen con el fin de desafiar el monopolio de la violencia ejercida por el Estado.

¹³ Estas rentas aluden a las actividades y los dividendos que deja la producción, distribución, control y regulación de: narcotráfico, minería, extorsiones, secuestros o levantones, tráfico de personas, explotación sexual y comercial. Aunque en las últimas décadas se ha reconocido como las redes criminales también han establecido estrategias para percibir rentas de manera lícita o formal.

ilegales. Y este, considero, es el aporte que propongo con mi tema y desarrollo investigativo que presento.

4. Cuarta hilaza. La movilidad forzada (el proceso)

En esta tesis, se entiende la movilidad como componente dinámico del lugar que ayuda a comprender el movimiento en relación con la experiencia social y espacial de trasladarse entre lugares y a través de lugares (Sánchez y Arango, 2016: 15). Dentro de esta investigación, el trabajo de campo develó tres trayectorias experienciales de movilidad forzada en contextos de violencia criminal: *el quedarse* en medio de la violencia, *el salir* e iniciar una serie de trayectorias e itinerarios que implica la movilidad y *el volver* al lugar de origen que se presenta, al regreso, como un lugar diferente. Estas formas de nombrar están asociadas a la experiencia y la memoria de las personas con las que se llevó a cabo el trabajo de campo, desde estas se exploró las relaciones de continuidad, ruptura o transformación de la relación que construyeron las personas con su(s) lugar(es) donde se sucedió o sucede la vida¹⁴.

La movilidad forzada como elección conceptual

En la mayoría de las ocasiones cuando se escucha el término de movilidad, inmediatamente se hace la asociación con los temas de accesibilidad a determinadas infraestructuras (red de carreteras y de calles, ferrocarriles, aeropuertos o puertos) o tránsito en tanto el uso de medios de transporte, lo que en la geografía se asocia al campo de estudios de la movilidad cotidiana que se vincula especialmente a los fenómenos urbanos y metropolitanos, por ejemplo, de los desplazamientos diarios y repetitivos entre el lugar de residencia y el lugar de trabajo o estudio (Miralles- Guash y Cebollada, 2009: 195).

A pesar de esta relación, muy común también en los estudios de planificación urbanística, al decidirme por el concepto de movilidad, tengo claro que con este no solo hago referencia a los desplazamientos que ocurren a través del espacio, sino que se incluye la reconfiguración de las percepciones y las experiencias que sobre el espacio y el tiempo hacen las personas de sus prácticas

¹⁴ Hablo de que sucedió o sucede la vida haciendo referencia al espacio vivenciado a través de experiencias y prácticas de la población con experiencia en movilidad forzada y en el que se proyecta la vida relacional con otros seres, espacialidades y materialidades.

socio espaciales, las cuales despliegan, a su vez, asuntos afectivo- emocionales en relación con lo vivido en su cotidianidad diaria o lo que fue dejado en sus espacios de origen, pero además, lo encontrado en los espacios de tránsito y llegada. Lo que se manifiesta con este proceso, es que estas prácticas son atravesadas por lo que se construye y vive durante la acción misma de la movilidad y los efectos que trae el sentimiento de desterritorialización y reterritorialización.

Tres han sido las razones que me han llevado a distinguir el desplazamiento forzado de la movilidad forzada: 1) El artículo 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Toda persona tiene derecho a moverse libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país” (Asamblea General de las Naciones Unidas, 1948); 2) En las acepciones más básicas de desplazamiento, este se considera como la acción de trasladarse de un lugar a otro, hecho que remite a un asunto más de localización entre un lugar de origen (A) y un lugar de destino (B) o como mencionan Cindia Arango y Luís Sánchez, el desplazamiento o la migración se refieren a actos de movimientos que de movilidad e implican por lo general un movimiento específico; mientras que la movilidad se ocupa de los “*procesos socio espaciales que ocurren “entre” y “a través” de los espacios que intervienen en ella*”¹⁵ (2016: 13). Según Tim Cresswell:

(...) podemos pensar en el movimiento como el equivalente dinámico de localización en el espacio abstracto, aparentemente natural y carente de significado, historia e ideología, y, por tanto, si el movimiento es el equivalente dinámico de localización, entonces *movilidad* es el equivalente dinámico de *lugar* (2006: 3).

3) el desplazamiento interno se limita a lo que sucede al interior de un estado sin traspasar sus fronteras, mientras que la movilidad permitiría una mirada escalar¹⁶ más amplia, lo que significa que el proceso es observado desde su variación espacial, su comportamiento o expresión en lo local, nacional e internacional, sin dejar de lado, lo fronterizo, los límites, especialmente cuando están presente las fronteras nacionales. Ampliar la perspectiva a lo escalar, genera una comprensión diferente de las relaciones espaciales y sociales en términos de intensidad, magnitud

¹⁵ El énfasis en cursiva y negrilla son míos.

¹⁶ “La escala es un concepto que, como casi todo en la geografía, surge a partir de la experiencia. Los individuos de una comunidad perciben su entorno inmediato, al que podríamos llamar “escala local”, y después comienzan a hacerse una idea del resto del mundo; primero de las porciones espaciales contiguas a su entorno llamadas quizás “escala regional”, y luego del cosmos completo, lo que ahora se da en llamar “escala global” (Fernández, 2014: 120).

y dirección del movimiento. De hecho, la información recabada en campo sugiere que la escala sea llevada a espacios micro, personales, esto es bajar la escala hasta lugares como: la parcela, la finca, el rancho, la casa, la calle, la esquina, el parque.

Estos alcances incidieron en la decisión de tomar partido por la categoría de movilidad, pensándola como proceso que involucra una pluralidad de espacios¹⁷ y espacialidades¹⁸, y que, junto con el sentido de lugar, me permiten revisar en las experiencias documentadas, la acción de significar un lugar y la apropiación en los modos de vivir y habitar un territorio, aunado a los significados que se generan hacia a los nuevos lugares donde sucede la vida luego de moverse en ocasión del contexto de violencia criminal.

Al ubicarme desde la movilidad, lo que hago es constatar las limitaciones de los enfoques predominantes, como la migración o el desplazamiento e interpelarlos a la luz de las condiciones del proceso que documento; por ello cuando me refiero a la movilidad, considero que ella no es un simple acto de cruce de los límites internos de un estado o de sus fronteras nacionales, sino un proceso que afecta aspectos de la existencia de las mujeres y hombres que se mueven, de los espacios y de los lugares que vuelven suyos.

Habría que añadir también que la decisión de moverse no solo implica en las personas la capacidad hacerlo espacialmente, sino socialmente, esto es, los vínculos sociales y de apropiación que devienen en verdaderas marcas de identidad tanto individual como colectivas. Finalmente, como lo señalan Cindia Arango y Luis Sánchez (2016: 2), lo importante de este enfoque no es lo

¹⁷ En esta investigación se alude al espacio como aquella “dimensión a partir de la cual se materializan los objetos, los fenómenos o los procesos” (López y Velázquez, 2012: 22). A ello se suma que este es un“(…) producto de relaciones, una complejidad de redes, vínculos, prácticas, intercambios tanto a nivel muy íntimo (como el del hogar) como a nivel global. Para mí esto es fundamental e implica, por una parte, que si el espacio no es simplemente la suma de territorios sino una complejidad de relaciones (flujos y fronteras, territorios y vínculos) ello implica que “un lugar”, un territorio, no puede ser tampoco algo simple, cerrado y coherente” (Massey D., 2004: 78).

¹⁸ “(…) la espacialidad obliga a una mayor precisión en cuanto a la conceptualización de los espacios involucrados que, obviamente, va mucho más allá de una mera distinción entre países. Así como la dimensión tiempo no se restringe a un tiempo cronológico puro y simple (meses, años, etcétera.), sino que implica tiempos individuales (ciclo o curso de vida), familiares (ciclo familiar), laborales (trayectorias ocupacionales) y migratorios (historias migratorias), la dimensión espacial ha de incluir la delimitación de espacios familiares y comunitarios, locales y regionales, rurales y urbanos; etcétera. Asimismo, la espacialidad de los movimientos (sus formas y “propiedades” espaciales) corresponden a pautas de relación y articulación específicas entre estos distintos tipos de espacios (y tiempos), pautas que, por lo mismo, han sido variables a lo largo de la historia de la migración laboral, y difieren para distintos grupos poblacionales” (Canales, 1999: 20).

referente a la acción de trasladarse, sino de las implicaciones del movimiento como proceso, en la relación de la experiencia tanto social como espacial al trasladarse entre lugares y a través de lugares.

Es importante señalar que cuando apellido o connoto la movilidad con lo forzado, estoy haciendo referencia al carácter violento, obligatorio, de coacción e imposición de los actores armados en contra de la voluntad y de la libertad de decisión de mujeres y hombres. Estas personas ven la necesidad de abandonar, a raíz del sinnúmero acciones violentas, los lugares donde ha sucedido sus vidas, experiencias y sentido(s) de lugar -su casa, su finca, su rancho, pero también su vecindad, redes de apoyo, actividades económicas, recreativas y culturales, etc.-, enfrentando en sus procesos de movilidad, una realidad que se presenta compleja, ya que en los tránsitos y la llegada a otro espacio implicará afrontar las prácticas y los estilos de vida propios de estos.

De esta manera, el carácter forzado marca una diferencia respecto a otras formas o tipos de movilidad, como la migración o el desplazamiento. En los casos documentados, donde la razón que da cuenta del proceso de movilidad es el ejercicio de la violencia por actores como el narcotráfico (carteles), grupos guerrilleros, paramilitares y fuerzas militares estatales, coincido con Robert Muggah (2003), cuando llama la atención en que la movilidad forzada a razón de contextos de violencia son en la mayoría de las veces espontánea, imprevisible e ilegal para el derecho internacional y la jurisprudencia nacional; a la vez, la llegada a otro espacio junto con los procesos de reterritorialización pueden ser inicialmente descoordinados por el desconocimiento de las lógicas y pautas que rigen ese nuevo espacio (Blanco y Apaolaza, 2016: 83).

Desde estas indicaciones, me referiré, en lo que ocupa esta investigación, a la movilidad humana como el proceso espacio- temporal en el que una persona o un grupo de personas dejan el o los lugares donde suceden sus vidas, el espacio en el que han construido sentido de pertenencia e identidad, para establecerse en otro que puede estar dentro de los límites del propio estado nación o fuera de sus fronteras.

¿Cómo lee la geografía humana la movilidad forzada?

El amplio desarrollo que han tenido los estudios sobre migración y desplazamiento, y muy escasamente la distinción en movilidad humana en los términos que estoy proponiendo, provienen

especialmente de disciplinas como la economía, sociología, antropología, derecho y, en menor medida, desde la geografía. Esta última, ha puesto una lectura donde predominan las ideas de traslado, movimiento o viaje a través del espacio geográfico; y, de posibilidad de estancia o permanencia en un espacio determinado (Blanco y Apaolaza, 2016: 76).

Abordar la movilidad forzada desde el lente de la geografía, en especial la geografía humana, sería a diferencia de otros estudios realizados en Colombia y México otorgarle centralidad al espacio. En la mayoría de los libros, capítulos de libros, artículos de revista, legislación y noticias de prensas revisados, el análisis que prima del desplazamiento o la movilidad forzada es desde corrientes disciplinares como la psicología, la sociología, el derecho, la economía y el trabajo social cuyos principales intereses están en abordar las causas, los efectos y las respuesta de todos los actores implicados, especialmente, desde un énfasis psicosocial o político- económico, fue escaso el material bibliográfico que hizo un acercamiento desde la geografía.

Desde esta última, el espacio se presenta dinámico y diverso no solo porque puede ocurrir en diferentes escalas, sino también, en los diferentes momentos y trayectorias del proceso. Pero, además, porque el espacio es central en nuestra experiencia humana, más allá de que en sus visiones clásicas, el espacio fuese medido, cartografiado y observado, es desde la perspectiva humanista que se estrecha el vínculo entre lo espacial y lo humano.

La contribución que puede hacer la geografía humana a la lectura y comprensión de la movilidad forzada está primeramente en poner en escena el espacio, exaltando el papel de lo territorial en lo que puede ser una perspectiva amplia de los procesos de movilidad a raíz de hechos violentos, llevando a enfatizar en la necesidad de considerar el conjunto de espacios que implica esta, es decir, aquel donde ocurren los hechos victimizantes, el de las trayectorias y donde se hace el nuevo habitar. No solamente las personas sufren cambios, también tienen cambios el espacio, los territorios y los lugares contenidos en este proceso.

La movilidad como proceso

Hasta aquí son muchas las ocasiones en las que he mencionado la movilidad como proceso, a continuación, identifiqué los elementos que sustentan esta perspectiva de análisis. Es común encontrar en la literatura de las ciencias sociales y humanas, donde se adscribe la geografía

humana, la abundancia de referencias que aluden a la noción de proceso: histórico, social, político, económico, cultural o también proceso de desarrollo, proceso de la globalización, proceso territorial, por mencionar las más recurrentes. Podría decir que este se explica muy ligeramente reconociendo que es en él, donde suceden muchas cosas simultáneamente; sin embargo, al rastrear los contenidos que sustentan o determinan qué es un proceso, empiezan a escasear las acotaciones.

Una de las primeras referencias consultadas es el diccionario de la Real Academia de la Lengua-RAE, donde al hacer la búsqueda aparecen cinco acepciones principales y cuatro relacionadas al derecho, de las que destaco: “1. m. Acción de ir hacia delante.; 3. m. Conjunto de las fases sucesivas de un fenómeno; (...) proceso en infinito: 1. m. Acción de seguir una serie de cosas que no tienen fin.” (RAE, 2018); en este sentido, rescato el asunto de la “acción” que se desarrolla, es progresiva o se transforma en el tiempo, y añadiría, en el espacio; si bien se considera la cuestión evolutiva, no se olvida de la perspectiva histórica, en este sentido, es necesario advertir que esta perspectiva para el proceso que aquí se aborda, retomaría lo que Braudel (1979) señala como el tiempo medio¹⁹, el de la coyuntura. Elegir el periodo 2000- 2017 no es una decisión casual, por el contrario, responde a una temporalidad que marca en Colombia y México unos procesos y hechos relevantes en materia de contextos, actores y acciones en términos políticos, económicos y de agudización de la violencia criminal. En relación con la movilidad, no sería el devenir de solo un acontecimiento o un hecho instantáneo, explosivo o fugaz, sino que responde a las razones por las que esta se dio, consideraría entonces la movilidad como una construcción que se da en movimiento y en el movimiento de las personas.

En segundo lugar, destaco la contribución de Horacio Bozzano (2009a, 2009b) cuando en su propuesta metodológica “*Método Territorii*” articula elementos teóricos de varias disciplinas para leer sujetos/objetos de investigación variados como: sociales, territoriales, políticos, ambientales, culturales, psicológicos, económicos, turísticos, urbanísticos, rurales, educativos, sanitarios, entre muchos otros; la tríada social de análisis relacional que propone está en identificar: procesos, territorios y actores.

¹⁹ Bien podría ser la aplicación de la larga duración a proceso de la movilidad forzada, sin embargo, por la delimitación temporal de la investigación considero que procede el tiempo medio, aunque el fenómeno puede ser leído en la larga duración.

En referencia al *proceso* el autor invita a pensar en la relación que existe entre el sistema de acciones y sistema de objetos; en su naturaleza que puede ser sociocultural, política, económica o territorial; y en el reconocimiento de que los actores, sujetos o personas inciden en ellos. La mirada en la que se hace énfasis en estas líneas es en el proceso de movilidad, donde están incluidos la organización en términos de ocupación, apropiación, valorización o fragmentación que hacen las personas inmersas en él. En términos de *territorio*, considera que este se encuentra redefiniéndose continuamente En relación con sí son reales –realidad reconocida-, vividos –se construyen desde la percepción de un sujeto en su tiempo particular-, pensados –son la instancia explicativa del porqué de los territorios-, legales –responden al deber ser del espacio, un ejemplo de ello es la jurisdicción territorial- y/o territorios posibles –instancia propositiva y deseable-, para Horacio Bozzano los lugares no existen sin actores, sus acciones, ni procesos (2009: 239). Y finalmente, frente a *los actores*, reconoce la capacidad de los sujetos en términos de desarrollar intereses, acumular recursos cognitivos y materiales, además de satisfacer necesidades, son estos los que hacen los lugares y concretan los procesos (2009: 248).

En consonancia con estos elementos, considerar la movilidad como proceso significa no verla como un asunto de acumulación lineal sino como algo que da sentido a las lógicas que despliegan distintos actores en una construcción y en un espacio tiempo particular que se relaciona, además, con las trayectorias, lógicas y tendencias (Bozzano, 2009: 224) en las que el proceso sucede, en el caso que me ocupa, el del proceso de movilidad forzada como consecuencias de un contexto de violencia criminal.

Hasta aquí la exposición vinculante de las categorías, hilazas conceptuales como lo nombro, que son articuladoras en esta tesis para entender el proceso de la movilidad forzada. Su materialización práctica se irá develando y precisando en los siguientes capítulos, especialmente el tercero y el cuarto que recogen la triangulación de saberes teóricos, de los sujetos de la experiencia y de los datos empíricos recogidos en campo.

El camino para conseguir el fin. Ruta metodológica

Ir tras las memorias de cómo los lugares son generadores de emociones, recuerdos e identidades significa explorar los sentimientos de apropiación, pertenencia y arraigo que la población con

experiencia en movilidad forzada manifiesta hacia ellos. Es una invitación a apelar desde esta experiencia, sintiente y afectuosa, de mujeres y hombres que se enfrentan o se han enfrentado a esta vivencia, las maneras que crean para establecer sus vínculos físicos, pero también simbólicos con los lugares contruidos, habitados y transitados.

Con el propósito de encontrar respuestas a la pregunta de investigación, de admitir o dimitir la hipótesis de trabajo, se definió un modelo de análisis que reúne los elementos implementados durante el trabajo de campo, es decir, que facilitaron la transición desde la teoría a la realidad, a saber: los conceptos orientadores; las dimensiones que dan cuenta de los aspectos específicos de esos conceptos que se han priorizado; las características observables; y las estrategias para recuperar la información necesaria.

A continuación se presenta el modelo de análisis que orientó este proceso:

Tabla 1. Modelos de Análisis

Categorías	Dimensiones	Observables	Estrategias de recuperación de información
1. Sentido de lugar	1.1. Geográfica	1.1.1 Lugares de memoria. 1.1.2 Valoraciones espaciales de los lugares de salida/permanencia/a sentamiento.	Técnica: Entrevistas a profundidad. Fuente: Primaria (población con experiencia en movilidad forzada en Colombia y México).
	1.2. Cultural-simbólicos	1.2.1. Procesos de apropiación. 1.2.2. Sentimientos de pertenencia. 1.2.3. Vínculos afectivos con el lugar.	Técnica: Entrevistas semi estructurada.
	1.3. Social	1.3.1. Relaciones vecinales. 1.3.2. Redes sociales. 1.3.3. Prácticas que se realizaron o/y se realizan en el lugar. 1.3.4. Actividades socioeconómicas, culturales, comunitarias.	Fuente: Primaria, personas del sector: académico, gubernamental que trabajen el tema de la movilidad forzada.
	1.4. Política	1.4.1. Acciones que condicionan la permanencia o la movilidad.	Técnica: Cartografía personal. Fuente: Primaria (población con experiencia en

		1.4.2. Acciones de proyección de la vida con respecto al lugar.	movilidad forzada en Colombia y México).
2. Territorialidad	2.1. Geográfica	2.1.1. Vinculación funcional al lugar: Acceso a servicios, educación, salud, vivienda, trabajo, etc. 2.1.2. Factores y condiciones geográficas para permanecer.	Técnica: Consulta de archivo. Fuente: Prensa, investigaciones, informes gubernamentales o institucionales, censos de población.
	2.2. Política	2.2.1. Acciones para permanecer en el territorio. 2.2.2. Formas de articulación al territorio. 2.2.3. Acciones para la sobrevivencia.	Técnica: Entrevistas a profundidad. Fuente: Primaria (población con experiencia en movilidad forzada en Colombia y México).
	2.3. Económica	2.3.1. Condiciones económicas y de sostenibilidad. - Acceso a vivienda - Acceso a trabajo - Nivel de ingresos	Técnica: Entrevistas semi estructurada. Fuente: Primaria, personas del sector: académico, gubernamental que trabajen el tema de la movilidad forzada.
	2.4. Social	2.4.1. Condiciones sociales para permanecer en el territorio.	Técnica: Cartografía personal Fuente: Primaria (población con experiencia en movilidad forzada en Colombia y México).
3. Movilidad forzada	3.1. Geográfica	3.1.1. Datos estadísticos de población. 3.1.2. Trayectorias: - Lugares de origen, tránsito y asentamiento o re-movilidad. - Itinerarios del desplazamiento. - Duración de la estancia.	Técnica: Consulta de archivo Fuente: Censos de población y estadísticas institucionales. Técnica: Entrevistas a profundidad
	3.2. Social	3.2.1. Capital social. 3.2.2. Redes	Fuente: Primaria (población con experiencia en
	3.3. Políticas	3.3.1. Marcos normativos.	movilidad forzada

		3.3.2. Acciones de reivindicación de ciudadanía y el reconocimiento como sujetos de derecho. 3.3.3. Agentes/ actores que facilitan o impiden la movilidad.	en Colombia y México). Técnica: Recorridos de área. Fuente: Población con experiencia en movilidad forzada en Colombia y México.
	3.4. Económicas	3.4.1. Identificación de pérdidas (bienes materiales). 3.4.2. Estrategias económicas para permanecer.	Técnica: Entrevistas a profundidad. Fuente: Primaria (población con experiencia en movilidad humana en Colombia y México).
	3.5. Familiar	3.5.1. Reorganización familiar: - Cambios - Permanencias - Roles	Técnica: Entrevistas a profundidad. Fuente: Primaria (población con experiencia en movilidad forzada en Colombia y México).

Fuente: Elaboración propia, 2017.

La investigación se fundamenta desde el enfoque cualitativo posibilitado por los aportes de la etnografía multisituada. Dando valor a la(s) realidad(es) de la población en situación de movilidad forzada alrededor de sus sentidos de lugar y las territorialidades que (re) construyen desde la experiencia del proceso, esto es: la permanencia, salida, tránsitos, asentamiento o retorno.

La etnografía multisituada²⁰ permitió superar la estancia del trabajo de campo en un solo espacio para considerar la experiencia de la movilidad a partir de sus “multiplicidades espaciales” en donde se incluyen sujetos, objetos y procesos de territorialidad. Una de las ventajas de elegir este método residió “en la posibilidad de adaptación de las necesidades de trabajo de campo a las características de las poblaciones de estudio” (Dumont, 2012: 75):

La investigación multisituada está construida alrededor de cadenas, caminos, hilos, conjunciones, o yuxtaposiciones de lugares en los cuales el etnógrafo establece formas de presencia literal o física,

²⁰ “Marcus formaliza el método multisituado según una perspectiva peculiar de construcción de un orden social más amplio, entre sistema mundial, nivel macro y globalización con el fin de sobrepasar las dicotomías clásicas establecidas de las formas convencionales [de los métodos de investigación]” (Dumont, 2012: 73).

con una lógica explícita y situada de asociaciones o de conexiones entre los sitios que, de hecho, define el argumento de la etnografía (Marcus, 1995 citado por Dumont, 2012: 74).

Este método también llamado multilocal o multilocalizado, ha sido en el contexto de la movilidad humana relevante. Su especialidad radica en situar la atención en las conexiones, asociaciones y relaciones entre espacios y los sujetos. Ello implica una etnografía móvil, itinerante que permite captar estas relaciones (Marcus, 2001: 111). El interés en esta oportunidad se centró en la experiencia con el territorio más no en la explicación causal del fenómeno de la movilidad, por ello se hizo importante el análisis relacional entre la población en movimiento, los contextos sociohistóricos, los relatos del espacio y los ritmos sociales.

La elección de este método se acompañó de técnicas de recolección de información pertinentes como:

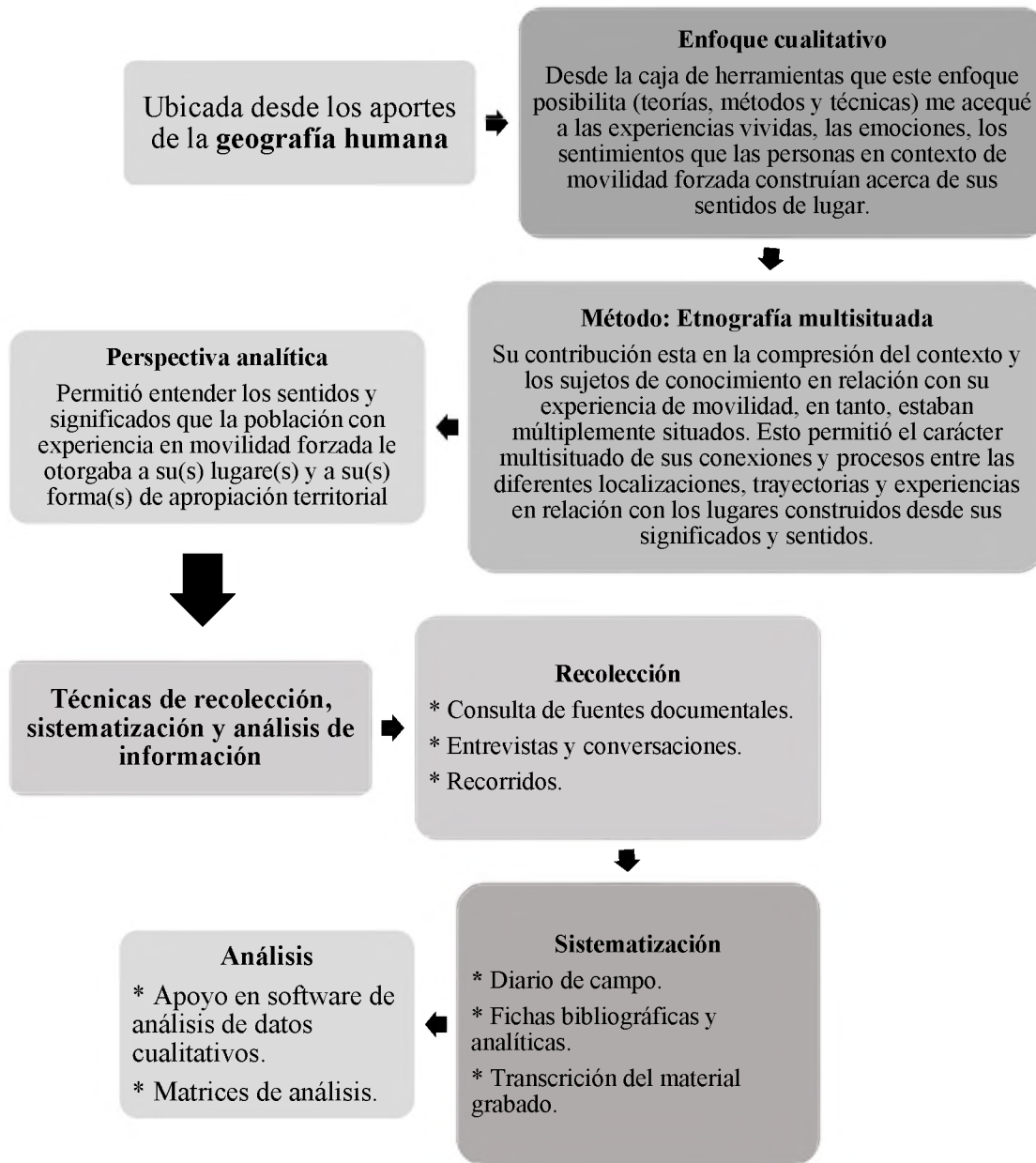
- *Entrevistas*: en dos modalidades la primera se refiere a la entrevista a profundidad, permitiendo construir relatos biográficos para recuperar las memorias sobre la forma como la población en movimiento ha hilado su historia de movilidad con relación a cómo han construido sentidos de lugar, pertenencia y arraigo donde actualmente habitan, la apropiación simbólica del espacio que realizan y la influencia de estos procesos en su inserción social en el territorio. Y la segunda, la entrevista semiestructurada con la que se buscó conocer desde las voces de personas con experiencia en el tema desde la academia o lo gubernamental la percepción y conocimiento que tienen sobre la movilidad forzada en contexto de violencia criminal.
- *Líneas espaciotemporales*: De acuerdo con las narrativas de la población y el recuento de sus experiencias de movilidad forzada y el retorno, se identificaron secuencialmente los eventos que marcan un antes y un después en relación con el sentido de lugar de la población en una dimensión espaciotemporal.
- *Recorridos*: Se propuso como ejercicio andar por los lugares que fueron significados y representados por la población, fue un reconocimiento de nuevo por el lugar, este caminar se hizo desde el compartir esos recuerdos y relatos que evocan los sentidos de lugar.

Paralelo a este ejercicio, y no menos importante, hice una revisión documental (libros, revistas, tesis y prensa) posibilitando el acercamiento a otras autoras y autores, en tanto, sus enfoques teóricos y metodológicos, además, de sus aportes en relación con el tema de interés. Por último,

lleve a cabo el proceso de sistematización y análisis de información cualitativa desde el uso de herramientas que facilitaron la codificación de información.

El siguiente diagrama, resume la forma como se representó la ruta metodológica para cartografiar los sentidos de lugar de la población en contextos de movilidad forzada:

Diagrama 1. Ruta metodológica



Fuente: Elaboración propia, 2017.

Finalmente, el recorrido de este primer capítulo pone de manifiesto los marcos orientadores que se entrelazan para develar las transformaciones del sentido de lugar en el proceso de movilidad forzada y lo que subyace a raíz de ellas en la dimensión territorial, especialmente en las reconfiguraciones espaciales de lo que se reconoce y nombra como territorialización, desterritorialización y reterritorialización- TDR desde un contexto de violencia criminal. A

continuación, el capítulo II y III hacen un reconocimiento de los elementos que componen lo que he denominado contexto de violencia criminal y de aquellos que denotan la conformación espacial y las transformaciones del territorio en Apatzingán y Granada.

Antes prosperidad, luego todo se fue diluyendo



Granada

Apatzingán

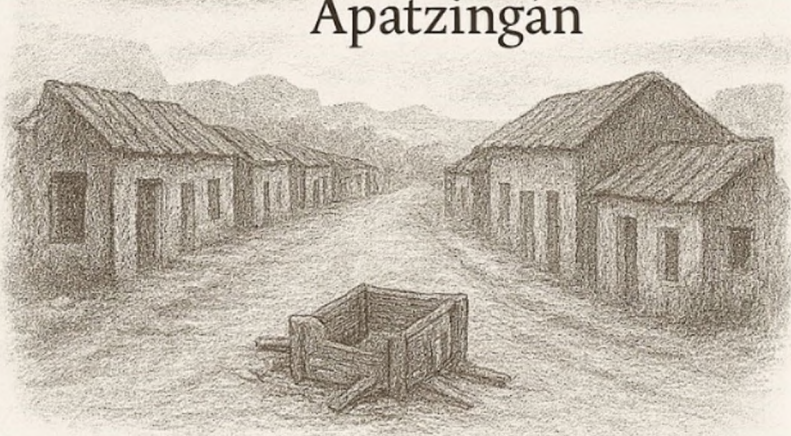
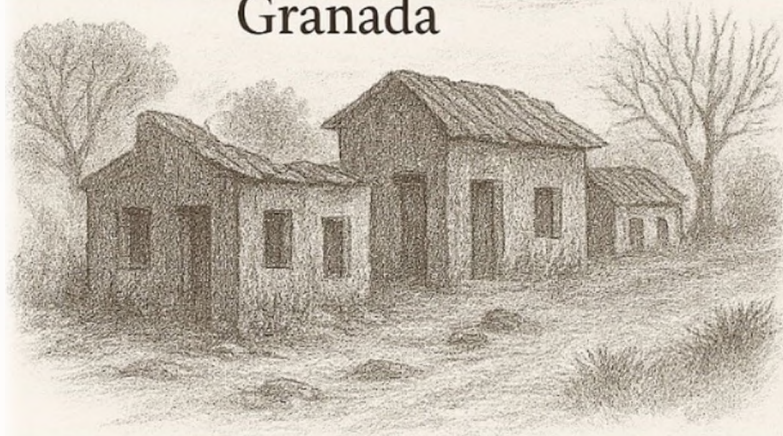


Ilustración 2: Antes prosperidad, luego todo se fue diluyendo.
Ilustración tipo boceto realizada con apoyo de Copilot, basada en representaciones simbólicas del título de este capítulo.

CAPÍTULO II. ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN GRANADA Y APATZINGÁN. “Antes prosperidad, luego todo se fue diluyendo”.

Introducción

Ir tras las huellas del sentido de lugar que tiene la población que se mueve a raíz de los contextos de violencia criminal vividos, en especial, en los municipios de Granada (Antioquia, Colombia) y Apatzingán (Michoacán, México), permite identificar algunos elementos de su devenir histórico y de su conformación socioespacial que, si bien, responden a unas lógicas y realidades particulares a escala local, también guardan relación con configuraciones más amplias de lo nacional e internacional.

Intentar establecer estos vínculos socioespaciales es reconocer que ellos inciden en todas las dimensiones de la vida humana. Sin embargo, en esta investigación la dimensión espacial tiene mayor importancia en su relación con el proceso de movilidad forzada en contextos de violencia criminal, en este caso, el proceso de movilidad es la bisagra que permite acercarse a una realidad compartida entre quienes habitan estos dos municipios.

Ambos municipios en su devenir actual y no ajenos a las dinámicas cada vez más globalizadas, han sido testigos de cómo la movilidad forzada ha irrumpido sus dinámicas cotidianas, problematizando y redefiniendo las nociones de espacio, territorio y sentido de lugar en sus poblaciones. En Granada y Apatzingán, este proceso ha superado la mirada uniespacial, porque las trayectorias que emprenden quienes por decisión o coacción se han movido muestran múltiples espacialidades y territorialidades que no solo están en lo translocal o transregional, sino también en lo transnacional. Esto da lugar a una movilidad de carácter plural en la que se producen nuevas experiencias y subjetividades tanto de quienes se mueven como en quienes deciden no hacerlo, sumado a los cambios en el espacio y la forma como este se valora.

La organización del capítulo comprende dos momentos. El primer momento, *Génesis. devenir histórico*. Hace una aproximación a la conformación socioespacial de los dos municipios elegidos y las dinámicas que llevaron a la expresión de desarrollo, especialmente de carácter económico, respondiendo a procesos de globalización que dieron cuenta de las transformaciones territoriales, los actores y las acciones que sobrevinieron en la población y el territorio que hace parte de un espacio geoestratégico disputado.

El segundo momento: *La organización del espacio* da cuenta de las transformaciones que llevaron a que en Granada y Apatzingán se hicieran visibles cuatro formas de esta organización: la producción agrícola, las políticas de desarrollo, la disputa y el control y el de la violencia

criminal. Desde estos contenidos se justifica la elección de los dos casos en los que la movilidad forzada entrevé características compartidas que no desconocen sus singularidades a razón de los marcos temporales en las que esta sucede y las dimensiones políticas en referencia a su contexto particular de violencia. La secuencia narrativa proporciona elementos que llevan a identificar a escala local el proceso de movilidad forzada, los territorios y los actores, permitiendo conocer las lógicas desplegadas en el contexto de violencia y la transformación que de ella subyace en su relación con los lugares, aquellos a los que la población les imputa un particular sentido de pertenencia e identidad.

1. Génesis. Devenir histórico

Granada y Apatzingán son dos municipios separados por 3.271 kilómetros, pero más allá de este elemento importante para la geografía física, hay unos aspectos geopolíticos²¹ y geoestratégicos relacionados con sus procesos históricos y transformaciones en el tiempo y en el espacio, que han venido redefiniendo y configurándolos. Como aspectos geopolíticos se destacan a nivel espacial su posición, recursos y extensión; y, a nivel social, lo poblacional e institucional. Respecto a lo geoestratégico, se reconoce la influencia que diversos actores en términos de interés, dominio e influencia han dado a su situación geográfica, cercana a océanos o ríos, centros de poder, además de importantes vías de comunicación.

Si bien, se reconoce que ambos municipios han sido producto desde sus primeras etapas de formación de una construcción que responde a transformaciones propiciadas por la conquista y la colonización, así como de procesos de revolución y definición de Estado- nación a los que asistieron Colombia y México, lo que interesa subrayar desde el punto de vista histórico es la existencia de un modelo²² impuesto desde principios del siglo XX con los procesos de “modernización” e industrialización que caracteriza a ambos estados en vía de desarrollo; y luego, desde estas bases construidas, la emergencia de un modelo neoliberal que responde a las demandas de un mercado transnacional y global en el que la movilidad forzada tiene su expresión más evidente.

²¹ La geopolítica, según Friedrich Ratzel, se produce por la interacción de tres factores que son la geografía, la historia y la política (Mattos, 2002: 18).

²² Hablo de modelo más que de proyecto, porque el primero responde a una imposición que no permite “ser parte de”, es decir, que no tiene acceso a la idea de participación, como sí sería la idea de proyecto en dónde se busca un pluralismo participativo (Buela, 2011).

En la montaña Granada y en el valle Apatzingán

diversidad climática, la variedad de suelos, de especies en flora y fauna, y sus potenciales hídricos y minerales en general (Jaramillo, 2007; Marulanda, 2000). De hecho, la valoración geoestratégica de Granada se debe, además, porque está ubicado en un punto intermedio que conecta la subregión del altiplano con las subregiones de bosques y embalses del oriente antioqueño.

El relieve granadino, por su localización en la cordillera central, es mayoritariamente montañoso. Se divide en cinco cadenas de montañas que dan origen y sirven de cauce a los ríos Calderas, Tafetanes y San Matías, afluentes principales para la producción energética en el país²⁴. Al poseer variedad de pisos térmicos que van desde los 13°C hasta los 25°C y alturas hasta los 2.600 msnm, se favorece el desarrollo de una amplia producción agrícola que en el pasado llevó a que Granada fuera reconocida en la subregión del Oriente antioqueño como una reserva agrícola

²⁴ La generación hidroeléctrica de esta subregión depende de seis embalses, dieciocho pequeñas centrales eléctricas y cinco centrales hidroeléctricas (Playas, Guatapé, San Carlos Jaguas y Calderas) que aportan el 20% de la energía a nivel nacional y el 54.1% del total departamental (Cornare; WWF; Fundación Natura, 2017: 67).

y de provisión de agua. Este reconocimiento, se debe a las transformaciones de la región a partir de las demandas del mercado nacional e internacional, especialmente, con la puesta en marcha de un complejo y amplio sistema de infraestructura hidráulica en el que están implicados siete de los 23 municipios de la Región, entre ellos Granada.

Las primeras referencias de la región se hacen en el periodo de la Conquista, entre 1540 y 1560, cuando se incorpora la jurisdicción a los dominios de la Corona Española. En el periodo del Virrey Manuel Guirior y el oidor - visitador Juan Antonio Mon y Velarde (1785) se inició, no solamente en el Oriente antioqueño sino en toda la provincia de Antioquia, la redistribución de la tierra en cumplimiento de la regla de morada y labor²⁵, como una de las estrategias para ocupar tierras y producirlas y, posteriormente, ser utilizadas por los pioneros de la colonización antioqueña²⁶ (1820- 1880), quienes

se apropiaban de las tierras y hacían de regiones inexploradas lugares propicios para la vida y el progreso. Este proceso fue nombrado como la “lucha del hacha contra el papel sellado” pues por la vía de hecho se lograba modificar titulaciones de tierra establecidas por cédulas reales, jueces de la república y corte suprema que se ponían del lado del latifundista (Pérez, 2010: 10).

Este es el primer acontecimiento que marca una referencia a la fundación de pueblos y poblados. Es así como en 1814, Granada aparece como un paraje ubicado en el sector conocido como Vahos, adjunto a la jurisdicción administrativa y eclesial del Municipio de Marinilla, solo es hasta 1903 que se reconoce como municipio a través de un acto legislativo de la Asamblea de Antioquia (Alcaldía de Granada, 2000: 10).

Desde los años de la colonización antioqueña, la economía granadina se caracterizó por poseer una vocación agrícola aunada a la actividad comercial, especialmente de café y caña, seguida de la producción de tomate, pepino, plátano, maíz y frijol. Este apogeo que jalonó el desarrollo agrícola y social del municipio duró hasta finales de la década del noventa del siglo XX, cuando debido a la confrontación armada y la consecuente movilidad forzada de la población, decayó considerablemente. Aunque su estructura agraria sigue aún vigente, se caracteriza por dos rasgos

²⁵ Esta regla hacía parte de la reforma agraria de Felipe II (1591) que consistió en exigir a los conquistadores y colonos el “cumplimiento diáfano de ocupar personalmente las tierras y hacerla producir (...) “la tierra para quien la trabaja” (Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas; Instituto Nacional de Transformación Agraria, 1976: 137).

²⁶ La colonización antioqueña es uno de los movimientos internos de la población de mayor significación en Colombia que entre finales de siglo XVIII y XIX llevó al poblamiento del sur de Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío, norte del Tolima, norte del Valle del Cauca, Chocó y otras regiones de Colombia. Este proceso integró a la economía del país miles de hectáreas de tierra que durante siglos habían permanecido inexploradas y despobladas. Ver al respecto: Parsons, 1961; Jaramillo, 1991; Morales, 1997; Escobar, 2004; Londoño, 2006; Mejía, 2007.

principales: el predominio del minifundio o pequeñas parcelas con base en el trabajo familiar y la ausencia de procesos de tecnificación del campo (INER, 1990: 38).

El segundo acontecimiento importante para el devenir granadino se identifica a partir de los años sesenta del siglo XX, cuando la región es epicentro de significativos proyectos de modernización e industrialización. En este periodo se inició la construcción de los complejos hídricos²⁷, la autopista Medellín- Bogotá y el Aeropuerto Internacional José María Córdoba, aunado a la activación de la red de caminos y carreteras terciarias que comunican con otros departamentos. En el caso de Granada su ubicación geográfica es estratégica al estar a quince minutos de la autopista, a cuarenta minutos del aeropuerto y en comunicación, por una de sus vías terciarias, con la región del Magdalena Medio.

Estos desarrollos contribuyeron a: 1) el flujo de mercancías y a la comercialización agrícola con una importante disminución de los costos de transporte en la escala regional, departamental y nacional; 2) ser parte importante del enclave de producción hídrica del sistema San Carlos - Jaguas – Calderas; y 3) a partir de la habilitación de esta infraestructura, especialmente del aeropuerto y de la autopista, varias empresas trasladaron sus núcleos industriales a la región y a la creación de otras²⁸. No obstante, se produjeron una serie de efectos negativos, entre ellos los dos más nefastos por sus consecuencias en la población y el territorio: en primer lugar, la afectación de la producción agrícola minifundista, tanto por la construcción de las presas hidroeléctricas como por la inundación de los territorios para la producción de energía. Lo que generó el desalojo y la reubicación de la población en otros espacios ajenos a su vida diaria, así como el cambio de sus actividades laborales. Por este motivo, especialmente la población de la subregión Aguas, se organizó entre 1982 hasta finales de la década del noventa en un Movimiento Cívico²⁹ que ganó fuerza en todo el Oriente antioqueño al reclamar y exigir a las autoridades estatales “indemnizaciones, compensaciones, reubicaciones y planes de mitigación por los perjuicios causados, al igual que participación en los espacios donde se tomaban las determinaciones sobre

²⁷ El Complejo Hidroeléctrico del Oriente Antioqueño -CHOA- está integrado por cinco centrales hidroeléctricas: 1) El Peñol en los municipios de El Peñol y Guatapé; 2) Jaguas en el municipio de San Rafael; Playas y San Carlos en el municipio de San Carlos; y Calderas en el municipio de Granada.

²⁸ Según la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia-CCMA, en 2017 existen en la Región un total de 14 319 empresas, ubicándola en la segunda mayor en el Departamento de Antioquia (CCMA, [2017]: 21).

²⁹ Los municipios que empezaron a manifestarse fueron El Peñol- Guatapé, seguido de San Carlos.

la destinación de los recursos públicos” (Olaya, 2017: 131), lo que llevó a los líderes del movimiento a ser blanco de acciones militares.

El otro asunto que trajo efectos en la población y el territorio se relaciona con el carácter geoestratégico de la región. Como se hizo una importante inversión de capital público y privado para la explotación energética y minera, el territorio granadino tuvo una reorientación productiva que condujo a un cambio en el uso del suelo y a la interrupción del uso agrícola de la tierra por parte de la población campesina inmersa, involuntariamente, en estas condiciones. Esto conllevó a que una diversidad de actores legales (entes gubernamentales, grupos económicos, agencias internacionales, fuerzas militares) e ilegales (guerrillas en los años ochenta y paramilitares en los noventa) iniciaran entre 1988 y 2005 una disputa violenta por los recursos y por el dominio del territorio, considerado como un corredor para su tránsito y permanencia, tráfico de armas y movilización de combatientes o rehenes³⁰.

La confrontación entre estos actores es el tercer acontecimiento para resaltar en el proceso geohistórico de Granada. Aquello que se presentó o devino como progreso en términos de desarrollo y economía, se convirtió gradualmente en un arma de doble filo, en tanto evidenció una serie de condiciones desiguales entre el capital que se extendió y consolidó en el territorio por los réditos generados en su inversión, y la población local, que debió enfrentar cambios en sus prácticas cotidianas al ser testigo, no solo de la capacidad instalada para el desarrollo de las obras, especialmente para las presas (maquinaria pesada y el ejército de obreros), sino también de los actores armados que, además de aprovechar la ubicación geoestratégica del territorio iniciaron una serie de estrategias bélicas³¹ y hechos victimizantes³² que afectaron principalmente a la sociedad civil.

³⁰ Este periodo es una delimitación propia a partir de lectura de las referencias primarias y las fuentes secundarias de información en las que se apela a 1988 como el año en que se inició la persecución a los líderes del Movimiento Cívico y luego entre los años noventa e inicios del 2000 a la confrontación bélica más álgida entre guerrillas, paramilitares y Ejército. En el caso de Granada, hasta el 2005 se presentaron acciones bélicas de los actores armados en el territorio.

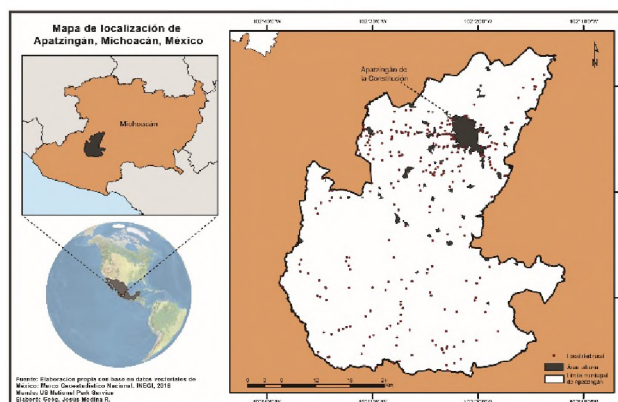
³¹ Entre las estrategias bélicas se incluyen: hostigamientos o enfrentamientos, asaltos, emboscadas, minas antipersona, bloqueos con vehículos o de viveres, ataque a objetivos militares, bombardeos, ametrallamiento, voladuras de infraestructura, trampas explosivas (casas bomba, carros, cadáver bomba), retenes y retención ilegal de personas lo que comúnmente se conoce como secuestro.

³² Son hechos victimizantes: movilidad o inmovilidad forzada, ejecuciones extrajudiciales, desaparición forzada, tortura, asesinatos, violencia sexual, masacres, secuestro, reclutamiento, minas antipersona, despojo, extorsión o cobro de piso, saqueo y destrucción de bienes de la población, amenazas o señalamiento.

Uno de los efectos que reviste importancia en este caso, tuvo incidencia en la tasa de crecimiento demográfico. En 1985³³ Granada tuvo aproximadamente 19 915 habitantes, sin embargo, entre 1986 y 2016 su población se vio disminuida en un 85% y, de acuerdo con cifras oficiales, un total de 11 554³⁴ personas se vieron obligadas a tomar la decisión de moverse de sus lugares de origen, la mayoría de ellas habitantes de la zona rural (CNMH, 2016:137).

En el caso de Apatzingán, este es un valle que se localiza al sureste del Estado de Michoacán (México), hace parte de la Región de Tierra Caliente³⁵ y la Cuenca Hidrológica de Tepalcatepec, bordeado además por la Sierra Madre del Sur. Su riqueza natural llevó a que se construyeran dos grandes presas: Los Olivos y la Constitución de Apatzingán que distribuye energía no solo a Michoacán, sino a otros tres estados: Jalisco, Querétaro y Colima. Esta planicie es interrumpida por varias colinas en las que se localizan los municipios de Apatzingán, Buenavista, Churumuco, Francisco Múgica también llamado Nueva Italia, Gabriel Zamora, La Huacana, Parácuaro y Tepalcatepec.

Mapa 2. Localización Apatzingán, Michoacán, México



La cuenca comprende 18 mil kilómetros de extensión, con alturas entre los 200 a los 1800 msnm. y solo a 200 kilómetros está el océano Pacífico. La superficie de este valle alberga un conjunto de caudales de agua, suelos fértiles, temperaturas que oscilan entre los 16°C y los 39°C con predominio de climas semiárido cálido y semiárido templado, lo que facilita las actividades agrícolas y pecuarias. Aunque esta última “bondad” solo fue reconocida en la década de los años 40 del siglo XX, luego de la Gran Depresión Mundial, cuando se iniciaron a nivel de república una serie de estrategias para impulsar la economía en esta región.

³³ Cifra suministra en el censo de 1985 del Departamento Administrativo Nacional de Estadística- DANE.

³⁴ Este dato solo hace referencia a las cifras registradas oficialmente. De hecho, se estima que hay un subregistro y el número se puede duplicar a nivel nacional.

³⁵ Esta región se divide en dos zonas la parte del suroeste del lado de Apatzingán y la zona sureste en el municipio de Huetamo. Además, abarca parte del sureste de Michoacán, el noreste de Guerrero y algunos pueblos colindantes del Estado de México.

Antes que los intereses económicos pusieran los ojos en esta región, según el historiador Luis González (2001), Tierra Caliente era reconocida en el decir popular como la Última Tule o Fondillo del mundo, porque además de ser un territorio apartado, era inaccesible (p. 17). Aproximadamente en 1523: “Los caballeros españoles, gente de montaña y de clima frío, ansiosa de poder y riqueza sonante, encontraron muy poco grata la Tierra Caliente, sin minas de metales preciosos y casi sin pobladores” (González y González, 2001: 25).

Unos años después, avanzado el siglo XVI, los encomenderos, los corregidores y los frailes consideraban a los indígenas terracalidenses como “obtusos, inquietos, insubordinados, ebrios, traidores, holgazanes, inclinados a la lujuria más desenfrenada, tahúres, ignorantes y supersticiosos” (González y González, 2001: 28).

En el caso de Tierra Caliente pueden identificarse cuatro acontecimientos claves. El primero, data de 1810, cuando Miguel Hidalgo quien presidía el ejército insurgente, delega a José María Morelos, cura en Churumuco y La Huacana, para que recorriera y ganara la lucha por la independencia en las tierras del sur de Michoacán. Una vez logrado este propósito, se expidió el 22 de octubre de 1814 la primera Constitución Nacional.

El segundo evento sucedió a mitad del siglo XIX cuando Benito Juárez, motivado por la idea de la modernización y el progreso, promovió la inmigración –especialmente europea- para incrementar la mano de obra calificada en el sector agropecuario y la ampliación de la frontera agrícola. Es así como se destaca la presencia de inmigrantes italianos, especialmente se destaca la familia de Dante Cusi, quienes comenzaron a cultivar productos de alta demanda en el mercado, como: el arroz, la extracción del aceite de limón, además de pasto para la extensión ganadera. Aunque, hubo problemas con relación a la escasez de braceros, vías de comunicación y de transporte, estos fueron superados y la región empezó a evidenciar los primeros momentos del proceso de industrialización con la creación de molinos de arroz y maíz, desgranadoras, fábricas de hielo y máquinas de extracción de aceite de limón. Así, en las primeras décadas del siglo XX se consolidó este proceso en la región (González y González, 2001: 31, 34, 36, 37).

El tercer evento inició en 1929 con el general Lázaro Cárdenas, cuando emprendió la nueva revolución conocida como el agrarismo nacionalista, que descartó la migración extranjera para impulsar la región y produjo la ejidización de las tierras. Bajo este nuevo régimen, los Cusi fueron expropiados de sus haciendas, posteriormente convertidas en posesiones colectivas. Inmerso en

esta dinámica, 1947 fue un año crucial para la región terracalienteña con la puesta en marcha del Proyecto de Desarrollo Integral de la Comisión de Tepalcatepec, para impulsar el desarrollo económico nacional y regional a partir de la definición de cuencas hidrográficas y la ampliación del sistema de riego destinado a la producción agrícola e industrial; el mejoramiento del sistema vial y de transporte; el impulso a la educación; la adecuación y el mejoramiento del servicio de salud y la implementación de servicios públicos –agua potable, energía eléctrica y vivienda– (González y González, 2001: 45; Maldonado, 2010: 89 y 90).

Entre 1940 y 1970, el impulso de forjar el progreso nacional con base en el desarrollo de las regiones, como fue el caso de Tierra Caliente, permitió la modernización en el campo y sus sistemas agrícolas. No obstante, este proceso paulatinamente fue “absorbido por una economía comercial de tipo transnacional (...) [lo que llevó a una serie de] presiones de intereses particulares nacionales o transnacionales por usufructuar los recursos naturales, convirtiendo la agricultura en un campo contencioso de lucha.” (Maldonado, 2010: 116). El auge comercial del algodón, el limón y el melón, dejó al descubierto que la infraestructura y el apoyo crediticio de la banca nacional, junto con las relaciones comerciales fueron, mayoritariamente, aprovechadas por los grandes capitales. Estas circunstancias llevaron prontamente a la expresión de conflictos agrarios con relación al uso, control y tenencia de la tierra.

El aislamiento y el relativo despoblamiento de la región, fue “disimulándose” poco a poco a la vista del vertiginoso modelo de desarrollo agroexportador. La necesidad de mano de obra hizo que los hacendados promovieran la movilidad laboral con jornaleros agrícolas de otras regiones dentro y fuera de Michoacán. Sin embargo, lo que fue una exitosa gestión, desató con el tiempo entre los nuevos y antiguos pobladores insatisfacción y descontento por las condiciones socioeconómicas que los amparaban e iniciaron una serie de luchas que culminaron en una oleada sindical (Angón, 2001: 269). Mientras unos pugnaron por un usufructo agrícola y formas de democracia rural que respondieran a las necesidades de ejidatarios, pequeños propietarios y trabajadores agrícolas, otros buscaron liberalizar sus tierras con el fin de rentarlas o venderlas a las grandes agroindustrias. Estas circunstancias llevaron, a lo largo de los años sesenta, a protagonizar una serie de conflictos agrarios entre grupos de ejidatarios, trabajadores y solicitantes de tierra con terratenientes y neolatifundistas a los que se integraron además los aparatos judicial, político y agrario a nivel estatal con la judicialización de la protesta rural. Este proceso finalizó con la expropiación y el reparto agrario, aunque en algunos casos la resolución favorable a los

ejidatarios reclamantes llegó ad- portas del siglo XXI como ocurrió con los ejidos San Juan de los Plátanos o California entre 1994 y 1998, respectivamente (Angón, 2001: 269; Maldonado, 2010: 177, 188, 233).

El cuarto evento hace referencia a la presencia de actores armados. Aunque con la puesta en marcha la Comisión Tepalcatepec se procuró, entre otros, el desarrollo del sistema vial y la conexión significativa en términos comerciales e industriales con la Cuenca del Pacífico a través de la inauguración del Puerto Lázaro Cárdenas en 1973, veintiséis años después esto también significó la agudización de la violencia producida por el narcotráfico debido a: 1) el control de puntos estratégicos en términos económicos y de recursos, por ejemplo, se rescata el valor que tiene la Sierra Madre del Sur como territorio productivo de cultivos ilícitos y como corredor de comercialización que llega hasta el Puerto; 2) la comunicación establecida entre lo marítimo y lo terrestre para la entrada y salida de armas y de productos derivados de la economía ilegal, y 3) la disputa por ejercer la hegemonía territorial.

Los elementos identificados dan cuenta someramente de cómo se ha conformado la identidad geohistórica de los municipios de Granada y Apatzingán. En ambos se destaca un cambio fundamental a partir de la implementación de proyectos de desarrollo, que irrumpieron en el devenir socioespacial de una población dedicada especialmente a las actividades agrícolas minifundistas. Además de los cambios en las actividades económicas y en el uso de la tierra, esto trajo como consecuencia ser un blanco en las disputas generadas entre diferentes actores, muchos de los cuales se valieron de la violencia como estrategia predilecta para alcanzar su fin: el dominio de un territorio geoestratégico. Lo anterior, a su vez, conllevó a la movilidad forzada de una parte de la población, o a la elección de quedarse, llevándolos a reconfigurar aquellos lazos subjetivos de identidad y afecto existente entre las personas y sus espacios hechos lugar.

2. La organización del espacio granadino y apatzinguense

En consonancia con los eventos anteriormente mencionados, en la literatura revisada³⁶ y las narrativas de la población fue posible identificar entre el periodo de 1940- 2017³⁷ cuatro formas

³⁶ En el caso de Granada y la región del oriente antioqueño se destacan las siguientes instituciones: Alcaldía de Granada, 2000, 2009, 2012; CNMH, 2016; Cornare; WWF; Fundación Natura, 2017; INER, 1990; Jaramillo, 2007; Marulanda, 2000; Uribe, 2001; Para Apatzingán: González, 2001; Maldonado 2010, 2013; Guerra, 2017.

³⁷ Aunque se reconoce que hubo cambios significativos en las forma de ocupación y apropiación en el dominio espacial de estos dos municipios debido a los grupos colonizadores indígenas y de españoles: los procesos de revolución; las

de organización del espacio: el espacio de la producción agrícola, el espacio de las políticas de desarrollo, el espacio de la disputa y control y, finalmente, el espacio de la violencia criminal. Éstas respondieron principalmente a dimensiones políticas y económicas, que produjeron en la población granadina y apatzinguense unas formas de vivir y experimentar el espacio, pero también tuvieron efectos en los territorios que se fueron transformando a raíz de los procesos de apropiación y dominio de los múltiples actores.

El espacio de la producción agrícola

Esta tierra es muy rica, pero hablo de la riqueza de la tierra, del suelo, porque todo lo que uno siembra pelecha, si quiere maíz da maíz, que, si caña también hay caña, que tomate también se le tiene, frutas y verduras ni que decir, pues, de todo y esa riqueza es una bendición que ha estado desde tiempos que ni mi abuelo le tocó vivir (Hombre, Conversación grupal 2, 27Abr2017).

La diversidad y la capacidad productiva agrícola de los suelos es una bondad que comparten, por más de medio siglo, Granada y Apatzingán, así como la vocación ganadera (con mayor presencia en Apatzingán). No obstante, ambas localidades se diferencian por las condiciones de su relieve que permiten la apropiación y el uso diferenciado del suelo. En Granada, las pendientes de la montaña se disponen en surcos transversales que muestran, de lado a lado, un abanico de colores por la variedad de sembradíos que van desde lo que es la germinación hasta la maduración de los cultivos, en especial, de café, caña de azúcar, frijol, maíz, árboles frutales (tomate de árbol, lulo, granadilla, mora, aguacate) y hortalizas; en el caso de Apatzingán, en el valle o pie de monte, predominan los suelos de color pardo o pardo rojizo aptos para sembrar mango, limón, papaya, plátano, melón, pepino, arroz, maíz y frijol.

Las prácticas sociales le otorgan sentido y contenido al espacio físico y, por este motivo, es pertinente resaltar que este primer espacio de la agricultura campesina se construyó por las relaciones familiares y comunales, la disposición y el uso de la tierra -especialmente para los cultivos- y la instalación/creación de materialidades (fincas/ranchos, cercas en piedras o en malla, pozos de agua, carreteras destapadas o de terracería como se llama en México).

migraciones deseadas –principalmente de blancos europeos o lo que se reconoce como políticas de blanqueamiento, el periodo elegido es el más cercano para explicar la relación entre políticas de desarrollo y emergencia de disputas territoriales a través del uso de la violencia.

La actividad agrícola estaba definida por la mano de obra familiar disponible -unidad doméstica-, porque la contratación de trabajadores externos era escasa, y si se hacía, se recurría principalmente a los vecinos, conformando un grupo “solidario” de trabajo que, con el devenir de los años, forjó redes de relaciones vecinales de cooperación y solidaridad como las juntas de acción comunal en Granada- o las comunidades agrarias o asambleas ejidales en Apatzingán. Lo poco o mucho que se producía se vendía primero en la cabecera municipal y en las otras poblaciones de la región, y la otra parte era destinada al autoconsumo.

Ahora bien, más allá de la posesión legal o ilegal de la tierra, las personas establecieron un vínculo con ella que, en muchas ocasiones, pasaba de generación en generación, como se hizo evidente en el siguiente testimonio:

En las historias de mi abuelo siempre estaba que además de la familia, había otra familia grande que eran los vecinos, la familia estaba regada en esta vereda – ahora quedamos muy poquitos después de lo que pasó-, el trabajador era de la familia, eso daba pa’ la comidita y pa’ los gastos de la familia. Los vecinos siempre fueron apoyo, a veces solo pa’ compartir una aguapanala, pa’ una necesidad o pa’ colaborar en tiempo de cosecha, ahora eso ya no se ve. El terruño, como se le dice por acá, es una cosa que viene de muchos años atrás, es el amor por la tierra que le da de comer a mi familia, pero también a usted. En mi familia, este pedacito de tierra ha pasado de mano en mano, primero los papás de mi abuelo, y yo creo que hasta más atrás, pasar por los hijos, los nietos y ahora hasta los bisnietos (Hombre, entrevista 26, 17Mar2018).

A pesar de los efectos de la violencia, se considera que la relación con la tierra fue signada desde los antepasados. Esta filiación fue portadora de tradiciones que guardan, aún hoy, correspondencia con el ejercicio agropecuario para el autoabastecimiento, pero además muestra la costumbre de repartir la tierra entre los miembros de la familia a través de la herencia. La presencia de las familias durante muchos años ha generado unas transformaciones históricas en el territorio; a su vez, estas personas se han convertido en los testigos de cambios estructurales propios de cada época que, junto con las políticas gubernamentales, alteraron sus vidas y posibilitaron desplegar un acervo de estrategias para enfrentar los cambios provocados por las tensiones o conflictos entre lo nuevo y la tradición o costumbre.

El abuelo de mi esposo, el papá de su papá de él, que no es nacido de aquí, pero que llegó muy chaparro, contaba que lo que ‘quí había eran tierras sin dueño, aquí en el ejido antes de que Cárdenas repartiera su hacienda, era costumbre que los hijos heredaban y aquí estamos él y yo y los cinco hijos, y sus hermanos por aquí andan también, hay muchos que somos familia y todos tenemos un lote de tierra y ahí sembramos y aliguito nos ayuda pa’ comer. Yo no soy de aquí, soy de Buenavista, allá también en el traspatio mis abuelos tenían lo que daba la tierra y sí llegan muchos cambios,

pero la tradición sigue de sembrar y darle a los hijos. Aunque los narcos si han hecho mucho daño, uno sigue su camino y lo que son las costumbres buenas (Mujer, entrevista 17-17Dic2017).

El reparto de tierra por herencia familiar produjo la minifundización de las veredas o ranchos de esta forma, en las pequeñas parcelas coexistieron la práctica de la pequeña agricultura reservada para el abastecimiento familiar y, en algunos casos, la siembra de cultivos extensos y la disposición de un espacio para la cría de animales, principalmente de bovinos y de corral.

Con respecto a la instalación/creación de materialidades, en los testimonios se resalta que los espacios se construyeron a partir de las necesidades. Lo primero era el espacio de habitación, la finca o el rancho, producto de un proceso de autoconstrucción con materiales que provinieron del mismo suelo y el excremento de las reses vacunas. En segundo lugar, estaban las vías de comunicación que fueron hechas en sus inicios con el trabajo de los moradores; a medida que se heredaba la tierra y crecía la necesidad de comercializar los productos, se ampliaron de forma rudimentaria los caminos de herradura o también llamados de terracería aptos para el transporte con mulas.

Otras formas de intervención del espacio fueron los sistemas de recolección de agua, ya fuera porque se tomaba de una fuente cercana o porque se perforaban pozos. También se hicieron linderos de piedra o mallas como elemento identificador de división de la propiedad. Como la fuerza de trabajo para labrar la tierra estaba escasamente tecnificada, las primeras generaciones se limitaron al uso de herramientas rudimentarias como el machete, el azadón, los aperos, las palas y los hoces. Cuando la topografía lo permitía, la preparación de la tierra y el arado se hacía con la ayuda de una buena yunta de bueyes, yeguas o caballos.

Mis abuelos tenían una casita de rancho que la hicieron los papás suyos, suyos de ellos, era muy humilde, todavía existe, en dos piezas se criaron todos sus hijos. Los cuartos, la troje eran techados con tejamanil, tenía un tapanco, todo lo hicieron ellos con lo de ahí mismo, muy artesanal y así mismo era el trabajo en el campo, ellos no trabajaron con tractores sino con la mano, yuntas de bueyes y aperos (Hombre, entrevista 8-10Dic2017).

En conclusión, esta primera espacialidad tiene el trabajo de la tierra (agricultura) como elemento ordenador y que da sentido a la vida campesina³⁸. El “estar” campesino en este caso, histórica y generacionalmente, evidencia como la “familia más que posibilitadora de la economía, es junto

³⁸ Me adscribo a la noción que retoma Alhena Caicedo cuando considera la vida campesina “como la expresión práctica y cotidiana de una ecología de la vida propia de la gente rural que habita una región particular, y en la que se integran relaciones territoriales, políticas, económicas y culturales” (2017: 62).

con trabajo en la tierra, el espacio de vida de la reproducción socioespacial campesina” (Ospina, 2014: 163).

El espacio de las políticas de desarrollo

La agricultura campesina primó como actividad en la construcción del espacio hasta la llegada de los procesos de desarrollo y tecnificación que se dieron a partir de los años cuarenta del siglo XX. El modelo técnico que empezó a implementarse, condujo rápidamente a que la actividad agropecuaria tradicional dejara de ser determinante en la organización del conjunto de las actividades familiares; es decir, debido a los procesos económicos acelerados generados principalmente por el inicio de las políticas neoliberales que implementaron la producción agropecuaria capitalista (reestructuración de las organizaciones económicas, la especialización, la inversión monetaria, la expansión del mercado, la asistencia técnica, la construcción de obras de infraestructura -especialmente de riego-, las grandes redes de comercialización, etc.), se rompió el espacio de experiencia o la organización construida por la agricultura familiar. Éste último se vio vulnerado por la idea moderna de desarrollo y progreso que estableció una separación entre un antes y un después (Linck, 1986; Torres, 1991; Stanford, 2001).

En los dos municipios fue posible identificar esta transición que, aunque no tiene correspondencia en lo temporal, si coincide en dos factores: 1) la importancia de su red hidrológica. En el caso de Apatzingán, fue importante para el fortalecimiento de los procesos agrícolas, especialmente derivados del capital privado de inversión extranjera; en Granada, el asentamiento de las cuencas de los ríos San Matías, Cocorná y Calderas dentro de su territorio, atrajo el interés de empresas generadoras de energía que desarrollaron la infraestructura necesaria para canalizar estos afluentes a tres grandes sistemas hidroeléctricos: Tafetanes, Calderas y San Carlos. Y 2) Su ubicación geoestratégica impulsó el interés e inversión inicial del Estado como promotor del desarrollo, principalmente, a partir de la construcción de obras de infraestructura que se constituyeron en elementos claves para la atracción de capitales e inversión privada.

De hecho, no es posible perder de vista que esta espacialización del desarrollo estuvo mediada por el interés de conocer los recursos disponibles en los territorios: ¿dónde están los recursos generadores de riqueza?, ¿cuáles son esos recursos?, ¿cómo se pueden explotar? Una vez identificados, se iniciaron una serie de acciones impulsadas por el Estado dirigidas al desarrollo

de infraestructura, localización de producción y flujos industriales/ comerciales que llevaron, tanto en Apatzingán como en Granada, a un arreglo o transformación espacial diferente.

Tierra Caliente de fondillo del mundo a modelo de cuenca hidrológica

En la primera mitad del siglo XVII, Fray Diego Basalencue en una de sus crónicas sobre Michoacán se refirió a las tierras de la región terracalcentana como "para quien no ha nacido allí, inhabitable, y para los nativos, insufrible" (González y González, 2001: 22), a lo que seguidamente Luís González y González (2001) señala que por muchos años y, posiblemente hasta hoy por otras circunstancias, la región fue reconocida como “medio de mala reputación, distante de las rutas máximas del tráfico mercantil, (...) fuera de camino (...) débil situación respecto a las veredas del [ser humano], casi inaccesible (...) un estuche de horrores” (p. 17 y 18). Estas representaciones empezaron a cambiar³⁹ desde finales siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, cuando el Estado impulsó un modelo de desarrollo que suscitó una alta exclusión social por la necesidad apremiante de experimentar el progreso que, en este caso y en esa época -aproximadamente entre 1877 a 1970-, estuvo sujeto al proceso de expansión del capitalismo agrario (Maldonado, 2010: 35; Guerra, 2017: 61; Pérez, 2018).

El primer cambio espacial que es aprehensible en la región se dio durante el régimen de Porfirio Díaz entre 1876- 1880 y 1884-1911. En esta época se promovieron algunas iniciativas e intereses para el desarrollo de zonas baldías del país que, además, se ofrecieron a ciudadanos extranjeros para su colonización y aprovechamiento⁴⁰. El caso de la Familia Cusi es un buen ejemplo. De origen italiano, el patriarca de la familia se estableció en la región, principalmente en los municipios Lombardía y Nueva Italia, del estado de Michoacán, donde instauró su sistema hacendatario que se constituyó en uno de los más productivos con el cultivo de arroz y limón, además, de conservar la práctica de la cría de ganado, pero aumentando el número de reses. En palabras de Salvador Maldonado, la llegada de los Cusi a la región posibilitó:

... la creación y la consolidación del emporio agrícola, en apariencia se trataba de una expresión directa de las conexiones entre la expansión del capitalismo extensivo decimonónico y las formas locales de evolución liberal de la propiedad privada, mecanización de la agricultura y la transformación de la mano de obra en trabajo asalariado agrícola (Maldonado, 2010: 96).

³⁹ Debe decirse que hoy en día las representaciones son otras, especialmente por el ciclo de violencia generado por los carteles de la droga y las Fuerzas Militares.

⁴⁰ Véase: Cusi, 1969; Maldonado, 2010; Pureco, 2010; Collado, 2012.

Además, propició la demanda de mano de obra, la llegada de un alto número de población tanto de Michoacán como de otros estados de la República que se establecieron definitivamente en la región⁴¹. Sin duda, este modelo de agricultura comercial emprendido por esta familia fue el inicio de lo que se identifica como espacio de desarrollo. Si bien, existen muchos eventos e hitos configuradores, en este caso, solo se hará referencia a dos circunstancias que reflejaron con mayor claridad el desarrollo de una espacialidad en la Región de Tierra Caliente y su significado: 1) el Distrito de Riego de Tierra Caliente -llamado también Distrito de Riego 097 “Lázaro Cárdenas”, junto con el proyecto de desarrollo integral de la Cuenca Hidrológica de Tepalcatepec; y, 2) el auge de la agricultura comercial a partir de la mitad de siglo XX, debido al apalancamiento de todo aquello que acarreó ese distrito de riego. Estas condiciones, aunadas con los procesos generados por el nuevo orden político y económico que devino luego de las dos Guerras Mundial marcaron un cambio en la percepción del espacio apatzinguense.

Esta percepción, en un primer momento, estuvo signada por la implementación del programa de sustitución de importaciones liderado por el Estado mexicano, un nuevo modelo de desarrollo impulsado a partir de políticas sectoriales enfocadas en el crecimiento económico regional (Maldonado, 2010: 25). Uno de los ejemplos más plausibles fue la creación y puesta en marcha del Distrito de Riego de Tierra Caliente por parte de la Comisión Nación de Irrigación en los años treinta del siglo XX, con el fin de implementar un nuevo proceso para el aprovechamiento del recurso hídrico, propósito que no estuvo desarticulado con la llegada del sistema ferroviario “línea Caltzontzin- Apatzingán”⁴², creado no solo para reducir distancias, sino también para integrar mercados y movilizar la economía a escala regional y nacional.

La puesta en marcha del Distrito de Riego organizó el territorio en tres grandes secciones:

...la de Tepalcatepec, en donde se pretendía derivar las aguas de dicho río para regar los terrenos comprendidos entre Camuario y el río Palmira, con el objeto de incorporar al sistema de riego una superficie de 20 mil hectáreas. La segunda denominada de El Marqués, en la que se proponía derivar 18 metros cúbicos de agua por segundo del cauce y conducirlos por un canal de 50 kilómetros de longitud, para regar los Llanos de la Beata, pertenecientes a la hacienda de Los Bancos y varias propiedades ubicadas entre Parácuaro y Apatzingán que en conjunto conformaban una superficie de 18 mil hectáreas. En la tercera etapa, la

⁴¹ Es importante señalar que este proceso de movilidad laboral fue un factor determinante para el aumento de población: de 20.000 habitantes en 1890 se pasó a 33.000 en 1910 (Guerra, 2017: 62).

⁴² La línea ferroviaria estuvo inicialmente en Uruapan en 1889, luego a Apatzingán en 1937 y cuyo destino final era el océano Pacífico.

atención se dirigió al río de La Parota, cuyas aguas derivadas mediante una red de canales, incorporarían una superficie de 15 mil hectáreas de la parte sur de los Llanos de Antúnez a la agricultura empresarial (Sánchez, 2011: 220).

Aunque la implementación de este sistema permitió el acceso al recurso hídrico de los municipios cercanos de la región e incluso de otros estados, el aporte más significativo consistió en dar respuesta a la demanda del sector agrícola tecnificado e industrial que empezaba a emerger con rapidez y necesitaba aprovechar grandes cantidades de agua para su producción. Es pertinente anotar que toda la infraestructura disponible condujo a ejercer un control y uso del agua muy importante de las concesiones para riego, que rebasaron las ya utilizadas desde la época colonial en los pueblos o caseríos terracalentarios para las prácticas domésticas y el riego de traspato.

Después de la puesta en marcha del Distrito de Riego 097, el proyecto de transformación del Valle de Apatzingán continuó su curso con la creación de la Comisión de la Cuenca del Río Tepalcatepec en 1947⁴³. La adopción del uso a gran escala del recurso hídrico consolidó el proyecto de infraestructura hidráulica y de irrigación⁴⁴, acompañado de infraestructura vial y de comunicaciones (carreteras, línea ferroviaria, servicio de telégrafo y telefonía), y el acceso a servicios públicos en las áreas urbanas y rurales de la región (agua potable, energía eléctrica, acceso a servicios de salud, educación, vivienda, entre otros). Si bien, esto contribuyó al mejoramiento de las condiciones de vida de la población, la apropiación del espacio se consolidó por los grandes capitales financieros nacionales y transnacionales (Maldonado, 2010: 26- 30, 89- 91; Sánchez, 2011: 223- 227; Guerra, 2017: 63; Pérez, 2018: 130- 131).

Estas condiciones condujeron a la rearticulación del espacio de Tierra Caliente a partir de la agricultura de carácter agroexportador, actividad que determinó la transformación del espacio de la agricultura campesina (primer espacio identificado) por la “instalación” de enclaves agrícolas con fines de exportación, como parte de la política gubernamental de la época que pretendió impulsar el crecimiento económico de la región.

En las décadas de 1950- 1960, se estima que el área destinada para los cultivos de exportación aumentó 2.5 veces la irrigación creciendo, aproximadamente, seis veces

⁴³ Esta Comisión se creó durante el gobierno de Miguel Alemán Valdez (1946- 1952) a través del Decreto Presidencial el 17 de julio de 1947 y bajo la tutela del general Lázaro Cárdenas, quien presidió como vocal ejecutivo. Después de 1960 se reconoció como la Comisión Balsas, porque se implementó este modelo en otras regiones del país.

⁴⁴ En el caso de México las referencias que inspiraron esta obra fue el modelo norteamericano de la Tennessee Valley Authority (TVA) (Pérez, 2018: 130).

Desde 1930 la tierra cultivable [de limón] aumentó de unas 27 000 hectáreas a 117 000, y las tierras irrigadas de 7 000 a 85 000. Por tanto, de una producción de cerca de 20 000 limones en 1930, se pasó a 60 000 en 1940 y para 1950 ya se podían contabilizar 300 000 plantas de limón. (...) Llegaron primero los productores de melón, principalmente estadounidenses, deseosos de aprovechar el clima y la abundancia de agua, y así poder exportar a Estados Unidos. En 1964 y 1965 sembraron unas 8 000 hectáreas, alquiladas a ejidatarios y pequeños propietarios. La llegada de empresarios y arrendatarios en tierras calientanas también imprimió sus propias dinámicas en la distribución, el uso y el control de la tierra. (...) La siembra de algodón en gran escala se inició en 1960; para 1964-1965, de acuerdo con los datos de la Comisión del Río Balsas, (...) se sembraron cerca de 34 000 hectáreas de tierras ejidales de algodón (...). Se sembraron además 5 000 de melón (...). El algodón, el limón y el melón constituyeron los primeros casos “exitosos” de la industrialización de la agricultura. (...) las cementeras de arroz y ajonjolí se mantuvieron en doce mil hectáreas cada una, pero las de melón y sandía se ensancharon notablemente (Maldonado, 2010: 117, 119).

La ampliación de la tierra cultivable para la exportación estuvo acompañada de la incorporación de tecnología y nuevas técnicas agrícolas, y el asentamiento de un alto número de población atraída por las nuevas posibilidades laborales y por la búsqueda de réditos, en especial, en el campo de la actividad comercial (la compraventa de insumos agrícolas y las empacadoras). Este aumento de la población permitió el reordenamiento de los núcleos urbanos ya existentes o la creación de nuevos centros poblados entre 1950 y 1980:

la zona de Tierra Caliente creció por encima del promedio de la población estatal, esto podemos verlo también reflejado en cambios en la geografía administrativa. En 1928 se segrega de Tepalcatepec y Apatzingán el pueblo de Buenavista para formar el municipio del mismo nombre; en 1942 Nueva Italia se separa de Parácuaro y se conforma el municipio de Zaragoza que en la década de 1960 cambiaría su nombre a Múgica; y en 1955 Lombardía se separa de Uruapan para constituirse como cabecera del municipio de Gabriel Zamora (Pérez, 2018: 272).

Las transformaciones experimentadas en la región además de impulsar una economía local dependiente, especialmente, de redes y demandas de los mercados internacionales, también creó una espacialidad que respondió a la forma como se organizó y distribuyó el espacio a raíz de las relaciones económico-productivas. Esto resquebrajó las estructuras de las sociedades rurales tradicionales que, en otro tiempo, dispusieron de un espacio reconocido como “... una planicie con granos, cálida, reseca, con vestidura vegetal espinosa y nutrida de animales dañinos (...) [pero con] buen caudal de agua y suelos fértiles” (González, 2001: 17, 18). El caso Apatzingán y el conjunto de los municipios de Tierra Caliente, se sumaron a la organización de un espacio que no está excluido, como pasó también en muchos otros países de América Latina, de las imposiciones que el desarrollo capitalista aplicó al campo. Un ejemplo, fue la disposición en la distribución de

las parcelas y el desarrollo de los sistemas de riego que, consolidó desde la primera mitad del siglo XX, el impulso de una especialización espacial productiva en función de las demandas transnacionales de la agroindustria del melón, algodón y limón, lo que marcó la transición del uso del espacio como lugar de habitación a un espacio funcionalmente especializado en la producción agrícola.

¡Aguas! de la agricultura campesina granadina a la espacialidad de los megaproyectos hidroeléctricos

Granada desde su fundación como municipio en la primera década del siglo XIX, se ha distinguido por tener una vocación agrícola debido a sus condiciones agroecológicas de suelos, climas y pendientes. De los 195 Km² de extensión total que lo componen 194.22km² corresponden al área rural y solo un 0,67% al área urbana. El uso del suelo en el área rural se ha destinado desde su colonización a las actividades 1) agrícolas campesinas, permanentes y transitorias, sin procesos de producción tecnificados⁴⁵; y 2) silvopastoriles⁴⁶, es de anotar que en el desempeño de estas labores el acompañamiento técnico por parte de los organismos estamentales aún es deficiente (PNUD; Red ORMET 2015: 11, 13), pero esto no ha sido un obstáculo para que el municipio obtuviera un reconocimiento en el oriente antioqueño como una de las despensas agrícolas de la región.

A diferencia de lo que pasó en Apatzingán, Granada como la mayoría de los municipios de Colombia con características similares en cuanto a su composición rural, no tuvo una gran transformación en materia de tecnificación⁴⁷ del campo. De hecho, un rasgo que aún predomina es la economía campesina cuya base se fundamenta en la fuerza de trabajo de la familia y en las redes vecinales⁴⁸.

⁴⁵ Dentro de los cultivos no tecnificados se encuentran: el café, la caña, el plátano y las huertas caseras. Los que incipientemente se empezaron a tecnificar: el frijol, el maíz, la papa y las hortalizas (Alcaldía de Granada, 2000).

⁴⁶ Estas actividades se vieron incrementadas luego del regreso y retorno de la población en situación de movilidad forzada al municipio, debido a los procesos de reparación definidos en la Ley 1448 de 2011 y en los diferentes proyectos de acompañamiento de organizaciones civiles y organismos internacionales que han hecho presencia en el municipio.

⁴⁷ Aunque se reconoce la aspiración que en materia de reforma agraria impulsó la Ley 135 de 1961 adoptada por el Instituto Colombiano de Reforma Agraria- INCORA-, esta se vio amenazada por una serie de disposiciones legislativas que llevaron a renunciar la anhelada reforma agraria como: el Decreto 444 de 1967 que cambió la política de sustitución de importaciones por una de promoción de importaciones; la Ley 4^a de 1973 que dio garantías a las grandes propiedades bien explotadas y la Ley 5^a de ese mismo año que aseguró la financiación de la gran explotación (Duque, y otros, 1984: 204).

⁴⁸ Las redes vecinales son muy comunes en los municipios de la región y consiste, según los campesinos, en el intercambio de la fuerza de trabajo o trueque por "(...) "cambio de tiempo" que corresponde al tiempo de siembra y de recolección, especialmente, cuando un campesino se desplaza hacia la finca: de un productor vecino en donde

El desarrollo económico generado en Granada, junto con los demás municipios pertenecientes a la subregión de Aguas del Oriente antioqueño, se asoció a su posición estratégica por cuenta de la gran riqueza hídrica que posee. En la actualidad, la producción hidroeléctrica de la región está sostenida en seis embalses, dieciocho pequeñas centrales y cinco centrales hidroeléctricas (Playas, Guatapé, San Carlos, Jaguas y Calderas).

Ante la necesidad de recursos energéticos para el departamento de Antioquia y la crisis en este sector que afrontó el país a mediados de 1970 y luego en 1992⁴⁹, desde 1926 los ojos se pusieron en esta subregión, Empresas Públicas de Medellín⁵⁰ desarrolló un programa de reconocimiento de caídas de agua, que llevó inicialmente a una exploración del río Nare. A partir de esto, decidió crear en 1958 el Embalse Hidroeléctrico de Nare con un volumen de 1 200 millones de m³ de agua que generaban en ese momento 500 mil kilovatios de energía. A esta obra se sumó luego la construcción del complejo hidroeléctrico Nare- Guatapé que en la época se consideró como una de las más importantes en América Latina, aunque también generó controversia porque se inundó todo un pueblo a través de estrategias de despojo y movilidad forzada de la población. En las dos décadas siguientes (1970- 1980) Antioquia fue el departamento de Colombia que más procesos de inundación llevó a cabo en zonas agrícolas campesinas por la puesta en marcha de estos grandes proyectos hidroeléctricos como Riogrande II ubicada entre los municipios Don Matías y Santa Rosa de Osos, La Tasajera en el municipio de Barbosa, Troneras y Miraflores en el municipio de Carolina del Príncipe, Porce II en la carretera entre Amalfi y Anorí, Quebradona, Playas ubicada en la jurisdicción de los municipios de San Rafael y San Carlos y El Peñol – Guatapé.

En el caso de Granada, se embalsaron las cuencas de los ríos Tafetanes y Calderas. El agua que en el pasado era un bien público componedor del paisaje, se convirtió en un recurso privado en los megaproyectos que terminaron irrumpiendo desfavorablemente en la cotidianidad de las familias campesinas al agudizarse la problemática de violencia en la zona.

labora uno o dos días de la semana. Este trabajo es retribuido con el tiempo de trabajo equivalente por la contraparte, al tener que ir a trabajar básicamente idénticas actividades (Duque, y otros, 1984: 231).

⁴⁹ Se estima que desde el 2015 hasta hoy, Colombia tiene una crisis energética debido a la insustentabilidad del modelo adoptado. Para combatirlo se ha propuesto e implementado lenta, pero paulatinamente un aumento de las tarifas y la reducción del consumo.

⁵⁰ Empresas Públicas de Medellín es una empresa pública industrial y comercial que se encarga de prestar y administrar servicios públicos como energía, agua, telecomunicaciones y gas.

Granada junto con otros municipios del oriente antioqueño como Concepción, Guatapé, Peñol, San Carlos y San Rafael, presenciaron desde la década del setenta del siglo XX hasta hoy, como buena parte de sus tierras agrícolas fueron inundadas por la creación de estas obras. A partir de la construcción de estos grandes proyectos, se creó una nueva espacialidad en el territorio granadino, cuando se inició la apropiación del espacio físico por parte de las empresas públicas y privadas (estas últimas con mayor inversión de capital) a través de la compra de tierras a muy bajo costo y la expropiación de bienes inmuebles por vía administrativa. De esta manera, se dio paso a un espacio concebido desde las disposiciones ingenieriles que hicieron modificaciones a los patrones espaciales anteriores mediante cambios morfológicos (tierras agrícolas inundadas para la construcción de conductos, canales, embalses- y funcionales –casas de máquinas, turbinas, unidades generadoras) y que tuvieron impacto en las vidas cotidianas y las memorias colectivas de la población campesina granadina al ser inundadas buena parte de sus tierras agrícolas. De hecho, algunas investigaciones⁵¹ señalan como la instalación del complejo hidroeléctrico en estos municipios significó

(...) inundar las mejores tierras agrícolas, propiciar el decaimiento de la actividad agropecuaria de minifundio campesino y un auge de la actividad turística puesta en vilo por el conflicto armado que ha forzado los desplazamientos de pobladores y el abandono de parcelas cultivables (Jaramillo, 2007: 113).

Si bien, la construcción de estas mega obras en el escenario público se consideró importante para satisfacer la demanda de agua y energía de la población, especialmente urbana, y traer un conjunto de beneficios adicionales a largo plazo (desarrollo regional, creación de puestos de trabajo, generación de ingresos por la venta de electricidad en calidad de exportación) también se debe reconocer cómo estos complejos de producción de energía hicieron parte de una “lógica extractivista” reconocida por Karl Marx (1995: 608- 610) en su concepto de acumulación originaria y por David Harvey (2004: 102, 105) como “acumulación por desposesión”. Tanto en Granada como en otros municipios del oriente antioqueño, este proceso se puede catalogar como “acumulación por despojo hídrico o extractivismo en relación con el agua” (Kauffer, 2018: 48). En este caso, es necesario aclarar que el extractivismo no solo se refiere a aquellas actividades relacionadas con la minería o el petróleo, también de éste hacen parte, por ejemplo, el modelo monoprodutor en el que no solamente se destruye la biodiversidad, sino también, que hay un

⁵¹ Véanse: Duque y otros, 1984; Jaramillo, 2007; PNUD, 2010; Torres, 2013; Echeverri, 2016; Agudelo, 2017; Vélez, 2017.

acaparamiento de tierras y una reconfiguración del territorio totalmente diferentes a las prácticas tradicionales (Svampa, 2011: 2).

Como complejo extractivista⁵², la producción de energía junto con toda la infraestructura reordenó y delimitó una espacialidad que se basó en la administración del sistema acuífero (estudios, procesos de regulación, protección, zonificación y control). Esto llevó a la población de varias veredas del municipio a transformar sus prácticas cotidianas, porque al ver sus tierras inundadas muchos campesinos optaron por hacer parte de los contingentes de mano de obra no calificada para la construcción de las obras o, por el contrario, decidieron moverse forzosamente de estos lugares donde sucedía sus vidas.

Pero esta espacialidad no solo produjo transformaciones en las dinámicas poblacionales; también lo hizo en los procesos territoriales y en los socioecosistemas, especialmente, en el ciclo del agua. En la misma época, la consolidación de las grandes obras hidroeléctricas en la región estuvo articulada a la construcción de otros tres proyectos de infraestructura: Autopista Medellín-Bogotá (1966), Aeropuerto Internacional José María Córdova (1985) y la Zona Franca de Rionegro (1993). Estas obras más que responder a las necesidades de la población en materia de empleo, educación, servicios públicos y sostenibilidad en el campo, hicieron parte de un proyecto estratégico de desarrollo en el Oriente antioqueño que buscó vincularse a las expectativas de los mercados y flujos económicos internacionales⁵³. Así lo señaló la Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los ríos Negro y Nare (Cornare), un ente corporativo público creado en 1983 que reúne varias entidades territoriales de esta subregión y tiene injerencia en las decisiones ambientales y de recursos naturales:

el desarrollo hidroeléctrico de la región fue abriendo paso a paso una cantidad de proyectos complementarios. Al remontarnos a la década de 1970, Antioquia vivía una especial época de transformaciones y de una excepcional turbulencia social y económica que impulsaron los deseos de las clases dirigentes antioqueñas de consolidar en el oriente del departamento megaproyectos de vanguardia. La construcción de un nuevo aeropuerto con mayor capacidad y con expectativas

⁵² En esta investigación se reconoce con esta denominación no solo por la infraestructura desplegada, sino también por “los actores, los procesos involucrados, los recursos extraídos y las respuestas locales ante las prácticas extractivistas” (Kauffer, 2018: 35) de los grandes volúmenes del recurso agua para necesidades urbanas o industriales y también para satisfacer el mercado internacional, disminuyendo con ello la disponibilidad del recurso para las necesidades locales. En el caso de Granada, varias narrativas identificaron que solo hasta después del regreso o retorno por la movilidad forzada de la población pudieron contar con energía eléctrica en sus viviendas.

⁵³ Véase, el Plan estratégico de Antioquia (PLANEA) que se articula a la Visión Antioquia Siglo XXI que considera: “En el 2020 Antioquia será la mejor esquina de América, Justa, Pacífica, Educada, Pujante y en armonía con la naturaleza”.

internacionales se estaba gestando en las inmediaciones del municipio de Rionegro. Igualmente, se desarrollaba la construcción de una importante autopista que conectaría a los dos grandes centros industriales, comerciales y políticos del país, Bogotá y Medellín; y finalmente, con la necesidad de obtener mayor potencial y mejorar la distribución de la energía eléctrica del país se llevaría a cabo la construcción de un embalse en el municipio de El Peñol y en los municipios de Guatapé, San Rafael, Granada y San Carlos prioritariamente. Así, el aeropuerto José María Córdova, la Autopista Medellín-Bogotá y el embalse representaría alternativas viables de desarrollo y competitividad para la región (Comare, 2014).

Este conjunto de megaproyectos debido a la expansión provocada por la territorialidad del capital, para apropiarse de la tierra a través de su compra masiva o de mecanismos de expropiación que en varias oportunidades recurrieron a acciones violentas, fue creando una espacialidad diferente en la que el capital se implantó en los lugares de vida de familias campesinas agrícolas. Con esto cambiaron sus prácticas y algunas familias debieron reacomodarse sin poder participar en la toma de decisiones sobre los recursos de su territorio; unas se incorporaron como empleados en la agroindustria, otras optaron por convertirse, de acuerdo con sus posibilidades, en empresarios agrícolas, aunque en la mayoría de las veces, la opción fue ser empleados o empleadas del conjunto de iniciativas productivas u obreros del sector rural; aunque también, algunas, decidieron moverse a otros espacios para recomenzar sus proyectos de vida.

Esta nueva espacialidad creada a partir de los proyectos de desarrollo evidencia un impacto económico, pero con escasas repercusiones positivas a nivel social en los municipios. En el caso de Granada se produjo una mutación de la estructura tradicional de su territorio por las acciones de violencia en el marco del conflicto armado colombiano, que llevó a sus habitantes a transformar su estilo de vida rural para dedicarse a actividades secundarias y terciarias, como tiendas de comercio, provisión de servicios como restaurantes, tiendas de telecomunicaciones.

Es pertinente destacar que en Apatzingán y Granada se presentó una idea de progreso y desarrollo impulsado por el Estado y los agentes económicos privados, que permitieron constituir un espacio apto a la modernización y el desarrollo, conectados con los proyectos de nación, especialmente, aquellos de índole económico en el que organizaron, demarcaron y se apropiaron de recursos y hábitats naturales, delineando con ello un conjunto de nuevas políticas sobre la propiedad, el uso y la explotación de los recursos, en este caso fue el agua, favoreciendo su control monopólico. El potencial hídrico fue fundamental no solo para la generación de energía eléctrica y la expansión agrícola comercial, sino también para evidenciar cómo esta espacialidad del

desarrollo en el territorio supuso “límites, poderes, recursos y agencias” (Llambí, 2010: 50). Asimismo, esta espacialidad del desarrollo, impulsada por agentes distintos al Estado, ahondó las desigualdades socioespaciales entre latifundistas “acaparadores” de tierra que contaron con la capacidad y los recursos técnicos e industriales para la explotación del agro en monocultivos, y una población campesina -agrupada en ejidos o pequeñas propiedades- más pobre y marginada de los beneficios del desarrollo.

El espacio de la disputa y el control

Esta dinámica de desarrollo produjo cambios en los procesos sociales, los procesos naturales y la relación de ambos en Granada y Apatzingán. La disputa y el control se materializó en la territorialidad ejercida sobre un territorio y unos corredores geoestratégicos a partir de una serie de acciones y dispositivos de índole político (definición e implementación de políticas para direccionar los recursos extractivos hacia el desarrollo), económicos (agentes que financiaron la explotación, transformación y exportación de los recursos naturales) y militares (despliegue de una ofensiva militar para la defensa de los intereses privados, especialmente, económicos).

Los cambios de la dinámica espacial en Granada y Apatzingán relacionados con los procesos de desarrollo evidenciaron un conjunto de transformaciones que, de una u otra manera, modificaron el curso de las lógicas y relaciones territoriales tradicionales de la población de estas dos localidades por la implementación de políticas sectoriales. El devenir de estos cambios ocasionó la manifestación de lógicas de disputa y de control del territorio, así como la definición de unos corredores geoestratégicos. Con relación a esto último, el geógrafo Gabriel Salas (2010) considera los territorios estratégicos como

aquellos espacios geográficos de la región configurados a partir de la confluencia de dos o más corredores estratégicos identificados en ella, y que los actores armados pretenden controlar por su importancia geoeconómica, dada la presencia de recursos naturales y cultivos de coca, o geoestratégica, dada por la facilidad de movilidad en la región [incluyendo además la dimensión local y nacional] y hacia afuera [traspasar las fronteras nacionales] (p. 28).

Tanto en Granada como en Apatzingán, la apropiación, control y disputa de los territorios y sus recursos no fue igual o sostenido en su devenir espacial y temporal. Aunque no se puede adjudicar que las diferentes formas o estrategias para acceder al dominio territorial se definieron solamente

a partir de mediados del siglo XX o en lo que ha sucedido en la actualidad⁵⁴, el interés en este caso sí radica en las lógicas de poder visibles en el siglo XX: en Apatzingán sucedió a partir de los años 30 con el proyecto hidrológico, agrícola y ferrífero de la cuenca de Tepalcatepec, y en Granada con la puesta en marcha, a finales de los años setenta del siglo XX del complejo hidroeléctrico de San Carlos y Guatapé construido por actores públicos, mixtos y privados, junto con las otras obras de infraestructura. En ambos municipios, confluyeron los actores armados legales e ilegales que, para lograr el dominio en el territorio, dieron paso a su estrategia de cooptar el poder político local.

A partir de la lectura de fuentes primarias y secundarias -especialmente estas últimas-, se identificó un aumento progresivo, pero diferencial de actores cuyos intereses también se expandieron de acuerdo con los cambios presentados en el territorio por el uso o el valor del suelo; la definición de corredores estratégicos importantes por sus recursos naturales y las economías de enclave (en las que se incluye aquellas asociadas a los cultivos ilícitos) y el desarrollo de infraestructura vial y fluvial.

Apatzingán, un tránsito desde la colonización territorial para el desarrollo de la agricultura comercial hasta la implantación de una economía ilegal

En su dimensión espacial y temporal, el territorio apatzinguense no ha tenido los mismos intereses de disputa y de apropiación para su control por los distintos actores a lo largo de la historia: la invasión y colonización española; las luchas de Independencia que se cristalizaron en 1814 con la Constitución de Apatzingán; la Revolución Mexicana; las transformaciones experimentadas con la llegada de europeos y las emprendidas durante el Cardenismo; las avenencias y confrontaciones de ejidatarios y avecindados por la legalización de tierras; la crisis durante los años setenta y ochenta de la agroindustria junto con el retiro de los subsidios y apoyos económicos estatales⁵⁵ que llevaron a la proliferación de cultivos de amapola y marihuana, y la presencia de la fuerza militar para contener “principalmente” el narcotráfico, erradicar el abigeato y la delincuencia. No obstante, en el caso de esta investigación se analizaron tres situaciones en las que se pudo identificar cómo distintos actores ejercieron desde finales del siglo XIX hasta el 2017 el espacio

⁵⁴ Si fuera de esta forma, se invisibilizan los procesos de control territorial anteriores, por ejemplo, de colonización, de independencia, de revolución, entre otros, que no solo pueden leerse en términos militares, sino también, en cuestiones relacionadas con lo político, lo económico o lo cultural.

⁵⁵ Debe señalarse que la entrada de Carlos Salinas de Gortari en diciembre de 1988 como presidente de México profundizó el dismantelamiento de los subsidios económicos destinados a la agricultura rural de pequeños propietarios y asociaciones agrícolas, mientras que se fortaleció la inversión privada de carácter nacional e internacional.

de disputa y control o distintas formas de territorialidad desplegadas a nivel local y regional para el ejercicio de su poder sobre los territorios y los corredores definidos como geoestratégicos.

La primera situación que marcó un cambio significativo en la región de Tierra Caliente fue el proyecto de colonización territorial emprendido en el marco de los regímenes de Benito Juárez, Sebastián Lerdo y Porfirio Díaz, quienes diseñaron e implementaron estrategias de poblamiento con el fin de “(...) dar impulso a programas de blanqueamiento de la población mexicana, como una medida de conversión de las “mentes” ancladas en lo tradicional” (Maldonado, 2010: 70)⁵⁶, el apremio estuvo solícitamente dirigido a mentes activas europeas como lo menciona Luis González y González (1982: 127).

De hecho, esto se ratificó en la Ley de 1856 o Ley Lerdo que aplicó la desamortización de bienes, que tuvo como principal propósito disminuir la propiedad de bienes raíces de la Iglesia. Sin embargo, sus resultados se hicieron notar en materia agraria al producirse la exacerbación del latifundismo en el país, en especial, de particulares y de extranjeros. Los seis italianos que se asentaron en la región, principalmente Dante Cusi en 1884⁵⁷, llegaron con un contrato de colonización otorgado por Porfirio Díaz⁵⁸. Con esto, se reformaron radicalmente las formas de estar y los trabajos de las comunidades indígenas y rurales asentadas originariamente; el modelo modernista y emprendedor emergente a finales del siglo XIX produjo múltiples cambios en la organización del espacio que se pueden catalogar como la manifestación inaugural del impulso al capitalismo a partir de la modernización agrícola que, en este caso, estuvo acompañado del ejercicio de dominio:

... el capitalismo “penetró” en la vida de la gente ordinaria, condenándola al trabajo forzado, a un lugar marginal en la economía política local y regional. Sin

⁵⁶ “Un ejemplo claro del pensamiento político de esos años es el de Lorenzo de Zavala, ministro de Hacienda en 1829, Zavala consideraba la colonización como una medida para el desarrollo de las sociedades mexicanas, para la explotación de los terrenos agrícolas sin cultivar y para lograr la seguridad nacional. En cuanto a las características de los colonos, indicaba que estos debían ser individuos con una cultura homogénea y similar a la mexicana, católicos y de origen europeo. Lucas Alamán coincidió en estos preceptos y propuso la “inmigración de extranjeros, católicos, como estrategia para el aumento de raza blanca”. José María Luis Mora consideraba la inmigración europea como necesaria para incrementar y renovar la población mexicana. Expuso: “con una buena administración estas naciones indígenas podrían retirarse de la vida vagabunda y formar colonias pacíficas mezclándolas y civilizándolas por medio del establecimiento de familias de Europa, que al mismo tiempo de instruir las en los deberes religiosos les ministran los elementos de las artes y formen en ellas los hábitos de la industria y la laboriosidad”.” (Martínez, 2010).

⁵⁷ Según Pureco Ornelas “En 1884 llegó el italiano Dante Cusi a Michoacán (...). Su itinerario fue Milán-San Nazaire-Nueva Orleans-Jacksonville-Texas-Apatzingán. Desde que salió de su natal Lombardía tenía claro que su misión era alcanzar éxito económico en América sin preocuparse mucho por el lugar específico en donde lo realizaría” (2017: 61).

⁵⁸ Puede consultarse la Nueva Ley de Colonización de mayo de 1875.

embargo, la cosmogonía del capitalismo (...) demoniza lo cotidiano para volverlo extraño. De esta forma se justificó la adquisición de propiedades, así como el poder político, y los extenuantes ritmos de trabajo, las necesidades materiales humanas, la limpieza física del cuerpo y una nueva modelación de la vida pública. Son las imágenes de holgazanería, fealdad, embriaguez, violencia, lo que supuestamente necesita erradicarse o cambiarse con el fin de transitar hacia un orden moderno (Maldonado, 2010: 72).

La adopción de estas disposiciones produjo cambios en la organización original del espacio: el hábitat estaba diseminado, de un lugar caracterizado por la utilización de los recursos en forma extensiva, se pasó a uno en donde se dio un uso intensivo del suelo con grandes parcelas para la siembra de arroz, limón y algodón y el establecimiento de una infraestructura sofisticada y compleja de sistemas de riego para responder a las necesidades de la demanda del mercado internacional. Con esto la población se empezó a agrupar e instalar alrededor de las haciendas; y sobrevinieron los conflictos alrededor de la privatización de las tierras comunales. Al espacio anterior en el que los ranchos estaban diseminados en amplias superficies, escaseaban los pueblos y las vías de comunicación eran inexistentes o si las había eran “una estrecha senda retorcida y tajada en cerros a pique” (González y González, 1982: 187) se antepuso un espacio mucho más antropizado, planificado y organizado.

Las nuevas formas de habitar y organizar el espacio delinearon un espacio “otro”, ajeno a las dinámicas locales ya constituidas, las originarias. Lo “otro”, en este caso referencia a: 1) procesos de ocupación y control territorial que dieron pie a la colonización agrícola impulsada por programas gubernamentales que otorgó a manera de concesión, innumerables privilegios a la población extranjera; 2) la llegada de las familias italianas impulsó la emigración de personas de otras regiones de México atraídas por la oferta de empleo: peones en las haciendas, lo que posibilitó una mezcla de etnias y culturas; 3) el desarrollo económico de la región, cuyos fines principales estuvieron concentrados no solo en contribuir a la generación de riqueza de los hacendados allí asentados, sino también, de las arcas del Estado a partir de sus contribuciones e impuestos. Así, estos elementos ponen en evidencia la forma cómo la llegada y el asentamiento de extranjeros organizados en la gran hacienda, produjo el control monopolístico de la tierra sin importancia significativa para la población y la economía campesina local originaria.

Luego del proceso de colonización territorial llegó la Revolución Mexicana (1910- 1917) que también tuvo efectos en Tierra Caliente, la población desposeída y empobrecida por la expropiación tanto ejidal como comunal comenzó a luchar con el fin de recuperar sus tierras:

para comienzos del siglo XX México se había convertido en un país de pueblos casi sin tierras, de labradores desposeídos y empobrecidos rodeados por un mar de haciendas —viejas y nuevas— alimentadas por la penuria de una creciente población de peones, jornaleros y medieros. Las injusticias, la rabia y el resentimiento acumulados al margen de ese desastroso proceso explicaban el origen de las sublevaciones agrarias que habían aflorado como parte de la movilización antiporfirista. De todo esto se desprendía que la solución lógica consistía en reconstruir los ejidos de los pueblos (Kourí, 2015).

El general Lázaro Cárdenas, desde su oficio como militar en la Revolución, gobernador de Michoacán, presidente de la República y finalmente como responsable de la Comisión de la Cuenca de Tepalcatepec, aplicó en 1938 la resolución gubernamental que expropiaba de sus tierras a la familia Cusi. Tuvieron que pasar 54 años para presenciar una de las más grandes transformaciones en el país, la reforma agraria⁵⁹ que, por un lado, representó cambios en el orden legal, como la simplificación de trámites para que los pueblos solicitaran tierras, el aumento de la parcela para las familias ejidatarias, la aportación de capitales por medio de líneas crediticias estatales, la expansión de la frontera agrícola y, por otro, significó la redistribución social de la propiedad rural, En relación con la organización del trabajo ejidal (Angón, 2001: 302; Maldonado, 2010: 251).

La posibilidad transformadora no se hizo esperar bajo este panorama, la región previamente había presenciado una serie de conflictos entre los hacendados y sus trabajadores, quienes empezaron a reclamar mejores salarios y condiciones de trabajo. El conjunto de estas demandas condujo al entonces presidente Cárdenas a segmentar la composición de las grandes haciendas no solo en el sur de Michoacán, sino en La Laguna (Coahuila), Chiapas, Morelos, Puebla, Veracruz y Yucatán⁶⁰, “demoliendo sin miramientos una longeva institución económica y social que simbolizaba no solo la consolidación de la propiedad territorial y del poder local desde mediados del siglo XIX, sino también el legado de conquistas, sujeciones y depredaciones virreinales” (Kourí, 2015).

No obstante, este proceso redistributivo para mejorar los ingresos y las condiciones de vida de la población campesina no podía ser ajeno al crecimiento económico nacional y, por este motivo, en 1947 se creó el Plan del Distrito, un ambicioso proyecto que buscó el desarrollo integral

⁵⁹ A partir de esta disposición gubernamental la tenencia de la tierra en México estuvo conformada por: la pequeña propiedad (de carácter privado), los ejidos (propiedad social) y las comunidades agrarias (núcleos agrarios, los terrenos baldíos y los terrenos nacionales).

⁶⁰ Estos fueron los primeros estados en los que se aplicó la desposesión del régimen hacendatario.

de los recursos terracalenteños a través de la implementación del Distrito de Riego “Cuenca de Tepalcatepec”. La aplicación de esta política pública fue clave para mostrar cómo se reconfiguró, bajo la lógica geoestratégica, un territorio antes inhóspito en experimento del progreso; por ejemplo, en el marco del programa de inversiones y apoyos técnicos, entre 1947 y 1965 la superficie irrigada pasó de 15 mil hectáreas a 90 mil (Zepeda, 1987: 9). Si bien, la infraestructura de riego hecha por los Cusi fue una base sólida para este propósito, en esta ocasión se pretendió consolidar este espacio para la apertura y territorialización de un modelo agroindustrial basado en la especialización de la producción a nivel nacional e internacional bajo tres intereses principales y articuladores entre sí: la incorporación territorial, la conformación de procesos de producción y la estructuración institucional y social.

El impulso generado bajo el marco de este proyecto centrado en un modelo asistencialista del Estado (dotación de tierras, apoyos crediticios, capacitación técnica, construcción de obras de infraestructura, ampliación de centros poblados, acceso a servicios sociales, etc.), persiguió el crecimiento de la economía a partir del desarrollo local de la agricultura; para alcanzar este fin, el Estado con la implementación de esta política hizo evidente un proceso endógeno de desarrollo con base en el aprovechamiento de las potencialidades agrícolas locales que no fueron ajenas al capital financiero privado nacional y transnacional. Sobre esto último, bien lo señaló Nora Hamilton (1983) “después de todo Cárdenas no pretendía erradicar el capitalismo (...), solo pretendía “humanizarlo” mediante el control nacional de la economía” (citado en Maldonado, 2010: 241).

Lo que inicialmente respondió a los reclamos de la gente porque modificó el reparto de tierras en el escenario regional, con el devenir de los días mostró que solo con tierra no era suficiente resolver las necesidades sociales y económicas de la población; también eran necesarias las condiciones para hacerla producir, junto con las formas o los mecanismos para beneficiarse de esa producción. A estas omisiones, se sumaron además una cantidad significativa de pequeños poblados que quedaron fuera de las redes económicas, financieras y de comunicación que dispuso la Comisión. Esta circunstancia exalta como este espacio orientado a la emergencia y consolidación de una región agrícola, dispuso a su vez de localidades que se integraron y otras que se aislaron de los procesos de transformación:

Las comunidades agrarias conformadas por las dotaciones ejidales tuvieron una desigual participación en las oportunidades que construyó el desarrollo rural por

intervención planeada oficial. Una de ellas se puede rastrear en la construcción de territorios o espacios físicos diferenciados local y regionalmente por la agricultura y la infraestructura; por ejemplo, una marca territorial imborrable en el espacio terracalienteño es el río Tepalcatepec, que cruza el valle de Apatzingán, hasta desembocar con el Balsas. El río Tepalcatepec divide poblaciones rurales en dos; unas situadas hacia las faldas de la Sierra Madre del Sur y otras relativamente más cercanas a las cabeceras municipales de Apatzingán, Parácuaro o Nueva Italia. Aunque hay diferencias más finas, podemos decir que el río aporta un buen elemento físico en la explicación de las diferencias espaciales y sociales de las poblaciones (Maldonado, 2010: 391).

A pesar de estas circunstancias, la construcción de espacios agrícolas en la región continuó entre finales de las décadas del treinta hasta mediados de los años setenta del siglo XX, convirtiéndose en la estrategia para delimitar territorios como enclaves productivos que, además de satisfacer las demandas nacionales, se insertaban en la dinámica del capitalismo internacional a partir de la economía agrícola comercial. De esta manera, se asistió a una transformación del modelo de cultivo que sustituyó progresivamente los cultivos alimenticios tradicionales y de subsistencia (maíz y frijol principalmente) por los productos de exportación y de comercialización a gran escala (algodón, limón, melón, ajonjolí, sorgo). De hecho, el Banco del Comercio en el informe de 1965 reconoció el desarrollo agroindustrial de Apatzingán y lo ubicó como el tercer centro industrial del Estado de Michoacán⁶¹. Vale la pena aclarar que estuvo mediado por la intervención de la economía transnacional centrada en la producción, la comercialización, el consumo, la venta de insumos y la asesoría técnica y agropecuaria (Durán y Alain, 1983: 59- 60).

Aunque el Estado jugó un papel importante en este proceso como promotor en el desarrollo de infraestructura, junto con la promoción de programas de irrigación que beneficiaban al sector agrícola, en última instancia esta situación benefició a quienes tuvieran poder adquisitivo para satisfacer las demandas del mercado. La reforma de Cárdenas para las comunidades ejidales no fue significativa porque, si bien eran propietarias del suelo, muchas estaban desprovistas del capital financiero⁶² para alcanzar grandes volúmenes de producción. Asimismo, los ejidatarios se vieron subordinados a que el capital comercial e industrial nacional y extranjero se usufructuara de sus tierras laborables. Como reconoció el economista y sociólogo mexicano Jorge Zepeda en uno de sus trabajos (1987:7), aunque la población campesina era dueña de la tierra, en tan solo 15 años la nueva burguesía rural logró controlar la producción y los beneficios en esta materia de los ejidos.

⁶¹ Véase: Banco del Comercio (1976) citado en Durán y Alain (1983: 60).

⁶² No debe desconocerse el papel que cumplió el Banco de Crédito Ejidal en materia de ofrecer líneas de crédito a la población campesina.

Bajo este orden, por ejemplo, el algodón en 1965 tuvo su mayor auge con 40 mil hectáreas sembradas en la región. En este caso, el espacio del poder y el control fue ejercido por quienes poseían el capital cohesionando a la población organizada bajo el esquema de la comunidad ejidal agrícola y conformada mayoritariamente por pequeños agricultores descapitalizados, llegando a la “homogenización de las relaciones de producción, de los sistemas productivos, del uso de la tecnología, de los sistemas de organización y del capital organizacional⁶³” (Machado, 2002: 217). El cambio en la orientación de la producción fue definiendo el espacio de la agroindustria, un espacio principalmente dado a partir de las relaciones sociales determinadas por el capital.

Esta “bonanza” solo tuvo unas cuantas décadas de plenitud y un nuevo cambio empezó a mediados de los años setenta y ochenta cuando se inició el descenso de los niveles de producción de los cultivos comerciales por la crisis económica vivida en México⁶⁴ debido a la alta dependencia de los mercados agrícolas al mercado, principalmente, extranjero. Esta situación dejó a la región “huérfana” de otros proyectos de inversión y de la atención estatal, lo que llevó a la realización de alianzas entre la agricultura comercial y el narcotráfico⁶⁵ (Maldonado, 2010a, 2010b) conocidas en los medios de comunicación y en la literatura como “narconegocio”. En este sentido, no solo se invirtió en los cultivos de marihuana y de amapola o en la producción de drogas “duras”⁶⁶ en la Sierra Madre del Sur, sino también en la producción de huertas frutales y de hortalizas mediante acuerdos de renta y compraventa de parcelas.

Este último espacio de poder y control identificado no es de reciente aparición; por el contrario, cohabitó paralelamente con la espacialidad creada con los procesos de desarrollo e

⁶³ “El capital organizacional es un conjunto de elementos relacionados de conocimiento, destrezas, administración, información, arreglos institucionales, rutinas de trabajo, alianzas entre agentes, etc. Éste es un capital no físico relacionado con la organización y manejo de los negocios” (Machado, 2002: 218).

⁶⁴ Entre 1986 y 1994, México fue testigo de un conjunto de cambios macroestructurales que tuvieron asidero en la adopción de una política de liberalización como fue el caso de la vinculación del país al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) y la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

⁶⁵ “El narcotráfico ha sido históricamente un producto de solidaridades y reciprocidad que se encuentra enraizado en un espacio particular con una cultura local o regional muy definida. Guarda una relación simbiótica con el espacio físico y los recursos naturales donde florece. No es un fenómeno que se implante desde el exterior sin aceptación local o resistencia. En segundo lugar, la proliferación del narcotráfico es parte de las respuestas a las transformaciones que los territorios sufren como consecuencia de la forma en que Estado y mercado se materializan en acciones prácticas, por medio de políticas de intervención planeada o ausencia y abandono de éstas. Con frecuencia olvidamos que los espacios tradicionalmente productores y/o procesadores de droga tienen historias bastante complejas y conflictivas en relación con la tierra, el agua, los servicios públicos, las instituciones, etc. Que rebasan las visiones técnicas a partir de las cuales se implementan operativos de erradicación” (Maldonado, 2010: 336).

⁶⁶ Cuando se acude a este concepto, se alude a la forma de elaboración química en las que se encuentra la cocaína, la heroína y las meta-anfetaminas, estas últimas reconocidas más coloquialmente como “crystal”.

integración emprendidos desde los órganos de gobierno nacional y estatal o, como bien lo afirmaron Arjun Appadurai (1996), Allan Pred y Michel Watts (1992), Salvador Maldonado (2010) y Victoria Malkin (2001), éste emergió al lado de los cambios estructurales. En el caso de Tierra Caliente “fue precisamente por esta temprana intervención del Estado en la región –que pretendió impulsar la producción agroindustrial y el comportamiento empresarial entre los productores agrícolas- que el narcotráfico pudo surgir con tanta fuerza” (Malkin, 2001: 550). Así, el narcotráfico se valió de la infraestructura destinada para promover el desarrollo a lo largo del Valle como de las rutas comerciales establecidas. Por eso, es posible identificar en esta espacialidad dos rasgos distintivos: el primero referido al dominio ejercido en el territorio para la producción, distribución y consumo de drogas ilícitas; y, el segundo, la utilización de la infraestructura vial y la cercanía al Puerto Lázaro Cárdenas, que les permitió gozar de una posición geográfica que facilitó el flujo y el tránsito de insumos y otros elementos necesarios para el negocio (Cunjama y García, 2014: 103).

A partir de las reformas de reestructuración económica en el país emprendidas por Lázaro Cárdenas, Apatzingán fue testigo de la configuración y consolidación de un mercado ilegal, ligado principalmente a la recepción, producción y exportación de narcóticos⁶⁷, junto con la participación y cooptación de actividades legales desde la ilegalidad, por ejemplo, el lavado de dinero, el auge de establecimientos comerciales, la adquisición de tierras para la ganadería extensiva, la inversión en bienes raíces, los centros de turismo y de recreación, y las huertas frutales (aguacate, limón y melón). Esta última actividad marcó un precedente en el negocio del narcotráfico al diversificar su portafolio de actividades económicas a través de la “explotación de la tierra a manera de empresa [legal]” (Montes, 2009: 6). Aunado a esta acción se encuentran otras actividades delictivas como: el cobro de piso, los secuestros extorsivos o los asesinatos por encargo, que tienen un impacto directo en la población y en su decisión de permanecer o moverse de su lugar de origen.

De hecho, en algunos relatos conseguidos en el trabajo de campo se pudo establecer que en Apatzingán hubo un punto de quiebre entre las acciones y las actividades en materia económica

⁶⁷ Desde los años sesenta del siglo XX hasta hoy, Tierra Caliente es “un territorio productor y exportador de amapola y marihuana, así como receptor de cocaína proveniente de Sudamérica, y se le identifica como la capital mundial de la producción de drogas sintéticas” (Maldonado, 2012: 10).

realizadas por las “viejas mafias del narco”⁶⁸, que fueron desplazadas por las nuevas organizaciones del “negocio” desde finales de 1990 hasta hoy.

Vea aquí sí se vio una diferencia muy grande como en el 2000 que uno ya empezó a escuchar de: Los Valencia, La Familia Michoacana, Los Caballeros Templarios, Los Viagras, que el cartel Jalisco Nueva Generación –esos son de ahorita más reciente-... aquí desde hace más de 50 años había cultivos de marihuana, dicen que había colombianos ahí, de hecho, cerca de una presa de aquí, dicen gentes, que se había caído una avioneta que venía de Colombia. Pero bueno... en esa época había unos códigos de lealtad entre los narcos como: “(...) que lo que se producía no se quedaba aquí, todo se iba” [se refiere a que la marihuana y sus derivados se iban para EUA], nada se quedaba, pero lo que sí se empezó a ver fue que se incrementó el comercio, las tiendas de todo tipo, pero sobre todo de ropa, aparatos eléctricos, automóviles, además, de las grandes casas lujosas, pero también hay que decir que no todo era del narco, había gente culta que tenía de toda su vida sus propios negocios, como de herencia familiar. Ya en el 2003, 2005 y hasta ahora, la vida empezó a cambiar aquí, ya muchos negocios han cerrado por que les cobran renta de piso, la gente sana se va por que los han secuestrado o sienten miedo de que les pueda pasar, ya empezaron todos esos carteles hacer de la suya, todos querían mandar y empezó la matadera, y ya también dejaron de existir esos pactos, porque ya aquí está el microtráfico, ya el crystal está dañando a la juventud, ya vende afuera de las primarias, sin vergüenza, el crystal... y bueno también se escucha: “que esta hurta es de uno de la Familia, que esta es del otro...” ya muchas huertas del limón son del narco y también uno sabe que tienen casas lujosísimas, decían que un balneario de aquí cerquita era de ellos (Hombre, conversación 6, 23Nov2017).

La economía derivada de los negocios del narcotráfico construyó su propia espacialidad, no solo como grupo que ejerció unas prácticas y unos hechos victimizantes en el territorio por el ejercicio de la violencia, o por los flujos de capitales y bienes ilegales según su carácter geoestratégico, sino también por la apropiación del espacio tanto para la siembra de narcóticos, principalmente en la Sierra Madre del Sur, como para desplegar actividades económicas en donde se generan e intercambian productos, bienes y servicios. Así entonces, coexistieron en esta misma espacialidad otras formas diferenciadas que valorizaron el territorio en términos de crecimiento económico: 1) la renta del mercado ilegal y 2) la renta legal fundada o derivada de esa economía ilegal.

En conclusión, el paso en un primer momento de un espacio campesino tradicional a un espacio de colonización territorial para el desarrollo y la producción agroindustrial liderado por los agentes de la modernización y posteriormente, la definición de un espacio a partir de la

⁶⁸ Con viejas mafias del narco me refiero, de acuerdo con los testimonios de las conversaciones abiertas y las entrevistas semiestructuradas realizadas en el trabajo de campo, a aquellas personas integradas especialmente en familias, quienes, en el periodo de finales de 1950 hasta mediados de 1990, se dedicaron a la siembra, la producción y la distribución de marihuana, junto con actividades comerciales.

economía ilegal y legal derivada del narcotráfico, en el caso de Apatzingán y de la región de Tierra Caliente muestra que el espacio no es estático, ni homogéneo, ni excepcional; por el contrario es un espacio que respondió a una construcción social que de forma simultánea dispuso en el territorio diferentes espacialidades y procesos constituidos a partir de intereses y de agentes que se complementaron, se opusieron o se superpusieron.

El agua, el bien codiciado en Granada

Hasta que el Oriente antioqueño se convirtió a partir de la privatización del recurso hídrico en el gran botín para la producción de energía por la construcción de uno de los complejos hidroeléctricos más grandes del departamento y del país –años sesenta y setenta del siglo XX-, la población vivía en un ambiente de tranquilidad y se dedicaba, en gran medida, al cultivo de la tierra:

vivíamos una vida buena, teníamos paz, un techo donde vivir y mucho trabajo en la tierra, nunca faltaba la comida y teníamos mucho que vender pa' fuera de Granada: verduras, hortalizas, café y hasta fruta” (Hombre, conversación 21, 14Mar2018).

Esta circunstancia permitió que Granada, junto con otras localidades de la región fueran reconocidas como *la despensa agrícola del Oriente antioqueño*, gracias a la gran variedad de cultivos y la abundancia de agua como elemento natural articulador y vital para la población y los modos de vida campesinos. Sin embargo, es pertinente aclarar que desde los años cincuenta y sesenta el agua dejó de reconocerse como “fuente de vida” para convertirse en un recurso disputado, una mercancía, por la rentabilidad económica que genera su uso para la producción de energía.

Cuando inició la década de 1980 la población del municipio de Granada comenzó a ver como aquello que ya había ocurrido en localidades vecinas se hizo presente en su territorio: el interés por canalizar sus afluentes acuíferos para la producción y venta de energía. Así quedó claro que el objetivo de utilizar el preciado líquido no residió en satisfacer las necesidades de subsistencia de la población local, sino en su utilización para el abastecimiento de hidroelectricidad⁶⁹. Fue entonces cuando instituciones públicas y privadas como Empresas Públicas de Medellín- EPM, Empresa Antioqueña de Energía- EADE, Interconexión Eléctrica S.A.- ISA e ISAGEN,

⁶⁹ Especialmente se extrae el agua de esta región para abastecer las necesidades de centros urbanos y complejos industriales y, más recientemente, para exportar energía.

comenzaron la extracción⁷⁰ de su recurso hídrico para la generación, producción y comercialización de energía.

Luego de 21 años de inaugurar la construcción del embalse El Peñol- Guatapé por parte de EPM, ISAGEN comenzó en 1982 la construcción de la Central Hidroeléctrica Calderas entre los municipios de Granada y San Carlos, con el fin de contribuir al propósito nacional de garantizar energía eléctrica necesaria para el desarrollo del país⁷¹. Sin embargo, lo que se consideró prospero para unos, se convirtió en la mayor amenaza para la población campesina que fue testigo de la inundación de sus tierras antes utilizadas para la agricultura.

La figura 1 muestra en la subregión de Oriente la ubicación de las aguas que se represaron para formar el Complejo Hidroeléctrico del Oriente Antioqueño. En el caso de Granada, sus aguas se aprovecharon de la siguiente forma: las aguas del Río Tafetanes se represaron y se desviaron las aguas de la quebrada Los Medios (que luego se une al río Calderas formando la represa que lleva el mismo nombre). También las aguas del río Calderas se desviaron a la quebrada La Arenosa que se comunica con las del río San Carlos para formar el Embalse Punchiná (Zuluaga, 2017: 25-26).

⁷⁰ Edith Kauffer habla del extractivismo vinculado al agua como “la extracción de recursos naturales destinados a su comercialización para el beneficio predominante de actores externos a los espacios intervenidos que produce impactos ambientales, sociales y económicos en los recursos hídricos y propicia reacciones opositoras además, de desencadenar situaciones conflictivas que acarrear violencia” (2018: 48).

⁷¹ Según XM, empresa de ISA operador del Sistema Interconectado Nacional, Colombia cuenta con 23 embalses y 29 centrales hidroeléctricas ubicados en las regiones de Antioquia, Caribe, Centro, Oriente y Valle, las cuales generan 10 959 Megavatios- MW. De éstas, Antioquia entrega un 30% al país (Vega, 2017).

Ilustración 1. Ubicación espacial de las hidroeléctricas que conforman el Complejo Hidroeléctrico del Oriente Antioqueño.



Descripción: 1. Embalse El Peñol- Guatapé; 2. El Peñol; 3. Guatapé; 4. Central Guatapé; 5. Embalse San Lorenzo; 6. Río Nare; 7. Central Jaguas; 8. San Rafael; 9. Río Guatapé; 10. Embalse Playas; 12. San Carlos; 13. Río San Carlos; 14. Embalse Punchiná; 15. Central San Carlos; 16. Granada; 17. Embalse Calderas. **Fuente:** tomado de Zuluaga, 2017: 26.

Bien es conocido por experiencias no solo en Colombia sino en América Latina y en el mundo que la construcción de grandes proyectos hidroeléctricos genera efectos negativos en términos de desarrollo para las comunidades cercanas a las obras. La creciente demanda de energía –en este caso hidráulica- de los países en proceso de industrialización y urbanización, ha permitido identificar dos grupos: por un lado, las grandes ciudades y el sector económico como beneficiarios del servicio y de los rendimientos de la producción y, por el otro, el conjunto de la población más vulnerable (indígenas, campesinado tradicional, marginados urbanos), que deben ceder sus tierras para las obras y quienes obtienen poco o nada de las ganancias y beneficios por el desarrollo de las mismas. Antes bien, debido a los procesos autoritarios, negligentes y de mala planificación de los sectores económicos, “han resultado víctimas y no beneficiarios del proyecto de desarrollo; ya que perdieron sus tierras ancestrales, involucionaron económicamente, y entraron en un creciente proceso de pérdida cultural y descaracterización” de su vocación como campesinos o población aborigen (Mabel y Bartolomé, 1992: 7).

De acuerdo con los investigadores Gabriel Roldán y John Ramírez, la implantación de un embalse sin consultar con las comunidades implica

el cambio brusco de un ecosistema terrestre a uno acuático, y al mismo tiempo, el cambio de un ecosistema terrestre lótico a uno léntico. El primer paso, o sea la inundación de un área terrestre que antes tenía una función social y económica, implica un impacto sobre una población que debe relocalizarse y a menudo cambiar de hábitos (2006: 161).

Y eso fue lo que produjo la construcción de los embalses en Granada y en toda la subregión: alteraciones en las condiciones climáticas, decrecimiento de la actividad agrícola y cambios en las dinámicas productivas del municipio (vocación principal de la población) y relocalizaciones o movilizaciones forzadas a otras veredas del área rural a la zona urbana o a otros municipios de este u otro departamento que luego fueron afectadas por la confrontación armada entre las fuerzas del Estado, las guerrillas y los paramilitares.

La explotación con fines económicos, más que sociales, del recurso hídrico en la región fue acompañada de importantes obras de infraestructura y el complejo industrial en la subregión del altiplano que, junto con la construcción de las represas, desencadenaron entre los años sesenta y noventa del siglo pasado, una serie de inconformidades y confrontaciones entre: 1) la población que estuvo al margen de las decisiones y se organizó en el Movimiento Cívico del Oriente-MCO⁷² para reclamar la vulneración a sus derechos derivados de estos procesos de desarrollo; 2) las empresas y el Estado que fueron quienes impusieron las decisiones e iniciaron las obras, lucrándose y desatendiendo las situaciones problemáticas que a nivel social iban emergiendo progresivamente.

Durante casi tres décadas, la población organizada se mantuvo en constante confrontación con las empresas y el Estado por la defensa del territorio y su permanencia en este. Además, reclamaban el derecho a la cobertura del servicio de energía, especialmente en la zona rural, y la reducción a las altas tarifas en los hogares que disponían de este servicio, una gran contradicción para la subregión que era la fuente de la producción energética tanto para el departamento como para el país. Paulatinamente, los proyectos hidroeléctricos se extendieron en la subregión, se

⁷² El MCO se creó como respuesta a los efectos sociales, ambientales y económicos de los proyectos hidroeléctricos de la subregión, con el fin de dar a conocer en el escenario público las exigencias de la población, a través de estrategias de negociación frente al nuevo modelo de desarrollo. Para conocer lo que significó en términos de acción colectiva y movilidad social este movimiento, véase: García, 1989; García de la Torre, y otros, 2011; Jaramillo, 2007; Olaya, 2017; Verdad Abierta, 2018.

inundaron tierras expropiadas o “compradas” por debajo del precio real, ocasionando altos impactos ambientales, físicos y sociales que fueron desatendidos por el Estado.

En Granada, la compra de terrenos cercanos a las fuentes de agua o dentro del área requerida para las obras del embalse Calderas comenzó aproximadamente en 1971, cuando la empresa hidroeléctrica acreedora de la licencia, ISA, empezó hacer visitas directas a la población residente para levantar el censo predial, conocer el inventario de cultivos y mejoras, y realizar los estudios de viabilidad pertinentes y de negociación, pago y legalización de los predios comprados⁷³. Aunque no se discutió y se hizo la presentación de los impactos de la obra en el medio natural y en la población circundante, lo que creó imaginarios esperanzadores que destacaban las ventajas positivas de estas obras consideradas como “una gran alternativa de desarrollo” para la población por sus múltiples beneficios: puestos de empleo o mejoramiento de los existentes, reparación de las vías terciarias, cobertura de servicios públicos, de educación y de salud cercanos y de calidad. Bajo estas presunciones, los habitantes de las veredas incluidas en el radio de acción del proyecto comenzaron a vender sus bienes motivados por las diferentes estrategias empleadas por la empresa que incluyeron desde algunos beneficios para quienes no pusieran resistencia (compra a valores por encima del precio real de catastro y ayudas para reubicación) hasta amenazas de expropiación por sentencia judicial –según el marco constitucional- si se rehusaban a hacerlo (Zuluaga, 2017: 75, 77).

La presión ejercida para la venta de la tierra y sus predios en Granada, junto con las promesas incumplidas y las afectaciones que se causaron a raíz de la construcción de las obras hidráulicas -desviación, inundación, descarga, presión, embalsado y generación-, se acumularon hasta producir un grado de insatisfacción entre la población que se materializó en manifestaciones públicas y en reclamos locales, los cuales se sumaron a los de otras localidades de la subregión que pasaban por experiencias similares –como el caso ya comentado la represa Guatapé- El Peñol-. Fue así como el Movimiento Cívico acogió a las comunidades locales para elevar las demandas municipales en una sola voz que reclamaban por los daños y afectaciones a la población y el ambiente que ocasionaban las cinco hidroeléctricas allí ubicadas –Calderas, Guatapé, Jaguas, Playas y San Carlos-.

⁷³ Las veredas con mayor compromiso en el desarrollo de las obras fueron: La Arenosa, La Merced, Los Medios, La Quiebra y Tafetanes.

En nombre del desarrollo, la población granadina vio como en cuestión de pocos años las empresas público- privadas hicieron uso de sus riquezas ambientales; más que procurar el bienestar, ocasionó el deterioro y, en algunos casos la destrucción del conjunto de relaciones sociales, culturales y económicas sostenidas con el ecosistema habitado y trabajado. En este sentido, se hace referencia especialmente a la pérdida de los vínculos profundos que la población campesina construyó a lo largo del tiempo y de generación en generación con la tierra. En el caso de Granada, como sucede en otros lugares de Colombia y de América Latina, la explotación y uso estratégico del agua para la comercialización de energía marginó, ignoró y afectó a una parte importante de quienes debieron participar de este proceso que se consideró como “modernista”; por el contrario, Estado y empresas –y más adelante, actores armados- impusieron su lógica hegemónica a las formas de vida locales.

Según la investigadora Alicia Mabel y el investigador Miguel Bartolomé (1992: 8), esta imposición en función de planes y políticas respondieron a “objetivos energéticos, macroeconómicos, políticos y programas en términos técnicos, financieros y políticos” y pretendieron promover el crecimiento económico de las regiones, en el fondo terminaron relegando en un segundo plano a la población y a las cuestiones de carácter social, cultural y ambiental. En el caso de Granada, como en las otras localidades del Oriente antioqueño afectadas a pesar del peso de las diferentes manifestaciones de oposición de la comunidad organizada en el MCO, las poblaciones que habitaban alrededor de las obras debieron renunciar a sus tierras y a una vida que por varias décadas habían establecido en estas. Aunque algunas familias lograron obtener las indemnizaciones acordadas, estas fueron insuficientes para reestablecer las condiciones de vida arrebatadas por el proyecto energético; otras, por el contrario, nunca fueron reconocidas como afectadas. De hecho, lo que se refleja con esta lógica hegemónica de apropiación desmesurada de los recursos naturales, en este caso materializada en la construcción de represas para la producción de energía, es que la implementación de modelos y planes de desarrollo atenta contra las formas de vida local al romper con la vinculación que a lo largo del tiempo se había construido con el espacio, sus materialidades y, no menos importante, con las relaciones sociales y comunales existentes.

Han sido más de 30 años en que en nombre del desarrollo se impusieron proyectos hidroenergéticos en Granada y el Oriente antioqueño. Si bien el propósito de abastecer de energía a las grandes ciudades era necesario, también se hizo ineludible en las poblaciones y los territorios

implicados escatimar sus consecuencias en términos sociales, económicos y ambientales, aunque estos impactos se sabían o intuían por lo sucedido en otras experiencias similares, pasaron a un segundo plano para la atención; de hecho, la población y el territorio granadino más que beneficiario de lo que se erigió a viva voz como *un gran proyecto de desarrollo*, fue víctima colectiva. Ni siquiera el derrame y la prosperidad económica en ocasión de la compensación escatimada para el municipio ha logrado restituir y reparar lo que a causa de estas obras se ocasionó en él, máxime si se considera que en este caso la construcción de este gran complejo hidroeléctrico estuvo acompañada de intimidaciones y acciones violentas de las que se hablará más adelante.

En el caso de Granada y en general del Oriente antioqueño, es claro como estos proyectos liderados por empresas proveedoras del capital financiero y de infraestructura que le dieron prelación al crecimiento y concentración con fines económicos, terminaran por imponer una idea de ordenamiento, de administración del territorio y de la gestión de sus recursos por encima de las lógicas ancestrales de la población campesina. Es de anotar que, la población, el Estado y los actores económicos, a los que más tarde se le sumaron los actores armados, construyeron una idea muy diferente del territorio en relación con el uso y el manejo del agua.

Para la población granadina y otras poblaciones cercanas a los complejos hidroeléctricos, el agua es un elemento componedor de la naturaleza, utilizado como elemento vital (aún sin contar con los estándares de potabilización) y para desarrollar las tareas agrícolas (cultivos de café, papa, hortalizas, frutales, caña, pancoger y la cría de animales). Para el Estado y los otros actores, el agua se convierte en un recurso estratégico, insumo necesario para la producción de energía y, más recientemente con el caso de las huertas de aguacate para los inversionistas, en un elemento necesario para el potencial desarrollo de la agroindustria como los frutos rojos y las flores.

Bajo esta lógica, se reveló un escenario donde confluyeron dos territorialidades⁷⁴: aquella que se construyó alrededor del agua como recurso estratégico y que se impuso sobre la segunda, transformando los tradicionales espacios agrícolas. Vale anotar que esta transición no fue procesual, ni consentida; por el contrario, se erigió como un proceso de desterritorialización⁷⁵ que,

⁷⁴ En este caso no hablo de espacialidades, porque la noción de territorialidad desde la dimensión política hace referencia a procesos de control y dominio en el espacio por uno o varios agentes que ejercen desde diversas maneras su poder para la consecución de un fin sobre el territorio.

⁷⁵ Al respecto, el doctor en sociología Francisco Entrena considera que la territorialidad bajo esta lógica se refiere a “un proceso que se desarrolla como consecuencia directa de la globalización, la internacionalización de mercados y el desarrollo de un modelo agrícola productivista, en el cual las estrategias de acción colectiva y las relaciones entre

además y como se verá más adelante, fue acompañado por el ejercicio de la violencia en el que primó en muchos casos la ruptura con los saberes y los haceres campesinos, componedores necesarios en la construcción de sentido de lugar.

Hasta aquí, los elementos integradores que han sabido adjetivar el espacio en Apatzingán y Granada como de control y dominio, caracterizado por la forma en que el Estado junto con los inversionistas privados, ocuparon, intervinieron, usaron y explotaron los recursos naturales locales, inducidos especialmente por procesos de modernización para la transnacionalización de la agricultura y el aprovechamiento del recurso hídrico. Estos procesos reconfiguraron los vínculos construidos por la población campesina en términos del valor, el uso, las prácticas y el entramado de relaciones llevadas a cabo en su recorrido histórico en el espacio.

La imposición de políticas y proyectos en la región de Tierra Caliente y en la subregión de Embalses condujo a un proceso de expropiación, usurpación y despojo de tierras que llevó a la reorganización del sistema de producción en estos dos municipios como efecto de un modelo de desarrollo, que generó condiciones de desigualdad en la población y facilitó la llegada de otros actores ilegales, que se articularon al control territorial ejercido por el Estado y los otros agentes económicos privados “legales”. Es de anotar, además, que esta espacialidad no es del orden coyuntural; junto con las demás espacialidades identificadas fue un proceso que se configuró y espacializó lentamente, evidenciando, como se verá a continuación con la espacialidad que construyó la violencia, la configuración y consolidación de discursos y de prácticas en nombre del progreso, la modernización y el desarrollo.

El espacio de la violencia criminal

En Colombia, al igual que en México, se considera la violencia un atributo importante en la configuración histórica del Estado. No obstante, este argumento carece de validez en la medida en que

no ha permitido comprender sus nuevas formas en un contexto regional, reconfigurado por la política económica neoliberal y por la llamada transición democrática, que consolidó un sistema de partidos, basado en el pluralismo y la competencia, favorable a la alternancia partidista (Vite, 2016: 106).

Por lo tanto, es pertinente que se comprenda la violencia criminal, tanto en Colombia como en México (así como en su expresión local en Granada y Apatzingán), como una manifestación de

individuos dependen menos de la voluntad de actores sociales del territorio y cada vez más de decisiones adoptadas fuera del territorio” (Citado en Martínez, 2016: 47).

fondo en la configuración de los órdenes político y social, y no simplemente como una manifestación delincencial o de bandolerismo. La magnitud de los hechos victimizantes en ambos municipios es un asunto difícil de aprehender por la invisibilidad en la que se ha sostenido por décadas, los alcances, los impactos y los mecanismos de reproducción. El hecho de reducir la atención al registro público de homicidios pone en la marginalidad de la esfera pública actos lesivos contra la vida (la desaparición forzada, el secuestro, la movilidad forzada, el despojo de tierras, la violencia sexual y la persecución a líderes y lideresas defensoras de derechos humanos o de los territorios), asimismo, produce una actitud pasiva e indiferente entre la población.

Durante mucho tiempo, Colombia ha sido reconocido como uno de los países más violentos en el mundo al sostener por más de 50 años un conflicto armado⁷⁶ en el que incide no solo su carácter prolongado, sino también diversos motivos y razones que la ocasionan, los múltiples actores que intervienen (legales e ilegales), su distribución y accionar diferenciado en el territorio nacional y su relación con otras violencias (Grupo de Memoria Histórica-GMH, 2013: 19).

Con el fin de comprender la complejidad del conflicto armado interno en Colombia, el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)⁷⁷ elaboró el informe *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (GMH, 2013), para dar cuenta del origen y evolución de la violencia, los actores armados involucrados y la diversidad de victimizaciones provocadas por las distintas modalidades de violencia contra la población. Es así como se encontró que entre los años 1958 y 2012 el conflicto armado ocasionó en el país la muerte de al menos 220 000 personas⁷⁸. Asimismo, se halló que los asesinatos selectivos, la desaparición forzada, los secuestros y las masacres fueron las victimizaciones prevaecientes durante la vigencia del conflicto armado colombiano, configurando una violencia de alta frecuencia y baja intensidad. De hecho, estas fueron estrategias de invisibilización, ocultamiento o silenciamiento empleadas por los actores armados, aunque su

⁷⁶ Identificar las razones y los motivos de porqué pasó lo que pasó es un asunto que supera los intereses de esta investigación.

⁷⁷ En Colombia, la Ley 1148 de 2011 o Ley Víctimas y Restitución de Tierras en su artículo 146, definió las orientaciones para crear el Centro Nacional de Memoria Histórica, que tiene por objeto reunir y recuperar el material documental, los testimonios orales y otros medios relativos a las violaciones ocurridas con ocasión del conflicto armado colombiano (Colombia C. d., 2011).

⁷⁸ “(...) estos datos son aproximaciones que no dan plena cuenta de lo que realmente pasó, en la medida en que parte de la dinámica y del legado de la guerra es el anonimato, la invisibilización y la imposibilidad de reconocer a todas sus víctimas” (GMH, 2013: 20).

expresión sí tuvo un alto impacto en la vida cotidiana local, de esta última es de la que se quiere dar cuenta en este apartado sobre la espacialización de la violencia en Apatzingán y Granada.

Para el caso de Granada, es necesario destacar que, si bien la mayoría de estos repertorios y modalidades de violencia se atribuyeron a los actores del conflicto armado, principalmente grupos guerrilleros, paramilitares y Fuerza Pública, no se debe desconocer la participación y la responsabilidad de otros grupos delincuenciales al servicio del narcotráfico, cuya participación ha estado alterna espacial y temporalmente con este marco de violencia de larga duración. En este sentido, una anotación importante al revisar el proceso de la violencia en Colombia es que nunca ha sido homogéneo ni constante.

De una tendencia decreciente entre 1958 y 1964, marcada por la transición de la violencia bipartidista a la subversiva, se pasó a una violencia baja y estable entre 1965 y 1981. Esta violencia estuvo marcada por la irrupción de las guerrillas y su confrontación con el Estado. Posteriormente, entre 1982 y 1995, continuó una tendencia creciente marcada por la expansión de las guerrillas, la irrupción de los grupos paramilitares, la propagación del narcotráfico, las reformas democráticas y la crisis del Estado. Seguidamente se dio una tendencia explosiva entre 1996 y 2002, en la que el conflicto armado alcanzó su nivel más crítico como consecuencia del fortalecimiento militar de las guerrillas, la expansión nacional de los grupos paramilitares, la crisis del Estado, la crisis económica, la reconfiguración del narcotráfico y su reacomodamiento dentro de las coordenadas del conflicto armado. Esta tendencia fue sucedida por una etapa decreciente que va desde el año 2003 hasta hoy, y ha estado marcada por la recuperación de la iniciativa militar del Estado, el repliegue de la guerrilla y la desmovilización parcial de los grupos paramilitares (GMH, 2013: 33).

Este informe también es reiterativo en señalar que el narcotráfico se constituyó en un actor importante para explicar la persistencia y la magnitud de la violencia en el marco del conflicto armado después de la década del ochenta: “Este inyectó recursos y alentó la creación de nuevos ejércitos, corrompió y permeó al Estado. No fue algo externo al conflicto armado; por el contrario, se reinventó y pervivió en [sus] mismas condiciones geográficas, sociales y económicas” (GMH, 2013: 193).

En el caso de México la preocupación por explicar y comprender cómo la violencia, aquella referida a las acciones del crimen organizado, más allá de los índices de homicidios y desapariciones que han transformado las relaciones y prácticas sociales de la vida cotidiana de la población mexicana, ha sido desde los años noventa una necesidad urgente en la agenda política, social y, más reciente, de la academia, máxime si se considera que en los cinco sexenios

presidenciales –desde Carlos Salinas de Gortari hasta Enrique Peña Nieto-, está más que contenerse se ha exacerbado a raíz de las respuestas en políticas orientadas al combate, la guerra o el exterminio de quienes son etiquetados como enemigos del orden social.

Lo que hoy vive México en materia de violencia criminal, debe leerse en relación con la violencia estructural. Con respecto a ésta última, el antropólogo e investigador Salvador Maldonado considera que la ausencia de políticas sociales y de desarrollo por parte del Estado en el espacio rural, desencadenó en los años ochenta del siglo XX, el impulso rápido y creciente del cultivo y tráfico de drogas en los órdenes locales y la inserción de la clase media, para evitar su empobrecimiento, en el “lavado” de dinero ilegal. A raíz de esta situación, se puede afirmar que la violencia en México es responsabilidad del Estado y del crimen organizado; el primero, por la presencia liminal en lo social y en la implementación desmesurada de políticas económicas neoliberales; y el segundo, las organizaciones criminales impusieron un orden social a lo largo y ancho del territorio aprovechando la poca presencia estatal (Maldonado, 2013: 127).

La crueldad como una de las formas de expresión de la violencia extrema también se ensañó con la población mexicana hasta el punto de presentar altos índices en las estadísticas oficiales en la última década. En los informes consultados de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos- CIDH (2015), Amnistía Internacional (2018) y Human Rights Watch- HRW (2018), es evidente la preocupación con relación al alto número de homicidios, desapariciones forzadas, ejecuciones extrajudiciales, torturas, movilidades forzadas y secuestros. Además, las fuentes coincidieron en señalar los constantes ataques contra la libertad de expresión, especialmente a periodistas. Por último, convergieron también en advertir que la grave situación de violencia aumentó hasta alcanzar niveles alarmantes⁷⁹ debido a la implementación de la “*guerra contra el narcotráfico*” liderada por el gobierno de Felipe Calderón.

Para entender la dinámica de la violencia, este apartado hace una breve aproximación a la espacialización de las expresiones que el conflicto armado y el narcotráfico materializó en

⁷⁹ Solo en 2017 se cometieron en México 25 339 homicidios dolosos, lo que equivale a 70 personas asesinadas en un solo día, a diferencia de 1997 cuando se contabilizaron 16 866 homicidios, unos 46 al día; el aumento en 10 años fue del 66,6%. Otros datos para el 2017 son: Secuestros: 1 148, se estiman más de tres al día; extorsión 5 649 casos, casi 400 más que en 2016 y un 23% más que en 2011; abuso sexual a mujeres: 12 740 casos, un promedio de 35 mujeres abusadas cada día; y robo con violencia: 232 259 casos, de los cuales se estima se ejecutan 26 robos cada hora (Reina, 2018).

Apatzingán y Granada, en donde se puede evidenciar cómo se accedió, impuso y disputó con las armas y el ejercicio de la violencia el control del espacio, un espacio en donde confluyeron, a su vez, como hemos visto con las anteriores espacialidades identificadas, flujos y procesos de desarrollo, principalmente económicos de carácter legal e ilegal que estaban insertos en la economía global. De hecho, ambas localidades coincidieron en que el escalonamiento y la degradación de la violencia obedeció, especialmente durante el periodo 2000- 2017 a la confrontación por el control del espacio local y regional, donde los actores detentadores de la fuerza establecieron sus proyectos económicos. Como aseguran los geógrafos Fabián Ramírez y Felipe Osorio (2006: 197), los contextos que desarrollaron acciones por la disputa territorial a través del ejercicio de la violencia se interrelacionaron con otros asuntos a nivel mundial como, por ejemplo, la demanda de estupefacientes, la financiación de las guerras con préstamos de la banca internacional, la ayuda humanitaria, la expansión de la explotación de recursos naturales, el control geoestratégico del territorio por parte de intereses extranjeros, todas ellas desde un marco de consolidación de una variedad de políticas neoliberales.

Es posible afirmar que estos dos municipios son en sus particularidades, una caja de resonancia de esos factores que se evidencian en el contexto mundial, pero en esta ocasión acompañados por repertorios de violencia que permearon la cotidianidad de las personas y sus lugares, y que llevaron a reproducir un proceso violento más amplio que ocurrió en el resto de la región, el estado, el departamento y el país. Lo que se identificó en la espacialización de la violencia en Apatzingán y Granada es que como trasfondo de los repertorios de violencia y hechos victimizantes asociados al conflicto armado en Colombia o del narcotráfico para México, estuvo siempre presente la disputa por el control del orden en los espacios y el control sobre recursos, territorios y poblaciones específicas.

“La violencia o inseguridad comenzó hace mucho y vino a destruir muchas cosas aquí en Tierra Caliente”

La frase anterior extraída de una de las entrevistas llevadas a cabo en Apatzingán refleja lo que esta persona espacializó y sintió respecto a los efectos y repertorios de la violencia cometida por los carteles del narcotráfico, su testimonio me transportó a lo que yo bien sabía había pasado también en Granada. Aunque la mayoría de los relatos logrados en campo coincidieron en manifestar que la violencia en Apatzingán apenas llegó o se hizo visible en la zona urbana a finales

del siglo anterior, otras voces recuperadas por varios estudios académicos o de personas que han tenido un interés desde otros ámbitos o desde la experiencia misma de vivir allí por muchos años, coincidieron en destacar que este municipio ha vivido en diferentes épocas y partes de su territorio manifestaciones violentas asociadas con otras circunstancias distintas a las vividas en la actualidad: “Es cierto que muchas formas de violencia actual son de un tipo distinto a la de los años sesenta. Sin embargo, nos parece que de alguna forma responde a problemas históricos” (Maldonado, 2010: 30).

El fenómeno de la violencia en Apatzingán, aunque visiblemente se inscribe hoy en la disputa del narcotráfico por el control del territorio, también ha respondido a una construcción de experiencias fijadas en otro momento, pero que aún perviven, y que se asocian con otras especificidades en el orden social, político, económico y cultural. En este trabajo se ha identificado a partir de fuentes secundarias⁸⁰, dos conflictos en espacio/tiempo, en los que la violencia se espacializó, es decir, se produjo por un ordenamiento espacial de los procesos vividos en la región de Tierra Caliente, en el que no solo se disputó o se disputa el espacio, sino que además éste se copa por los actores que detentan las armas y sus acciones, produciendo al mismo tiempo unas marcas territoriales que se inscriben en la vida cotidiana de su población como afirmación de poder y dominio. Y, aunque estas espacializaciones se desarrollaron en una lógica y coyuntura temporal particular, bajo una mirada de larga duración tienden a entrelazarse; como sostiene el profesor e investigador Enrique Guerra, en el espacio local “... la violencia se hizo omnipresente como uno de los recursos más socorridos para resolver problemas de diversa índole (defensa de la tierra, obtener un botín, defensa del honor)” (2017: 61). Antes de identificar las formas particulares en que la violencia detentada por las armas se ancló en el espacio, es pertinente señalar que ésta se ha presentado de manera diferenciada en términos de intereses, actores, intensidad y frecuencia.

Para hacer referencia a los hechos desencadenadores en los que se espacializó la violencia criminal en Tierra Caliente entre el año 2000 y 2017 es necesario reconocer que la región a lo largo de su historia ha librado conflictos caracterizados por acciones violentas. Algunos antecedentes que enmarcaron una serie de luchas fueron, por ejemplo, las que llevaron a cabo los peones

⁸⁰ De las 17 entrevistas y 3 conversaciones libres sostenidas con hombres y mujeres de Apatzingán, solo dos personas identificaron que este municipio ha vivido no solo la violencia que hoy asecha su cotidianidad, sino también la expresión de manifestaciones violentas en otras épocas diferentes a la actual.

descontentos en las haciendas⁸¹ de la región quienes reclamaban a finales del siglo XIX mejores condiciones socioeconómicas; pese a sus reclamaciones debieron esperar hasta entrado el siglo XX para constituir el sindicalismo agrarista que buscó desde su levantamiento destruir el latifundio, propender por el reparto de tierras y la reivindicación del ejido colectivo. En este caso, la espacialización se inscribió inicialmente al dominio de las haciendas, pero luego fue una manifestación local que llegó hasta la escala nacional con sus demandas e inconformidades que luego fueron recogidas en la reivindicación campesina de la Revolución. Cabe anotar que, aunque inicialmente la demanda de la población campesina se hizo en un marco de acciones de protesta sin el uso de la violencia (paros laborales, huelgas, tomas), rápidamente se tuvo como acción victimizante el ejercicio directo del asesinato impune de muchos ejidatarios y agraristas por parte de la liga entre militares, hacendados y grupos armados contratados por los terratenientes para defender sus dominios (Guerra, 2017; Maldonado, 2010: 99).

La espacialización de la violencia ocurrió inicialmente en la hacienda, en la cual se hizo evidente las acciones de unos actores claros y visibles: quienes concentraban la tierra, quienes la trabajaban y eran desposeídos o no contaban con suficientes recursos para trabajar lo propio y los grupos armados (fuerza militar, guardias blancas y milicias contratadas). Asimismo, tuvo como objeto de disputa la tierra y el ejercicio de la violencia desmedida.

Años más tarde, luego de iniciada la demanda agrarista y concluida la Revolución, tuvo lugar en el primer tercio del siglo XX la desavenencia entre la Iglesia católica y el Estado, que desencadenó la Guerra Cristera⁸². Si bien esta tuvo expresiones violentas en varios estados del país⁸³, su bastión principal en la región de Tierra Caliente fue el municipio de Coalcomán. Con el fin de oponerse y desobedecer los mandatos constitucionales derivados de la consolidación de la lucha revolucionaria, especialmente en los artículos 5, 24, 27 y 130⁸⁴, grupos de fieles católicos

⁸¹ Esta espacialidad se puede ubicar 1890 que es el auge de la hacienda de las familias Cusi, Sierra, Ortega y Treviño; y 1930, fecha en la que se dio el reparto ejidal.

⁸² Esta contó con varias etapas, la primera entre 1927 y 1929, y la segunda de 1934 a 1936.

⁸³ Los primeros estados que se levantaron en armas fueron: Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Querétaro y Zacatecas.

⁸⁴ Los contenidos de estas disposiciones establecieron: la prohibición de crear órdenes eclesiales; llevar al confinamiento las ceremonias religiosas, es decir, que las celebraciones fueran solo al interior de los templos y que contaran con vigilancia oficial; la privación de derechos de posesión de bienes raíces; la reglamentación de las funciones religiosas; la limitación del número de sacerdotes autorizados para oficiar ceremonias; y el laicismo en materia educativa que prohibió la enseñanza del catolicismo en los currículos e impidió a las comunidades religiosas crear o dirigir centros educativos (Rius, 1966; Guerra, 2001: 326; Mireles, 2012; Molina, 2014).

dispuestos a defender su fe, acompañados de los representantes eclesiásticos, se valieron de las hostilidades bélicas (emboscadas, incursiones, enfrentamientos, saqueos e incendios a las casas de los agraristas) para enfrentarse al Estado y sus fuerza política y militar:

El carácter de la guerra asumió (...) el empleo de tácticas guerrilleras y la sierra como base de operaciones por parte de los cristeros, hacia donde buscaban atraer al ejército para emboscarlo. Pero aislados del alto mando de la liga, mal armados y con rivalidades entre los propios jefes rebeldes, su capacidad para conquistar y mantener plazas importantes siempre fue muy débil. En cambio, el ejército y sus aliados agraristas mantenían por lo general la ofensiva y el control de las cabeceras municipales de la zona, aunque nunca lograron derrotar a los cristeros en la sierra (Guerra, 2001: 359).

La guerra cristera, además de originarse en los territorios dominados por la Iglesia desde el periodo virreinal⁸⁵, tuvo como característica la pretensión del Estado de apartar la participación “naturalizada” del poder eclesial de las decisiones políticas, económicas y sociales de las entidades federativas y del país en general. Así, lo que estaba en disputa era la hegemonía del Estado y del orden religioso que recurrió a las armas para defender sus intereses y reivindicar sus espacios de incidencia por encima del proceso de secularización que trajo consigo el Estado revolucionario.

La espacialización de la violencia, en este caso, ocurrió cuando la Iglesia, en el ámbito privado, dejó de lado su misión evangelizadora y confesional para luchar por mantener su poder hegemónico en el espacio público y en defensa de aquellos principios históricos que construyeron la sociedad a través de las armas. El credo religioso al ver desafiado sus atributos e injerencias en el espacio público, llevó a establecer diferencias y marcas en el territorio que le permitieron identificar dónde había aliados o adversarios. La lucha armada, se convirtió en el territorio “en una forma de probar la integralidad de los creyentes, y también un intento por recuperar los espacios que la Iglesia requirió para cumplir con su misión y que, desde su punto de vista, le pertenecieron por derecho” (Molina, 2014: 186).

El fin de esta confrontación armada entre cristeros y agentes estatales llegó luego de unos acuerdos y negociaciones; más que un pacto satisfactorio fue un convenio de mínimos de convivencia entre ambas partes. Aunque esta guerra no dejó vencedor ni vencido, si tuvo como resultado un alto número de personas que perdieron la vida⁸⁶ y un señalamiento tanto para quienes

⁸⁵ La Iglesia católica ha sido en América Latina una de las instituciones con mayor influencia no solo en el credo religioso, sino también como articuladora de la vida social de la población.

⁸⁶ Según Nicolás Larín citada por Mariana Guadalupe Molina las cifras de muertes en ocasión de esta guerra se calculan entre 25 000 y 70 000 (2014: 182).

estaban apoyando a cualquiera de los dos grupos como para los territorios que se reconocieron o no como cristeros.

En esta transición ocupó la gobernatura del Estado el coronel Lázaro Cárdenas (1928- 1932) bajo una facción moderada que se ocupó de consolidar este proceso de pacificación y comenzar con la reconstrucción del Estado posrevolucionario, es decir con la gestión y la fijación en el territorio de las bases necesarias para su integración política y económica. A partir de un programa reformista que tuvo como renglón importante, la ampliación del reparto agrario y la adopción de reformas, principalmente en esas áreas, que son las que corresponden a lo que ya se habló en la espacialidad del desarrollo.

Ejercer como gobernador de Michoacán fue la oportunidad para Cárdenas de sentar la base social que, años más tarde, logró consolidar en su sexenio presidencial, cuya bandera principal fue el modelo de un Estado asistencial, que replicaría de nuevo cuando ejerció como ejecutivo de la Comisión de Tepalcatepec. En solo cuatro años su gobierno superó en 10 mil hectáreas lo que se había repartido entre 1917 y 1928, y 181 poblados y aproximadamente 15 753 ejidatarios contaron con la dotación de 141 663 hectáreas nuevas para cultivar; a esto se sumó años más tarde, la Ley de Tierras Ociosas que permitió la utilización pública de las tierras no cultivadas por sus dueños (Guerra, 1999: 8).

De esto último, se desprende el primer conflicto que puede cobrar valor para explicar lo que sucede hoy en Apatzingán y el conjunto de la Tierra Caliente. La puesta en marcha del “proyecto asistencial de desarrollo rural, las grandes inversiones públicas y la reforma agraria que se aplicaron para construir las bases de la economía regional, fueron constante y conflictivamente disputadas por grandes consorcios transnacionales” (Maldonado, 2010: 432), a los que la población campesina -organizada o no como ejidatarios o pequeños propietarios- sumó y manifestó su descontento al ver cómo lo proferido en la Reforma se contradecía con las políticas liberalizadoras del campo; paulatinamente esta población no pudo contrarrestar, por las altas tasas de intereses en los préstamos de los bancos nacionales, el impulso acelerado de las empresas dedicadas a la agricultura comercial que se imponían a sus rudimentarias técnicas con formas productivas mecanizadas, intensivas y extensivamente, situación que llevó a gran parte de esta población a cambiar la tenencia ejidal, sin sanción legislativa lo dispuesto en la Ley Agraria, por formas individuales de posesión con las que pudieron establecer contratos de arrendamiento o de

compra- venta de tierra a familias terratenientes que contaban con los recursos necesarios o con compañías trasnacionales para la explotación y usufructo de la agricultura comercial de la gran mayoría de la tierras fértiles y productivas (Maldonado, 2010:176, 177).

A raíz de esta situación comenzaron, desde finales de los años cincuenta hasta mediados de los años setenta, una serie de conflictos en relación con la posesión y provecho de la tierra que desencadenaron, en algunas ocasiones, en acciones violentas y en las que, además, se contó con la participación y el uso desmedido de la fuerza de la Policía y el Ejército; de hecho, la región tuvo desde 1959 un proceso de militarización luego de creado el Batallón 49 de infantería en Apatzingán, lo que condujo a la militarización de la vida rural según lo nombra Salvador Maldonado (2010: 292).

Esta primera desavenencia causó diferencias que llevaron a la identificación de un conflicto que se dirimió, en algunos casos, a través del ejercicio de la violencia y fue aquel que se libró a raíz de la tenencia de la tierra, los derechos agrarios y la producción comercial agrícola⁸⁷ por grandes capitales transnacionales con los cuales la población campesina no podía competir, este escenario fue uno de los que reflejó cómo los fines impulsados por el proyecto de desarrollo implementado conducían, al seguir en esta dirección, a su fracaso. Lo que fue visto como oportunidad para el desarrollo de esta región y su población, en materia agrícola, fue aprovechado por agentes económicos transnacionales que fueron los que en su mayoría se lucraron de la exportación, especialmente, de algodón, limón, melón y legumbres.

Miles de hectáreas se integraron a los cultivos comerciales, abarcando cerca de la tercera parte del total del área productiva de la región (...). Así, se fueron incorporando, por medio de arreglos formales e informales de arrendamiento, venta o concesión temporal de derechos, tierras agrícolas que pertenecían a comunidades agrarias dotadas de ejido, además de pequeñas propiedades existentes. Entonces llegó a conformarse un proceso de mercantilización de la tierra que alteró ampliamente la tenencia y el uso de la propiedad. Conforme la mercantilización produjo una alta concentración de la tierra en pocas manos mediante procesos de despojo, arrendamiento, venta ilegal, etc., se configuró un fenómeno de proletarización rural con fuertes ingredientes de violencia interpersonal y estatal (Maldonado, 2010: 27).

Estas razones fueron las que condujeron a gestar una espacialidad de la violencia que tuvo su anclaje en el impulso, desarrollo y producción agrícola en la región; contando al menos, con tres

⁸⁷ Para ampliar sobre la violencia acaecida por la conflictividad agraria en el estado de Michoacán, véase: Guerra, 2017; Maldonado, 2010.

actores visibles en la disputa por el uso y el control de la tierra. Por un lado, los agricultores nacionales e internacionales que concentraban las tierras más prosperas acudiendo a artilugios como los certificados de inafectabilidad agraria y contratos de arrendamiento; por el otro lado, ejidatarios precarios que no contaban con líneas de créditos acordes a sus posibilidades, ni con la calidad de las tierras poseídas, el sistema de riego y vías de comunicación necesarias para la producción, desarrollo y comercialización agrícola y mucho menos, con patrocinios políticos; y finalmente, las autoridades estatales que fueron inermes a las demandas de los segundos y muy solícitos a los primeros. Este desbalance, empujó a una serie de litigios agrarios que desencadenaron, en varias ocasiones, en acciones violentas que contaron, además, con la participación de agentes policivos y militares, afectando con ello el devenir cotidiano de las localidades y sus ejidos (Maldonado, 2010: 177, 213).

La confrontación de estos actores desencadenó en el espacio, lo que se podría reconocer como una violencia vinculada a asuntos agrarios, resultado de la adopción acelerada de un modelo de desarrollo agroexportador que se antepuso a los fines de la reforma en este campo. Aquí la violencia fue el recurso del que se echó mano para dirimir los conflictos que acarreaba un modelo como éste, en el que se puso en evidencia el privilegio por procesos globales de una economía transnacional que concentró la tierra por encima de pequeños ejidatarios que tenían tierra, pero no capital. “[Los] despojos de parcelas, [el] uso de pistoleros, a los que se daba credenciales de policía municipal, y [la] desaparición de quienes estorbaban ‘sus sucias maniobras’” (Guerra, 2017: 66) fueron junto con abigeato, las amenazas y los asesinatos, las acciones privilegiadas para causar miedo y temor en la población; y en el espacio, unas dinámicas que condicionaron el comportamiento de sus habitantes, principalmente los ejidatarios sin capital, situación que facilitó la expansión latifundista; en este último caso, el capital transnacional encontró la oportunidad para tomar posesión de la tierra, a través de la coacción violenta, para así ejercer y acceder al control y dominio territorial desde su importancia económica.

De esta manera, el proceso económico gestado por capitales, especialmente transnacionales, aprovechando el impulso estatal del proyecto de desarrollo rural de la Cuenca de Tepalcatepec como medio para expandir sus intereses en la mercantilización de las bondades agrícolas que allí tenían ocasión, logró en medio de constantes conflictividades en las que el uso de la violencia fue un recurso, anteponerse por encima de los derechos agrarios de la población campesina representada en ejidatarios o pequeños propietarios. Los conflictos suscitados en este escenario de

disputa por la tierra donde la estrategia de dirimir por la vía del diálogo fue sustituida por prácticas coercitivas violentas, desencadenó un problema delincriminal que se expandió por toda la región causando un ambiente de constantes intimidaciones en la población que tuvo que asistir a frecuentes fechorías, robos, asaltos, abigeato, amenazas, secuestros y asesinatos.

En un informe del 1 de diciembre de 1965, el presidente municipal de Tepalcatepec precisaba que, en materia de seguridad, desde el 1 de enero de 1963 se habían cometido las siguientes clases de delitos: 5 homicidios, 30 lesiones, 42 robos, 22 daños a las cosas, 13 abigeos, 15 violaciones a menores de edad, 14 injurias, 3 fraudes, 8 violaciones a domicilio, 13 amagos a mano armada, entre otros. En total en 1963-1964 había habido 101 delitos, mientras que en 1965 solo 83. Ello nos da una idea de la gran actividad delincriminal en la región (Guerra, 2017: 68).

Para contrarrestar estos hechos el Estado solo procuró personal militar y policial, agentes judiciales, además del suministro de armas para constituir las defensas rurales o para defensa propia, esto último derivó en lo que se conoce como el pistolismo y más que mediar en la solución de los conflictos, los agudizó. Podría afirmarse en este caso que la violencia acaecida durante el desarrollo del proyecto de la Cuenca de Tepalcatepec junto con el proceso de la economía agroindustrial, le permitió a este último expandirse rápidamente y condicionarse mutuamente con las dinámicas de la violencia en un marco de disputas por la tierra. Estas dinámicas interactuaron con los procesos económicos reconfigurando una espacialidad que implicó un cambio en la economía regional como fue su inserción paulatina en las demandas del mercado mundial, sin reparo de la incidencia en la población, que mayoritariamente, no tenía los recursos para participar en ella.

Las transformaciones asistidas a partir de las reformas económicas que dieron cuenta de un modelo excluyente tendrían su época de bonanza y auge solo por un par de décadas, ya que sería este mismo factor el que irrumpiría en los años ochenta de nuevo en la dinámica regional, pero esta vez, desde lo que se reconoció como la crisis económica derivada del modelo de sustitución de importaciones, el desplome del mercado interno y la disminución en los apoyos estatales a la agricultura y su posterior declive.

Vale la pena señalar dos asuntos que me parecen importantes, el primero es que este proceso económico que se acompañó, en ocasiones, del ejercicio de la violencia para acometer sus fines causando efectos contrarios a los propósitos del proceso de la reforma agraria y del proyecto asistencial del Estado; y segundo, que hoy esta espacialidad pervive junto con la espacialidad del

desarrollo en lo que corresponde a la economía agroindustrial transnacional, esta última aunque con un impacto disminuido o transformado, ya sea por la participación de dineros ilegales en actividades legales o por la escalada violenta en la confrontación entre carteles de la droga en procura del control territorial y del negocio ilícito, además de su expansión.

Con relación a esto último, es posible identificar las circunstancias que permiten reconocer cómo desde mediados del año 2000, Tierra Caliente asiste a una espacialización de la violencia derivada del accionar de grupos vinculados al narcotráfico que, aunque su presencia no es nueva en la región, si hay en el nuevo siglo unas situaciones que marcan la diferencia con épocas anteriores. Las situaciones de las que hablo tienen que ver, primero con la aparición de la economía derivada del narcotráfico, emergencia que se hizo visible de forma paralela y sigilosa a los avances de la economía agrícola transnacional; dos, el retiro gradual, hasta casi la eliminación, de los apoyos y financiamientos estatales a quienes trabajaban la tierra luego de la crisis agrícola en los años ochenta que llevó a que se sustituyeran los cultivos de algodón, frutales, maíz y sorgo por la siembra de plantíos de marihuana y amapola y de estos a lo que hoy se produce, las drogas sintéticas; y tres, la confrontación bélica de este actor en la disputa por el territorio con otros grupos de igual conformación, a lo que se sumó además, los planes de carácter nacional implementados para combatir el narcotráfico que desde el gobierno de Salinas de Gortari pasando por Felipe Calderón asumieron una fuerte intervención y acción militarizada (Malkin, 2001, Maldonado, 2010; Guerra, 2017).

Desde los años cincuenta se documenta el allanamiento de cultivos de amapola y marihuana, luego de operaciones militares del Batallón 49⁸⁸ en la Sierra Madre del Sur, de hecho, no debe olvidarse que el cultivo de plantas alucinógenas fue una práctica, entrado el siglo XX, de carácter rural, especialmente esta parte de la Región contaba con una posición geográfica muy favorable ya que la ubicación de sembradíos podía localizarse tanto en la serranía como en la planicie (Maldonado, 2012: 12).

Al considerar que la economía derivada del narcotráfico se visibilizó de forma paralela y sigilosa a los avances de la economía agrícola transnacional y los planes de desarrollo implementados por el Estado, se debe al impulso -según lo documentan Maldonado (2010, 2012)

⁸⁸ Este Batallón tuvo su sede principal en Apatzingán. Para ampliar el contexto e intervención militar en la Tierra Caliente, véase: Maldonado, 2010 y 2012.

y Guerra (2017)- en materia de infraestructura (carreteras, pistas aéreas, sistema hidráulico, entre otros) y de comercio que dispuso el proyecto desarrollado en la Cuenca de Tepalcatepec, así como a la inserción en prácticas comerciales ya no solo ilegales relacionadas con narcóticos sino con inversiones legales en huertas de frutas y hortalizas, explotación minera e inversiones turísticas⁸⁹, todo ello facilitado tanto por las relaciones de connivencia entre funcionarios públicos y narcotraficantes. Vale recordar aquí que la crisis agrícola derivada por la adopción de políticas neoliberales llevó en los años ochenta a la descapitalización del campo por la reducción considerable de los apoyos y financiamientos estatales.

En los centros urbanos de Tierra Caliente la crisis de la agricultura repercutió ampliamente en la estabilidad financiera de las élites, afectando los circuitos que soportan la economía regional. Estos circuitos fueron compensados y/o aprovechados por el narcotráfico, ya que las comunidades serranas y costeñas produjeron y procesaron más droga. Así, el negocio ilegal se convierte en sustento de los procesos de inversión legal. Esto mismo sucede con los capitales acumulados que no encuentran rentabilidad ante la carencia de inversiones y transacciones legales. Al final, los bordes entre tales esferas se vuelven indivisibles por medio del lavado de dinero (Maldonado, 2012: 17).

Los efectos de esta crisis hicieron que la población dedicada al trabajo de la tierra sustituyera muchas de las hectáreas empleadas para los cultivos agrícolas tradicionales por los sembradíos de plantas alucinógenas; al mismo tiempo que esto ocurría, también empezó a verse en los poblados de la región, sobre todo en Apatzingán, el centro urbano más importante de Tierra Caliente un cambio en su dinámica social y comercial. Para Hemal que lleva 34 años trabajando en varios ranchos y municipios de la región haciendo misión pastoral, y aunque no es de esta región ya se siente apatzinguense, según él, el cambio se empezó a notar con mayor ahínco desde finales de los años ochenta, a partir de las ganancias que dejaban el cultivo de marihuana y de amapola. Dice que la transformación no solo se notaba en el área urbana por el auge paulatino del comercio y los servicios, en muchos casos de carácter suntuoso, sino también en los ranchos, por las casas que se construían y las camionetas que la gente de esos lugares empezaba a comprarse -práctica que aún continua, luego de las observaciones en campo hechas en Apatzingán-

la gente acostumbró a tener dinero y a gastar mucho dinero. La gente se acostumbró a gastar mucho dinero, en el alcohol, tampoco hay mucho respeto por la sexualidad, el dinero atrajo muchas mujeres para trabajar en la prostitución, la gente aquí gasta todo lo que tiene en una diversión, mucho dinero, mucha

⁸⁹ Una de las referencias más evidentes en este tema de la inserción de dineros ilegales en la economía legal son los cultivos de aguacate, localizados en lo que se ha denominado zona aguacatera entre los límites de la meseta purépecha y la tierra caliente; y la naciente inversión turística en la costa michoacana.

diversión, le gusta gastar en sus gustos, muchos de ellos suntuosos, como las suv o trocas, animales exóticos, etc. (Hombre, conversación 6, 23Nov2017).

Hemal reconoce que no todos estos cambios en la vida cotidiana se derivan de los ingresos logrados por los cultivos ilícitos, también muchos de ellos se deben a las remesas de *personas humildes* que trabajan en Estados Unidos y envían parte de lo devengado allá a sus familias en Tierra Caliente. No obstante, a pesar de esta anotación que es muy importante, sí debe advertirse que las ganancias y el derrame económico generado por la siembra y la comercialización de alucinógenos, contribuyó para que se extendiera la utilización del uso del suelo hacia estos cultivos y no a sus prácticas agrícolas tradicionales

la gente de los ranchos vio en esos cultivos una posibilidad, sembrar algodón, maíz, papaya o sandía no era posible porque los insecticidas eran muy costosos y el banco rural del gobierno ya no ofrecía los beneficios de antes; aunque hoy usted ve muchos cultivos de esos, pero muchos son de esa otra gente [refiriéndose al narco] que tiene huertas de limón, además de aguacates; la gente de los ranchos no tenía en que trabajar, entonces... este... tenía dos opciones rentar las parcelas o trabajarlas y cultivar mariguana o amapola (Hombre, conversación 6, 23Nov2017).

La región empezó a experimentar a raíz del terreno que iba ganando el narcotráfico en términos de cultivo, comercialización y tráfico, una serie de intervenciones militares que tuvieron su impacto en los medios de comunicación locales y nacionales tanto por la incautación de la droga producida que estaba lista para su comercialización, como por la destrucción de los cultivos, debe señalarse que antes de 1950 el tráfico de estupefacientes no era todavía un problema de seguridad nacional. A la primera intervención militar en contra del narcotráfico que tuvo lugar en 1959, bajo el mando del comandante Salvador Rangel⁹⁰, le siguieron un sinnúmero de acciones de este tipo acompañadas de la destrucción de sembradíos, aspersión terrestre de los cultivos, decomiso de los alcaloides ya procesados y listos para su comercialización y un número considerado de personas detenidas por su vinculación, al parecer, en este negocio, a las que se les confiscó además armas y vehículos (Maldonado, 2012: 20; 2018: 39).

Hasta aquí se han advertido, además de unos antecedentes importantes, otras manifestaciones de cómo la violencia ha configurado, y lo sigue haciendo, desde diferentes factores e intereses una espacialidad propia en Tierra Caliente, sin embargo, debe señalarse por los intereses y límites de esta investigación, que en el periodo temporal definido hay dos últimas circunstancias que

⁹⁰ A cargo de este militar estaba el Batallón 49 con sede en Apatzingán.

ocasionan una relación más estrecha con la movilidad forzada, me refiero a la adopción de políticas gubernamentales contra el narcotráfico que vieron en la intervención y ofensiva militar una opción para acabar con él; y el combate abierto y sin escrúpulos de los distintos carteles del narcotráfico que operan en la Región.

Las operaciones militares y de policía que empezaron al finalizar la década de los cincuenta del siglo pasado, se intensificaron e incrementaron en el uso de la fuerza a finales de los años setenta cuando se articularon a las demandas internacionales, principalmente de Estados Unidos⁹¹, de combatir el narcotráfico en América Latina, ejemplo de ello son las políticas implementadas, bajo la mirada unidireccional de solo enfocarse e intervenir aquellos países productores y de tráfico (de origen) y aquellos donde estaban las principales áreas de cultivos: Bolivia, Colombia, Ecuador, México y Perú⁹² (Matiz, 2013). Podría señalarse que, desde 1970 hasta el sexenio de Enrique Peña Nieto, México ha asistido a un sinnúmero de políticas de persecución y lucha al negocio del narcotráfico que se han desplegado a lo largo y ancho del país como continuidad de lo implementado en el sur y centro del continente, y que han sido estrechamente acompañadas por ofensivas del Ejército y la Fuerza Aérea en las que el uso de la fuerza y la confrontación bélica ha primado, además, no debe desconocerse que estas políticas se han caracterizado por ser represivas, prohibicionistas y de criminalización al consumo.

Muestra de ello han sido, por ejemplo, la Operación Condor en 1977, bajo directrices del para ese momento jefe de mando, el presidente José López Portillos (1976- 1982), elementos del Ejército adelantaron campañas de erradicación de cultivos ilícitos de adormidera y marihuana principalmente en los estados de Chihuahua, Durango, Guerrero, Michoacán, Oaxaca y Sinaloa; seguidamente en la gobernatura de Miguel de la Madrid Hurtado (1982- 1988), los temas de narcotráfico se adscribieron a las discusiones sobre seguridad nacional, lo que llevó a las Fuerzas Armadas mexicanas a tener una presencia ya no solo en las fronteras como parte de su misión de defender la soberanía de la nación, también debieron hacer frente de este delito al interior del país,

⁹¹ Para un recuento de los tratados de México con Estados Unidos para combatir el narcotráfico en ambos países, véase: Nexos, 1978.

⁹² Bolivia, Ecuador y Perú se suscriben a las directrices del ATPA- *Andean Trade Promotion and Drug Eradication Act* o Ley de Preferencias Arancelarias Andinas y Erradicación de la Droga-ATPDA que dirigen las acciones, entre 1998 y 2010, más hacia la erradicación de cultivos que la lucha contra los traficantes; En Colombia se suscribe en 1999 el acuerdo bilateral llamado “Plan Colombia” o Plan para la Paz y el Fortalecimiento del Estado; En México y Centro América entre en vigor en 2008 la “Iniciativa Mérida” las tres líneas en que se focalizó la cooperación bilateral fueron: destruir las áreas cultivables, reducir la demanda y comercialización de drogas, impedir el tráfico de armas y enfrentar a los narcotraficantes.

durante este periodo de gobierno el narcotráfico fue definido como “un problema de seguridad, salud y solidaridad internacional” (Atuesta y Madrazo, 2018: 3); Fue Carlos Salinas de Gortari quien al asumir la presidencia de la república mexicana (1988- 1994) inició lo que podría reconocerse como la primera estrategia militar en la que hubo una focalización de la intervención, especialmente la Tierra Caliente y la costa michoacana junto con otros estados como Guerrero, Sinaloa y Tamaulipas fueron testigos de este tipo de implementación de políticas militaristas que llevaron, en la mayoría de las veces, a la confrontación violenta entre agentes armados del Estado y los miembros de los carteles; Ya para el periodo de Ernesto Zedillo Ponce (1994- 2000), además de que se continuó con el combate al narcotráfico desde operaciones militares, altos miembros de esta cúpula empezaron a ocupar cargos de dirección, a nivel estatal y federal, en la policía; en 2005, bajo el mando de Vicente Fox Quesada (2000- 2006) se realizaría por primera vez una operación en la que participaron conjuntamente diferentes instancias gubernamentales y militares, el “Operativo México Seguro”, en la que las Secretarías de Gobernación, de Seguridad Pública, de Defensa Nacional, la Marina, Hacienda y Crédito Público, así como la Procuraduría General de la República junto con los gobiernos estatales adelantaron ya no solo acciones de golpe al narcotráfico, sino que también se ocuparon de los brotes de violencia propinados por bandas de delincuencia organizada y asociada a éste (Atuesta y Madrazo, 2018; Atuesta, Siordia y Madrazo, 2017; Guerra, 2017; Maldonado, 2010 y 2018; Malkin, 2001; Vilalta, 2013).

No obstante, fue durante los gobiernos de Felipe Calderón Hinojoza (2006- 2012) y Enrique Peña Nieto (2012- 2018) que las acciones militares fueron más contundentes, permanentes y con un repliegue que llegó a la mayoría del territorio nacional, de hecho, muchos analistas que han hecho un seguimiento a las políticas y acciones gubernamentales de contención del narcotráfico y las dinámicas de violencia en México, coinciden en decir que en los últimos años, la Tierra Caliente Michoacana ha sido protagonista de los embates de esta lucha. Indiscutiblemente, un año que marca un hito en la historia de la violencia en país es el 2006, cuando se lleva a cabo una de las intervenciones militares y policiales más destacadas de un plan de gobierno que tuvo su experimento de implementación a nivel de república en la Tierra Caliente. A los pocos días de asumir como jefe de estado, Felipe Calderón, se implementó la “*guerra contra el narco y el crimen organizado*” o “*guerra de Calderón*” como se le conoce coloquialmente, que continuó con el trabajo vinculado entre agentes militares y de la marina, elementos de la policía federal, de las secretarías de seguridad públicas, la Procuraduría General de la República- PGR, la Agencia

Federal de Investigación- AFI y oficiales del Ministerio Público Federal, sobresale en este caso la intención reiterada en que las acciones fueran coordinadas entre los órdenes federal, estatal y local con un objetivo claro un “*México libre de drogas y violencia*”, bajo esta consigna se determinaron tres áreas en las que se concentraba la lucha: disminución del área de siembra de enervantes, interceptación de tráfico de estupefacientes y armas, además de la lucha contra la delincuencia organizada, estas acciones estuvieron articuladas a la Iniciativa Mérida y contó con una financiación inicial, por parte de Estados Unidos, de 1 400 millones de dólares (Covarrubias, 2013: 463).

La manifestación directa de esta política ocurrió el 8 de diciembre de 2006 en Michoacán, en lo que se denominó la “*Operación Conjunta Michoacán*”, según los informes de labores de los operativos militares y de rendición de cuentas de la Secretaría de Defensa Nacional- Sedena indican que se dispuso de 6 634 agentes para llevar esta intervención en este estado⁹³ (Sedena citado en Atuesta, 2018: 9), así mismo, la Semar señala que éstas operaciones fueron consideradas de alto impacto en tanto buscaron “disminuir, neutralizar y erradicar las actividades de distintos grupos delictivos que operan en los estados de (...) Michoacán, Guerrero, Tamaulipas, Veracruz y Nuevo León” (SEMAR, 2012: 7-8).

Esta operación se convertiría en el hito que marcaría el inicio de lo que se esperaba fuera el fin de la violencia infringida por el narcotráfico, más que ponerle un fin, la población mexicana asistió desde el 2006 a un aumento progresivo de hechos delictivos que se han visto acompañados por un ambiente de terror e impunidad, una crisis de derechos humanos que se expande notable y rápidamente con la connivencia o no de elites políticas, miembros activos y retirados de la fuerza armada y policial, grupos empresariales y las clases media y baja (Maldonado, 2010, 2018; Bataillon, 2015).

De acuerdo con Laura Atuesta y Oscar Madrazo (2018: 4-5) desde el periodo presidencial de Calderón hasta un año después de la llegada de Enrique Peña Nieto, fueron aprobados, por lo menos, 15 operativos militares en 10 de los 32 estados del país, mismos que contaron y continuaron con la participación conjunta de los organismos nombrados unos párrafos arriba. Ni si quiera en este sexenio se pudo disminuir la violencia desmesurada cometida tanto por las fuerzas del orden

⁹³ Esta operación contó con un presupuesto inicial de 1 253 906 pesos mexicanos, pero pasados tres meses tuvo una adición de 1 600 031 pesos como lo señala Maldonado en su libro *La ilusión de la seguridad* (Pág. 71). Para una revisión extensa de lo que fue esta Operación puede verse el acápite del libro en las páginas 71 a la 81.

como de los grupos criminales asociados al narcotráfico, de hecho, lo que hubo durante este último mandato fue una continuación de políticas y estrategias de seguridad fallidas que llevan, en por lo menos 40 años de continuidad, un escalamiento de la violencia; para Andreas Schedler (2015), Peña Nieto lo que hizo fue heredar una “guerra” que no fue, además, capaz de resolver.

Lo desatado en la confrontación violenta desalmada entre elementos de la policía y las fuerzas armadas contra las estructuras del narcotráfico, y la que también sobrevino con los enfrentamientos entre ellos, además de dejar centenares de muertos de ambos lados, produjo una cifra considerable, y no precisa⁹⁴, de población civil victimizada en la que se destacan los homicidios, los secuestros y las extorsiones, junto con graves violaciones a los derechos humanos por el uso y abuso desmedido de la fuerza infringida por los estamentos del Estado que fueron documentadas por la Comisión Nacional de Derechos Humanos- CNDH y la Comisión Estatal de Derechos Humanos- CEDH. En el caso de Apatzingán, esta corporación registró un número de denuncias (Ver tabla 1), a las que debe decirse que éste es un registro que debe ser leído con sumo cuidado porque recoge solo las imputaciones de la población civil que se atreve a declarar los desmanes de la Fuerza Pública, quedando un alto número de ellas por fuera del conocimiento público y el reconocimiento desde instancias como éstas de control y seguimiento a la situación de los derechos humanos en México; o también, por el subregistro y la inconsistencia de los datos si se compara con otras fuentes de información.

Tabla 2. Denuncias ciudadanas en la CEDH

Año Entidad	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016
Ejército- SEDENA⁹⁵	SD ⁹⁶	69	101	15	164	11	67	5	7	0
Policía Federal- SSPP⁹⁷	SD	SD	34	72	221	35	0	96	35	10

⁹⁴ En varios informes revisados de INEGI o de los gobiernos municipales, así como investigaciones de la academia o sectores no gubernamentales, todos coinciden en identificar vacíos de información, cifras que no corresponden entre las fuentes oficiales, los registros en los que se identifican las victimizaciones que puede variar entre instituciones gubernamentales o con los cambios de gobierno.

⁹⁵ A partir del 2012 los registros estadísticos ya no registran las acciones del Ejército, estas se integran al SEDANA, Secretaría de la que dependen el Ejército y la Fuerza Área Mexicana.

⁹⁶ SD- Sin dato.

⁹⁷ La denominación cambia en 2013 de Policía a SSPP- Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana de la que depende la Policía Nacional.

Marina- SEMAR⁹⁸	SD	SD	SD	2	4	1	0	1	0	0
---------------------------------------	----	----	----	---	---	---	---	---	---	---

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos suministrados en Maldonado (2018: 76).

En correspondencia con académicos, académicas, analistas y periodistas que han estudiado la incidencia de la adopción de estas políticas fuertemente vinculadas con el accionar de las fuerzas legítimamente constituidas, la conclusión a la que se llega frente a la adopción de políticas, planes y acciones para combatir el narcotráfico es que contrariamente a lo esperado, la presencia y el maniobrar conjunto de las fuerzas militares, de policía y de otras instancias encargadas de la seguridad, condujeron fue al incremento de la violencia criminal y una espacialización en la presencia y accionar de los actores ilegales, en este caso, el narcotráfico.

Las consecuencias negativas de la “militarización” del país han sido mayores que los beneficios y después de más de siete años de implementación de operativos conjuntos, todavía no se han visto los resultados en materia de seguridad. (...) la política de seguridad nacional implementada (...) ha incrementado la violencia a nivel municipal y que esta violencia se incrementó más en municipios con mayor número de enfrentamientos que en municipios sin o con un menor número de enfrentamientos contra el crimen organizado (Atuesta y Madrazo, 2018: 29).

La población de los municipios y la región de Tierra Caliente, sino del Estado mismo de Michoacán no solo ha tenido que soportar y ser testigo directo del accionar militar y sus consecuencias en la población, también a ello se suma la disputa de los carteles por el control de plazas, tierras y caminos. Esto último, será el segundo elemento que aporta “ingredientes” importantes para continuar entendiendo cómo ha sido la configuración de la espacialidad de la violencia en Tierra Caliente, y en especial en Apatzingán.

Desde los años setenta hasta entrado el siglo XXI, el aumento considerable del cultivo de enervantes, la producción de drogas sintéticas, su comercialización y tráfico ha sido un interés permanente en el tiempo de los grupos dedicados a este negocio, no obstante, es desde el año 2000 que se ha asistido a la agudización de la confrontación entre los carteles, a razón de circunstancias tales como el reacomodo y segmentación al interior de ellos, la competencia por el control del negocio y los territorios para el cultivo, la producción y las rutas para tráfico de los narcóticos (Astorga y Shirk, 2010 citado por Maldonado, 2018: 49), la sumatoria de estas situaciones llevaron a que en Michoacán denotara, a lo largo de todos estos años, un aumento significativo y prolongado en el número de delitos cometidos en la entidad.

⁹⁸ La denominación cambia en 2012 de Marina a SEMAR.

Bajo este contexto, Apatzingán como municipio, Tierra Caliente como región y Michoacán como estado, han sido sumidos en una profunda violencia criminal que ha estado detentada tanto por el orden oficial como por el orden ilegal de los grupos o clanes del narcotráfico. En este recorrido que se hizo más notorio en los últimos 18 años, Apatzingán ha sido una de las localidades que se ha puesto en la palestra pública de los medios de comunicación como un territorio en el que se manifiesta, sin escrúpulos, la violencia fungida por los narcotraficantes ya sea por el comercio y tráfico de drogas, armas y por la inserción en la economía legal o por la disputa y el asentamiento de estas organizaciones en el territorio.

Lo desatado por las políticas estatales y nacionales de seguridad, tuvo su asidero en combates abiertos y sin escrúpulos para “erradicar” las distintas prácticas de los carteles del narcotráfico en la Región -cultivos, tráfico, comercialización de drogas y control territorial-. A continuación, se identificarán las organizaciones asociadas a esta acción criminal en la región y su trayectoria a la luz de las variaciones de los contextos acaecidos bajo la guerra contra las drogas.

Aunque en México la relación con el cultivo y producción de marihuana y otros productos derivados del opio se originó desde hace ya varias décadas -mediados del siglo XX-, es en los años 80 cuando empieza a establecerse una relación más directa en el mercado y tráfico, en tanto, Estados Unidos inició el control y bloqueo de las rutas del sur del continente por el mar caribe, lo que llevó, en especial, a muchos de los traficantes colombianos a establecer asociaciones con las agrupaciones emergentes mexicanas para lograr rutas alternas por su territorio para el ingreso de la producción al mercado estadounidense.

Si bien los orígenes de los carteles son disímiles y responden a un proceso de consolidación en el tiempo y a lo largo y ancho de los 1 973 kilómetros cuadrados de superficie del territorio mexicano, en el Valle de Apatzingán el cultivo de marihuana y amapola data aproximadamente de 1940 cuando se empieza a proveer a las ya consolidadas organizaciones sinaloenses; en casi cuatro décadas los productores michoacanos estuvieron subordinados a los que controlaban el mercado en el norte del país, no obstante, es para finales de los años setenta y ochenta cuando se crean otras rutas, especialmente marítimas por el pacífico, lo que significa una ventaja por el largo litoral que posee el estado de Michoacán en esta zona, además, de contar con uno de los principales puertos del país, el Lázaro Cárdenas; de esta manera, la región comienza a tener protagonismo como una “ruta estratégica para el trasiego de drogas. Además, en los años noventa se introdujo la producción

de drogas sintéticas (metanfetaminas), cuyos precursores químicos provienen primordialmente de Asia a través del Pacífico” (Rivera, 2014: 5).

Estas circunstancias incidieron en la aparición de Los Valencia, una organización de carácter local, luego identificada como el cartel del Milenio que adquirió importancia por su próspero negocio con narcotraficantes colombianos y de Ciudad de Juárez, a éstos últimos, les proveía de marihuana y cocaína que recibía de los primeros, sin embargo, luego ampliaría su negocio con la producción y distribución de drogas sintéticas. Después de tener un ambiente tranquilo y favorable para el negocio, el nuevo siglo comenzó con una disputa territorial con grandes manifestaciones de violencia, entre el 2001 y el 2003, Los Zetas empezaron a disputar con acciones violentas a Los Valencia gracias a una alianza local con La Empresa, dejando a su paso un centenar de muertes y el inicio de una batalla campal como nunca había presenciado la población.

El control de Los Zetas de la ruta que iba desde el litoral pacífico de Michoacán hasta Tamaulipas se acompañó en esta ocasión con otras acciones victimizantes como el secuestro y la extorsión, además del miedo generalizado⁹⁹. Bajo estas circunstancias en 2006 apareció a la luz pública una nueva organización de origen michoacano, La Familia de Michoacán¹⁰⁰, con un hecho sin precedentes que tuvo ocasión en Uruapan dejando un mensaje en el que anunciaban: “La Familia no mata por paga. No mata mujeres, no mata inocentes, solo muere quien debe morir, sépanlo toda la gente. Esto es justicia divina.” (La Jornada, 2006).

Este sería el principio de una organización que inicialmente estuvo conformada por exmilitantes de Los Zetas y que buscó detentar el poder en el territorio a través de la lucha contra la delincuencia y la injusticia impuesta por esos otros ordenes alternos de carácter criminal asociados al narcotráfico. Fue así como entre 2006 y 2008 el estado michoacano vivió a causa de esta circunstancia y de la intervención de las fuerzas federales y estatales bajo el mando de Felipe Calderón una de las primeras hostilidades más cruentas de su historia.

Una característica particular que llevó a La Familia a tener un apoyo popular en la región fue

⁹⁹ “(...) el modelo criminal de Los Zetas había roto los códigos del negocio tradicional de las organizaciones de drogas: ya no solo traficaban sustancias, ni solamente buscaban vender protección, sino que ahora también se especializaban en la expropiación de la riqueza de los habitantes como una forma más inmediata y menos riesgosa para hacerse de riquezas. De tal suerte, secuestraban, extorsionaban, robaban y despojaban a [la población] de sus grandes y pequeñas propiedades y posesiones” (Guerra, 2017: 18).

¹⁰⁰ Está organización según revisión de prensa y documental, tuvo sus orígenes en la organización dirigida por Carlos Rosales “El Tisco” quien en los años ochenta tenía a su mando el grupo conocido como *La Empresa*.

el discurso religioso, moral y de radicalismo social con el que buscaba justificar sus acciones delictivas (...) combinaba sus decisiones y actos criminales con una doctrina seudocristiana de liberación espiritual, superación personal y servicio a los demás (...) junto con una retórica antigubernamental, populista y justiciera que también contribuyó a atraer simpatías” (Rivera, 2014: 7).

Fueron pocos los años que esta organización detentaría exclusivamente el poder territorial y el negocio del narcotráfico en Michoacán, a su interior se llevaron un sinnúmero de disputas que terminaron con varias ejecuciones, seguido de las acciones emprendidas por las autoridades federales que conllevó a la detención de varios de sus miembros y finalmente, otro impacto que tuvieron que afrontar, fue la aparición en 2011 de una nueva organización: Los Caballeros Templarios que, además, de tener pretensiones en el control del negocio de las drogas en Tierra Caliente, emprendió una persecución contra quienes aún, fragmentariamente, integraban La Familia. Algunos de los rasgos que distinguió a esta nueva estructura armada e ilegal fue el grado de violencia que ejercieron en esta parte del territorio michoacano, el cual las autoridades locales se vieron frustradas e incapaces de detener, por el contrario, los integrantes de Los Caballeros hicieron hincapié en el control de las cadenas productivas del agro, sustento de la población; estrecharon, a través de la coerción, el vínculo con las autoridades locales y policivas; y finalmente, el cobro del derecho de piso¹⁰¹ a los productores de las principales agroindustrias de limón, sandía, melón, mango y aguacate (Rivera, 2014; Guerra, 2017; Peniche, 2018).

De esta manera, Los Caballeros empiezan a detentar su ejercicio coercitivo en el estado, desde Tierra Caliente, pasando por la costa, el Bajío, la Meseta Purépecha hasta llegar a Morelia, la capital. Pero ¿Cómo lograron esta expansión en el territorio? La respuesta, aunque sencilla, da ocasión para señalar además como la soberanía entra en disputa, cuando ya son varios órdenes los que se debelan en la esfera pública, no solo es el Estado legítimo, sino que también aparecen estas organizaciones con pretensiones soberanas en las cuales resaltan los diversos sistemas de normas imponiendo un orden que organiza la vida en común de las poblaciones en donde hacen presencia, misma que no tendría tanta eficacia sino contara con la colusión de la fuerza pública y las autoridades locales, estatales y nacionales (Cortés, 2015; Rivera, 2014: 8; Uribe, 2000:62; Vértiz, 2015).

¹⁰¹ El derecho de piso es lo que se conoce coloquialmente en Colombia como la vacuna, un sistema de extorsión que obliga a comerciantes, productores, transportistas a pagar de manera ilícita un monto económico periódicamente a cambio de poder continuar con la prestación de sus servicios.

A esta presencia armada ilegal se sumará en 2014, *Los Viagras*, conformada inicialmente por los hermanos Sierra Santa oriundos de Huetamo y reconocidos como una familia dedicada a la cría de animales de corral, especialmente, de gallos, actividad económica que les dio la oportunidad de conocer y tener relaciones con varios jefes de narcotráfico. Si bien su participación en el uso de las armas tiene un claroscuro por su accionar, inicialmente, en los grupos de autodefensas, y luego con la producción y distribución de metanfetaminas (drogas sintéticas, conocidas popularmente como crystal) en los municipios de Apatzingán, Ario de Rosales, Arteaga, Buena Vista Tomatlán, Churumuco, La Huacana, Nueva Italia, Nuevo Urecho, Parácuaro y Pizándaro, todos ellos municipios de la Región de Tierra Caliente, donde se disputaron el control territorial La Familia, Los Caballeros Templarios y El Cartel Jalisco Nueva Generación (Infobae, 2019; Ornelas y Ramírez, 2017: 268).

De esta manera, si bien desde entrado el siglo XXI se hace visible la presencia, accionar y dominio de los grupos criminales, especialmente, vinculados con el narcotráfico, será desde el 2010 que Michoacán y México en general, asistirán a la emergencia más que de grandes cárteles de grupos menores que responden, ya sea a fracciones de los primeros por disputas en su interior o alianzas para el control de rutas, áreas de producción y mercados internos. Así mismo, no debe dejarse de lado el impacto de las operaciones que ha producido en este Estado y, principalmente, en Tierra Caliente el Cártel Jalisco Nueva Generación- CJNG¹⁰² que ha extendido eficientemente su estructura militar y financiera en la costa michoacana, en especial, en el puerto Lázaro Cárdenas.

Lo que se muestra con la presencia y accionar de estos grupos al margen de la ley, en especial aquellos asociados a las drogas, es el establecimiento de un orden social criminal en el territorio, logro que estuvo mediado por fuertes batallas de fuego cruzado para alcanzar la hegemonía; desde hace aproximadamente una década, sobrevino en todos los municipios de Tierra Caliente y en especial Apatzingán, una escalada violenta en respuesta a las “(...) rupturas, enfrentamientos, alianzas, traiciones y represalias entre los distintos carteles de la droga, con una cauda de sangre como no se había visto [antes]” (Rivera, 2014: 4), situación fue anclándose en la vida cotidiana de las poblaciones.

¹⁰² Aunque su bastión principal es el estado de Jalisco, ha traspasado las fronteras estatales para llevar sus operaciones delictivas y financieras a lo largo y ancho del país, así: en el occidente en Nayarit, Colima y Michoacán; en el noroeste en la región de Mexicali y Baja California; en la región central en el Estado de México, Querétaro y una parte de San Luis Potosí; al sureste en Veracruz; y en el sur en las regiones costeras de Guerrero y Oaxaca.

Lo que inició como una actividad de pequeñas redes familiares de contrabando considerada como uno de los tantos trabajos en los que se ocupaba, como una opción de vida que no generaba, hasta entonces, ningún problema a la población, luego de las transformaciones en los años ochenta hasta inicios del siglo XXI del mercado mundial de las drogas¹⁰³, esto llamó la atención y se convirtió en un atractivo negocio que se diversificó en todos los eslabones de la cadena productiva (Guerra, 2017:11). De esta manera se identifica cómo se hizo en la región de Tierra Caliente una espacialización de la violencia desde las prácticas y las acciones de los grupos criminales vinculados con el narcotráfico que no solo están en el orden de la producción, transformación, comercialización y distribución de sustancias alucinógenas, sino también y sobre todo, en el plano de agresiones, enfrentamientos y ejecuciones tanto por la confrontación entre los distintos grupos como por aquellas acciones en las que la población civil resulta involucrada; sumada a esta presencia de grupos armados ilegales, también, se evidencia como desde los órganos de gobierno, federal y estatal, se instaura una estrategia en el territorio que involucra sacar el Ejército de los batallones para militarizar, principalmente, aquellos municipios donde los primeros tienen presencia y “simular”, en algunas ocasiones, un combate frontal contra los carteles de la droga, sin protección alguna para quienes no estaban involucrados como es el caso de la población civil.

Hablar de espacialización de la violencia, no significa solamente la presencia de los grupos armados, también se asocia a ella, en el caso de esta región mexicana, el control del territorio con dos fines: el primero tener hegemonía para no solo moverse con cierta garantía de seguridad para el ejercicio de su acción delictiva en tanto el mercado del consumo local o narcomenudeo, sino para llevar a cabo otras acciones alternas como el cobro de piso, el secuestro y hasta la participación en las actividades lícitas (agroindustria); y segundo, el uso del espacio como corredor estratégico para el tránsito de drogas y armas para el mercado interno o con el uso del puerto Lázaro Cárdenas para el mercado internacional. No obstante, distinguir esta espacialidad pasa también por reconocer las demás referenciadas, pero, sobre todo, las características y dinámicas que socio históricamente han construido este territorio.

¹⁰³ De acuerdo con Guerra (2017) esto se debió a la demanda en Estados Unidos tanto de cannabis como de cocaína.

Granada un pueblo donde los actores armados hicieron de las suyas¹⁰⁴

Uno cuando esa gente llegó [guerrilla] no se imaginaba nada, ellos empezaron ayudando mucho, pero las cosas se pusieron feas cuando llegaron los otros, los paras y el Ejército, ahí sí que vimos un chispero y la violencia hizo de las suyas en estas tierras (Mujer, Conversación 17, 14 Feb. 2018).

Hasta antes de 1985, Granada no ocupaba importancia en los medios de comunicación local o nacional, muy pocas veces los diarios, especialmente los de carácter regional publicaban algo sobre este municipio, y sí lo hacían era en un espacio minúsculo en las secciones de economía o de las noticias regionales¹⁰⁵ en donde se comunicaba, más a manera de dato informativo, asuntos como: la celebración del día del campesino o de la juventud, obras comunitarias o viales, encuentros de solidaridad, recolección de fondos para los hogares juveniles o de la población adulta mayor, inauguración de espacios deportivos o fiestas patronales¹⁰⁶.

Con la construcción de las obras, especialmente de carácter energético que ya fueron reseñadas unas páginas arriba donde se describió la espacialidad del desarrollo, Granada estuvo en la mira de muchos actores, entre los que se destacan los económicos y los grupos armados, ya fuera por el control estratégico de los recursos naturales, los primeros; o por un territorio estratégico para la expansión militar por su conexión entre el Magdalena Medio, el nordeste antioqueño, el Eje Cafetero y la vía que conduce a la capital -la Autopista Medellín- Bogotá- conectando el centro y el oriente del país, además, para el tráfico de armas, los segundos.

Fue a partir de mayo de 1985 que empezó a publicarse en la sección de seguridad de los medios de comunicación, notas sobre secuestros, homicidios, robos y asaltos, muchos de los cuales eran imputados a los dos grupos guerrilleros con presencia en la zona, el Ejército de Liberación Nacional- ELN que llegó a principios de los años ochenta con el Frente Carlos Alirio Buitrago; y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- FARC que llegan en 1987 con los frentes 9° y 47°. Sin embargo, una década más tarde, 1997, harían también presencia las Autodefensas

¹⁰⁴ Para conocer ampliamente el proceso del conflicto armado en Granada y las formas de resistencia de la población a estas, se invita a consultar el informe de Memoria Histórica “*Granada: Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*” (2016).

¹⁰⁵ Esto en referencia a los dos periódicos regionales con mayor cobertura, circulación y distribución del Departamento de Antioquia: El Colombiano y El Mundo.

¹⁰⁶ Esta información fue obtenida luego de hacer una revisión de prensa, entre 1985 y 2017, de los dos periódicos mencionados en el pie de página anterior.

Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC) con el Bloque Héroes de Granada y las del Magdalena Medio, paralelamente a estos grupos armados ilegales fue copando el territorio las Fuerzas Armadas del Estado (especialmente el Ejército nacional) que luego de las instrucciones dadas por el presidente de ese entonces, Álvaro Uribe Vélez, con la implementación de la política de seguridad democrática, que entre muchos otros proyectos y acciones consideró la consumación de su estrategia de contraguerrilla que se dio en todo el territorio nacional y de lo que se vanaglorió, pero de la cual muchos municipios se convirtieron en un escenario privilegiado para la confrontación armada donde los mayores impactos y afectaciones fueron a la población civil.

Al indagar, durante la estancia de trabajo de campo, a la población granadina sobre ¿Desde cuándo logran identificar manifestaciones de violencia en el territorio o un cambio significativo en la violencia acaecida? varias de las personas con las que se habló coincidieron en reconocer que los repertorios y acciones de violencia tuvo su manifestación más álgida entre los años 1997 y el 2005, periodo de tiempo en el que confluyeron todos los actores armados legales e ilegales. Si bien, antes de estas fechas podríamos decir que sucedieron otras coyunturas relevantes que también ya fueron mencionadas (la Violencia de los años cincuenta del siglo XX que respondió a la disputa bipartidista entre liberales y conservadores; y las demandas ciudadanas a finales de los años sesenta por la construcción de la represa de Guatapé en el Peñol y en la que participaron activamente la mayoría de las poblaciones de los municipios adscritos a la subregión Embalses); estas circunstancias que sí bien han sido parte constitutiva del devenir de la organización territorial de esta subregión, imponiendo en la mayoría de los casos, desde la acción violenta una forma de organización en el espacio, no constituyen en el presente de quienes se inquirió una memoria social cercana con la que se establecen relaciones entre eso pasado que no se vivió, con la experiencia más inmediata, aquella que se sucedió, se presenció y se padeció en los años más recientes.

Desde mediados de los años ochenta según lo reconocen los testimonios de las personas con las que se conversó, los grupos armados, en especial las guerrillas, establecieron unos ordenes en las espacialidades cotidianas, principalmente, en la población rural del municipio de Granada, mismas que años más tarde fueron transgredidas y modificadas por otras formas de imposición de espacialidades, esta vez desde el ejercicio de la violencia, que se concretó en la disputa territorial y confrontación armada que emprendieron estos grupos insurgentes con grupos de autodefensas vinculados con el narcotráfico y las Fuerzas Armadas del Estado que más que contrarrestar los dos

primeros actores, aunó su poder en el escalamiento de la violencia en esta localidad. De hecho las estrategias bélicas empleadas por estos tres actores, entre las que se destacan los asesinatos, las amenazas, la movilidad forzada, el confinamiento, los bloqueos en las vías, los secuestros, el cobro de vacunas o extorsiones, las torturas, la desaparición forzada, los combates, las emboscadas, entre otras formas de victimización, fueron la forma en cómo se materializó de manera sistemática una estrategia de guerra que más que neutralizar o anular al enemigo llevó, además de un escalamiento de la violencia, a una crisis de carácter humanitario en la localidad.

¿Pero cómo se sucedió todo esto? Diferentes condiciones hicieron que los actores armados de carácter guerrillero (ELN y FARC) tuvieran una presencia diferencial y circunstancial en el territorio. El desalojo de gran parte de la población para la inundación de tierras necesarias para la construcción y operación del complejo hidroeléctrico, la escasa participación de la población en la consulta y toma de decisiones de ese proceso, y los pocos réditos económicos y sociales para las comunidades y localidades fueron las motivaciones que llamaron la atención a los grupos insurgentes, quienes vieron en estas circunstancias un escenario favorable para permear las dinámicas sociales y políticas, ganar adeptos dentro de la población, “luchar” por la reivindicación de los derechos de esta al canalizar su descontento y paulatinamente, bajo este impulso, copar el territorio (CNMH, 2016: 63).

La llegada, el establecimiento y la instalación, inicialmente de estos dos grupos insurgentes¹⁰⁷ y según las voces de la población, se hizo de manera discreta, pero paulatina, ganando participación en los escenarios sociales y políticos cotidianos de la vida rural. Así lo recuerda Edwin, un hombre que de niño vivió en la Cuenca Calderas y le tocó presenciar poco a poco no solo la ocupación del espacio, sino también, la injerencia de estos grupos en las dinámicas cotidianas, mediando, gestionando, resolviendo y hasta decidiendo asuntos de competencia de las autoridades locales, que para la época no contaban con una presencia sólida que garantizara, desde el accionar legítimo, la regulación y el ordenamiento necesario para una vida en sociedad.

estamos hablando de los ochenta, porque yo solo empecé como a verlos fue en esa época, o sea, fue en el ochenta que era cuando vivíamos sabroso, después fue

¹⁰⁷ La presencia y consolidación de los dos grupos guerrilleros en el Oriente antioqueño y especialmente en Granada fue un proceso diferenciado no solo desde lo militar, sino también, en su vínculo con la población. Véase: García de la Torre y otros, 2011.

que ellos empezaron a aparecer. Sería desde 1985 hasta donde recuerdo, que yo estaba muy pequeñito y uno comenzó a oír mentar a la guerrilla y a identificarlos, yo me preguntaba y eso qué será y mi papá me dijo: eso es gente armada y yo tenía unos 8 o 9 años. Antes uno oía a los mayores que decían que había guerra por los partidos, eran conflictos distintos y cuando comenzamos el cuento de la guerrilla, cuando ellos llegaron a los lados de Calderas era por ahí el 85, que mi papá trabajaba para abajo y dijo un día que la guerrilla estaba por ahí, (...) allá estuvo varios años la guerrilla, pero muy clandestinamente; se oían las historias, como decía ahorita, por ahí están, pero la guerrilla se destapó por ahí en el 87 que mandaron la primera invitación, vinieron por mí a la casa para que fuera a la escuela de la vereda a una reunión y así empezaron a invitar a la gente de la vereda, a organizar cosas, a tener autoridad, a mandar y a arreglar los problemas que iban apareciendo, como los problemas por asuntos de faldas, que asuntos de linderos, que de convivencia (Hombre, entrevista 23, 01Mar2018).

De acuerdo con el informe de Memoria Histórica “*Granada: Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*” (2016), la hegemonía guerrillera tuvo un “*poder real*, sin disputas” (p. 67), potestad que se adquirió debido a la débil presencia de instituciones estatales del orden policial, civil y judicial en este municipio, como ocurrió también en muchos otros municipios del territorio nacional. Lo primero que hizo la insurgencia, según cuenta Edwin y que coincide con otros testimonios, fue *ganarse la confianza de la gente*, ayudando a construir caminos e infraestructura de uso comunal, a velar por la “seguridad” en las comunidades principalmente rurales y a ofrecer servicios sociales en los que se destacan, en especial, los procesos de educación y salud. Sin embargo, años más tarde, llegó el momento en el que se hizo visible su estrategia militar, inicialmente con los ataques a lo que sería el sistema de producción y transmisión de energía –cargas explosivas en el cuarto de máquinas de las centrales hidroeléctricas y la voladura de torres de energía-, seguidas de incursiones armadas a la cabecera municipal o, también llamada, el área urbana donde entre los principales objetivos era el ataque al comando de Policía, el robo a la Caja Agraria y en algunas ocasiones, el saqueo al hospital para la provisión de medicamentos y equipos médicos.

Lo que inicialmente se pudo leer como la ocupación y el asentamiento en el espacio con miras de empoderar a la población de herramientas para su participación y lucha en la reclamación de *justicia social y reivindicación de derechos*, se convirtió en los años posteriores, aproximadamente cinco o siete años después -desde 1990 hasta aproximadamente el 2005-, en un espacio de consolidación, incursión, retaliación y confrontación de todos los actores armados, según lo identifica Edwin y lo ratifica el *Informe de Memoria Histórica* (CNMH, 2016: 71).

De hecho, la dinámica violenta en Granada es una manifestación de lo que fue el desarrollo y agudización del conflicto armado a nivel nacional, aunándose dos nuevos actores: los grupos paramilitares quienes ungieron como autoridad militar que buscó *eliminar* la lucha contrainsurgente y el Ejército Nacional. Los primeros, según cuenta Edwin,

llegaron matando gente con lista en mano, ya sabían por quienes iban, eso empezó allá en el pueblo [área urbana], pero además de matar a los primeros a la entrada del pueblo, donde es la bomba, empezaron también a desplazar a las familias, pero esto no lo hicieron solos, ¿Adivine quién los apoyaba? Pues el mismo Estado, pues el Ejército le daba permiso a esa gente pa' pasearse y hacer de las suyas por toda esta tierra (Hombre, entrevista 23, 01Mar2018).

Así también, quedó registrado en el Informe de Memoria Histórica: la llegada de las ACCU fue inicialmente en el casco urbano de Granada en “(...) 1996, cuando con lista en mano asesinaron a dos personas en el sector de la bomba y generaron el desplazamiento de los comerciantes conocidos como Los Urreas” (CNMH, 2016: 74). Desde este momento, o tal vez uno o dos años antes, la población junto con los grupos insurgentes sabía que ya la disputa por el territorio no era asunto solamente de las FARC y el ELN, sino también que a ellos se sumarían los grupos paramilitares ayudados por el Ejército. Durante casi una década, ejércitos contrainsurgentes cometieron en el Oriente antioqueño y en especial en todo el territorio granadino un sinnúmero de vejámenes contra la población, en el caso de los paracos -como se nombran coloquialmente-, la modalidad de victimización más utilizada en contra de la población civil estuvo en el orden de los asesinatos selectivos, las desapariciones forzadas y las masacres *a aquellos que eran colaboradores de la guerrilla*; mientras que, en el caso del Ejército, su presencia estuvo ligada al desarrollo de varias operaciones militares entre 1999 y 2006¹⁰⁸ con las que se buscó: 1) arrebatarle a la insurgencia el control del territorio y devolverlo al orden estatal; y 2) proteger la infraestructura energética, no obstante, el logro de estos fines tuvo de nuevo la mayor afectación en la población civil, ya que las tácticas que se privilegiaron por este actor fueron: los falsos positivos, los bombardeos, enfrentamientos y retenes (Corporación Jurídica Libertad, 2015: 28; CNMH, 2016: 119).

¹⁰⁸ Las principales operaciones militares llevadas a cabo en el Oriente antioqueño y con repercusión en el Municipio de Granada fueron: Lusitania (1999), Junco (2001), Audaz (2001), Neutrón (2002), Emperador (2003), Élite (2003), Martillo (2003), Marcial (2003), Espartaco - Misión Táctica “Japón”, “Jaque”, “Sagaz” y “Sable” (2004) y Ejemplar (2005).

Una acción contraria a los principios de las Fuerzas Militares, entre los que se encuentra velar por la integridad física de la población civil y sus derechos humanos, fue lo que mal se ha llamado como falsos positivos, es decir, los delitos de homicidio a persona protegida o “ejecución extrajudicial”, hombres y mujeres civiles de distintas edades fueron retenidas, asesinadas y presentadas a la opinión pública y la sociedad en general como insurgentes dadas de baja en combates que fueron librados en diferentes partes del municipio de Granada.

De esta manera, es notable como el territorio granadino se convirtió en un espacio estratégico para la localización, confluencia, despliegue, expansión, y territorialización de estos actores armados que, junto con los actores del capital económico, develaron un espacio de competencia por el poder y dominio no solo del territorio, sino también de su población a partir de distintas manifestaciones de la violencia, mecanismo que llevó a la apropiación, reordenamiento y reconfiguración del espacio-tiempo no solo de Granada, sino también de Apatzingán como quedó expresado en los apartados que anteceden.

A manera de cierre capitular

La referencia al contexto de violencia vivido en América Latina, y más precisamente en Colombia y México, conducen a identificar varios puntos de encuentro que pueden ayudar a explicar lo que pasa con la movilidad forzada en las magnitudes en las que hoy se expresa a raíz de las distintas manifestaciones de la violencia ejercida por distintos actores, entre los que se destacan los armados. Primero entender que cada una de las modalidades de violencia no son solo el resultado de la actual coyuntura, sino que responden al tiempo largo y al entrelazamiento de otras violencias (sociales, económicas, políticas) y su acumulación. Estas al ser vistas en la larga duración, los hechos conectan pasado y presente, no se reducen a lo ‘ocasional’ de este tiempo, el accionar de grupos criminales o actores del conflicto armado, sino que recoge una multiplicidad de actores que no han dejado detentar el monopolio del Estado en la violencia legítima.

Dos, el ejercicio de la violencia marca claras diferencias en: los actores perpetradores -ilegales o legales- su accionar deja impactos distintos cuando se ejerce contra la población civil, cuando hay disputas entre ellos o entre ellos y Fuerzas Armadas del Estado; en el espacio –rural o urbano- y escala geográfica donde se producen –local, regional o nacional- hay marcadas diferencias, si bien pueden ser las mismas modalidades de violencia, su manifestación, escalonamiento e

intencionalidad puede ser distinta; el tiempo en el que sucede la violencia, es importante distinguir sus hitos, por ejemplo, aquellas violencias que emergieron en el proceso de construcción de los Estado nación, en las disputas de los poderes locales y regionales, en el sectarismo político o en la adopción de modelos como el neoliberalismo, por solo mencionar algunos; reconocer sus antecedentes es un asunto necesario para entender lo que ocurre hoy.

Tres, la impunidad, el vacío jurídico y la escasa respuesta de los entes estatales responsables han sido parte del aumento progresivo de la violencia criminal y su manifestación directa en la movilidad forzada. Es evidente la incapacidad de las instituciones del Estado para brindar servicios de seguridad y justicia a la población, situación que es aprovechada por los diferentes actores armados para establecer sus órdenes de control social a partir de la adopción de sus prácticas criminales –asesinatos, secuestros, levantones, desapariciones, extorsiones, movilidades forzadas, entre otras-.

La sumatoria de estos tres elementos, y de la narrativa de este capítulo, dan cuenta de cómo la violencia en sus distintas manifestaciones e intenciones se materializa en el espacio y actúa en él, produciendo sujetos y espacialidades particulares que como se verá a continuación, también unos sentidos de lugar que no son fijos, sino que por el contrario son móviles y se transforman.



Ilustración 3: Uno siente muchas cosas.
Ilustración tipo boceto realizada con apoyo de Copilot, basada en representaciones simbólicas del título de este capítulo.

CAPÍTULO III. *UNO SIENTE MUCHAS COSAS*. LOS SENTIRES EN EL PROCESO DE MOVILIDAD FORZADA Y EL SENTIDO DE LUGAR

Introducción

¿Cuáles son las visiones de sentido de lugar que la población en procesos de movilidad forzada construye desde esta experiencia? ¿Qué sienten las personas cuando se ven avocadas a tomar la decisión de quedarse o emprender un proceso de movilidad? ¿De qué modo la violencia criminal afecta o transforma el lazo afectivo entre las personas y sus lugares? ¿Cómo perciben y valoran el espacio y su lugar cuando se acude a un contexto adverso como la violencia criminal? Las respuestas a estas cuestiones será la sustancia de este capítulo. El centro está en las narrativas que se han construido durante el proceso de movilidad al que se asiste y sucede en su relación socio – espacio – temporal, es decir, la premisa está en que para entender las transformaciones o reconfiguraciones de la experiencia de: *el quedarse, el salir y el volver*, habrá que saber primero cómo se ha construido el sentido que se hace de los lugares de la vida y las implicaciones que tuvo la movilidad forzada por el contexto de violencia criminal en las personas y sus prácticas, o sea, es poner de manifiesto cómo la relación <<Sentido de lugar – violencia– movilidad>> atraviesa a quienes asisten a ella, sus prácticas, sus sentires y emociones, en últimas, la experiencia misma.

Bajo esta idea, el capítulo está organizado narrativamente según los componentes del proceso de movilidad ya mencionados y la relación de los sentires de esta experiencia que se corresponden con las situaciones generadas por el proceso de movilidad forzada como el que aquí se está develando y que da cuenta de las percepciones y valoraciones que se construyen a partir del sentido de lugar que tanto mujeres como hombres hacen de su espacio habitado y significado.

Cuando la gente decide *quedarse*, opta por continuar en el mismo espacio en el que sucede la violencia, al elegir permanecer a pesar de las circunstancias adversas, el recuerdo y la memoria, en muchos de los casos identificados, aludió a las transformaciones que se dieron en el espacio y en el sentido de lugar en ocasión de las estrategias bélicas y los hechos victimizantes de los que se valieron los actores detentores de la violencia, pero además permitieron reconocer la emergencia de tres sentires que sobresalen en los relatos logrados: *la nostalgia y el arraigo*, cimentadas por los años vividos en ese, su espacio que se vio amenazado a raíz de los acontecimientos y las afectaciones producidas bajo este contexto, llevando a construir en la población una visión idílica del mismo y en donde se evoca el o los lugares apropiados como perdidos o transformados por lo que en ellos sucedió, pero es este sentir el que no permite echarlos al olvido, especialmente, por la

adulación a las vivencias gratas ocurridas en el pasado. Y *el miedo*, un sentir que se manifestó en ocasión de la inseguridad producida por la realidad violenta que se enfrentó.

Pero sí por el contrario la decisión es *salir*, los relatos revelan no solo la reminiscencia del lugar dejado, sino también la expectativa de aquello que empieza a construirse en los repertorios de la movilidad; en este caso, sobresale en los testimonios las referencias a la *tristeza* como señal de desarraigo de aquello conocido desterritorializado, así como la *incertidumbre* por lo desconocido, por el espacio “ajeno” que se debe territorializar.

Y, por último al *volver*, la mayoría de las personas alude a la *esperanza* que se guarda cuando se opta por regresar de nuevo al lugar dejado luego de un par de días, meses o años de estar fuera de él, aquí se puso de presente que el sentido de lugar no es el mismo, pero el amor por el terruño, su gente, las prácticas y estilos de vida dejados es lo que impulsa a tomar esta decisión, en ella se guarda la esperanza de que, al menos al volver, se logró alcanzar las mismas o mejores condiciones que se tenían antes de haber salido. En últimas, esta experiencia acompañada de sus sentires, de lo que dará cuenta es que no hay nadie ni nada que permanezca estático, por el contrario, la movilidad es uno de los procesos que muestra e involucra las transformaciones constantes a nivel individual, social y espacial.

Los procesos de movilidad han producido cambios que tienen efectos profundos en la forma como entendemos nuestro lugar en el mundo, en nuestro sentido de pertenencia y en las percepciones que tenemos sobre nosotros y sobre los individuos y las cosas que nos rodean. (Arango y Sánchez, 2016).

Lo que se evidencia con cada una de estas experiencias que suceden en el proceso de movilidad es la resignificación que ocurre en estos niveles. La experiencia de vida va y viene entre lo que fue y lo que está siendo, entre lo que se conoce, se cambia y lo nuevo que llega, obligando a repensar y negociar la identidad, aquella que se (re)construye además por estar inmerso en la dinámica de este proceso. Antes de dar paso a lo que el trabajo de campo logró en este propósito es menester reconocer que el sentido de lugar está acompañado, en este caso, de la experiencia del conocer, el sentir y el querer, que se ancla a una o unas espacialidades donde sucede la vida, la existencia individual y social.

Las letras que se hilan son un esfuerzo por establecer relaciones significativas dentro de la abrumadora multiplicidad de sentidos con los que se enfrentan las personas que asisten a este proceso, es así como acudir a sus sentidos de lugar, implicó necesariamente reconocer la imbricación entre estos y la memoria que suscita el hecho mismo de evocar. La memoria en este caso se hizo visible en la dinámica de la rememoración de la experiencia y sus sentires durante el proceso de movilidad forzada. En correspondencia con Paul Ricoeur (2010), en este caso, la memoria a la que se acude no es una vuelta al pasado, sino una representación de él, lo que se hace es volver a él desde el presente, a revisitarlo de nueva cuenta a partir de dilemas o preguntas que se hacen desde el hoy; así, “la memoria es un puente que comunica no solo al presente y al pasado, sino también al futuro; expectativas y experiencia” (Kuri, 2017: 14).

Recabar sobre las percepciones y los sentires que se hacen del lugar, puso de presente la memoria, entendida aquí como herramienta necesaria para aprehender el sentido de esa experiencia que más allá de reconstruir los hechos, que también se hace necesario, permitió acercarme a cómo éstos se vivieron y se recuerdan (Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia, 2013: 43). Al indagar en la población sobre cómo su sentido de lugar se vio menoscabado por los efectos de la violencia criminal, fue relevante encontrar cómo la población, que tomó o no la decisión de moverse, decodificó su experiencia a partir de ubicar la memoria de lo vivido en un espacio particular, es decir, lo recordado estuvo estrechamente vinculado y representado en una materialidad, en este caso, la preeminencia estuvo en el espacio más que en el tiempo, las personas se remitían más a los lugares donde sucedieron eventos significativos que a la identificación exacta de la fecha en la que estos sucedieron, pero además, la evocación vino acompañada de sentires vinculados a la experiencia de habitar¹⁰⁹ uno o más lugares. Por ejemplo, es común encontrar en los relatos que aluden al quedarse en medio de situaciones adversas por la violencia o por el contrario decidir salir, como la memoria vuelve continuamente al espacio que se perdió, el que se construyó antes de que la violencia *llegara* y se reconoce como seguro y tranquilo, caracterizado por la convivencia, vecindad, encuentro e identidad con otras y otros, fue así como su sentido de lugar se amplió a escalas como el conjunto del espacio público: municipio, plazas, parques, calles, colonias o barrios; mientras que en el momento más álgido de la confrontación

¹⁰⁹ Se retoma el habitar de acuerdo con lo que Heidegger propone en su libro: *Construir, habitar, pensar*, cuando considera que toda construcción precede un habitar, en este caso, habló de un lugar como espacio que se construye y habita.

armada se empieza a reducir la escala, ya el sentido de lugar pasa de lo público a lo privado, especialmente, las referencias que se hacen aluden a la casa o a los espacios íntimos.

Este capítulo además de mostrar cómo en los cuatro momentos del proceso de movilidad, la principal experiencia emocional de las personas que incurren en él es la de sentirse diferente a como se era antes o era la vida previa a la violencia, reúne los enunciados con los que evoca la población su sentido de lugar, un sentido que puede ir desde asuntos que apelan por el sedentarismo, la idea del anclaje en un lugar que se construye por la permanencia en el tiempo, en tanto la experiencia, los significados, la pertenencia y el arraigo (Tuan, 1977; Storey, 2001; Cresswell, 2008) hasta por aquella que se construye por la experiencia espacial de las dinámicas de movilidad (nomadismo), “desde esta perspectiva, el movimiento, los flujos y el dinamismo marcan la forma de relacionarse y entender el lugar” (Arango y López, 2016: 7), esta última perspectiva le otorga una propiedad dinámica al lugar, es un lugar en movimiento.

Finalmente, a diferencia del estilo narrativo que hasta ahora ha traído este texto, en estos dos últimos capítulos, las voces de las personas aparecen como soporte central para contar la experiencia de lo que fue su proceso de movilidad forzada, sus testimonios además de dar paso al universo de posibilidades para entender este movimiento desde la lente de lo espacial, también fueron un descubrimiento en la palabra dicha, las formas con las que hombres y mujeres nombraron me permitió construir los enunciados que constituyen los ejes articuladores de estos dos últimos capítulos.

Uno se queda, pero no deja de sentir... La nostalgia de lo que ya no está y el miedo por lo que pueda pasar. Cuando la decisión es quedarse

Cuando se sortean “todas” las posibilidades y se resuelve no salir y afrontar los embates que trae esta decisión a pesar de los impactos profundos causados por la magnitud y las experiencias cercanas de la violencia criminal, la población que se atrevió a quedarse manifestó un cúmulo de sentires¹¹⁰ que estuvieron anclados a la vivencia y el arraigo que se tenía con su lugar o lugares

¹¹⁰ Es necesario aclarar que si bien se distinguieron unos sentires diferentes para cada momento del proceso de movilidad forzada, debo decir que la mayoría de éstos se vinculan fuertemente con experiencias dolorosas acaecidas por pérdidas de seres queridos, o por lo que se ha reconocido en Colombia como los daños morales y psicológicos, de ruptura con el proyecto de vida, otros tendrán que ver con las situaciones que pasan luego de salir y que se asocian a nuevas vulnerabilidades en materia de generación de ingreso o exclusión social, así como con los vínculos con otros y otras y con los territorios de procedencia, recepción y regreso (Véase: Bello, 2014).

antes de la dinámica impuesta por la confrontación armada. De los tres momentos identificados en este proceso de movilidad, el *quedarse* fue el momento que produjo en las narrativas más emotividad, del que se habló más cómodamente y en el que se apreció y valoró al lugar como configurador o alrededor del cual se organizó la vida.

En las narrativas de las personas que se quedaron, fue posible identificar un conjunto de percepciones y valoraciones que, a su vez, encerraban una amalgama de sentires asociados a los impactos y al accionar de la violencia criminal, de los que se destacan, por ejemplo, la amenaza, la angustia, el temor, la desprotección, la inseguridad, el dolor, la impotencia, el sometimiento, la rabia, la desmotivación, el arraigo, la nostalgia y el miedo, siendo estos tres últimos los que fueron más reiterativos al momento de indagar qué se había sentido luego de haber resuelto quedarse en medio de la confrontación armada y violenta.

Los recuerdos del *Quedarse*, en esta ocasión, son el detonante para que emerja el pasado como dimensión constituyente de lo que se es en términos de identidad, pero también, en relación con el espacio y el tiempo en el que la vida se ha construido, a manera individual como con otras y otros, aquí son oportunas las palabras de Elizabeth Jelin cuando sostiene que

[la] singularidad de los recuerdos, y la posibilidad de activar el pasado en el presente –la memoria como presente del pasado– lo que define la identidad personal y la continuidad de sí mismo en el tiempo” (...) “el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia (de ser uno mismo, de mismidad) a lo largo del tiempo y el espacio. Poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad” (2002: 25).

El arraigo, la nostalgia y el miedo serán en esta oportunidad, los sentires que permiten dar cuenta de cómo se vive en un espacio y se resignifica el sentido de lugar cuando el permanecer¹¹¹ fue la opción para seguir la vida en los territorios y resistir en ellos las acciones de los actores armados; esta continuación de la vida, lo que muestra es la forma de cómo la vida se relacionó con la ausencia que evoca lo perdido del lugar de origen y de las prácticas llevadas en él, así como la experiencia individual y colectiva de vivir en medio de situaciones límites, de peligro y amenaza que ocasiona la violencia ocasionada por actores armados. Son estos sentires los que se reviven o

¹¹¹ Debe aclararse que este sentir no fue solo identificado por quienes se quedaron, también él fue compañero en las trayectorias y en lugar de asentamiento de quienes decidieron salir, sin embargo, en este caso se acudió a él porque fue mayoritariamente nombrado en este momento del proceso.

revisitan constantemente desde la memoria, aludiendo a la pérdida de que *“ya las cosas no eran igual que antes, ni la gente, ni los lugares, ni la vida”* (Mujer, entrevista 24, 03Mar2018), a pesar de que se continué viviendo en la misma casa, en la misma colonia, en la misma vereda, a pesar de que no se haya salido de Apatzingán o de Granada.

En este caso, las voces interpeladas, trajeron repetidamente al presente, las memorias de un pasado que les era más cercano que lejano, su presente a pesar de la adversidad se encontraba anclado al pasado idílico, que sí bien también reconocía adversidades, estas no se anteponían o enaltecían tanto como ese o esos lugares que se solían habitar antes de la emergencia y evolución de la violencia criminal.

La memoria que desde la narrativa hicieron las mujeres y los hombres granadinos y apatzinguenses acerca de su sentido de lugar antes de la violencia, permitió identificar unos asuntos comunes, compartidos, en los que se reconocieron elementos, especialmente asociados a lo: idílico, identitario, añorado, de pertenencia, de construcción con otros y otras; pero también, de miedo, porque la situación de violencia les llevó a experimentarlo como una condición permanente en la cotidianidad de la vida que se sucedía. Del lado de la nostalgia, aparecieron tres escenarios: la construcción idílica, las relaciones construidas con otros y otras y lo público como perdido, que muestran cómo el sentido de lugar en este caso está signado por acontecimientos, vivencias y emociones que se ubican en un lugar que lee en el presente un pasado nostálgico que se anhela en un momento del proceso de movilidad. De lado del miedo, se han identificado dos situaciones que pueden recoger el conjunto de relatos escuchados, el primero que indica cómo se pasó de un lugar que procuraba bien-estar a un lugar signado por la aprehensión y la sospecha de temor que algo malo sucediera o del horror que dejaban las marcas de los hechos victimizantes; y el segundo, de cómo estos espacios fueron, a su vez, restringiéndose, como adopción de una estrategia de seguridad, a la casa, al espacio de habitación familiar, ya que la calle y los espacios públicos se tornaron peligrosos.

El lugar desde la nostalgia se vuelve una construcción idílica.

(...) juuummm, esto aquí antes era muy diferente, se vivía muy tranquilo, nadie se metía con nadie te podías mover pa'onde quisieras sin pensión de nadie ni de nada, era un paraíso. Aquí en mi vereda como

Al indagar por el sentido de lugar previo a los hechos o acontecimientos de violencia, son varios los relatos que acuden a nombrar ese pasado desde la nostalgia, sentimiento definido por la Real Academia Española-RAE como “1. Pena de verse ausente de la patria, de los deudos o amigos. - 2. Sentimiento melancólico originado por el recuerdo de una dicha perdida” (RAE, s.f.). La nostalgia manifestada en los testimonios logrados, dejó entrever una emoción que se hizo común y colectiva entre quienes decidieron *quedarse* y sortear los avatares impuestos por la violencia criminal, ella se evocó como manifestación por la pérdida de personas, prácticas y lugares que eran cotidianos y familiares, pero, sobre todo cuando esta emergió en los relatos lo hizo desde la idealización de las condiciones de vida anteriores, es decir, su existencia o modo de sentir la realidad pasada desde el presente -en un tiempo y un lugar determinado- insinuó al primero como un estado armónico, feliz y sin violencia. La vida en un estado idílico se desarrolló en un lugar ameno, que permitió a la población llevar una vida plena, así quedó expresado en los relatos de la población con la que se conversó.

En la voz de Carina y Rigel¹¹², solamente por nombrar algunos, afloró la nostalgia por *la vida, la gente y la tierrita perdida o que ya no está*, esta se acentuó en la medida en que se idealizó esa vida, esa gente y esa tierrita como algo único e irrepetible, y que se confrontó en el presente por la nueva realidad a la que se asistía, que, en la mayoría de los casos, además, de ser difícil de aceptar y comprender, era hostil.

Las alusiones de estas dos voces cuando acudieron al lugar, desde la experiencia del quedarse, lo hicieron refiriéndose a él desde la escala local: municipio, barrio, colonia, vereda, finca o rancho. El énfasis estuvo en dotar estos espacios como llenos de bondades, pacíficos, tranquilos, prósperos y ricos -especialmente en producción agrícola-; en últimas, un pasado mejor, un lugar que nunca más volverá a ser igual por las formas particulares en que se construyó desde las experiencias y

¹¹² Los nombres con los que se identifican los sujetos de conocimiento fueron cambiados y en sustitución de los reales para proteger su identidad. A sugerencia de una mujer con la que se conversó, se optó por nombres de estrellas y constelaciones.

relaciones familiares, de amigos y vecinos antes de la violencia; y cuando esta llegó, se perdió el reconocimiento social y espacial cimentado año a año durante la vida allí.

En los testimonios de Carina y Rigel, ella de Apatzingán y él de Granada, fue posible encontrar una relación entrañable tanto con las personas como con los lugares, así ellos hayan decidido *quedarse* y sortear los avatares de la violencia, en las conversaciones sostenidas fue imposible que él y ella dejaran de establecer, permanentemente, un contraste entre su pasado y su presente de lo que ha sido -así como para las demás personas con las que hablé- su biografía. Un pasado en “*paz*”, lo que fue la vida antes de que *llegara* la violencia criminal y un presente vivido en medio de la *pelea de los armados, de esa gente, de la maña, del narco* que impide volver a las condiciones anteriores.

Carina es una mujer joven, soltera, de no más de 30 años, nació en Apatzingán, vive en la colonia Infonavit- Los Pochotes, allí, cuenta, ha pasado toda su vida junto con su familia, que según ella es *una familia muy pequeñita*: su mamá, su papá que murió cuando ella tenía tan solo ocho años y su hermano que es el mayor y que sí decidió irse a otra ciudad del estado michoacano cuando notó que las cosas estaban cambiando mucho por las dinámicas del narco. Recuerda como a su mamá le tocó trabajar más de lo habitual después de que su padre falleció con el fin de que sus hija e hijo pudieran lograr *ser profesionistas*.

Por ser la única niña, Carina dice que fue sobreprotegida por su padre y su madre, especialmente esta última estuvo muy al pendiente de ella hasta después de que terminara su licenciatura; se describe como una mujer tímida, noble y con deseos de ayudar a *mi Apatzingán desde lo cultural*, trabaja con promoción de lectura, participa de un grupo de bailes y música tradicionales de la Tierra Caliente y desde ahí a construido su vida. La conversación transcurrió siempre, de parte de ella, con una sonrisa en su rostro, no vaciló en decir que la *vida de antes fue mejor que la de ahorita*, sin embargo, su voz cambió de tono, al igual que su rostro cuando se refirió al presente: *Yo hoy describo a Apatzingán, tristemente, violento e inseguro*.

Quando niña yo ni escuchaba hablar de que a alguien lo corrieron, no, aquí eso no pasaba antes. Antes llegaban gentes de otras partes, que, de otros estados y municipios para trabajar, la familia de mi papá vino de Guerrero y él decía que su abuelo vino para trabajar en el algodón y pues aquí se estableció toda la familia porque había condiciones. Aquí había un convivio muy bueno, no pasaba nada,

antes tú y tú familia podían vivir sin preocupación, había trabajo, comida, la vida era más armónica, tranquila, se vivía feliz y yo extraño esa vida, no había esos problemas que hay ahora y uno desea como volver a esa vida (...) antes era mejor porque no había tantas preocupaciones por la inseguridad que hay hoy en las calles, en las colonias, en los ranchos de aquí (...) (Mujer, Entrevista 9, 12Dic2017).

Extrañar esa vida, a lo largo del testimonio de Carina, alude a lo que era su cotidianidad y vida, no solo de ella sino de sus cercanos, vecinos y paisanos. En el conjunto de su relato sobresale, por ejemplo, en su ir y venir comparado, entre lo vivido -la seguridad, la tranquilidad, el andar sin ningún pendiente por las calles de la ciudad- y lo que es ahora su presente, signado especialmente del miedo que se deriva de las acciones violentas de, como lo nombra ella, *la maña*.

antes se podía estar tranquilo en la banqueta de tú casa, en las calles de la Colonia o Apatzingán, porque yo me acuerdo pues que veía a los niños antes jugar en la calle y ahorita ya no hay niños jugando en la calle, ya no veo niños jugar en la calle y si juegan es sobre la misma banqueta o adentro de las casas, mucho por la situación que está pasando y no juegan hasta tan noche... siempre hay muchos niños, todo el tiempo, todas las generaciones hay niños, pero se han ido... se han ido alejando de la calle o no los dejan salir a la calle, lo que antes no nos pasó a mi hermano y a mí. Uno extraña la tranquilidad de antes y no estar al pendiente, eso lo quisiera ahora, porque ahorita uno anda con más miedo (Mujer, Entrevista 9, 12Dic2017).

Aquí la nostalgia emerge al anhelo de tranquilidad de la que se gozó en épocas anteriores, un sentimiento que en este caso precisa de lo que se tuvo y que ahora se percibe como ideal, como un tiempo que fue mejor y en cuyos espacios prevalecía el sosiego y la seguridad, asuntos que en la actualidad ya están fuera del alcance. Más que hacer hincapié en lo perdido lo que hace es apelar al deseo de volver a la situación o contexto anterior. Esta aspiración de retornar *a la vida como era antes* es compartida por Rigel.

Rigel es un campesino de Granada que a diferencia de Carina vivió en la zona rural de este municipio hasta que llegó la violencia. Hijo de padre y madre campesina habitantes de una de las veredas cercanas al Río Tafetanes, en lo que sería la tierra caliente de Granada, estando allí se casó y formó una familia que cuenta, hasta ahora, con tres hijos. Aunque él reconoce que en los años de su niñez y juventud hubo condiciones precarias en la vereda -el no acceso a servicios de: electricidad, agua potable, redes de acueducto y alcantarillado y vías de acceso en buenas condiciones- y recursos económicos limitantes que impedían vivir en la opulencia, también advirtió que esas situaciones no impidieron *vivir bueno, no teníamos plata que nos sobrara, pero*

sí mucha que nos faltó, pero no por eso dejamos de vivir tan bueno, la plata no fue el problema nunca en la casa, con ella o sin ella vivíamos muy bueno; también reconoce que la vida social y económica se organizó, en su familia y en las familias de la vereda, por las bondades que ofrecía el territorio, áreas y suelos cultivables para una diversidad de productos agrícolas, el río como punto de encuentro para el disfrute individual, familiar y colectivo y los recursos naturales como *la gran riqueza del Oriente.*

en esa época fuimos muy felices, vivíamos tranquilos, teníamos todo... la vida en la vereda igual, si en mi casa estábamos bien, en la vereda y en Granada también se veía ese bienestar, mucha tranquilidad, prácticamente no se sentía miedo de nada. No había temor de salir a ninguna parte a cualquier hora, no se mencionaban grupos armados ni nada, era mucha la paz que se vivía, el trabajito en el campo nunca faltaba, la gente vivía normal con su rutina de trabajo o estudio en los muchachos jóvenes, era una vida tranquila, sencilla porque el granadino no es de tradición de gente rica sino, más bien, de gente acostumbrada a vivir de lo que tiene, pero feliz, como antes de lo que pasó.

(...) Aquí la gente era feliz. (...) Veá, allá uno trabajaba en convite, que nos íbamos pa'l río en grupitos de las familias, que hacíamos torneos de fútbol, que esto, que lo otro, pero luego que llegaron esa gente todo se fue dañando, la solidaridad se acabó, después de más de 10 años de todo eso, apenas estamos tratando de volver, porque yo y mi gente queremos tener de nuevo, esa vida que tuvimos antes que, de abundancia, que, de alegría, pero sobre todo de paz (Hombre, conversación grupal 2, 27Abr2017).

En este relato, es posible encontrar unos rasgos básicos que dan cuenta no solo de la vida familiar, sino también, de la relación con el espacio habitado como elemento configurador de identidad de quienes allí habitaron, los recursos de éste -simbólicos y materiales- dotan de sentido la vida cotidiana que hace que hoy, luego de los efectos producidos por la violencia criminal, se anhelan de nuevo, en miras de dotar de significado la realidad que se presenta.

Cuando Rigel habló acerca de cómo la vida pasada *fue mejor*, su rostro tenía una expresión de alegría, su voz se puso ávida, en ella manifestaba como con cierto orgullo las bondades de cómo ese espacio habitado y significado en lugar, le permitió *ser y estar* en la vida, una vida que se construyó tanto por las relaciones socio espaciales dadas en la ruralidad y su trabajo en el campo, así también, como por lazos sociales y comunitarios que fueron forjando en él, un campesino; y en el espacio, una forma de organizar la vida cotidiana.

Cada uno de los testimonios que aludieron a la nostalgia de los lugares, lo que hicieron fue reconstruir, desde la experiencia, esos lugares que se guardan en la nostalgia, lugares que son en el presente recuerdos a los que se acude y de los cuales, en la mayoría de las ocasiones quedan solo en la añoranza, aquella que se fijó, se “congeló” en la memoria fotográfica y que en ocasión de la violencia, lleva a identificar aquello que ha cambiado o dejado de existir frente al presente, no solo en las personas sino en los espacios de la vida que se suceden. En muchos de los casos relatados, de los cuales Rigel y Carina son un ejemplo, la nostalgia es el sentir que hace que el pasado no se asuma como un pasado olvidado.

Si bien las experiencias aquí citadas se hacen con respecto a la añoranza de un lugar o unos lugares, esta es la que permite en el presente, teniendo en cuenta la ruptura de los procesos vitales individuales y colectivos que hizo la violencia criminal, conservar esos recuerdos, en este caso, de la memoria espacial, así sea de manera idealizada. Para algunas personas en contexto de movilidad forzada, esta es la única forma tener esa imagen más próxima, evitando con ello que repose en el olvido, pero, sobre todo, para tener latente la idea de retornar a ese espacio anterior al que se impone hoy por las dinámicas de la violencia que acontecen.

Estos espacios cargados de afecto y a los cuales se impugna un valor y un sentido, no se construyen solamente desde lo individual, también en ese devenir de sentido de lugar está el papel significativo de otras y otros en ese proceso. Así lo deja saber el contenido siguiente, en el que se manifiesta cómo las formas de vida y de construcción de lugares que guardan afectividad y significado pasan por la relación y el compartir con lo colectivo, la comunidad, la familia.

Un lugar que se construyó con otros cercanos.

En este caso la memoria acude a cómo el estar y el permanecer en un lugar está posibilitado por la relación con otras y otros, especialmente por el cúmulo de sentidos y prácticas que se compartieron. Esta referencia puede sustentar la idea de que el sentido de lugar al apelar a la construcción social reúne, a su vez, prácticas y experiencias que se hacen y comparten con otras y otros cercanos, próximos, como lo sugiere el enfoque constructivista de la geografía humana, creando en este caso una realidad en el que emerge asociado al sentido de lugar, el sentido de vecindad.

Así lo deja saber Enif, un joven apatzinguense que ya ha acompañado desde su relato los contenidos de este trabajo. Para él, de acuerdo con su testimonio, el sentimiento de apropiación que se genera sobre un espacio que se vuelve lugar, se da gracias a unas experiencias y actuaciones que se localizan, en su caso, en la Colonia Lázaro Cárdenas:

a pesar de que no tenemos todavía centro de recreación, no tenemos espacios públicos, no tenemos como un lugar donde se pueda convivir, la colonia Lázaro Cárdenas antes fue una colonia feliz, así en pocas palabras, feliz porque los vecinos antes se comunicaban, se ayudaban, compartían mucho. Se sentaba la gente en las banquetas de su casa con su silla y se juntaban y había platicadera, contaban chistes cuando se reunían... había una comunicación como en ningún otro lugar, la gente era habladora, salían mucho a la calle, a veces se organizaba un partido de voleibol en frente de las casas con la red y jugaban y la gente platique y platique y viendo el partido, convivía muchísimo la gente así no tuvieran espacios de recreación, ellos hacían su propia herramienta de recreación, pelotas, se tomaban las calles, todos se juntaban, era un convivio, en la feria, en las fiestas, en las celebraciones personales, los vecinos eran como una familia grande (Hombre, entrevista 16, 17Dic2017).

De acuerdo con lo que él menciona, las experiencias vividas en el barrio -juegos, fiestas, convivios, reuniones- son las que cargan de valor ese lugar, aquí la cotidianidad dota de sentido potencial ese espacio, en tanto las prácticas allí mantenidas y sostenidas en el espacio/tiempo se institucionalizan y generan para muchos de las y los habitantes y residentes de esta colonia unos afectos y sentires que se transforman en recuerdos agradables frente a lo que allí se vivió y construyó. En los múltiples relatos logrados, la población de Granada y Apatzingán dejó entrever cómo construyeron sus vidas y sus lugares alrededor de la sociabilidad vecinal, ella se sustenta en que hay una proximidad espacial que hace que estar “juntos” genere, en este caso, además de encuentro y convivencia, “un lugar como condición necesaria para la existencia del ser” (Mercier citado en Ocampo, Chenut, Ferguson y Martínez, 2017: 68).

Para las personas con las que se conversó, el “convivio” es la expresión de un lugar que se comparte, el que se construye más allá de las relaciones de parentesco o de consanguinidad, en este caso las narrativas acuden al barrio, la colonia, la vereda, la finca o el rancho, ellos son la referencia a un lugar que se hizo común, pero que, por los efectos de la violencia criminal, en la mayoría de los casos, se fue desvaneciendo y debilitando. No obstante, se signa un papel importante a estos lugares como configuradores de la vida cotidiana y portadores de una identidad local que se comparte, es el caso, por ejemplo, de la posibilidad de establecer alianzas,

compadrazgos, crear estrategias de subsistencia y colaboración, con la anotación previa de que estas fueron posibles antes de la violencia y con las y los “*antiguos vecinos*”. Así lo dejan saber también en sus testimonios Gemma y Carina. La primera es una mujer campesina de aproximadamente 50 años que ha vivido toda su vida, hasta en los momentos en que la situación se puso más tensa por la confrontación de todos los actores armados, en la vereda La Merced de Granada

Aquí en La Merced la gente era muy querida, se tenían muy buenos vecinos, la gente de la vereda era muy bella toda, se vivió muy bueno, pero ya no es lo mismo, no le puedo decir quiénes son mis vecinos ahora porque no hay muchos y otras gentes han llegado de otras partes. Antes un vecino aquí le daba a usted el huevo, le daba la yuca, le ayudaba (...) solo con usted sentarse a charlar con el vecino con eso vivía, porque yo me sentaba con el vecino y le decía: “estoy sin plata” y el vecino iba y cogía un racimo [de] allá y me lo daba; el otro vecino estaba moliendo y le digo: “ve, estoy sin panela y tales”, vea, llévese media arroba de panela y con eso tenía para vivir un mes. Que necesitábamos organizar los caminos, pintar o organizar el techo de la escuela, o los campeonatos de fútbol, los paseos de olla pal ‘río, entonces hacíamos los convites y ahí participamos todos, era una convivencia muy buena la que había de vecinos (...) y así la vida, aquí en la vereda, era la mejor, un lugar que muchos codiciaban por lo tan bueno que se vivía (Mujer, Conv8, 25Abr2017).

En este caso, la nostalgia de Gemma no solo evoca la vida en la vereda, sino también, a aquellas personas con quienes esa vida se compartió, pero que por el ejercicio de la violencia en el territorio y sobre las personas obligó a romper esos vínculos constituidos, a razón de que muchas personas comenzaron un proceso de movilidad o porque llegaron otros extraños armados que irrumpieron la lógica de convivencia instituida durante años; situaciones, ambas, que llevaron a sustraerse y despojarse tanto de los referentes espaciales construidos socialmente, como de la vida en colectividad. Así también, lo nombra Carina, esta joven apatzinguense que ha visto cómo su trayectoria de vida ha sido impactada, especialmente en la última década, por la confrontación armada, trayendo cambios que han despojado las prácticas constitutivas de la vida en relación con el lugar de origen.

Yo vivo en Infonavit Los Pochotes, pues sobre la avenida, y antes allá sí había muchos lazos de vecindad, había una vida muy cercana entre vecinos, sí, antes sí. Ahora que lo recuerdo, antes en la colonia se convivía mucho; de niños jugábamos, de jóvenes que las fiestas y en diciembre, los vecinos se ponían de acuerdo y hacían su posada. Que el vecino fulano pone esto, que aquel pone lo otro, que el sonido o lo que sea; y cada quien, salía ahí afuerita de su casa a la posada. Hace muchísimos años que ya nosotros no hacemos nada, no se arma nada ahí y en especial ahí, sobre mi calle, porque más abajito de donde yo vivo...

este... hay mucha de esa gente, pues que trabaja para ellos, para los de la maña. Entonces yo puedo decir que antes mi colonia sí era uno de mis lugares, pero ahora ya no, ya ahora muy poca gente convive con los vecinos o está afuera de su casa en la banqueta o hace las posadas, ahora ya no (Mujer, entrevista 9, Apatzingán, 12Dic2017).

Para Enif, Emma y Carina, la nostalgia emerge aquí como un sentir que además de compartirse evoca lo colectivo y las formas de cómo eso compartido generó un cúmulo de experiencias y saberes que fueron constitutivas en la manera de ser, construir y habitar un espacio, en este caso, valdría la pena decir como las dimensiones simbólicas y afectivas presentes en estos tres relatos muestran unos de los elementos que ayuda a la construcción y organización del espacio, se sustenta en las relaciones sociales que le atraviesan; así lo entiende también Myriam Ocampo, Philippe Chenut y Mayerlín Férguson (2017) cuando sostienen que

El lugar no está constituido apenas por los elementos materiales y los flujos diversos que se encuentran en un sitio sino también por las prácticas de los individuos y las representaciones colectivas e individuales. Un verdadero lugar solo existe plenamente si tiene un alcance social, tanto en términos de prácticas como de representaciones, si es un objeto identificable y eventualmente identificador dentro de un funcionamiento colectivo, si está cargado de valores comunes en los cuales pueden, potencial y no sistemáticamente reconocerse los individuos (P. 67).

Esas representaciones colectivas es lo que rescatan las narrativas logradas en campo y de las cuales las voces de Enif, Gemma y Carina hacen alusión. En sus testimonios, la referencia al lugar como un eje que fue posibilitador para construir sus vidas fue facilitada también por los vínculos con otras y otros, en este caso, la vecindad creó una disposición espacial que unía y generaba afecto y arraigo, el estar y hacer con otras y otros cercanos, se constituyó en una parte fundamental para visibilizar la pertenencia socio espacial, la misma que hoy se idealiza y se evoca con nostalgia. Es así como se reconoce que el lugar o los lugares son contruidos junto con otras personas, formando parte de las realidades cotidianas -pláticas, necesidades de subsistencia, bailes, fiestas, celebraciones religiosas, conmemoraciones patrias, entre otras- en las que se notaba una percepción de apoyo y seguridad.

Este tejido de experiencias, saberes y vivencias compartidas con aquellos más cercanos, en especial con las redes vecinales, llevaron a construir unas prácticas cotidianas que tuvieron, en la mayoría de las veces, su expresión en la calle, en el espacio público, un lugar que según los testimonios también es depositario de esa memoria que se sucedió en las relaciones sociales antes

mencionadas, pero que además se convierte en un lugar que se construye por sus vínculos y haceres en él.

Un sentido de lugar que invoca la calle, lo público como perdido

La percepción o valoración que se hace aquí del lugar está en la idea de lo material, de un lugar que se localiza, es tangible, delimitado y al que se le asigna un atributo de propiedad y se le otorga un cúmulo de significados, en este caso, estos lugares se convierten en íconos portadores de sentido para quien los vive en su día a día. Los relatos encontrados en esta oportunidad asocian su percepción de lugar a la pérdida del espacio público, aquel que se presentaba como un símbolo de libertad: las calles, las plazas, los jardines, las canchas o los parques en donde era común el encuentro, la reunión, la convivencia en fiestas y ferias, la estadía en el kiosco -especialmente los fines de semana-.

Cuando las personas invocaron el espacio público como su lugar, lo hicieron reconociendo que este formaba parte de su historia, la mayoría de lo que ocurría en su vida cotidiana se vinculaba a este espacio que ocupaban o que simplemente circulaban, sin embargo, le otorgan un valor que hizo que empezara a ser parte de su historia personal como granadinos y apatzinguenses. Fue reiterado en las voces de quienes interpele, el sentimiento de apropiación, en ellas se narró como la vía pública se hacía y se sentía propia. Unos párrafos atrás, se reconoció como en el espacio público de la vecindad, lo más próximo a la casa, se fueron creando tradiciones por el uso que se daba a este espacio, sentarse en las tardes o los fines de semana en la banqueta a platicar con las vecinas, jugar juegos de mesa -parqués, dómino, lotería o barajas- o practicar un deporte -voleibol o fútbol-. Todo ello, fue creando con base a unas tradiciones colectivas -familiares o vecinales – un sentido de lugar. Así lo recuerda Deneb, un joven que decidió quedarse en Apatzingán haciendo resistencia a la violencia desde el arte y el deporte en la vía pública, para él, la calle es un espacio vital, más allá de ser un espacio físico-funcional, se convirtió en el lugar de habitabilidad e identidad individual y colectiva.

yo vivo en la Colonia Independencia que está a unas cuadas del centro, se llama la Calle Dr. Miguel Silva, veía que antes en las fiestas de diciembre eran más unidos, toda la gente hacía como las fiestas en la calle: las posadas, hasta los 15 años de una vecina, el día de la independencia y ese tipo de cosas, fuera de las casas, era todo en la calle, invitaban hasta personas de otras calles que iban ahí, era un poco más unido y ahora, siento, que ahora el tiempo de compartir –o a mí

en lo personal- no fue más, creo que todo cambió luego de surgir ese tipo de circunstancias y es mucho de lo que está pasando ahora, la inseguridad, o sea, cuando estábamos chicos pues todos andábamos jugando, corriendo, jugando fútbol, quebrando la piñata, jugando a las escondidas, cosas así en la calle y pues ahorita ya no, ya no hacemos lo que hacíamos antes, ya ni andar en bicicleta o patineta por toda la ciudad. Entonces, antes eran varios mis lugares, yo creo que principalmente -para mí- era la calle, sé que mi hogar, pero la calle era diferente, no sé, como que se transforma todo, soy yo, libre, en mi casa como que solo está la idea de lo que soy, pero ya en la calle ya siento que soy, cuando estoy afuera siento que ya soy, pero ahora como que a la gente le da miedo salir a la calle, ya se perdió esa libertad que se tenía (Hombre joven, entrevista 10, Apatzingán, 13Dic2017).

Aquí la subjetivación a la calle como lugar está en las prácticas y las acciones cotidianas que se hacían o aún hoy se hacen, llevando a construirla -la calle- como un lugar propio. En palabras de Manuel Castell, el espacio público asumido como propio debe reconocerse como el “espacio de lugares que se constituye como expresión de identidad, de lo que soy, de lo que vivo, lo que sé y de lo que organizo en mi vida en torno a ellos.” (1998: 1). La calle, en los testimonios recabados se sentía como propia, la experiencia construida por años en ella permitía transitarla con seguridad, se estaba en un lugar conocido y previsible, eje articulador de un sinfín de relaciones sociales que ahora, con la experiencia del miedo que se produce por las acciones de los múltiples actores que detentan la violencia, se van resquebrajando y eso es lo que deja saber Orión cuando se le interpela sobre los cambios percibidos en el pueblo, en sus calles y la vía pública cuando la violencia llegó al casco urbano:

Antes cuando uno bajaba al pueblo los fines de semana, principalmente, además de ir a pagar las deuditas o comprar el mercado, le daba a uno como gusto y ganas de bajar pa’ ver a la gente, uno se encontraba con conocidos por todas partes, ahí sí era bueno estar, porque aquí saludaba al compadre, allá al primo o a la tía que vivía en otra vereda, uno en la calle y en la plaza se encontraba a todo mundo. Y cuando uno se sentaba en el parque a tomar café ¡era lo mejor! compartía, se distraía, se enteraba de lo que estaba pasando en el pueblo, así fue como también nos enteramos de que estaban entrando los armados, sentados en la plaza. Y cuando esto se puso feo, ahí sí que ya ni podíamos ir al pueblo, ya daba miedo estar por ahí andando, ya la plaza y las calles eran vacías, se acabó el jolgorio, la alegría de los fines de semana que a mí tanto me gustaba, era algo que disfrutaba y eso era costumbre pa’ viejos, jóvenes y niños (Hombre, entrevista 19, Granada, 26Feb2018).

Orión un hombre que padeció los momentos más álgidos del conflicto armado en Granada da cuenta, en su testimonio, de la vida social que se gestaba alrededor de la calle como espacio habitado y compartido, él, habla no solo identificando el vínculo funcional existente entre las

personas y el lugar, sino que muestra cómo este incluye un componente de tipo emocional. Es evidente como al hacer memoria de estos lugares que fueron apropiados, se entrevé también una serie de sentimientos y sensaciones que son los que han mantenido la conexión entre la población y su lugar, y es en esta conexión en la que es posible encontrar una red de nexos significativos.

Desde las voces de Deneb y Orión la nostalgia al espacio público, ese que fue perdido, arrebatado o resignificado por las acciones de violencia desplegadas en él, se muestra de nuevo en ese sentir que extraña las experiencias vividas en un espacio/tiempo anteriores que además de idealizarse, se añoran por la estrecha proximidad creada entre este espacio que per se es de todos y de nadie, sin embargo, es apropiado por el despliegue de un sinnúmero de prácticas que pueden o no conducir a establecer una relación identitaria con este espacio, dando paso con ello a un sentido de lugar que supera la condición funcional de circulación que se le asigna a la calle y se reconoce, desde el significado otorgado, como posibilitador de relaciones, pertenencias e identidades.

En este primer sentir, desde la nostalgia, se ha dado cuenta de unas prácticas espaciales y unas narrativas que expresan cómo la vida fue atravesada por una apropiación y una identidad demarcada por un imaginario que históricamente se heredó, construyó y vivió. La recreación del lugar, en esta oportunidad, se refugia en el pasado, donde la evocación se hace desde la nostalgia de unos lugares a los que se ligan experiencias que hoy son difíciles de replicar por el tipo de violencia acaecido. El lugar que se describió (la casa, la vecindad, la calle o el espacio público) en las narrativas referidas, ya no existe, ellas y ellos lo saben, pero es desde la nostalgia que se mantiene vivo; en este caso, la memoria aporta una carga simbólica a lo que es su construcción de arraigo a ese su lugar.

En las voces que acompañaron este primer recorrido se distingue el sentimiento de pérdida y la nostalgia por ese lugar o lugares que en un momento de la vida fueron de convergencia de experiencias y significados múltiples, pero que hoy al evocarlos, dan cuenta de una tensión que se manifiesta por las acciones adscritas a la “nueva” expresión de la violencia; violencia que se disputó estos espacios y ha incidido en el debilitamiento de la confianza para continuar apropiándose de ellos. Aunque debe señalarse que el sentido de lugar no desaparece, aunque se haya alterado por el tipo de violencia que en ellos tuvo lugar, solo cambia la relación con él, ya no

sería de la experiencia que produce el contacto material, el de fisicalidad, la permanencia o tránsito en él; sino que en este caso, el sentido de lugar deviene ya desde lo simbólico – emocional en donde la memoria guarda un papel preponderante porque es la que permite entender con mayor facilidad la relación entre el lugar y el sentimiento que hacia este se produce.

Lo que ponen en escena estos relatos, desde la evocación, es el anhelo de retorno a la situación o situaciones gratas vividas y sentidas en el pasado, circunstancias que cualitativamente se idealizan y se yuxtaponen a las experiencias negativas que impuso la violencia y de las que se identificó las tres situaciones narradas -la construcción idílica del lugar, la construcción con otros cercanos y lo público como perdido-. Desde estas narrativas y otras que por razones de espacio no se citan, fue posible identificar dos asuntos que se asocian y cobran valor al lugar desde el sentir nostálgico e idílico: 1) la sublimación del lugar en el que se vive –en la mayoría de los casos, este responde al lugar natal-, es decir, se hace una vinculación de la vida y los hechos a ella inscritos a un determinado lugar que se admira y se enaltece, pero que como veremos más adelante, es inexistente ante la realidad que se vivió o vive a causa de la violencia; 2) la mitificación del lugar, se puede decir que se acude a una exagerada calificación de bien-estar, dejando de lado los niveles de precariedad que han existido históricamente en ambos municipios (pobreza, educación, fuentes de empleo o generación de ingresos, seguridad social o servicios públicos).

Es importante señalar, así mismo, como en el marco de las prácticas hechas en el lugar, los encuentros, los usos del espacio, la relación con la tierra y sus recursos, en últimas, la forma de habitarlo y dotarlo de significado, se crea una forma de espacialización propia, más personal, pero también, colectiva en la que además de intervenir el espacio en esa mediación, este se vuelve en un soporte especial para la construcción identitaria de quienes lo viven.

A continuación, se identifica otro de los sentires más recurrentes en las voces recabadas en la experiencia del *quedarse*, el miedo, ese sentir que lleva a pensar que nadie está a salvo cuando el ejercicio de la violencia criminal arremete, dando lugar a una sensación exacerbada de desprotección y vulnerabilidad. Cuando los relatos dan cuenta del miedo, lo hacen con relación a la identificación de una pérdida: a la vida, a la integridad, a la libertad, a la tranquilidad, por solo mencionar las más nombradas y de las cuales se ocupa el siguiente acápite.

El miedo. Lo que le pasa al sentido de lugar cuando llega y se instala la violencia criminal

Cuando la agudización de la violencia ha llevado a tomar la decisión de *quedarse*, de no salir, muchas mujeres y hombres aluden a que esta determinación se tomó en medio del miedo, un sentir que anidó la cotidianidad se instauró en ella y se muestra diferente a la acción ejercida en ocasión de un hecho violento. El miedo hace referencia al sentir que emerge ante un peligro, una amenaza, una acción que puede menoscabar la integridad humana. No obstante, además de anclarse en las personas, también lo hace en los espacios, es en ellos donde se va instaurando una memoria de los acontecimientos, en este caso violentos, que allí ocurren; cuando esto sucede, esos espacios van adquiriendo una memoria que se adscribe a hechos particulares que dan cuenta de una o varias acciones concretas de violencia que van entretejiendo, a su vez, una representación y significación de un lugar que esta vez no se asocia a gratos momentos, sino que el sentido está denotado por la experiencia o experiencias de violencia en él sucedidas, llevándolo a que se reconozca como un lugar de miedo. Aunque se debe tener cuidado, como lo sostiene Alicia Lindón, con esta última adscripción: lugar de miedo

(...) Nunca será posible que un lugar sea reconocido por todos los habitantes de una ciudad como lugar de memoria violenta y del miedo, porque precisamente el acto de violencia lo es para quien es victimizado o quien toma conocimiento del mismo desde el punto de vista del victimizado. Pero, para el agresor o quien se identifica con el agresor, no será un lugar de la violencia, sino un lugar de otro tipo, por ejemplo, un territorio controlado, un territorio de ejercicio del poder e incluso de construcción de la propia identidad (Lindón, 2008: 12).

Bajo estas consideraciones, a continuación, se da cabida a dos experiencias en las que se encontraron las y los habitantes de Apatzingán y Granada y que conectan el miedo, no solamente a la vida de ellas y ellos, sino también a un o unos lugares que se asocian con este sentir. En este caso, cuando las voces emergieron para exteriorizar los recuerdos de esos momentos, se notan diferentes, su tono cambia, se baja la voz, se habla más lento, los silencios son más recurrentes y prologados y una que otra vez, se deja al descubierto suspiros y sollozos que pueden indicar como la acción de memorar, especialmente, experiencias dolorosas y traumáticas, sean, posiblemente, un mecanismo de defensa frente a eso vivido, de esto ya no se habla tan jocoso como sí se hizo al recordar la vida de antes, esa precedente a la violencia, que se añora y desea tal como se indicó en el apartado anterior.

Un sentido de lugar que transita del bien- estar al miedo

Antes yo vivía más en el centro que en mi casa, me gustaba mucho estar afuera, lo disfrutaba, ir al mercado, el domingo ir con la familia a la paletería y quedarnos en la plaza, ir al deportivo, que en octubre ir a la feria, pero ya ahora nada de eso, nos da miedo salir de la casa, se perdió la tranquilidad, hay mucha gente que no sale... que no quiere salir de sus casas por miedo, personas que han sido secuestradas, conozco personas que han sido secuestradas y que no quieren... durante el día salgo a hacer el mandado, pero ya, me pongo un límite de horario para salir a la calle, me aislo, digamos que a partir de las 6 ó 7 de la tarde ya no quiero salir. ¿Sí me explico? (Mujer, entrevista 15, Apatzingán, 16Dic2017).

Quien habla en esta oportunidad es Paloma, una mujer apatzinguense de 49 años, criada en una familia numerosa, 12 integrantes, que vivió por más de dos décadas en los ranchos que estaban alrededor de la zona urbana, aunque *éramos de recursos económicos muy bajos, mi infancia fue muy bonita, nada nos preocupaba en esos días*. Cuenta que solo ha salido del municipio para formarse como maestra de educación en la normal urbana de Morelia “Rubén Romero Flores”, sin embargo, luego de lograr dicho cometido quiso volver a Apatzingán a ejercer su profesión, pero también para estar con su familia.

En su relato inicial, el sentido de lugar al que ella apela responde a un asunto subjetivo que se ve amenazado por las acciones objetivas de la violencia, es decir, son varios relatos los que coinciden en señalar que antes de que los repertorios de la violencia criminal se hicieran reiterativos y se experimentasen en el día a día, la relación con los lugares a los que se dotaba de sentido era, tanto para mujeres como para hombres, una muestra del anclaje a la vida social, a la que se da fuera del ámbito privado -la casa, por ejemplo-; aludir a este espacio implica además de reconocerlo, reconocerse en él y eso es lo que las voces interpeladas han dejado ver, que el lugar compartido con otras y otros generaba sensaciones de bien- estar, de disfrute, de tranquilidad, de seguridad, de libertad;

Nosotros vivíamos por allá por Chandio, siempre nos la llevábamos bien con la gente, la vida allá era muy despreocupada porque no pasaba nada como ahorita, las casas no estaban cerradas como ahorita, la puerta se quedaba abierta y se quedaba así y nadie se metía, la puerta estaba abierta todo el día y así la mayoría y ahorita la casa ya está cerrada, entras y cierras la puerta y ya casi todo mundo, ahorita, cierra puertas y tampoco la gente sale y ahorita ya no es lo mismo, ya donde yo vivo no es lo mismo por lo que está pasando aquí en la colonia y en Apatzingán todo... hasta diría que en toda Tierra Caliente. Lo que no me gusta ya, por eso que está pasando [la confrontación entre carteles] es que no puedo salir porque yo antes salía, tarde, podía salir a las 11 de la noche, salíamos al mercado porque llegaban a traer fruta y verdura fresca, porque llegaban tarde,

pero ahora ya no porque la delincuencia maneja todo, ahí ahorita nos da miedo salir por lo que pasa, por lo peligroso que está (Mujer, entrevista 15, Apatzingán, 16Dic2017).

Con la exaltación de la violencia, en donde las acciones armadas pasaron de verse como hechos aislados a prácticas cotidianas locales, lo que se produjo fue una fractura en el vínculo población – lugar. Hay muchos factores que pueden dar cuenta de esta fractura, pero en este caso se señala al miedo como un elemento clave que irrumpe esa relación. Ya los lugares pasan a experimentarse y sentirse como espacios de miedo, ajenos y desconocidos, ya sea por el riesgo latente a ser víctima o por los efectos de alguna acción violenta impactante -que no necesariamente tuvo que presenciarse-.

Ya los muertos no los dejan en las salidas o en las terracerías, ya a mucha gente le ha tocado ver: en el monumento, en el puente de la avenida Constitución, en el centro -ahí en el Jardín- a ejecutados, embolsados, encobijados y calcinados, entonces así le da miedo ya a uno caminar. A mí me tocó, justo un 6 de enero, teníamos la costumbre de irnos a sentar ahí en el jardín, donde es el Palacio Municipal, nos gustaba y disfrutábamos un rato de ver los carros pasar, la gente caminar, de comer gelatina o un helado, de hecho en ese entonces por día de reyes se pusieron varios negocios ahí de lo que es el juguete, ... entonces estando ahí llegaron y balacearon, hubo demasiada tragedia, una tragedia bastante fuerte que a mi niña la afectó, y ya nos da miedo ir ahí, ya ni a las graditas que tiene la catedral vamos, como familia ya no frecuentamos nada, ni el centro, por miedo a lo que está pasando, miedo a que le toque a uno, aunque no la deba, la paga uno a veces (Mujer, entrevista 5 grupal, Apatzingán, 22Nov2017).

Todo cambió, cuando la guerra cierta que fue en el 2002, yo vivía en el Tablazo y para ese tiempo llegaba cantidad de Ejército revuelta con paracos, una vez llegaron y en la plazuela instalaron carpas, pues dormitorios y empezaban a traquiar toda la noche con esos fúsiles en las puertas, en las ventanas; donde mí se reunían muchas personas, porque les daba miedo y nos juntábamos, la placita que antes era de la gente ya era de esa gente, los armados. Ya no había quien lo acompañara a uno, solo era el miedo y uno. Hasta los horarios de trabajo cambiaron porque a uno le decían después de las seis de la tarde no camine, entonces uno no se podía ir a trabajar lejos porque no podía regresar o le tocaba quedarse, porque después de las seis era prohibido moverse de la casa, los caminos estaban minados y entonces ¿cómo caminaba uno? con miedo, uno que se conocía todos los atajos y los caminos como la palma de su mano, ya no tenía esa confianza de atravesarse, ni de salir ¿pa' qué? Para matarse o volarse una pata (Mujer, entrevista 24, Granada, 03Mar2018).

El testimonio de estas mujeres, Aris apatzinguense y Estrella granadina, muestra cómo un espacio hecho lugar y en el cual se expresa la vida social -la calle-, pasa a ser un espacio de absoluta indefensión, de riesgo en tanto es la vida, la integridad corporal y la libertad, las que están en una amenaza inmanente. En estas y otras narrativas se muestra que lugares como los caminos, las

calles, las plazas o los parques públicos -por solo mencionar los más reiterativos- han pasado a formar parte de los espacios que se temen o se evitan en virtud del miedo que ha instalado la “nueva” espacialidad de la violencia. Si antes la memoria de los lugares estaba construida por las experiencias agradables y vivenciadas en ellos, ahora se demarcan y reconocen como espacios de actos violentos.

Según Alicia Lindón, demarcar estos espacios como vetados, como espacios que son casi auto prohibidos por los hechos violentos acaecidos en ellos, significa también fragmentar las experiencias cotidianas allí construidas (Lindón, 2008: 13), esta fragmentación responde a cómo el miedo infringido por la violencia criminal¹¹³, se experimenta individualmente, se construye socialmente y se comparte culturalmente (Reguillo, 2006: 32). La construcción de pertenencia, de la que se habló unos párrafos arriba sobre la añoranza a los lugares y la vida de antes que llegara la violencia, queda como una marca indeleble en el recuerdo de lo vivido, pero suspendida por lo nuevo desconocido que ocasiona este tipo de violencia en el espacio. Estos lugares reseñados por la población no son aquellos a los que se llega intempestivamente, no, ellos hacían parte de su itinerario habitual, era el lugar propio, el lugar de la complacencia, en el que la vida privada encontraba una prolongación en su habitar.

Un sentido de lugar que se restringe a la casa

Lo que hace el miedo, como se dijo anteriormente, es transformar la capacidad de encuentro y cercanía que se tiene con un espacio, reconocido ya como lugar, “la idea de daño inminente que se traduce en miedo a la pérdida, miedo al perjuicio material o miedo al dolor físico o moral” (Reguillo, 2006: 46) lleva a que la población empiece a percibir y significar sus lugares desde el peligro que estos suponen, restringiéndolos, evitándolos o excluyéndolos de su hacer cotidiano.

Las entrevistas y encuestas realizadas a personas de estos dos municipios, coincidieron en señalar que si bien sus casas son un lugar importante que han construido y significado como lo han hecho con otros -la finca, el rancho, la plaza, la parroquia, el cerro, los parques, las canchas, el río, el trapiche, el trabajador-, en el contexto de la violencia sus espacios de habitación, se convirtieron

¹¹³ En este caso el énfasis se pone en esta, pero se reconocen otros tipos de violencia que pueden llevar a evitar o inutilizar los lugares.

en casi el único lugar que podían habitar en tranquilidad, en ellas la sensación percibida, a diferencia de lo que sucedía en los otros lugares ubicados en lo público y colectivo, era de protección y seguridad; aunque también en algunos casos se reconoció con ironía que “*en la casa a uno también lo podían alcanzar las balas*”, así lo reconoce Talitha y Enif

las familias ya estamos adentro de la casa, ya es muy difícil comunicarse con el vecino o hacer convivio, eso cambió mucho, ese ambiente cambió mucho porque ya ahorita se hablan, pero de saludo no más, a las personas a las que conocemos en la colonia, antes se conocía más fácil a la gente, ahorita ya no, ya uno se aísla en su casa y nada más se comunica con la propia familia, es como lo más seguro, estamos como más protegidos que en otros lugares, aunque al taquero de aquí arriba lo mataron en la pura puerta de su casa (Hombre, entrevista 16, Apatzingán, 17Dic2017).

Mi casa ha sido todo para mí, acá me siento identificada, acá están mis raíces, pero cuando esto se jodió por allá por el 2000, ya era como el único lugar donde podíamos estar tranquilos, todo se redujo aquí, porque uno sentía miedo hasta para ir a ordeñar las vacas, ya dejamos de ir al pueblo, por lo mismo, porque lo bajaban a uno en el camino, entonces nos tocó fue quedarnos encerrados, cuando pasaba el helicóptero y uno estaba en el corredor o ahí en el llanito, ahí mismo corríamos toditos a encerrarnos, hasta nos tirábamos debajo de la cama (Mujer, entrevista 22, Granada, 28Feb2018).

Estos testimonios reflejan como la violencia empuja a las personas, esta vez no por la coacción directa o las amenazas físicas, a autoconfinarse¹¹⁴ en su casa, en su lugar de habitación, en respuesta a las manifestaciones violentas que cada día se hacen más frecuentes. La confianza de estar fuera de ella, es decir, de la casa, se ha fracturado, emergiendo con ello un estado de nerviosismo generalizado que lleva a contenerse del afuera, la calle o los espacios abiertos, más allá de los requerimientos básicos necesarios.

Hasta aquí se ha aludido al sentido de lugar que se ha construido, especialmente, en y con los espacios públicos y que se vio alterado por los efectos cotidianos de la violencia, es decir, por los eventos concretos o por la sensación de inseguridad en las personas; esta circunstancia llevó a que los lugares de convivencia se circunscribieran, particularmente, a la casa como lugar íntimo. El confinarse en la casa no solo afecta la movilidad de las personas en su propio territorio, sino que, además, hace que el uso y goce de este se vea limitado, recluirse en el lugar de residencia “limita la realización de las actividades productivas, la circulación y el uso social de los espacios” (GMH,

¹¹⁴ Las memorias de la población entrevistada o con la que se sostuvo una conversación, aludieron al confinamiento en el ámbito privado como una elección propia, aunque no se desconoce que algunos casos este sea de manera forzosa.

2013: 279). Como señala Karen Ibarra (2016) perder la movilidad en el territorio significa también, en algunos casos, perder la autonomía de decisión o participación en asuntos básicos de la vida social y cultural, esto es evidente en los testimonios anteriores y en otros en los que la población manifestó como por los efectos de la violencia, se dejaron de hacer actividades cotidianas o de encuentro con otros, el ejemplo de las posadas fue muy reiterativo en el caso de Apatzingán, una actividad tradicional realizada durante nueve días en navidad fue erosionada en su capacidad de organización y como espacio de expresión de las relaciones comunitarias.

Así lo manifiesta Enif, para quien la navidad era una época de mucha fiesta, unión y celebración en los habitantes de su colonia

los vecinos se organizaban para hacer una posada aquí entre las tantas cuadras y entonces llegaban... se organizaba una posada, haz de cuenta que en la tienda de una persona que conocíamos todos, entonces esa cuadra se cerraba con vehículos y en toda la calle de la cuadra había mesas, había gente, baile, piñata, cohetes, se hacía una posada comunitaria, era una organización muy... con mucha armonía, pero ya hoy en día la Colonia Lázaro Cárdenas ya parece sola (Hombre, Apatzingán, entrevista 16, 17Dic2017).

Hasta aquí se ha aludido al sentido de lugar que se ha construido en el territorio sin salir de él, en este caso, el proceso de movilidad forzada al que se asiste no corresponde, aun al cruce de la frontera municipal o local, no, su manifestación responde a una completa reconfiguración de la existencia en el espacio próximo o cercano que se ve amenazado por el aumento de la violencia, lo que incide directamente en la valoración que las personas hacen de su sentido de lugar. Así mismo, es en este momento, *el quedarse* que el sentido de lugar se contrae a partir del distanciamiento social (Arteaga y Lara, 2004; Bartolo, 2010: 96), que se empieza a generar por las prácticas violentas que priman.

Finalmente, la nostalgia por lo perdido y el miedo que provoca el accionar violento son algunos de los sentires, en este caso los más recurrentes en los relatos obtenidos, que acompañan la experiencia cotidiana y la construcción del sentido de lugar cuando la decisión es *quedarse*. Estos elementos hacen parte del devenir de una espacialidad que se re- construye por las formas de actuación que implica esta determinación y por las emociones que emergen al habitar un espacio signado por la violencia; esta última, además de imponer límites y marcas en la construcción que las personas hacen de sus lugares, deja al descubierto como los sentires son también, desde la

memoria construida por la violencia acaecida, portadores de significado que inciden en la constitución de identificar o no un espacio como lugar de miedo y de ejercicio de la violencia criminal.

Cuando la decisión es salir. La tristeza por el desarraigo y la incertidumbre por lo nuevo desconocido

El salir es una experiencia que se desarrolla en un espacio que no se conoce y se presenta como nuevo. Las personas que se vieron obligadas a tomar esta decisión, algunas pudieron planear y organizar la trayectoria de la movilidad; otras tantas, lo hicieron sin el tiempo necesario para ello, solo fue la osadía de salir de la noche a la mañana, rápido y sin pensarlo, porque era la única alternativa para salvaguardar la vida.

Este segundo repertorio del proceso de movilidad, la salida, implica dejar de lado, perder o transformar lo que hacía parte del proyecto de vida construido tanto en Apatzingán como en Granada. Este momento está cargado de un sinnúmero de sentires -miedo, dolor, angustia, rabia, tristeza, abandono, inseguridad e incertidumbre- que acompañan la trayectoria -que en varios casos, no contó con *un rumbo fijo*- y se aúnan a la experiencia de lo que significa construir de nuevo un lugar bajo la idea del desarraigo y la imprevisibilidad de lo que ocurre al territorializar un espacio que es ajeno a los hábitos y las costumbres que se tenían; en últimas, se abandonaron los modos de vida anteriores a la partida o a la *huida* como muchas y muchos lo nombran.

Al decidir salir, se acude a territorializar de nuevo la práctica humana en un espacio, es decir, se construye una “nueva” relación con el espacio que se habita, acción que da paso a lo que Ocampo y otros (2017: 165) identifican como reinventar el estar en el mundo, esto es, asistir a cambios físicos, simbólicos y materiales de los espacios en los que se suceden las prácticas de la existencia de quienes se han movido por fuera de las fronteras locales de Apatzingán o Granada. Esta territorialización implica en las personas un esfuerzo para crear condiciones necesarias para “sostener” su sentimiento de identificación y pertenencia con aquellos espacios que pueden o no ser transmutados en lugar(es) porque apenas se empieza a construirlo(s). En el caso de la salida, territorializar llevará, a pesar de las ambigüedades, soledades y extrañezas que suscita esta experiencia, echar mano del cúmulo de saberes y capacidades que traen consigo las personas en

situación de movilidad forzada y que se despliegan en el momento mismo de re- construir un otra espacio como lugar propio.

Para mostrar cómo esto ocurre, se han identificado en los testimonios de la población dos construcciones de sentido de lugar que apelan a los sentires que emergen en este momento del proceso, en este capítulo, solo se retomaran: Primero, la tristeza que se produce especialmente por la condición de desarraigo a la que se asiste, en términos de las relaciones, de la identidad, de las dinámicas cotidianas en lo económico, lo sociocultural y hasta lo político, eso que constituye las formas de vida a las que se estaba acostumbrado, que se entretaban y afianzaban, desde la cotidianidad, en el territorio, en palabras coloquiales, el enraizamiento a la tierra; y segundo, la incertidumbre de lo que depara empezar de nuevo en un territorio, principalmente, urbano¹¹⁵ y desconocido.

La tristeza, una compañera permanente en el proceso de desarraigo y territorialización

Iniciar las trayectorias de la movilidad, significó para la población granadina y apatzinguense, además de la incertidumbre frente a lo desconocido, asumir nuevas actitudes, aprehender nuevas costumbres y en algunos casos, hasta emprender otras actividades u oficios que antes no se hacían, esto es, territorializar. En palabras de Martha Nubia Bello:

la salida y el ingreso a contextos distintos y ajenos provocan una serie de transformaciones (...) [en quienes se mueven] puesto que sus rutinas, sus pertenencias, sus señales distintivas y sus relaciones deben modificarse en virtud de su nueva situación, lo que altera significativamente la realidad objetiva y subjetiva del individuo (p. 20).

Para entender este proceso con relación a los cambios que se producen en el sentido y valoración que las personas otorgan a su(s) lugar(es), durante el trabajo de campo se identificó la forma en cómo la tristeza ocasionada por el desarraigo se convierte en compañera latente del proceso de territorializar el espacio al que se llega, ya sea de manera temporal o definitiva. Cuando ha empezado el movimiento, en la mayoría de las veces, se inicia a su vez un entramado entre las materialidades y los afectos que se habían construido en el lugar de origen y lo encontrado en las trayectorias y el nuevo habitar, donde, posiblemente, todo se siente ajeno y desconocido, vale

¹¹⁵ En este caso, las entrevistas y conversaciones realizadas a hombres y mujeres de Apatzingán y Granada señalaron como principal destino en el proceso de movilidad y sus trayectorias la dirección a un espacio urbano.

anotar que las materialidades referidas en origen hoy se leen como pérdidas, algunos de los testimonios manifestaron como su salida fue con *las manos vacías*, es decir, sin traer consigo sus pertenencias, *lo hecho con tanto sacrificio en toda la vida*, las posesiones -bienes muebles e inmuebles, enseres, animales de corral, etcétera- pero que hoy desde lo afectivo y la evocación de lo que “eso” fue y de cómo se construyó, constituye la experiencia para comenzar de nuevo. Lo que sucede y a lo que se asiste en un proceso de desarraigo, sería lo que reconoce Harvey Suárez (2003) cuando cita a Ulf Hannerz, es que se las personas son “arrancadas” de sus bases territoriales en donde se había construido y echado raíz la cultura local, dando cabida a la pérdida de las “culturas de tipo territorial” (p. 101).

La pérdida territorial, y la correlativa pérdida de contacto cotidiano e interacción efectiva con la cultura local, conlleva la desestructuración de relaciones significativas de orden económico, político y cultural. Estas relaciones significativas, construidas desde y en el ámbito social, hacen posible contar con recursos económicos (capital económico), redes de apoyo e intercambio comunicativo, afectivo, emocional (capital social); permiten participar activamente en la vida económica, social y cultural a través del conocimiento y el saber específico construido, igualmente, desde y en entornos concretos (capital cultural); y hacen posible obtener reconocimiento, prestigio y lugar en la comunidad (capital simbólico) (CODHES y OIM, 2003: 101).

Y eso es lo que manifiesta el relato de Antilia, una mujer de la zona rural de Granada a la que *nunca se me pasó por la cabeza que tenía que salir de mi casa, como alma que lleva el diablo*. Su voz y su testimonio dan cuenta de la tristeza sentida por la pérdida de las materialidades y de la construcción simbólica que ella junto con otras y otros había hecho en su lugar de pertenencia, mismas que en el proceso de movilidad debe empezar a “restaurar” y asir de nuevo en la medida de las posibilidades que tiene en el espacio al que llegó, esa memoria de lo que se dejó, y posiblemente se perdió, se constituyen en una quimera que acompaña cuando se empieza a hilar de nuevo los saberes aprehendidos y traídos consigo con aquellos que se manifiestan en el nuevo espacio habitado y cuando la idea de volver se hace, en muchas ocasiones, etérea.

Yo sí salí por la violencia. Cuando nos fuimos fue como ir por el camino del Calvario, mucho dolor y sufrimiento, le daba a uno tristeza porque se quedaron todas las cositas, los animalitos y los sembraditos. Apenas en el bus decidimos pa'onde irnos, podíamos quedarnos en Medellín o empacarnos ahí mismo, en la terminal, pa'Cali. Nos fuimos pa'Cali, allá había gente mía y de mi marido. (...) primero llegamos a la casa de una de mis cuñadas, muy estrechita, pero ahí vivimos todos (...) éramos como siete personas, casi a los 10 meses pudimos comprar un lote y ahí empezamos de nuevo a hacer la casita, yo empecé como a hacer la finca, pero chiquitica, tenía gallinitas, hice mi [guerta] y mi jogoncito de

leña y poco a poquito empezamos a hacernos a las cositas de nuevo, también como esa impotencia, tristeza y rabia porque yo antes tenía de todo. (...) ya mi esposo me decía que me tenía que hacer a la idea de que nos íbamos a quedar, y así fue como nos empezamos a acomodar, pa'él fue muy duro, porque acostumbrado a sembrar la tierra le tocó, empezar fue a sembrar ladrillo, en la construcción (Mujer, Granada, conversación 18, 28feb2018).

La voz de Antilia es solo un ejemplo de lo que en otros también fue representativo -incluidas las voces de las personas de Apatzingán-, en su caso, es posible identificar cómo la territorialización es una etapa ralentizada, en el sentido de que quien asiste a este proceso de movilidad está construyendo una nueva página en su biografía en la que su relación con el espacio se constituye en un eslabón fundamental que implica, en algunos casos, la recreación de elementos de su cultura y de sus lugares anteriores y dejados, con lo que ofrece la nueva espacialización de la sociedad a la que se llega. El desafío que muchas y muchos mencionan es que se hace una mezcla entre el pasado inmediato que se dejó y el presente, la realidad in situ del nuevo espacio. Esto se hace evidente cuando ella, reproduce en el espacio de llegada elementos que son referentes de su identidad como mujer campesina: la disposición de la huerta, los animales de corral y la cocina.

Pero, además, este proceso de crear de “nuevo” el vínculo territorial está acompañado de un sentir que denota una *profunda* tristeza. Para algunos hombres y mujeres esta fue una compañía que estuvo presente *día y noche* cuando se tuvo que enfrentar los cambios que produjo el desarraigo intempestivo del entorno familiar, social y territorial creados *durante toda una vida*. En las trayectorias de la movilidad –y reconociendo que las experiencias no son homogéneas- las condiciones del tránsito, la llegada y el nuevo habitar generan, inicialmente, percepciones de hostilidad e inseguridad sobre el nuevo espacio en el que además se antepone la percepción que lleva a identificarse como un desconocido o desconocida y además, desplazado o desplazada, ajena a las dinámicas que impone, en especial, un entorno urbano. Así lo deja saber también la experiencia de Vela, una mujer granadina, que junto con su esposo y dos hijos emprendió, luego de vivir 49 años en el campo, los repertorios de la huida, pero también, de aquellos que marcaron la llegada a un nuevo espacio.

Lo que uno vivió en esa guerra fue muy horrible, eso fue como arrancarlo a uno de las entrañas donde estuvo durante toda la vida, del lugar donde nació y creció. Cuando se metió esa gente (guerrilla y paramilitares), la orden fue que nos teníamos que ir y pues uno da gracias a Dios que salió con vida, pero con la vida hecha pedazos, porque perdimos todo, salimos sin nada, con el mero

[encapullado¹¹⁶] y eso da mucha tristeza, porque nosotros teníamos casa y nos fuimos a pagar arriendo, teníamos comida y cuando nos fuimos aguantamos mucha hambre; había mucho trabajo en el campo y nos fuimos a rebuscar, hacer los recorridos¹¹⁷. Uno con esa situación se empezó a morir de la tristeza, poco a poco, en la ciudad, porque teníamos todo y de la noche a la mañana quedamos sin nada, empezamos de cero. (...) Solo con recordar como vivía uno de bueno y ver como cambiaron las cosas, más para mal que para bien ¿Cómo no le va a dar tristeza a uno? nos tocó empezar de nuevo, muy difícil porque en la ciudad es muy distinto, uno nunca fue de por allá [de Medellín] y fue muy difícil retoñar, pero pudimos ganar la carrera, porque mire que aquí seguimos (Mujer, Conversación 21, 14Mar2018).

Vemos entonces con la experiencia de Antilia y Vela cómo el proceso de movilidad llevó a pensar y emprender de nuevo la organización de sus vidas, misma que estuvo signada por presencias y ausencias relacionadas con el lugar dejado -representación de lo perdido-, pero también a recrearla desde las “posibilidades e imposibilidades” que dictaminó territorializar un nuevo espacio que tuvo, en algunos casos, la tristeza como compañera, esa misma que lapidó constantemente, con dolor y nostalgia, los acontecimientos traumáticos que hacían recordar porque se estaba en ese espacio desconocido.

Un sentido de lugar que se mueve acompañado de incertidumbre

Con la huida, la salida y el *dejar lo de toda una vida*, pareciera que el sentido de lugar, construido en toda la historia de las personas que se mueven a raíz de la violencia que acechaba, será ya inalcanzable, pero siempre presente. Aludir al sentido de lugar que se mueve significa que se ha tomado la decisión de salir, este momento señala que se ha empezado la trayectoria de la movilidad por fuera de las fronteras municipales y junto con ellas la incertidumbre de lo que pasará al salir de la casa, de la colonia, de la finca, del rancho, del pueblo, en este caso, la duda será la compañera de camino. Así lo expresaron muchas de las voces interpeladas, salir implica además de lo significativo que es dejar el lugar de las raíces, su historia y su tierra, “*un constante martilleo en la cabeza sobre a dónde se llegará y si la vida será mejor a la que tenía (...)*”, Así lo relata Alula.

¹¹⁶ Este término hace referencia a que las personas salieron con lo que llevaban encima, en este caso, solo con la ropa que llevaban puesta.

¹¹⁷ Los recorridos son una “estrategia de subsistencia diaria que consiste en salir a las calles, plazas de mercado y barrios a pedir alimentos, ropa y dinero para el sustento de las familias” en situación de movilidad forzada. (García Sánchez, 2010: 80)

Alula es una mujer de 52 años, tuvo que salir de su vereda en Granada, no porque le haya pasado algo -como lo nombra ella-. Ella junto con sus tres hijos y su marido salieron por miedo, evitando que algo les pasara: ya eran recurrentes los enfrentamientos armados, las visitas continuas de *esa gente* a su casa, el helicóptero ametrallando, los asesinatos de personas conocidas que *no estaban metidos en nada de eso, en nada malo, eran gente sana que la pagaba*, por estas razones junto con su marido decidió *probar vida en otra parte*.

En su vida no había emprendido un viaje como lo fue en esa ocasión, sin tener fecha de vuelta, si mucho se había quedado en Medellín y Rionegro 15 días de visita o de paseo *a lo máximo, siempre tenía una fecha de regreso*. Pero las cosas fueron diferentes, en el 2001, no recuerda ni el día, ni el mes, solo recuerda que el primero que salió fue su esposo y uno de sus hijos, como quien dice normal, *haciendo que iba pa'l pueblo como cada fin de semana*, la salida de la familia fue *graniadita*¹¹⁸. Al llegar al pueblo, él vendió la cosecha que logró recoger en unas cuantas arrobas y luego de hacerse una plática tomaron el bus rumbo a Medellín; ella, espero en la casa a un vecino que le llevaba *el mandadito de la plata que mi esposo me mandó para poderme ir a encontrar con ellos*, ella y sus otros hijos salieron entre semana de su vereda y de Granada, sin mucho equipaje *pa' que no se dieran cuenta esas gentes*.

Dudaron mucho en salir, *es mejor malo conocido que bueno por conocer*, pero les ganó el miedo y el temor de que algo les pasará a cualquiera de ellos, sobre todo a sus chiquitos y a su marido, no quería quedarse viuda tan pronto. Cuando la decisión de salir fue tomada, *se acabó con el miedo que se tenía por lo que sucedía, ya la pensadera era por lo que se venía, pero corrimos el riesgo*, lo único que tenían seguro era llegar donde su hermana quien la había respaldado, sería por un par de días o algunos meses porque las condiciones de ella tampoco eran las mejores, ella también había salido de Granada ocho meses atrás por las mismas circunstancias y ahora vivía en Moravia¹¹⁹ en una casita en alquiler con dos habitaciones.

¹¹⁸ Este tipo de salida hace referencia a la salida de uno a uno, no colectiva o masiva de población a razón de los hechos de violencia y para no llamar la atención de los grupos armados.

¹¹⁹ Moravia es un barrio (colonia) de la ciudad de Medellín, construido de manera irregular a finales de 1960 por la movilidad campo- ciudad, en 1977 este lugar se convertiría en el botadero abierto de basuras del municipio, sin embargo, bajo las condiciones de insalubridad y precariedad de las familias alcanzó a tener a inicios de 1988 alrededor de 17 000 habitantes, y luego en la época más violenta del país, el departamento y la ciudad alcanzó a tener entre 1999 y 2005 un total de 37 643 personas la mayoría de ellas víctimas de la movilidad forzada (Alcaldía de Medellín, 2011:

Cuando uno sale como que da gracias a Dios porque salió sin un rasguño, pero lo coge la pensadera a uno y al marido por lo que se viene, por cómo será la vida por allá, lejos de lo que uno al menos conocía y era propio, ya es como empezar de nuevo, conocer y hacerse a algo para sostenerse y existir, ya sobrevivimos, pero el camino empezó con la incertidumbre que todo era nuevo; y pues uno sin mucha experiencia en esa ciudad tan grande (Mujer, conversación 21, 14Mar2018).

Este caso solo indica un tránsito, de un origen a un destino, pero en otros casos, por ejemplo, se pasa por muchas localidades antes de llegar al nuevo espacio de asentamiento donde se dará inicio a otro habitar, al reterritorializar, sin embargo, cualquiera que sea el caso al que se asiste, los relatos son abundantes en manifestar que el sentimiento que apremia cuando se decide salir es la incertidumbre que se genera frente a la nuevo por conocer.

¿Pero qué es lo nuevo por conocer para quienes asisten a esta trayectoria? Fueron muchas las respuestas que se dieron al hacer esta contra pregunta cuando se manifestó este sentir, pero sobresalieron cinco asuntos que la enmarcan mientras se hace una “acomodación” al nuevo espacio: 1) Los cambios producidos al enfrentarse en un contexto distinto, desconocido y ajeno, donde se cambian las relaciones y las rutinas cotidianas anteriores para aprehender unas nuevas, hay una convergencia ambigua entre la identidad construida y la identidad propia del contexto al que se llega; 2) el lugar de habitación, la vivienda, se convierte en una cuestión en la que aflora la incertidumbre, en tanto, se pasa de la tenencia de la misma a compartir un espacio con otra u otras familias, dando lugar al hacinamiento o la manifestación de sentirse *arrimados* como lo revelaron algunos relatos; 3) la generación de ingresos al llegar a un espacio especialmente urbano. Es menester señalar aquí que todas las personas entrevistadas o encuestadas que asistieron a un proceso de movilidad forzada, reconocieron que su destino fue la ciudad, en donde debieron emprender nuevas actividades laborales que en muchos casos no respondían a sus conocimientos y habilidades aprendidas en el lugar de origen; 4) los procesos de socialización, *no se puede tapar el sol con un dedo, decir que soy de Apatzingán, puede traerme problemas a mí y a mis chiquillos*, en el antes - momento previo a la salida- el sentimiento de pertenencia permitía identificarse como *parte de* una comunidad, pero la llegada a otro espacio, implica un momento de suspensión de la biografía personal pasada, para empezar a construir una nueva versión desde el sentirse ajeno o extraño en

3), “el promedio familiar en Moravia es de 4.7 personas por vivienda, el más alto de la ciudad y la vivienda promedio tiene 37mt.²” (Arango, 2007: 11).

el nuevo espacio. Aunque debo hacer una precisión y es que también esta situación, bajo el entendido de la movilidad como proceso, puede convertirse en una posibilidad u oportunidad para acceder a la generación de otros recursos, porque no se rechaza la idea de que se asiste a un cambio personal y social.

La cotidianidad se modifica súbitamente, la regularidad de las acciones que se venían desempeñando, de acuerdo con las certezas y con las confianzas que posibilitaban actuar de alguna manera consciente de las consecuencias que desencadenarían en unas condiciones de vida, hasta entonces asumidas como estables, permitía definir la capacidad que se tenía para influir, predecir y transformar en la propia vida individual, familiar y comunitaria. Fuera del espacio físico y simbólico sobre el cual se construyó la rutina diaria, la incertidumbre se constituye ahora en una de las principales características en la vida de los desplazados, obligando ello a un gran esfuerzo emocional para replantear el orden concedido a las prácticas y a los objetos en el tiempo y en el espacio, así como al cuestionamiento sobre la primacía que ostentan ciertos modelos de identidad (Bello, 2004: 9).

Y, por último, 5) moverse forzosamente de un lugar que se ha dotado de sentido y con el cual se adscribe una identidad y una historia, constituyen para quienes asisten a este proceso, emprender un movimiento -la salida, el tránsito y la llegada- desde la incertidumbre de no saber cuándo se vuelve, sí es que se vuelve.

Estos cinco asuntos reflejan la incertidumbre de ver desmejoradas las condiciones de vida, si bien tanto Apatzingán como Granada presentan indicadores desfavorables en términos de calidad de vida, dejar atrás un mundo conocido para enfrentarse a uno nuevo, implica, primeramente, una apuesta por la sobrevivencia. Cualquier acto, bajo los contextos de estos dos municipios, que conduzcan a la salida del lugar sentido y valorado, quedará inscrito como una experiencia fundacional para el nuevo ciclo que se emprende con el movimiento, marcando una nueva naturaleza en las maneras de construir y sentir los espacios como lugares.

El volver: un tránsito de la esperanza aguardada al re- comenzar entre el optimismo o la desilusión

Considerar la posibilidad de volver al lugar dejado, implicó para muchas de las personas con las cuales se compartió la experiencia del salir a raíz de la multiplicidad de acciones derivadas por el ejercicio de la violencia considerar, al menos según los relatos recabados, dos situaciones: la

primera estuvo en el orden de que sí se emprendía el regreso, se asumía el riesgo que esta decisión podía acarrear, en tanto, aun pervivían las dinámicas de victimización de los actores armados, esto sobre todo fue identificado por la gente de Apatzingán que manifestó que las acciones armadas continuaban con mayor intensidad y recurrencia en todo el territorio de Tierra Caliente luego de haber decidido salir; y dos, asumir el volver en tanto se aguardaba la esperanza de que la situación era distinta, *ya no había violencia*, aquí resalta el caso de Granada, el hecho de que la violencia haya *finalizado* exaltó el deseo de regresar. Esta pretensión se hizo más latente a partir del 2004, cuando se generaron en el marco del Proceso de Justicia y Paz, seguidas de la reglamentación de la Ley de Víctimas en 2011, unas condiciones mínimas de retorno, llevando a la implementación de todo un plan gubernamental en este sentido¹²⁰. No obstante, en ambas situaciones, la idea que persistía era: la esperanza de *volver a la vida* que se tenía, a estar en la *tierra conocida y con la gente d'uno*.

El deseo de volver a los lugares dejados estuvo alentado por la esperanza, pese a la adversidad y a las circunstancias difíciles este sentir se instauró como fuerza vital que impulsó a tener las maletas listas para el regreso, a diferencia del miedo paralizante que se relataba en el *quedarse*, la esperanza convocó a la acción, de pensar el volver, desde ella se mantuvo viva la ilusión de rehacer de nuevo la vida, la voluntad de (re)construir ya no afuera, en otro espacio, sino de nuevo en el lugar de origen. Si bien la movilidad a la que acudo en este trabajo responde a situaciones emergentes, acaecidas bajo un contexto de violencia criminal que desencadenó momentos de crisis en la población es importante señalar que la esperanza nunca abandonó al conjunto de mujeres y hombres que decidieron *quedarse, salir y volver* de sus espacios de vida, de hecho, algunas voces apelaron al adagio: *la esperanza es lo último que se pierde* para señalar que a pesar de los momentos de desesperación a los que puede llevar tomar la decisión de salir o quedarse, o de experimentar caos cuando se enfrentan las trayectorias de la movilidad, o cuando se inicia un

¹²⁰ Frente a esto último hay que hacer algunas anotaciones. La primera es que el proceso Justicia y Paz en Colombia atañe especialmente a la desmovilización paramilitar que se hizo en el país bajo el gobierno de Álvaro Uribe Vélez en el 2005; la segunda es que si bien la Ley 387 de 1997 sobre desplazamiento forzado consideraba en su articulado un espacio referido al retorno, es en la Ley 1448, también conocida Ley de Víctimas, que se reglamenta e implementa todo el andamiaje que da cuenta de la actual política de retorno en el país; y tercero, que no toda la población que *volvió* a Granada lo hizo bajo acompañamiento institucional de carácter gubernamental, bajo esta circunstancia se nombra como retorno; ni lo hizo cuando la violencia diezmo, en muchos casos, el regreso se hizo cuando la dinámica de la violencia estaba más álgida, es decir, entre 1999 y 2004 que responde a la confrontación de “todos contra todos” guerrilla, paramilitares y Ejército.

proceso de territorialización en un espacio ajeno, la esperanza puede ser ese sentimiento que permanece latente en el devenir humano a pesar de las catástrofes, el dolor o la desesperanza que produce enfrentarse a experiencias límites, en este caso, marcadas por la violencia criminal.

No obstante, cuando se llega de nuevo, cuando se ha vuelto, lo primero que la población hace es advertir que la esperanza solo quedó aguardada en el baúl de la memoria, *que todo cambió* y así las cosas deben emprender, reinventar, (re)construir de nuevo ese lugar que es conocido, pero que se transformó tanto por la ausencia de no estar en él, como por las memorias de los hechos violentos que también allí reposan. Y es en este proceso como emergen en las y los sujetos de la experiencia sentires como el optimismo o la desilusión; el primero esta precedido por la aceptación de las condiciones con las que se hayan al momento de regresar al *pedazo de territa que es de uno, empezamos -cuando llegamos- de vuelta a hacer la finquita, aunque todo eso estaba en ruinas habían muchas ganas de volver a parar la finquita como antes*, Aldebarán, de quien se hablará más adelante, manifiesta el ánimo y el deseo por recuperar lo perdido y empezar de nuevo a significar su lugar dejado. La segunda, la desilusión, irrumpe cuando al llegar de nuevo al lugar desde el que se emprendió la movilidad, la *cruda realidad* muestra que la violencia no ha cesado, lo que lleva a que muchas de las pretensiones que acompañaron el regreso quedaran suspendidas o sufrieran modificaciones con el fin de *empezar de nuevo* a pesar de ello, este es el caso de Merak un terracalenteño que cuando volvió a Apatzingán se percató de que

la vida está más difícil que antes, tenía muchas expectativas de volver, pero realmente sí está difícil pues porque ¡carajo! Hay más muertes que en las zonas donde sí están en guerra y así es muy difícil que prosperen los negocios legales, porque si no cooperan pues les dan piso, todo mundo tiene que pagar cuota, sino pagas pues no te quieren aquí y si no, te vas pues... (hombre, entrevista 7, 7Dic2017).

Estos testimonios junto con otros reflejan como el volver además de ser una etapa del proceso de movilidad, de la cual se dará cuenta con más detalle en el capítulo IV, indica una transición que va desde la esperanza que se aguarda en encontrar lo dejado hasta la conmoción e impresión sentida cuando al llegar, la realidad muestra que eso conocido y construido ya no está, solo quedan algunos vestigios y los recuerdos que marcan la memoria. De la transición de estos sentires es de lo que se dará cuenta en las líneas que siguen.

Esperanza de volver a la vida que se tenía, *al espacio propio*.

La esperanza de volver asalta cuando el moverse no se considera una acción definitiva que termina con la llegada a un nuevo espacio, lejos del lugar de origen, de aquel donde se construyó un apego y, en ocasiones, una dependencia a las condiciones materiales y simbólicas de ese espacio que se había hecho lugar. Estar en otro espacio y acomodarse a unas cotidianidades diferentes a las que se realizaban antes de moverse forzosamente llevó a muchas de las personas entrevistadas a tener aferrado en sus imaginarios la idea de volver, de pensar en la vida que se tenía: en la finca, en el rancho, en el pueblo cuando había tranquilidad, comida y un lugar de habitación que no necesitaba transferencia económica por estar en él; algunas voces interpeladas manifestaron como el cambio de sus modos de vida por aquellos que imprimía la ciudad representó una experiencia que, además de ajena y difícil de afrontar, llevó a la transformación o pérdida del sentido de lugar que por años se había construido en el lugar dejado, por esta razón, aguardar en la esperanza el deseo de volver, se convirtió en el anhelo más esperado de quienes no lograban asir una vida y un lugar lejos del ya construido, conocido y vivido.

Al revisar cómo fue nombrada la esperanza en los testimonios de la población apatzinguense y granadina fue posible identificar asuntos que sobresalían como: *yo nunca perdí las esperanzas de volver; yo en Estados Unidos siempre deseaba¹²¹ volver con mi familia, con mis amigos, con mi vida aquí; uno esperaba que le avisaran que la situación estaba mejor pa' poder volver, nosotros tuvimos esa esperanza y así fue, ya nos pudimos regresar pa' cá pa'l rancho; estando en Morelia mi esposo decía: "hay que esperar... hay que esperar hasta que se calmen las cosas para regresar [a Apatzingán]" y esa era la esperanza mía*. En todos estos casos, la esperanza de volver abrigó la sensación de poder reencontrarse con la vida y el bienestar *de antes* sin importar que el peligro todavía asechara. En palabras de Andrés Torres, la esperanza sería como ese “resorte de la vida” como un algo *todavía-no*, como *proyecto* (2005: 166 y 169).

Estas fueron algunas de las razones que motivaron a Aldebarán volver a Granada, él tiene 29 años, nació y vivió parte de su juventud en una vereda cercana a Santa Ana, el único corregimiento de este municipio; es soltero y desde muy joven dejó de estudiar para dedicarse junto con su papá a las labores de labrar el campo. En un mes del año 2001 tuvo que salir de la finca para evitar ser

¹²¹ La esperanza en esta ocasión se asocia también con: el deseo, la ilusión, la expectativa o el anhelo de volver.

reclutado por alguno de los grupos armados que hacían presencia en el territorio, fue el primero de la familia que salió, luego lo hicieron su madre y padre junto con sus hermanas; llegaron a Aranjuez, un barrio ubicado en la zona nororiental de la ciudad de Medellín en el que estuvieron por cerca de seis años, hasta que decidieron volver en 2007

nosotros siempre guardábamos la esperanza de volver a la finquita, ya la gente empezó a regresar porque las cosas cambiaron mucho, ya no hay guerrilla, ya no hay paras, podíamos volver al pedacito de tierra, al espacio que es propio, sin tener que pagar arriendo, toda la vida hemos sembrado y no habíamos pasado hambre, pues como dicen por ahí: “la esperanza es lo último que se pierde” y eso fue lo que no nos hizo desistir de volver a lo que es de uno. Ahora, no es como antes que había tanto miedo por tanta muerte que estaba pasando, pero ahora es diferente, ahora uno aquí [en el campo] tiene mucha tranquilidad y libertad y eso no es posible en Medellín (hombre, conversación 23, 16Mar2018).

Especialmente Aldebarán y quienes apelan a la esperanza como el motor que impulsó la determinación de decir “me regreso” sujetaron la decisión a las condiciones de bienestar - tranquilidad y libertad- que se tenían antes de emprender y experimentar la movilidad forzada y que, finalmente, cuando llegaron pudieron de nuevo hallar. En el caso de Aldebarán, volver estuvo precedido de una espera larga -6 años- en un espacio nuevo y desconocido, completamente diferente al que estaba él y su familia acostumbrado, lo que significó enfrentarse a otras costumbres y prácticas que imponía la ciudad; y fueron, especialmente, estas razones las que llevaron a aguardar la esperanza como potencia para apostar por un regreso, ella -la esperanza- aunque incierta, estaba motivada por ese pasado idealizado del cual era posible aferrarse. En este caso, la espera y el anhelo se enraizó a la posibilidad de volver a: ejercer los oficios precedentes -de campesinos, de agricultores en el caso de Granada; o de empleados y comerciantes en el caso Apatzingán-, gozar y disfrutar de los bienes poseídos, en especial, una casa o una finca propios que no implicaban el pago de una renta; y de la *tranquilidad y libertad* que daba poder estar de regreso, de volver al campo.

Así también lo recuerda Merak, un hombre que pocos días antes de la entrevista había cumplido 50 años, nació en 1967 en una familia de raíces terracalenteñas -su madre originaria de Coalcomán- y de la meseta Purhépecha -su padre procedente de Pátzcuaro- que tomó asiento en la colonia Babilonia de Apatzingán, localidad donde su papá se valió de varios oficios -*era músico, carpintero, albañil y terminó siendo un fontanero*- para sostener toda la familia que estaba conformada por 12 miembros -10 hermanos, papá y mamá-. Y aunque estudió contabilidad y

administración dedicándose aproximadamente 20 años como empleado público en entidades del gobierno, finalmente se dedicó a la cultura, a varios kilómetros de distancia de su tierra natal.

Apatzingán es juzgado como -y así es también, no hay que ocultarlo- una ciudad violenta, como una tierra sin ley, porque la ley no la tiene el gobierno sino el narco, uno quisiera regresar a Apatzingán y encontrarse con la riqueza que tenía, esa tierra te da lo que quieras sembrarle, se dan los chiles, el limón, los jitomates, las sandías, las jícamas, se da todo. Había muchas huertas y todas muy productivas, ahora eso se está acabando por los cobros de piso, los levantones (...) entonces uno si piensa en llegar y volver a recuperar eso, a trabajar por una mejor calidad de vida en Apatzingán (hombre, entrevista 7, 07Dic2017).

En lo narrado por Aldebarán y Merak es posible leer como la esperanza, ese motor que impulsa tomar la decisión de volver, está vinculada a poder recuperar lo que se había perdido, por ejemplo, la vida alrededor de la finca o el rancho -como bien mueble, pero también como lugar de habitación-, de la tenencia de la tierra, los haceres en ella -el cultivo y cuidado de animales- y la posibilidad de rehacer de nuevo la estabilidad económica, ya sea desde las prácticas campesinas o desde la producción de las huertas, esto último está referido más al caso de Apatzingán, donde los cultivos están dirigidos especialmente al mercado de exportación; sin embargo, ambos casos guardan diferencias profundas cuando decididamente se emprende el regreso y se *topa* con una realidad que difiere bastante a eso que se esperaba encontrar de nuevo, para Aldebarán el recomenzar estuvo mediado por el optimismo; mientras que para Merak, el volver se empañó de desilusión al encontrarse que aún la violencia signaba el devenir cotidiano de Apatzingán.

Entre el optimismo y la desilusión cuando se ha vuelto

La esperanza como se mencionó en los dos casos aludidos, pero también en otros más, fue el sentir que alentó y dio el valor necesario para emprender el regreso, en ella se aguardó la creencia de poder encontrar de nuevo eso anclado en la memoria, las representaciones del pasado - experiencias, prácticas y procesos- que recogen lo que fue *la vida antes de tener que salir, de huir de la violencia*, no obstante, como lo consignan algunos testimonios: *nunca se vuelve a lo mismo, ¿Qué cambió? Todo cambió*. En los casos logrados de Granada¹²², especialmente mujeres y

¹²² En el caso de Granada muchas de las personas con las que se sostuvo una conversación o entrevista aludieron que quienes volvieron después del 2004, lo hicieron cuando se llevó a cabo el proceso de Justicia y Paz con los Paramilitares, se dio la intervención militar del Estado, los grupos guerrilleros se replegaron y comenzó, con algunas familias, el proceso de retorno acompañado por entidades gubernamentales, aunque muchas otras no contaron con

hombres manifestaron como el volver, cuando la violencia había cesado, estuvo acompañado de cierto *aliento* por *rehacer la vida* en la tierra que les pertenecía, aun cuando ello implicó *empezar de cero*, tanto en las prácticas cotidianas (de sobrevivencia, de economía familiar, de tejido comunitario, de volver sin la familia completa) como con el espacio (veredas despobladas, fincas caídas o enmontadas, caminos con minas quiebrapatas¹²³).

Así lo manifestó Aldebarán, en otro momento de la conversación que sostuvimos en su casa cuando hizo una interrupción de su jornal

sobre todo mi papá, mi mamá y yo volvimos por la tranquilidad que hay aquí ahora, ya no está la violencia, vea todo ese monte, la naturaleza, acá ya vivimos bien, tenemos comidita y estamos sin preocupaciones, aunque apenas estamos levantando de nuevo la finca, la casa estaba toda caída, ni qué decir de la cafetera y mi mamá está empezando a criar los animalitos de corral, pero yo creo que lo que hizo que volviéramos fue que siempre los tres guardábamos la esperanza de estar aquí de nuevo, en lo que era de nosotros, así sea una lucha ahora también vivir como campesino porque las cosas están muy jodidas pa' levantar de nuevo todo, todo está muy costoso y como nos tocó empezar desde cero, pero aquí estamos y no retrocedemos, de a poquito se va levantando uno (hombre, conversación 23, 16Mar2018).

El optimismo se revela aquí como una visión positiva del regreso, así implique *llegar sin nada y empezar de cero*, el *llegar a lo que era de nosotros* -especialmente la tenencia de la tierra- se asoció a una cierta condición de bienestar, a pesar, de que la realidad muestre las condiciones difíciles que se deben sortear para echar raíz de nuevo. En este caso, como en muchos otros testimonios de población granadina, se encuentran también actitudes positivas que permiten encarar la situación *de empezar de nuevo*, tomar decisiones, afrontar y superar las adversidades. De hecho, el optimismo conserva un poco de esa esperanza e ilusión que precedió el acto de volver, con él se procuró lograr lo que se había propuesto alcanzar, levantar poco a poco la finca, la casa, los cultivos y la cría de animales, pero para que esto fuera un hecho alcanzable debe reconocerse como el cese de hostilidades y acciones bélicas por parte de los actores armados fue una variable que facilitó, y

este beneficio; antes de esta fecha el regreso se dio sin ninguna garantía, en tanto, prevalecía la confrontación de grupos armados en el territorio.

¹²³ Nombre popular en la población a los materiales explosivos, artefactos de guerra, que siembran los actores armados en caminos, vías y que son, especialmente, utilizados por la insurgencia en Colombia para matar o incapacitar al adversario, sin embargo, sus víctimas ha sido mayoritariamente la población civil. Estas armas son conocidas por acción humanitaria como minas antipersona, municiones sin explotar y trampas explosivas.

aun hoy lo sigue haciendo, el regreso de la población y esto se manifestó cuando se alude a la tranquilidad que habita el espacio.

En el caso de Merak, la esperanza fue una quimera que se desvaneció una vez estuvo de nuevo en el lugar que había dejado unos años atrás, la realidad de estar de nuevo en Apatzingán le develó que la vida, las costumbres, los vínculos y las materialidades ya no estaban o no eran iguales a las que recordaba; lo que era solo un deseo alimentado por la nostalgia, en la realidad de su presente, ya no existía. Esta circunstancia emanó, a su vez, un nuevo sentir: la desilusión porque esa vida de antes ya no estaba, en este caso, su habitar coexistiría entre el recuerdo de la vida pasada y las tensiones de un presente signado aun por la violencia que se sostenía en el territorio.

cuando llegamos [a Apatzingán] esto seguía con muertes, amedrentamientos, amenazas, cobros de piso, que secuestros, levantones, no sabíamos que nos esperaba. (...) cada día se han puesto las cosas más difíciles. La gente no quiere salir de sus casas, de hecho hasta la fecha, no sé si usted se percate, bueno como no ha estado mucho tiempo aquí, cuando sale el helicóptero, cuando se oyen los helicópteros volar, la gente se recoge, para la gente ya es como una alarma, ven los helicópteros y sabe Dios qué está pasando, se recogen, todo el mundo se recoge, a como están las cosas ahorita, empieza a oscurecer y todo el mundo se recoge, se ve el pueblo solo, cómo va uno a prosperar si lo que ve son los negocios cerrados y las casas en renta, la vida no es como antes, ya la delincuencia organizada es la que tiene el poder de hacer y deshacer lo que quiera y estoy hablando de los tipos que andan en camionetas y con armas haciendo desmanes (hombre, entrevista 7, 07Dic2017).

La desilusión opera como esa expectativa no alcanzada o lograda, de “eso” que se esperaba encontrar y no fue posible hallar porque aún el miedo impera, los órdenes son impuestos por las dinámicas bélicas de los actores armados -el narco- llevando a una pervivencia, más que a una convivencia, signada por un ambiente de violencia extrema. Este sentir, la desilusión, se experimenta inicialmente como perdida y decepción “de eso” que alimentaba la esperanza de volver, pero luego puede convertirse, en algunos casos, en el motor que impulsa la reinención de la cotidianidad y la reconfiguración de las prácticas sociales, tal como sucedió con aquellas personas que decidieron quedarse¹²⁴. El haber vuelto para Merak y otros tantos como él, significó emprender el camino de regreso en medio de un contexto bélico donde la batalla de los carteles

¹²⁴ Ver primer apartado de este capítulo.

por el poder, la hegemonía del negocio y la disputa por el territorio lleva a que el futuro se conciba desde lo incierto.

Por último, develar los sentires que involucró la decisión y el hecho mismo de *volver* también es poner de presente que en ese proceso de reterritorialización del espacio dejado, los ideales anclados en el pasado quedaron ahí, en un espacio-tiempo que ya pasó y que hoy ese *haber vuelto* lo que marca es un punto de inflexión entre esas prácticas y representaciones socioespaciales que ya no están o no son las mismas con aquellas nuevas aprehendidas durante la salida, abriendo así un proceso de reconstrucción y resignificación del espacio ya sea porque se debe cohabitar de nuevo con las dinámicas bélicas o porque así estas hayan cesado implica, en ambos casos, intentar rehacer no solo las relaciones a nivel individual, familiar y colectivo, sino también las relaciones espaciales a partir del “ajuste” a las condiciones y dinámicas que marca el estar de nuevo en Apatzingán o Granada.

A manera de cierre capitular

Los sentires relatados en este apartado permiten mostrar cómo no solo se da una movilidad entre espacios, sino que a medida que esta se sucede y dependiendo de los momentos del proceso, devienen en las personas un conjunto de experiencias y emociones que dan cuenta también de cómo lo afectivo se movió junto con ellas. Es así como las voces que tuvieron lugar aquí mostraron como la nostalgia, el miedo, la tristeza, la incertidumbre y la esperanza fueron sentires que coadyuvaron a transformar la realidad que iba presentándose durante todo el proceso de la movilidad.

Así entonces, lo recogido en este capítulo logró además de explorar la dimensión subjetiva de quienes se movieron a raíz del contexto de violencia, mostrar cómo este conjunto de sentires que se experimentaron y expresaron a lo largo del proceso de movilidad forzada, son también sentimientos que impactaron y transformaron los espacios donde se desarrolló la vida de quienes se quedaron, salieron y volvieron. Lo que se trazó alrededor de este capítulo fueron solo unos de los tantos sentires que se vivencian y experimentan en los distintos momentos del proceso y que las y los sujetos de la experiencia ponen en juego en el transcurrir de sus cotidianidades.

Finalmente, develar algunos de estos sentires que acompañaron el proceso implicó ampliar las dimensiones de análisis de lo que ocurre en el *quedarse, el salir y el volver*, estas no solo deben ser leídas desde los hechos y las circunstancias que suceden al exterior de las y los sujetos implicados, sino que a ello debe sumarse la comprensión de que estas tres dimensiones del proceso vinculan sentimientos y emociones que dan sentido a las maneras de cómo las personas que están en situación de movilidad forzada sienten y constituyen las maneras de *estar* en un espacio.

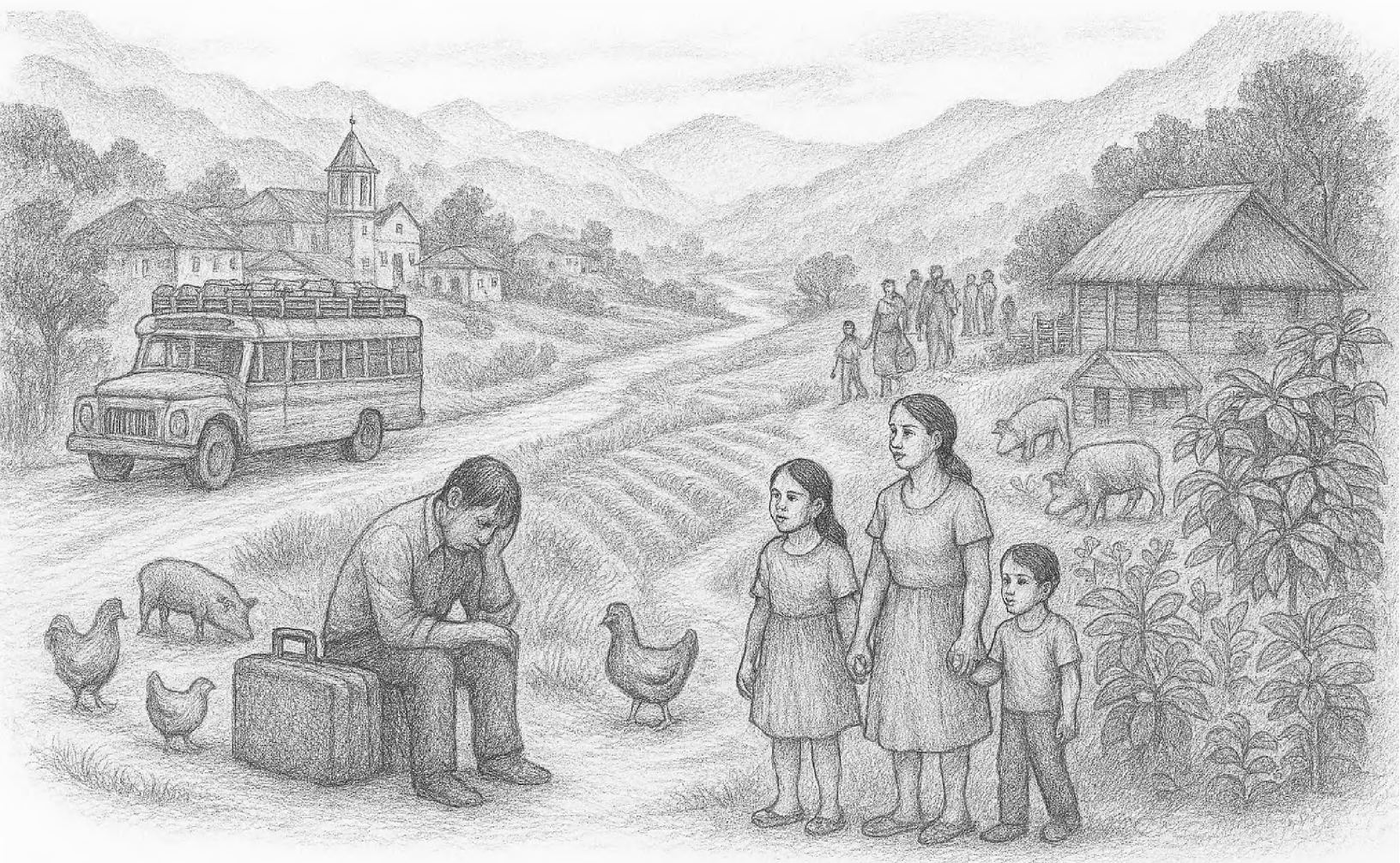


Ilustración 4: El quedarse, el salir y el volver.
Ilustración tipo boceto realizada con apoyo de Copilot, basada en representaciones simbólicas del título de este capítulo.

CAPÍTULO IV. EL QUEDARSE, EL SALIR Y EL VOLVER. La experiencia de la movilidad forzada en contextos de violencia criminal.

Introducción

Lo abordado hasta ahora ha querido dejar clara la idea de la importancia y el papel central que ocupa el espacio, desde el punto de vista de la geografía humana, en la comprensión del proceso de movilidad. Como se pudo leer en el primer capítulo este proceso puede, de acuerdo con el contexto, las circunstancias y las causas tomar diferentes matices, pero de lo que sí se debe estar seguro es que las personas que nos vemos inmersos en él, tenemos a partir de los cambios allí experimentados, profundas marcas que hemos construido identitaria y socialmente, además de lo significativo que resultan el espacio y el lugar en la experiencia humana. Esta experiencia es la que coadyuva a ver el espacio como construcción social, en tanto sería más subjetivo y menos concreto, es decir, “los elementos fundamentales del espacio no son cosas que pudiesen ser medidas u observadas a simple vista, sino que sentimientos, significados, valores y metas, entre muchos otros, se producen y reproducen en el espacio” (Arango y Sánchez, 2016: XV).

Este capítulo resalta de manera más evidente, el protagonismo del lugar en las experiencias de seis sujetos de conocimiento, en los que se resalta cada uno de los componentes que forman parte del proceso de movilidad y que se han identificado en esta investigación como: el quedarse, el salir y el volver¹²⁵. Estas tres manifestaciones de la experiencia estarán acompañadas de las vivencias narradas por tres mujeres y tres hombres, en las que fue posible leer cómo el afecto por el lugar se otorga -como diría Yi-Fu Tuan (2007: 133)- desde la memoria de los acontecimientos humanos allí ocurridos, en este caso, el lugar será “el almacén de su memoria y el sostén de sus esperanzas” (Tuan, 2007: 133).

El *quedarse*. Evidenciar esta experiencia fue un asunto emergente en el trabajo de campo, pueden ser muchas las razones para llegar a tomar esta decisión, sin embargo, según las narrativas obtenidas esta elección puede ubicarse en dos extremos, el primero que está en el orden de no tener los recursos económicos y las redes familiares para facilitar el movimiento; y el segundo, si bien se está consciente del riesgo que se corre al quedarse a sabiendas de que se podría estar mejor en

¹²⁵ Debo anotar que estos tres componentes son solo una estrategia metodológica, en este caso, para clasificar las variadas y particulares formas de leer y comprender las manifestaciones del proceso de movilidad, pero que además hacen referencia a las maneras en cómo la gente nombró la experiencia. Al reconocer que este proceso es diverso y complejo, quien haga este tipo de ejercicios investigativos, podrá a su vez, encontrar diferentes posibilidades para dar cuenta de él.

otra parte, se permanece porque no se tienen los recursos para salir o se ama el lugar y se hace frente a la situación cara a cara.

El *salir*. La decisión está tomada, se comienzan a definir una serie de situaciones que hacen parte de las trayectorias de la movilidad, como el asunto de la itinerancia, el deambular de un lugar a otro sin tener aún definido lo que será el asentamiento definitivo o temporal en otro territorio, podría decirse que posiblemente la población experimenta un caos por no encontrar su lugar, en este caso se apela a que el sentido de lugar es móvil por el estado mismo de continuo movimiento, hecho que marca una particular forma de relacionarse con el espacio que también es válida.

Otra de las posibles situaciones con las que se enfrentan quienes decidieron salir, hace referencia a como el nuevo asentamiento y habitar un espacio se presenta ajeno, esta experiencia obliga a la población a repensar y resignificar el nuevo contexto espacial en el que se encuentra. Para muchas personas esto significa la pérdida de sus modos de vida y el cambio abrupto de su entorno geográfico (López y Sánchez, 2016: 58), pero a medida que la vida se “acomoda” a las nuevas dinámicas, se hace un extrañamiento del sentido de lugar dejado y a partir de él, se empieza a crear uno nuevo desde esos referentes y los recién encontrados.

El *volver*. Es el reencuentro con el territorio dejado y con los lugares amados, el espacio no es el mismo que se deja, se asiste a uno diferente por lo que sucede o sucedió cuando no se estaba, pero que también empieza a redefinirse por las experiencias con las que se llega de los otros espacios transitados y de las estancias prolongadas. Volver no significa que las incertidumbres hayan diezmado respecto al contexto de violencia, muchas de las personas con las que se conversó regresaron a los pocos meses de haber partido y se encuentran con que la situación puede seguir igual o aún con mayor degradación que cuando se fueron, pero en muchos casos pesa más, en la decisión de regresar, el extrañamiento de su lugar, su tierra, su pueblo y su familia; y aunque el regreso se marca a partir de la evocación y la añoranza del pasado, la realidad del presente muestra que al regresar esa lectura ya no es posible.

En este caso se manifiesta un proceso de reterritorialización del espacio dejado, se inicia la construcción de una nueva relación con el lugar, pero ya con las experiencias que a su vez revelaron los repertorios que le sucedieron en los otros espacios, es decir, las itinerancias del salir y los

procesos de reterritorialización de otros espacios por fuera de las fronteras locales. Dentro de los relatos, algunas personas insisten en que *se vuelve hacer el lugar de nuevo*, pero que lo importante es que ya es un espacio conocido, familiar y propio.

Elegir mostrar el proceso a partir de experiencias concretas manifestará, más allá de las cifras que siempre ocupan un espacio privilegiado para evidenciar el fenómeno, la conexión que se construye entre una persona y un espacio particular que se carga de símbolos y pertenencias que conducen a que ese espacio se convierta en lugar. Tim Cresswell (2008: 7), diría que un lugar sería un espacio significativo que puede ser ubicado/situado.

EL QUEDARSE

Decidí quedarme, no fue fácil, mis hermanos se fueron con su familia y yo decidí sortearme la vida aquí día a día, solamente sé trabajar el campo, esa es mi profesión. Ya era mucho abrir los ojos cada día, bendecía amanecer vivo. No fue fácil vivir con el miedo de que te fueran a matar, aunque no debíamos nada. La gente del campo siempre llevamos la carga de ser de uno o de otro grupo por solo vivir en el monte (Hombre, entrevista26, 07Mar2017).

El quedarse o el no moverse por fuera de las fronteras locales significó para las mujeres y los hombres de Apatzingán y Granada no querer abandonar el lugar, el territorio y el espacio que se quiere y se ha construido a lo largo de la vida. Quienes manifestaron este sentimiento durante el trabajo de campo eran conscientes de que la permanencia en el territorio estaría mediada por la tensión continúa generada por la disputa, los embates y los efectos de las acciones violentas perpetradas por los distintos actores armados, así como también, por la transformación y resignificación que, debido a lo anterior, la población hizo a sus modos de estar en el territorio y sus lugares de vida.

El quedarse implicó en quienes así lo decidieron, el afloramiento de una diversidad de sentimientos como la inseguridad, el miedo, la desconfianza y el silencio que llevaron a reconfigurar o transformar su sentido de lugar en función de la violencia a la que se asistía, por ejemplo, de acuerdo a las voces recabadas en el trabajo de campo -y de lo ya mencionado en el capítulo III-, el uso del espacio público empezó a restringirse: *después de las siete de la noche es mejor no salir*; las actividades colectivas y familiares se fueron disminuyendo: *ya son pocas las colonias que hacemos posadas*; las relaciones con los otros y las otras en entornos vecinales, laborales o de ocio se vieron alteradas por la aprensión: *ya ni con las vecinas uno habla*.

Bajo estas circunstancias, el sentido de lugar que aparece conexas a la experiencia de vida se perturbó y buscó ser resignificado a partir de la adopción de distintas estrategias y prácticas de afrontamiento que fueron reinventando el *estar* de las personas en ese su espacio. Espacio que, por muchos años, enmarcó la experiencia de vida y una identidad claramente definida de ser apatzinguense o granadino, pero que ante la presencia y accionar de distintos actores armados, llevó a quienes se quedaron a asistir a una completa reconfiguración de su existencia dentro del territorio disputado, pero se debe advertir que esta reconfiguración también está sujeta a las razones de las que haya dependido la decisión del quedarse.

En los relatos recabados se pudo identificar al menos tres razones que caracterizan el por qué se optó por permanecer en estas dos localidades: la primera de ellas hace referencia a la vinculación afectiva que se tiene con el lugar construido, la preocupación por romper con las raíces ancladas a sus lugares, su apego y su arraigo a ellos que son la expresión de su identidad territorial. Narrativas como: *Yo nací, crecí y quiero morir aquí; Nosotros, toda mi familia nació aquí y neta que yo vivo muy feliz a pesar de todo, no quiero salir porque me gustaría siempre vivir aquí; Quedarme, cuando esto se quedó solo, como muerto, yo lo vi como una forma de agradecimiento a la tierra, a los que aquí nos criamos, a lo que nos dio de comer; Nos quedamos porque éramos ricos, pero no éramos ricos porque tuviéramos mucha plata sino porque teníamos mucha tierra, entonces teníamos café, teníamos animales y si nos íbamos no teníamos nada, era empezar de nuevo y pues yo no quería eso.*

Estas formas de nombrar lo que piensan sobre el lugar que se habita, recoge los sentimientos que genera el apego a un o unos lugares; en este caso granadinos y apatzinguenses han establecido una forma particular de relacionarse con ellos, porque es en estos donde se ha construido la mayoría de sus experiencias significativas que apelan al sentimiento de arraigo que se ha cimentado durante el transcurso de los años vividos, en palabras de Bruce Nanzer este apego por el lugar surge de lo que allí se experimentó.

Es el resultado de la inmersión a largo plazo y la aceptación de los valores, creencias y sistemas culturales de una localidad que ayuda a convertir el pensamiento no enraizado de las personas a la aceptación de las normas grupales y el apego a la ubicación geográfica en la que reside el grupo. Gustafson (2001, p.13) se refiere a este fenómeno como "continuidad" y argumenta que los significados de lugar y apego al lugar resultante implican una dimensión temporal "donde los lugares se conectan con el camino de vida del individuo a través del origen, la duración de la residencia, eventos o etapas de la vida". (Bruce, 2004: 364).

Lo que manifiestan las personas y reafirma Bruce es que la permanencia apela al vínculo afectivo que se ha construido entre ellas y un o unos lugares específicos; la identidad y el afecto que se otorga a estos los convierte, al mismo tiempo, en aspectos importantes de la identidad de quienes manifiestan tener ese vínculo activo entre ellos y sus lugares.

La segunda razón a la que acudió la población para decidir quedarse estuvo en el orden de la vinculación funcional o de dependencia que se hace con los lugares, es decir, hay una valoración

instrumental hacia ellos. En especial, la decisión de marcharse genera un estado de incertidumbre y miedo latente a la pérdida de los vínculos familiares y de redes sociales, los bienes muebles e inmuebles o la actividad laboral. Así lo referían los testimonios de las mujeres y los hombres con los que se habló: *Yo aquí tengo la finca, tengo gallinas de engorde, tengo pollos, pero si me iba no tenía nada, ni donde caerme muerta; sí, sí he pensado en irme, pero al mismo tiempo la pienso, la pienso mucho porque aquí está mi familia, aquí está mi casa, aquí tengo la seguridad de mi trabajo, irme de Apatzingán es perder la estabilidad que sería muy difícil tener en otra ciudad; Uno acá con los poquitos que quedamos nos echábamos la manito, que la familia, que los vecinos, que los amigos, salga a ver si afuera le ayudan a uno y si uno no se amaña, entonces, mejor la sorteamos acá.*

Estas manifestaciones del quedarse, pone en evidencia cómo el lugar es también valorado porque logra satisfacer o proveer ciertas necesidades, en este caso se genera una cierta “dependencia del lugar [que da cuenta del] grado en que los ocupantes se perciben a sí mismos como fuertemente asociados y dependientes en un lugar en particular” (Bruce, 2004: 365). Los relatos anteriores indican, por ejemplo, el valor que se da a la propiedad, la casa, el rancho o la finca como bienes inmuebles, a los animales de corral que en muchos casos son para el autoconsumo, pero también en algunas oportunidades para tener unos ingresos adicionales; y no menos importante, las redes familiares y sociales como soporte y apoyo en diversas circunstancias.

La tercera razón para quedarse es que a pesar de que se sienta el deseo de querer irse, de salir, no se tienen los recursos, principalmente económicos, para cubrir los gastos de lo que implica emprender la salida y sus trayectorias; ni las redes familiares, de amistad o de paisanos que marcan tanto la direccionalidad (lugar de destino) como la temporalidad que son fundamentales para el traslado, la instalación y la “inserción” en el destino.

La falta de baro hace que te quedes y también necesitas dónde llegar y nosotros no tenemos familia o gente conocida en otro lugar de la República, la mayoría está en Estados Unidos y pa’ llegar allá necesitas papeles o mucho baro y también es un riesgo (Hombre, entrevista 8, 10Dic2017).

Siempre sí pensaba irse uno para la ciudad por lo feo que se puso esto, pero luego, lo cogía más la pensadera de que si uno se iba, no tenía la plata para correr con todos los gastos que eso llevaba, donde uno se iba no tenía nada, ni comida, ni un trabajo para conseguirla, entonces ya mejor nos quedamos (Hombre, conversación 14, 08Feb2018).

La variable económica sobresale en estas narrativas, aunque había las ganas de salir, el no tener los recursos para financiar los gastos o las redes de apoyo para “garantizar” la llegada y el habitar en otro espacio, limitó emprender las trayectorias de la movilidad por fuera de las fronteras locales. Este último motivo puede, además, leerse como una decisión forzada a tener que permanecer en el territorio sorteando los avatares impuestos por la violencia, pero también creando estrategias para reconstruir un horizonte de sentido para su “estar ahí” (Yory, 2007: 211).

Las tres razones, en suma, lo que muestran es que la población prefirió quedarse y “dar la cara” a los riesgos y consecuencias que esta elección llevaba, además de confrontar el miedo sentido a raíz de las nuevas dinámicas locales en ocasión de la presencia y el accionar de los grupos armados. Asumir esta decisión, independientemente de la razón que la ocasione, puede leerse como la primera acción de afrontamiento a las circunstancias producidas por las dinámicas y repertorios de la violencia criminal, aunque también ello repercutiera, por ejemplo, en que las actividades productivas, la circulación y el uso social de los espacios se vieran limitados.

Para dar cuenta de lo que significó el *quedarse* en Granada o Apatzingán se retomará el caso particular de Talitha y Enif quienes asumieron, desde diferentes experiencias y situaciones, una particular forma de reconstruir sus lugares a pesar de los embates producidos por la violencia. Sus voces recogen lo que otras también expresaron y reafirman como el sentido de lugar que, además, de dar cuenta de una apropiación espacial es un referente identitario que emerge de las experiencias e interacciones que se hacen en él o en los lugares significativos, mostrándonos como ese dotar de sentido un lugar, este se transforma, así la decisión haya sido no salir.

El análisis que se muestra en lo que se ha considerado uno de los componentes del proceso de movilidad, se desarrolla a partir de narrativas que dan cuenta de asuntos que se valoran importantes para mostrar el vínculo existente entre las personas y sus espacios, a saber: la identificación de que algo pasaba cuando fue evidente la presencia de actores armados en el territorio, las estrategias asumidas para hacer frente y los sentimientos con los que se vive al quedarse.

Talitha y Enif, dos experiencias compartidas separadas por 3.271 km de distancia

Talitha es granadina y Enif es apatzinguense, han vivido la mayor parte de su vida en sus municipios, allí pasaron su infancia y hoy asisten a su adultez, ambos coinciden en que la vida

“antes” en sus localidades era una vida tranquila, segura y sin preocupación de *que algo malo fuera a pasar*. Al escucharlos hablar de su lugar, las referencias van desde espacios privados -sus casas, el trabajo en el ramal o alguno de donde se compartió de joven o de grande- hasta espacios que aluden a la completitud de la localidad. No obstante, esa sensación de seguridad se fue disminuyendo poco a poco luego de iniciado el siglo XXI, cuando la violencia criminal empezó a tener presencia, construyendo sus propias dinámicas espaciales¹²⁶.

Granada y Apatzingán son identificados como lugares poco seguros por el conjunto de acciones violentas y hechos victimizantes contra la población civil y sus efectos en el territorio; de ello, bien se da cuenta en los medios de comunicación¹²⁷, sin embargo, poco conocemos sobre la vida de quienes han decidido quedarse y enfrentarse o librar situaciones de incertidumbre. Frente a este contexto, Talitha y Enif comparten emociones, sentimientos, nociones y estrategias similares que nos dan cuenta de la construcción diferenciada de sentido de lugar de las y los que se quedan o deciden quedarse.

Enif es un hombre de 30 años que nació en Apatzingán, por problemas auditivos se fue a Estados Unidos porque unas tías le ayudarían con ´su tratamiento, allá vivió desde los 10 años hasta los 22 cuando regresó, porque llevaba muchos años sin ver a su mamá y su familia, se encontró con otro Apatzingán, diferente al que había dejado de niño:

Apatzingán antes era una ciudad tranquila, en la que se podía salir, yo de niño salía afuera de la casa a jugar un partidito de fútbol, así en la calle con mis amigos, desde niño no había problema de salir a la calle, no había problema de que me pudiera quedar mucho tiempo en la casa de un amigo, la vida era más armónica, había más gente en la calle, no sabría decirlo, no sé la palabra correcta, pero sí había violencia no es como ahora, no era tan visible, se andaba más tranquilo, ahora ya no. Aquí ya hemos perdido esa tranquilidad y seguridad de antes. (Hombre, entrevista 16, 17dic2017).

¹²⁶ La espacialidad de la violencia se aborda en el capítulo II.

¹²⁷ *Por violencia, renuncian candidatos a la alcaldía de Granada* (El Colombiano, 22/08/1997); *Secuestran dos delegados de la OEA* (El Tiempo, 24/10/1997); *Granada, de nuevo blanco de los violentos* (El Colombiano, 07/12/2000); *Granada una Colombia (im)posible* (El Tiempo, 26/11/2000); *Carro bomba en Granada* (El Tiempo, 07/12/2000); *Granada: entre más horas, más muertos* (El Espectador, 09/12/2000); *Persiste la violencia en Apatzingán* (Excelsior, 27/10/2013); *Apatzingán, un infierno a ratos por la violencia* (ABC, 09/05/2016); *Apatzingán vive una epidemia de violencia* (Primera plana noticias, 22/08/2018); *Masacre de Apatzingán, fueron los Federales* (Aristegui noticias 19/04/2015). Estos son solo algunos de los titulares publicados en la revisión de medios de comunicación que arrojó un balance que suma alrededor de 830 noticias.

Él y su familia han vivido siempre en la Colonia Lázaro Cárdenas, una colonia que ha sido blanco de actos violentos, específicamente por diferentes carteles que han reconfigurado la manera de ver y vivir allí. Ciertas calles y esquinas que antes solían ser espacios de convivencia vecinal se han convertido en referentes de muerte y miedo. La incertidumbre por parte de las y los vecinos de la colonia, como lo cuenta Enif, está marcada por la desconfianza existente en las autoridades locales particularmente y, en general, al Estado mexicano. Autoridades desapegadas y desinteresadas por quienes ahí viven hizo que Enif junto con su madre pensarán la posibilidad de migrar. Sin embargo, la carencia de recursos económicos hizo inaccesible esta opción. Así lo cuenta él:

sí he pensado en irme, pero al mismo tiempo la pienso, la pienso mucho porque aquí está mi familia, aquí está mi casa, gracias a Dios no se han metido con mi familia en nada. Yo, siempre, sí he pensado irme por la inseguridad y porque han incrementado muchos los delitos, pero al mismo tiempo como que no, (...) personalmente pienso en mi familia, ya tengo la casa aquí y todo, entonces digo: si me voy, entonces es más gasto, tendría que buscar trabajo, tendría que buscar lugar donde rentar, tendría que buscar un buen espacio pa' mi familia. Aquí no pago renta, aquí trabajo, pero lo que trabajo es solamente para nuestro alimento y las necesidades de la casa, pero no pagamos renta, entonces si yo me voy a otro lugar va a ser mayor el gasto que vamos a tener y no habría los recursos para sostener dos casas, ni tendríamos con qué irnos (Hombre, entrevista 16, 17dic2017).

Para Enif su situación económica es la principal limitante para dejar su lugar de vida. Ante esta situación él encuentra cierta “calma” al comentar que su familia no se ha visto afectada directamente por ninguna situación de violencia de las que padece su colonia y su municipio. Con ello se puede identificar la existencia de espacialidades personales y familiares diferenciadas en contextos adversos y violentos; y son estos espacios a los que se ha reducido la sociabilidad de las y los apatzinguenses que han decidido quedarse.

En su entorno familiar más próximo no ha habido una afectación directa que atente contra la vida de sus parientes, aunque reconoce que la violencia a la que se asiste en Apatzingán sí ha conducido a un detrimento gradual en la condición de vida y el bienestar de la población. No obstante, ese motivo puede ser circunstancial, porque él mismo reconoce que *en Apatzingán, cualquier cosa puede pasar*.

Esta situación es compartida por Talitha, una mujer granadina que manifiesta:

Y sí sufrimos mucho con esa gente por aquí (refiriéndose a los grupos armados), pero como decir que en sí hubiéramos sufrido nosotros, no, en mi familia no hubo pérdidas de seres queridos, no... no la tuvimos, ni la familia mía, ni los hermanos, ni los papás, nada de nada, gracias a Dios no nos tocó perder ningún ser querido, como mucha gente que sí y pues que a raíz de eso se fue. Nosotros gracias a Dios no tuvimos que lamentar una muerte o algo por la violencia (Mujer, entrevista22, 28Feb2018).

La vida, la integridad física o la libertad personal no fueron vulneradas en estos dos casos ni a nivel individual ni familiar, asunto que puede ser junto con otras razones, en especial la dependencia al lugar, el argumento que soportó no solamente seguir ocupando un lugar sino habitándolo así las circunstancias fueran adversas; aun cuando la violencia se instaló y modificó, sorpresiva pero paulatinamente, la cotidianidad de las personas, también llevó a reinventarla, cuando el quedarse fue la decisión.

Talitha es la segunda de diez hijos de *unos padres campesinos que toda la vida estuvieron trabajando la tierra* en la Vereda Tafetanes, en donde ha vivido sus 50 años. Al igual que Enif decidió quedarse en su municipio a pesar de que *las cosas se pusieran feas*. Vive con su esposo y su hijo, ha trabajado en la finca desde pequeña cuando ayudaba a su papá con la molienda de caña, una actividad muy común en los habitantes de la vereda al igual que la siembra de café, labor que también desempeñó, porque ahí no había diferencia entre hombres y mujeres, *sí uno necesitaba jornalilar ahí se iba con su canasto pa' las cafeteras*, pero eso ya *no es igual, después de la violencia ya esas cafeteras y todo eso ya se acabó*. Ahora trabaja en el oficio que su mamá hizo por muchos años y se lo cedió, es recolectora de reciclaje en el pueblo dos días a la semana y además, es la encargada del proceso de tueste de café, iniciativa de un grupo de mujeres víctimas de la violencia que vieron una posibilidad para resarcir todo lo que la guerra les dejó a nivel de daños y afectaciones de carácter moral, psíquicos y emocionales, físicos o sobre el cuerpo, socioculturales y políticos, materiales y ambientales o a sus proyectos de vida.

En su caso, a diferencia de Enif, Talitha por una orden dada a todos las y los habitantes de la vereda por un grupo armado, sí sintió cerca la posibilidad de salir

sí nos hicieron empacar a todos la maleta y salir, que teníamos que salir en menos de nada y todos empacamos las topadas de maletas, de cosas pa'ímos y sí, en un momento dado mucha gente se fue, pero también mucha gente se arrepintió de irse como nosotros, pasó el tiempo límite y no nos dijeron nada, a nosotros sí nos dijeron pues que nos teníamos que ir, pero no, nosotros no hicimos caso y no nos pasó nada ¡gracias a Dios! (Mujer, entrevista22, 28Feb2018).

Esta sería, para Talitha, su primera manifestación de resistencia para no dejar aquel lugar donde ha construido su vida y del cual muchas familias si habían optado por esa decisión. De hecho, al preguntarle por qué se había quedado, ella respondió “... *porque aquí es la vida de uno, yo no me imagino viviendo en el pueblo y en la ciudad creo que no aguantaría, pa'mi esto es un paraíso, yo estoy muy feliz en mi casa, ¡este lugar no lo cambio por nada*”, estas palabras enfatizan el fuerte vínculo que las personas crean y fortalecen en y sobre el lugar, haciéndolo parte integral de su devenir vital (Ruíz, 2014: 62). Esta vinculación podría asociarse a lo que Edward Relph llama *existential insideness* (1976: 55) es decir, cuando una persona experimenta que pertenece completamente a un lugar, reconoce el lugar y se reconoce en él a partir de su apropiación y experiencia en él.

Esta dos experiencias de vida tan lejanas en la distancia, pero tan cercanas en relación con lo vivido, muestran cómo la vida se fue reconfigurando en el devenir de esas expresiones violentas exógenas que, a sus inicios, emergieron como ajenas, diferentes e impositivas, pero que fueron espacializándose y coproduciendo un proceso diferente de apropiación con los lugares, es decir, se asistió, la población en su conjunto con los *otros armados* a un proceso de reinención diaria en la dimensión espacial, temporal y relacional. De esto último es lo que dará cuenta las líneas siguientes, Talitha y Enif serán los casos ilustrativos que representan en buena medida, el conjunto de relatos reunidos en la experiencia en campo sobre la decisión del *quedarse*.

Cuando empezó a verse esa gente y la violencia que producían, los lugares cambiaron

Un hecho significativo en las narrativas logradas fue la percepción que a raíz de la presencia de los actores armados detentores de la violencia criminal, llamados por la población como *los que están metidos en eso, los armados, los de la maña, los narcos, los guerrillos, los paras, el Ejército, los federales*, se advirtió una redefinición temporal o permanente de la vida, de la forma de habitar el mundo¹²⁸, allí donde el sentido de lugar ocupa también una parte importante. De acuerdo con Veena Das (2007), un espacio particularmente devastado por la violencia donde la población siente miedo, escepticismo, duda, desconfianza e incertidumbre por lo que asiste, conduce a que se experimente, no solo en el cuerpo, sino también en el contexto profundos cambios que se ven

¹²⁸ Véase a: Das, 2007; Heller, 1987.

reflejados en la vida familiar y la vida social, que, a su vez, están inmersas en los espacios que se moran y en las tareas diarias.

En el *quedarse*, aunque no se sale de las fronteras locales sí se asiste a un movimiento al interior de ellas, es decir, la vida no solo sufre transformaciones para quienes se fueron, también lo hace para quienes decidieron permanecer en el territorio. Talitha, Enif y otros testimonios recopilados reconocen que en varias ocasiones acudieron a restricciones, controles y bloqueos como estrategias bélicas de los actores armados cuyos fines era ejercer el dominio y control de un territorio en medio de la confrontación, no obstante, eso significó para la población redefinir también sus movimientos.

La casa y el trabajador son para Talitha y Enif, los dos espacios que encierran principalmente el conjunto de sus movimientos, las trayectorias y las relaciones cotidianas, en sus casos el

trabajar implica no solo desplegar una actividad que “permite el devenir histórico y cultural” de su organización social, sino emprender una acción que opera como eje organizador del resto de actividades cotidianas. [La casa como espacio del] residir significa establecerse en el espacio, desplegando para ello múltiples actividades de apropiación y producción de este, hasta conseguir convertirlo en un vivero, término que adjetiva su valoración como lugar de disfrute, seguridad, certidumbre y bienestar (Arias, 2015: 245).

Junto a estos espacios que procuran para él y ella su mayor atención, se identifican otros que están en el espacio público y se aúnan a lo que es su proceso de dotar de significado los lugares: la vereda, la colonia, el vecindario, el parque, la plaza, el mercado, la iglesia, las vías de comunicación, la escuela y el salón comunal, por mencionar los más nombrados en sus relatos. Estos en tanto, espacios contruidos, se ven profundamente vulnerados no solo por la presencia de los actores armados en ellos, sino también, por los hechos victimizantes allí ocurridos.

Estas circunstancias llevaron a quienes decidieron permanecer, independientemente de las razones que motivaron hacerlo, a tomar medidas restrictivas en la estadía y uso de esos lugares, en palabras de Ulrich Oslender (2008) cuando se implanta un régimen de terror en un lugar, ello supone restricciones en los desplazamientos cotidianos de la población, dichas medidas están en el orden de lo explícito, como por ejemplo, cuando los detentores de la violencia prohíben a la población local ir a determinados lugares, bajo este régimen, la mayoría de las veces las poblaciones “... están confinadas en ciertas áreas de las que no pueden salir, por ejemplo, cuando

los actores armados instalan retenes en determinados sitios de paso donde se controla la entrada y salida de productos, mercancías y personas a una zona” (Oslender, 2008); o en lo implícito, cuando el miedo, el temor, el terror y el sentimiento de inseguridad generalizado se impone sobre ciertos espacios y la gente como mecanismo de autoprotección decide no frecuentarlos, determinación que produce a su vez, una fragmentación de los espacios al romper, drásticamente, con la movilidad espacial cotidiana que sucedía en ellos.

En la narrativa de Talitha es posible referir, en el orden de lo explícito y lo implicado, tres de sus lugares que se vieron alterados o transformados por la presencia y las acciones de los armados: su casa, los caminos y la carretera principal (Tafetanes-Granada) y el pueblo (la cabecera municipal). Respecto a su casa, finca o vivero, como también lo nombran otras y otros en sus testimonios, es un lugar muy especial, en su caso porque los 50 años de su vida han sucedido allí, era el patrimonio de su padre, pero cuando estos decidieron salir a vivir en el pueblo, debido a su avanzada edad, ella logró reunir el dinero para comprarla.

¿Qué yo porque no me he ido a vivir al pueblo o no me fui cuando esto estuvo tan mal? yo digo, yo creo que pa’ yo dejarla [a la finca] tiene que ser que yo ya no pueda más, así no tenga nada, pues como de buenos trabajos... pues que tenga buenos cultivos, ni nada de nada, yo no quiero irme a vivir al pueblo ni salir de aquí ¡nunca! Yo soy feliz por aquí, me siento tranquila estando aquí y con lo poquito que haga... pues la verdad no me queda mucho lugar de hacer mucho por mí trabajo y mi familia, pero me encanta estar en la finca, mi vida está aquí. Con lo poquito que tenemos somos feliz en esta casita... es mi gran riqueza (Mujer, entrevista22, 28Feb2018).

La casa adjetiva para ella bienestar, tranquilidad, un lugar repositorio de recuerdos y su *gran riqueza*, en este caso, el lugar se reconoce como físico, como materialidad, pero más allá de eso, también como construcción que recoge la memoria de distintas generaciones que hicieron de ella un espacio de habitabilidad. La casa como lugar se considera aquí “como un ensamble especial con historia y significado, (...) parte de las experiencias de la gente y solo puede ser desentrañado a partir de la comprensión de los sentidos que se le atribuyen” (Ramos y Feria, 2016: 86); sin embargo, entre 1999 y el 2003,

a nosotros nos hacían desocupar la casa cada rato porque llegaba la guerrilla cuando estaban tumbando esas torres, que las tumbaron en cinco o seis veces por lo menos, y uno por aquí más intranquilo. Ellos llegaban aquí y se amontonaban por ahí 15 o 20 ahí en la ramada; y el fogón de leña lo teníamos allá en la ramada. Ellos llegaban y a uno le tocaba desocuparles y sí nos daba hambre, váyase a

buscar comida en otra parte porque no había donde más hacer de comer, tenía que dejarles a ellos allá la horma de que ellos hicieran y ellos se quedaban ahí todo el santo día y uno por ahí resguardado como... aquí sí le hacían desocupar a uno la casa para ellos poder hacer de comer, le tocaba entregarles las ollas y todo. Ellos le sacaban a uno las cosas de la casa, le patarriaban todo... salía uno por ahí pa' una reunión y enseguida venía y encontraba esto bien patas arriba, le quitaban todos los colchones, le botaban lo que hubiera, todo lo revolcaban, pues yo no sé qué buscaban, pero uno sí se intranquilizaba mucho, nos cogía la preocupación porque no sabíamos cuánto tiempo iban a estar y ya era un problema con los otros (Mujer, entrevista22, 28Feb2018).

El relato evidencia como los grupos armados, en este caso la guerrilla, empezaron a transgredir la casa, su lugar, invadiéndola y usándola. Aunque el sentido de lugar permanece en Talitha en términos de identidad, filiación, pertenencia y vínculos, la presencia de estos actores genera desasosiego, en tanto, su lugar y ella se ven amenazados: el lugar por la construcción de sus experiencias de vida a lo largo de su ciclo vital y ella porque la ocupación, en algunas ocasiones temporal o permanente por uno de los actores puede ser mal vista, estigmatizada y juzgada por los demás actores armados, poniendo en riesgo su integridad física y la de su familia.

De otro lado, el sentido de lugar construido individual y colectivamente hacia los caminos y la carretera principal (Tafetanes-Granada) también se trastocó por la presencia de los actores armados, de hecho, dentro las demandas de reparación colectiva la población de los municipios de Granada y San Carlos solicitaron a la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas-UARIV bajo el marco de la Ley 1148 de 2011 o Ley de Víctimas, la pavimentación de los 24 kilómetros de la vía¹²⁹. Estos espacios -vías principales, vías terciarias y caminos- fueron testigos de los vejámenes perpetrados a la población civil por parte de los actores armados. Durante la confrontación que hubo entre quienes detentaban las armas, estos lugares pasaron de ser conexiones y posibilitadores de bienestar y de encuentro con otras y otros vecinos, a ser referentes de miedo, peligro, incertidumbre y sufrimiento por lo que en ellos sucedía: enfrentamientos, secuestros, retenes, asesinatos y desapariciones, así lo recuerda Talitha

en ese tiempo... pues antes de la violencia era muy bueno porque uno caminaba por donde fuera, a la hora que fuera, de noche, como fuera y no había nada, a uno no se le daba nada, pero después, en el tiempo de la violencia uno no se atrevía a

¹²⁹ Hay una discusión que no se termina de saldar respecto a este tipo de obras y es que estas solicitudes más que una acción reparadora, son un deber dentro de los planes de infraestructura de las políticas estatales que no puede equipararse con el ejercicio de la nación para saldar una deuda histórica, en materia de restitución de derechos, cuando a raíz de los ciclos de violencia a los que asistieron la población de ambos municipios, la presencia gubernamental estaba en vilo o coludida y no garantizó la integridad de la población.

salir ni acompañado porque donde usted fuera... puede ser hasta pa' estar en la casa ya uno era con miedo. HUUUUYYY no, a nosotros nos tocó pasar mucho, mucho miedo, miré pa' uno viajar, uno salía en la chiva y lo maluco de todo era que uno no sabía si lo requisaban por ahí, que de pronto lo bajaban a uno, que de pronto qué le hacían a uno porque en ese tiempo uno salía era pa' vender la librita de café o la panelita de la molienda, pero ya en ese entonces, bajaban al primero que se les atravesaba, uno pa' subirse a esas chivas siempre le daba susto porque yo me acuerdo que una vez salí allí a la entrada, me subí en una escalera pues que iba de Santa Ana y me subí al capacete y en La Sierra, arribita de la central, paró el carro, entonces, pues -uno como sopeno siempre- yo salí y me asomé, yo estaba como en este rincón, entonces a no más paró el carro me asomé allá, pa' la orilla, a ver quién se estaba bajando o que... aaahhh, cuando meros encapuchados ahí, bajando gente de ahí del carro y ahí si arranco yo pa' tras, pa' donde no los viera al menos con ese susto, iissshhh y uno allá chiquitico temblando de miedo!!.. Cuando no era pa' dejarlos retenidos, era pa' secuéstralos o mátalos porque era lo que pasaba, ya luego uno se daba cuenta de lo que pasaba (Mujer, entrevista22, 28Feb2018).

Lo mismo ocurría con los atajos o caminos por el monte, *ya no se podía caminar por las trochas porque uno se encontraba a esa gente o dizque porque estaban minadas*. En esta oportunidad, el conjunto de narrativas logradas asocia estos lugares como espacios que producen sensaciones que están en el orden de lo indeseado, por lo que en ellos se produjo durante el momento más álgido de la confrontación. Lo construido en ellos desde lo que es la experiencia del salir para proveer y proveerse de víveres o *irse a dar una vueltica para tener un ratico alegre*, pasa a memoria de lo que fue una grata experiencia a convertirse en espacios que ahora son solo puntos de referencia que remiten a un sitio donde se localiza una experiencia infortunada.

Por último, la referencia que hace Talitha a *el pueblo* como espacio transformado en uno de sus lugares porque lo conoce, le otorga un valor, le siente afectividad y porque es otro de sus espacios de interacción social no solo para ella, sino también para otras y otros habitantes que así lo manifestaron; igualmente se vio vulnerado, despojado de: su uso social -el encuentro especialmente en la feria del fin de semana, las fiestas-; su uso político -hubo asesinatos y secuestros de alcaldes, líderes y lideresas, además de amenazas a instancias de participación como el Comité Interinstitucional-; y su uso económico -se disminuyó la venta de los principales productos agrícolas, del café y la panela, hasta la feria de ganado en algunas oportunidades se suspendió-.

Salir los fines de semana al pueblo para vender lo producido, encontrarse con otras y otros, abastecerse de víveres y asistir a los oficios religiosos son prácticas comunes en este municipio,

no obstante, todas ellas empezaron a verse disminuidas cuando, especialmente guerrillas y grupos paramilitares -estos últimos coludidos con el Ejército y la Policía- declararon abiertamente su oposición. Un ejemplo de ello es cuando en 1999 uno de los grupos guerrilleros iza en la antena repetidora, un lugar visible del casco urbano, su bandera roja y negra como símbolo de presencia y dominio territorial; seguidamente en el 2002 como demostración de su avanzada en el territorio, el bloque paramilitar Cacique Nutibara hace lo mismo, pero en un lugar opuesto, esta vez cerca del asilo, el acto estuvo acompañado de disparos al aire y pintas de sus consignas en las paredes de las casas cercanas (CNMH, 2016: 91 y 113).

Entre 1999 y el 2003, la población en general vivió en todo el territorio granadino el pico más alto de la confrontación armada, como ya se mencionó, sin embargo, uno de los lugares donde posiblemente se hizo más visible la afectación en el uso, disfrute y apropiación de ese espacio vivido por la población fue la cabecera urbana, la población se vio sumida en un toque de queda nocturno permanente, no se permitía hacer uso de los espacios públicos entre las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Así lo recuerda Talitha:

le daba a uno miedo ir hasta el pueblo, tanto por lo que podía pasar en el camino como cuando uno llegaba, eso era ya todo solo, ni un alma en pena se veía, muchos hombres ya ni podían ir al pueblo, esa era la restricción grande que había (...). Ya uno iba rapidito hacer sus vueltas y a comprar el mercado, ya ni visitas, ni tintico en el parque, ni a conversar por ahí, ya se le hacía a uno eterna la hora de salida de la chiva pa' coger de nuevo pa' la casa. Ya uno no se sentía como antes en el pueblo, como que la alegría allá también se apagó (Mujer, entrevista22, 28Feb2018).

Por muchos años *el pueblo* dejó de ser ese lugar de interacción social, experiencia viva para ir a reposar en la memoria desde la evocación de lo que fue, ya allí no había lugar para el bienestar, por el contrario, sentimientos como la desesperanza, el miedo, la intranquilidad y la inseguridad eran la respuesta al ambiente de tensión que generaba el lugar por la presencia y acción militar.

En el caso de la experiencia de Enif en Apatzingán, el lugar en el que él evidencia más cambios, por los lazos emocionales y simbólicos contruidos, es la vecindad, su colonia. Sus referencias están sujetas especialmente a las vivencias de su infancia, en consonancia con lo mencionado en el capítulo tres, la colonia es el lugar construido con otras y otros, del convivio, del divertimento, del encuentro entre grandes y chicos. *Toda mi vida ha estado en la Colonia*

Lázaro Cárdenas, ahí siempre he vivido, esta referencia remite al valor que se otorga a este lugar en función de lo que es, pero además de lo que se hace en él.

Sus palabras son una añoranza a lo que otrora significó este lugar y que hoy ya se siente perdido, aunque se advierta que todos los espacios sufren transformaciones, Anif considera que este cambio, no se debió al devenir normal sino a una circunstancia en especial

todo empezó a cambiar desde que comenzó la guerra contra el narco, ahí fue el cambio más grande, desde el 2006 que empezó poco a poco y en el 2010 cuando fue la guerra de todos: Los Valencia contra Los Zetas, contra Los Zetas, La Empresa, luego el Cartel del Milenio que sería La Familia de Michoacán, después fue duro Los Caballeros Templarios que se disputó con Los Viagras y estos, ahora, con La Nueva Generación de Jalisco (Hombre, entrevista 16, 17dic2017).

Aunque el impacto de esta confrontación se expresó en todo el Valle de Apatzingán, para él, la muestra de que algo estaba cambiando fue su colonia. Anif reconoce que en la Lázaro Cárdenas había personas dentro del narco desde hacía muchos años atrás, pero no involucraban a la población, el asunto mutó con

la guerra de Calderón contra el narco, los grupos que había consiguieron armas grandes y empezaron a reclutar jóvenes en mi colonia. (...) A fines de año, como en estas fechas, las familias, todos los días y los fines de semana se juntaban en las casas, habían fiestas, con música muy alta, había familias que llevaban una banda a la casa, era más rico el ambiente, la comunicación, la convivencia en la familia, era una organización con mucha armonía, pero ya hoy en día la Colonia Lázaro Cárdenas ya parece sola, las familias [están] dentro de la casa, ya es muy difícil comunicarse con el vecino, eso cambio mucho, ese ambiente cambio mucho por la inseguridad y porque también hay gente de ellos ahí y es un peligro (Hombre, entrevista 16, 17Dic2017).

Es evidente el testimonio en señalar lo que era y lo que es hoy el lugar luego de los hechos particulares que Enif señala, especialmente el cambio más perentorio es con la implementación de la estrategia militar del, en ese entonces, presidente mexicano Felipe Calderón (2006- 2012) con la que se hizo más evidente la presencia y confrontación entre agentes militares estatales y distintos grupos de narcos en el territorio apatzinguense. La manifestación de estos actores ha modificado la interacción física -ver la colonia sola, por ejemplo- y la interacción simbólica -lo que las personas hacían y compartían- en el lugar, de hecho, es ese convivio, como se mencionó en el capítulo tres, el que permite ver cómo se suceden los procesos sociales en el lugar, pero además, cómo este va construyendo un sentido para quienes lo adoptan como suyo, en palabras de John Agnew, el lugar en este testimonio y en otros recogidos “representa el encuentro de la gente con

otra gente y con las cosas en el espacio. Se refiere a la forma en que la vida cotidiana se inscribe en el espacio y adquiere significado para grupos particulares de gente y organizaciones” (2002: 2); aunque este encuentro se hace diferente antes y después de la aparición de quienes detentan las armas.

Otros lugares en los que Enif evidenció cambios por la presencia de los actores armados fue en las calles y colonias por las que transitaba, se pasó de *la tranquilidad a la inseguridad*. Para él la vida cotidiana y el uso de los espacios se modificó

De estar en ese ambiente del que te hablé, de convivencia en las calles y las colonias, ya la gente empezó a encerrarse en sus casas, a no estar tanto en el centro, en las cenadurías, más que todo eso se ve en las noches, donde a veces a las siete de la noche no hay nadie por ahí, ya ni siquiera salen a la banqueta de su casa (...). En las calles y en las terracerías que van de aquí a los ranchos empezó hacerse común tirar los muertos, a dejarlos torturados y visibles. (...) ya hay muchas zonas de riesgo, hay muchas colonias muy peligrosas, te diré algo, para mí en mi percepción las colonias más peligrosas son: Bicentenario, La Pradera, La Emiliano Zapata, Valle Dorado, La Palmira, Antorcha y un poco la Lázaro Cárdenas porque de día no pasa nada, pero por ejemplo, si tú andas en la noche caminando, en la moto, como sea, puedes correr el riesgo que cualquier persona que no te conozca te pueda detener y hacer algo, o asaltarte o quitarte algo, lo que tú tengas, algo de valor. Pero, por ejemplo, lo que pasa en La Palmira es que es de gente que son de clase social media o alta, que tienen dinero, pero a pesar de eso, son zonas de riesgos porque también ahí hay personas que pertenecieron a las autodefensas, que pertenecieron a organizaciones como la H3, Los Viagras y etcétera, son esas personas las que ponen a la comunidad en peligro ahí (Hombre, entrevista 16, 17Dic2017).

En este caso, retomando a Ulrich Oslender, el testimonio anterior da cuenta de las restricciones que se dan tanto en el orden de lo explícito como de lo implícito. La primera, se hace evidente cuando los actores armados empiezan a usar la calle como escenario para mostrar las atrocidades sobre el cuerpo ajusticiado, pero también como estrategia de intimidación a la población y evidencia de lo que se puede hacer cuando se detentan las armas; y en lo implícito, cuando andar por las calles es considerado por la población un riesgo, un peligro potencial porque no se sabe cuándo se puede ser objeto de algún acto delictivo.

Finalmente en estas narrativas puede evidenciarse cómo se ha construido y modificado el sentido de lugar, aquel referido a los sentimientos de apego, que no solamente desarrollan los dos casos tomados como ejemplo, sino también, la comunidad en general que vinculan en sus voces y que hacen parte de las experiencias y memorias que hoy se ven transgredidas por las marcas que

la violencia criminal hace en sus lugares, que no es otra cosa que la evidencia de la espacialidad que esta crea a partir de acciones armadas de violencia y coacción a la población y la búsqueda del control territorial. Estas lógicas de los actores armados manifiestan no solo la distribución de la violencia en los casos aquí citados, Granada y Apatzingán, sino también cómo está se espacializa, construyendo otros sentidos de lugar con otro tipo de relacionamientos sociales en la población.

EL SALIR

Para mi salir fue dejar la vida, fue la primera vez que sentí un dolor tan intenso por dejar todo: mi familia, mi casa, mis amigos, mi pueblo. ¿Cómo no sentir dolor cuando uno, por el miedo, prefiere dejarlo todo? Hablamos con mi familia y era salir para vivir o quedarnos y esperar que en alguna de esas cosas alguno de nosotros cayera sin deber nada. Sobrevivimos al carro bomba, a la masacre, ya no podíamos más, entonces lo mejor fue coger las cositas y salir sin pensarlo mucho (Hombre, entrevista 23, 01Mar2018).

El salir podría considerarse la evidencia palpable de lo que significa un proceso de desterritorialización ocasionado, en este caso, por la disputa y la confrontación de actores armados en y por un territorio. Dejar el lugar donde se sucedía la cotidianidad, según los relatos logrados, significa: *dejar la vida; salir de lo que se tiene y dejar a quienes se quiere; es despedirse sin querer, escapar de la violencia dejando todo lo que uno había construido, es irse sin saber si uno va a volver.*

Cuando la decisión de salir está tomada, comienza a definirse una serie de situaciones que hacen parte de las trayectorias de la movilidad, especialmente en las narrativas de las mujeres y los hombres fue posible identificar dos de ellas: la itinerancia y el reasentamiento. El asunto de la itinerancia, el deambular de un lugar a otro sin tener aún definido el que será el asentamiento definitivo o temporal en otro espacio, podría decirse que la población experimenta un caos por no encontrar su lugar, en este caso se apela a que el sentido de lugar es móvil por el estado mismo de movilidad continua, hecho que marca una particular forma de relacionarse con el espacio que también es válida.

El asentamiento para establecer un nuevo habitar es la segunda circunstancia con la que se enfrentan quienes decidieron salir, hace referencia a la llegada a un nuevo espacio que se presenta ajeno, pero que también se eligió, esta experiencia obliga a la población a repensar y resignificar el nuevo contexto espacial en el que se encuentra, es el momento de reterritorializar, ocupar, insertarse y enfrentarse a un territorio desconocido. Esta etapa, que solo sucederá porque antecedió

la desterritorialización, inicia con el restablecimiento y la construcción nuevamente de un lugar con el que posiblemente se pueda generar sentimientos de arraigo e identificación para continuar el proyecto de vida suspendido. Para muchas personas esto significa la pérdida de sus modos de vida anteriores y el cambio abrupto de su entorno geográfico, pero a medida que la vida se *acomoda* a las nuevas dinámicas, se hace un extrañamiento del sentido de lugar dejado y, a partir de él, se empieza a crear uno nuevo desde esos referentes, pero también con lo recién encontrado.

Para dar cuenta de este componente que hace parte del proceso de movilidad, este apartado acudirá a las experiencias, nuevamente, de dos personas que en esta ocasión decidieron moverse a otro espacio, salir y enfrentar lo que significa vivir en otros espacios que se sienten ajenos, pero en los que se deberá reconstruir el hacer y el estar en el mundo.

Leo, es un hombre que tuvo que salir a sus 39 años de Granada, salió del área urbana en febrero del 2001, luego de la incursión guerrillera y la masacre paramilitar ocurridas en los dos últimos meses del año 2000, estuvo por fuera once meses, pasó por pueblos y ciudades de varios departamentos de Colombia buscando *poder acomodarse de nuevo* en otro lugar diferente al dejado, pero según él, nunca lo logró. Su experiencia servirá para dar cuenta de lo que significa estar constantemente de un lado a otro, en itinerancia, con la experiencia de un lugar en movimiento que se vincula al proceso mismo de la movilidad forzada.

Aris es apatzinguense, en el 2015 decidió junto con su esposo salir de Apatzingán a raíz de un episodio violento que ella y su hija de nueve años presenciaron en plena plaza pública de esa ciudad, desde un inicio sabía la direccionalidad de su movilidad, *sabíamos donde íbamos a llegar*, una movilidad facilitada y que procuraba seguridad *para volver a empezar de nuevo*. Este caso, será la puerta de entrada que permitirá conocer cómo se organiza de nuevo la vida y se territorializan nuevos espacios desde una trayectoria de movilidad forzada.

Ambos casos, uno desde la itinerancia y el otro desde el reasentamiento, son un ejemplo para mostrar cómo las poblaciones en este proceso enfrentan el estar fuera de aquello que era conocido y hoy ya no está, evidenciando la posibilidad o no de poder volver este nuevo espacio que se encuentra ajeno, en su lugar.

Uno va de tumbo en tumbo

Emprender la salida implica para muchas personas en situación de movilidad forzada, asistir a la itinerancia, un estado que, en muchas ocasiones, significa ir de un espacio a otro sin encontrar uno que permita establecer de nuevo un anclaje y, más aún, un lugar. De acuerdo con Cindia Arango y Luís Sánchez “La condición de itinerancia se describe como un estado de pertenencia a ambos y ninguno, representa a quienes se han separado de sus territorios y los han abandonado sin aún haberse asentado en un lugar al que puedan llamar ‘hogar’” (2016: 43).

ver todo lo que estaba pasando aquí [Granada] fue lo que me impulsó a irme, ya qué más podía esperar uno, cuando casi tumban el pueblo, luego matan como a 19 personas los paramilitares en la masacre y para ajustar, el pueblo se estaba quedando solo. Entonces, lo mejor fue salir para donde uno pudiera, pero tampoco fue tan fácil, casi que yo me fui de tumbo en tumbo (Hombre, entrevista 23, 01Mar2018).

Estas fueron las razones por las que Leo decidió salir de Granada, ya la vida allí era insostenible a raíz de las acciones bélicas que los actores armados día a día desplegaban contra la humanidad de la población granadina y sobre el territorio. Lo único que tenía claro era salir, pero el hacía dónde no lo estaba tanto. La referencia que él hace sobre ir de *tumbo en tumbo* coincide con lo que nuevamente Cindia Arango y Luís Sánchez señalan como la “condición de ambulante (...) un itinerante (...) sin un lugar o asentamiento fijo (...) se vive en un estado de movilidad continua” (2016: 41), en su caso, durante once meses, Leo se movió entre cinco municipios y el distrito capital que se adscriben a tres departamentos de Colombia:

estuve en Marinilla, pero ahí estaban los paramilitares; luego me fui para Medellín donde un tío -hermano de mi mamá- y pues trabajé un rato en una legumbrería, pero estaba de arrimado y la plata no me alcanzaba; mi hermana se dio cuenta de que estaba mal y me dijo que me fuera con ella -ella está en Cali- y con ella si me quedé más tiempo, cinco meses, pero tampoco me amañé, no porque ella no me tratara bien, era como que yo no me sentía bien, como que no me sentía a gusto en la ciudad. Y peor, porque terminé en Bogotá, dizque porque era más fácil el empleo y se ganaba más, pero ahí sí que no aguanté: era una ciudad muy grande, había mucha gente y aunque el clima estaba bueno, tampoco me amañé, no era a lo que yo estaba acostumbrado (Hombre, entrevista 23, 01Mar2018).

Esta narrativa, si bien identifica unas condiciones “posibilitadoras” para recomenzar e insertarse en las dinámicas propias de los espacios a los que se llega, esto es: una red familiar que apoya en la instalación (en especial con un espacio para vivir) y la inserción laboral, lo que prima en la

experiencia de Leo es que aunque se está en esos espacios no se logra crear un vínculo y la apropiación necesaria para echar raíz de nuevo, siguiendo la metáfora de que crear lugar es enraizarse desde los afectos, los sentimientos, la funcionalidad y las relaciones sociales que se construye con el o los espacios.

Las referencias constantes tales como: *estaba mal, no me amañe, no me sentía bien, no me sentía a gusto, no aguante, no era a lo que yo estaba acostumbrado*, dan cuenta de cómo aún, así haya una movilidad dinámica y continua, primero no se dilucida un proceso de aprehensión y apropiación del espacio a partir de construcciones territoriales, ni de sentidos de lugar debido, posiblemente, a que quien vive está experiencia no se halla en esos espacios que transita y habita temporalmente. La necesidad de establecerse queda desdibujada en Leo, por el contrario, hay en su testimonio una añoranza constante de su lugar dejado y una permanente necesidad de querer encontrar aquello perdido en el nuevo espacio desconocido y por donde transita.

La vida en Granada era muy tranquila, tenía todo, no me cansaba de trabajar, y eso que el trabajo del campo es muy pesado y aunque, a veces, desagradecido, pero me daba como satisfacción porque era mío y por allá donde estuve, tuve que trabajar para otra gente y hacer cosas que nunca había hecho. El campo es muy bonito, esos colores y el aire es puro, pero en la ciudad no hay nunca nada como eso, no más vaya a ver por allá, en Medellín, Cali y Bogotá, uno solo respira lo que botan los carros (Hombre, entrevista 23, 01Mar2018).

Bajo estas circunstancias, mientras haya una fijación tan marcada por el lugar dejado puede ser difícil para Leo y otras personas en las mismas circunstancias, emprender un proceso de reterritorialización. Sí bien he procurado rescatar que el sentido de lugar también se mueve junto con las personas, en este caso, además de que este se mueve, se hinca tan fuerte que no permite, posiblemente en algunas ocasiones, emprender una nueva experiencia en otro espacio, así las huellas de la violencia hayan sido el detonante forzoso para salir abruptamente del “contenedor” físico espacial, la experiencia de Leo es desterritorializada, en él “es posible moverse constantemente entre [espacios] sin ser desterritorializados y, por consiguiente, mantener un sentido de lugar fijo como centro de significados de la (...) experiencia inmediata del mundo” (Arango y Sánchez, 2016: 47).

En los casos de itinerancia, que no son pocos según los datos de campo, esta “amenaza” el establecer de nuevo la vida cotidiana en un espacio. El poder reterritorializar por fuera de las fronteras ya conocidas: sentidos, significados y posibilidades dependerá, en buena medida, de

saber tramitar la añoranza y el deseo de los lugares del pasado, que hoy ya no son, por permitirse reconstruir en otros espacios, la habitabilidad del presente.

Empezar de nuevo estuvo cañón

Aris llegó con su familia, cuatro en total -su hijo, su hija, su esposo y ella-, a Morelia, la capital de estado de Michoacán, son aproximadamente tres horas en carro, la salida desde Apatzingán se hizo desde muy temprano, en la mañana, el recorrido fue directo, sin ningún percance o distracción que cambiara el itinerario. La decisión de salir se tomó porque su hija sufrió una *crisis de estrés*, luego de presenciar una acción violenta en la plaza principal del municipio

lamentablemente todo lo sucedido en cuestión de inseguridad vino a afectar la salud de mi hija, se le hicieron derrames en su cuerpo. Hubo un problema bastante grave de violencia aquí en la plaza, eso fue bastante fuerte, justo un 6 de enero en 2015, y nosotras estábamos ahí, todos, en familia. La gente de aquí de Apatzingán tiene la costumbre todavía de irse a sentar ahí donde es el Palacio Municipal y disfrutar un rato de ver los carros pasar, la gente caminar, ir al tianguis, de hecho en ese entonces se pusieron varios negocios a su alrededor porque tenemos una zona donde se concentran las ventas o los puestos de lo que es el juguete para esas fechas, pero también hay negocios alrededor del Palacio y como es aquí en Apatzingán ir a sentarte en las graditas que tiene la Catedral, en la plaza, lo que es el jardín o ahí en el Palacio Municipal, pero ese día hubo demasiada tragedia, una tragedia bastante fuerte y el escuchar mi hija tantas cosas de aquí y allá (se refiere a los disparos que hubo ese día) y el caos que se hizo, llegó un momento que como que su organismo dijo ¡ya no más!, se vio reflejado porque daño mucho su salud, se le hizo un derrame, le fluyó por el ojo derecho. Yo la llevé a atención médica para ver de qué se trataba por ese exceso que le fluía por el ojo y la piel toda paralizada... entonces ya la doctora, me manifestó que se trataba de una crisis de estrés, igual la niña fue atendida y a los pocos días tuvo otra reacción que eran erupciones en la piel, vuelvo a acudir con el médico y me hace las mismas observaciones, de qué era por el impacto de lo que estaba sucediendo en Apatzingán, [que era] por la inseguridad que la niña seguía sufriendo ese estrés y que le sigue afectando esa situación, entonces ya todo se complementó en ese momento y dijimos : la situación está cada vez más difícil y sobre todo la parte más importante para mí, era mi hija, yo tenía la oportunidad de estar en otro lugar y pues dije ¡no, pues nos vamos todos! (Mujer, entrevista 5, 22Nov2017).

Sin pensarlo dos veces, la familia salió. Las razones: salvaguardar el bienestar de todos y todas, en especial de su hija, y eludir la acción de los violentos. Pero en el caso de esta mujer, hay un asunto que facilitó la salida: *yo tenía la oportunidad de estar en otro lugar*, el tener los recursos y, además,

un destino definido con las posibilidades de acceso a una vivienda¹³⁰ son ganancia con respecto a aquellas personas que deciden permanecer, como el caso de Enif comentado anteriormente, que por no poseer las condiciones económicas ni las redes necesarias que provean, al menos, las necesidades humanas básicas en destino, las posibilidades de moverse a otro espacio son negadas.

No obstante, a pesar de tener estos recursos posibilitadores para una estancia menos incierta que quienes están de *tumbo en tumbo*, la experiencia de la llegada a un espacio que se muestra ajeno, no es menor para ninguno de los dos casos¹³¹, ambos se enfrentan a la ruptura de sus formas y esquemas de vida anterior, al desarraigo que se experimenta cuando decididamente se cruzan las fronteras locales para huir del sinnúmero de situaciones de inestabilidad y riesgo que se presentaban en el lugar de origen en ocasión de la violencia y que lleva a quienes asistían a ella a la ruptura de proyectos de vida individual, familiares y colectivos y al conjunto de capitales -en términos de Bourdieu¹³²- que disponía la población en ese momento.

En el caso de Aris, Morelia no era un espacio desconocido, ya había tenido la oportunidad de estar allí en varias ocasiones, sin embargo, como ella misma dice: *ir de paseo, a estudiar para volver a los ocho días, para una diligencia médica o para visitar a familiares es muy distinto a tener que llegar porque la violencia está enfermando a tu hija*. Con la llegada, la duración de la permanencia es incierta, pero lo que si no se duda es que llegar y reterritorializar un nuevo espacio será una ardua tarea, tanto por la alteridad que representa haber dejado los lugares donde la vida se sucedía en Apatzingán, así como por las formas de apropiación y lo que significa en tiempo-espacio el recomenzar, el organizar de nuevo la vida en un espacio que no se domina, no se siente propio. En ese sentido, como refiere Aris, se hace *cañón* apropiarse del nuevo espacio, en tanto, se emprende una serie de “adaptaciones” que en el otro lugar tenían cotidianamente otros ritmos y hacían parte del repertorio de lo conocido.

Es muy duro, tener que salir del lugar en donde uno ha vivido siempre, dejar lo que era de uno, lo propio, lo que conocía, se deja todo hasta parte de la vida. Y

¹³⁰ En la conversación con Aris, ella manifestó que desde hacía varios años estaban pagando, ella junto con su esposo, una casa en Morelia ya fuera porque algún día decidieran vivir allí, voluntariamente, o como alternativa para un ingreso económico extra.

¹³¹ Se debe tener en cuenta que los impactos, las vivencias y experiencias son además diferenciadas por asuntos, principalmente, etarios, de género y de sexo.

¹³² Me refiero a las formas de capital -económico, cultural, social y simbólico- que refiere Pierre Bourdieu en su obra *Poder, Derecho y Clases Sociales* (2000). Véase el capítulo: Las formas del capital (p. 131- 164)

llegar a Morelia donde a uno no lo conocen, yo tengo muy poquita familia en Morelia, pero no vive cerquita como para tener apoyo. Uno llega callado, a buscar todo: trabajo, escuelas para los hijos, a conocer las colonias, las rutas del camión y hasta la vecindad. Está cañón tener que empezar como desde cero porque todo es muy distinto a lo que ya estábamos acostumbrados (Mujer, entrevista 5, 22Nov2017).

En este caso el eufemismo “cañón” hace referencia a lo difícil que es desacomodarse de un lugar y unas prácticas para reacomodarse en otro, hombres y mujeres en situación de movilidad forzada sortean día a día, en el espacio de asentamiento o de llegada, la necesidad de construir un lugar en que puedan rehacer sus proyectos de vida y sentir filiación al reterritorializar el nuevo espacio que se habita. De hecho, Aris en su proceso de volver al pasado para reconstruir lo que significó moverse, alude recurrentemente a la añoranza de lo que había dejado en Apatzingán, su evocación además de señalar la pérdida, también se convierte en el punto de partida para su recomenzar, es el impulso para dar la batalla por reconstruir su vida y la de su familia en otro espacio y el reto por hacerlo igual o mejor a la que tenían en el pasado, con la que ya tenía familiaridad y en los que ya había unos hábitos y costumbres que le eran cotidianos.

La referencia de que *está cañón* la reterritorialización, en este caso la que hace Aris acerca de Morelia como espacio de asentamiento que provee seguridad y protección frente a la *violencia* en Apatzingán, se da en relación con el permanente hacer -de quien se mueve- de prácticas y estrategias para lograr la (re)apropiación territorial y el tejido de vínculos en ese espacio, como reconoce Isabel Avendaño, esta experiencia puede ser una oportunidad para desplegar

comportamientos, acciones, gestos, a veces minúsculos, otras veces no tanto, y en muchas ocasiones repetitivos, con los cuales las personas hacen sus lugares, los transforman material y/o simbólicamente, se apropian de ellos, les otorgan ciertas funciones, los eluden, los abandonan o los hacen suyos (Avendaño, 2010:19).

En la experiencia de Leo y Enif es posible identificar cómo en este proceso, la población acude, desde el refugio y la “seguridad” que produce el espacio elegido para el tránsito o asentamiento, a la inserción social en ese nuevo territorio dando continuidad y sentido a su existencia en medio de la situación límite en la que se encuentra y que en su etapa inicial hace emerger la experiencia continua de ruptura y desarraigo; sin embargo, la construcción nuevamente de su lugar en términos simbólicos, materiales y sociales se hace desde una trayectoria que se teje en la memoria,

articulando su historia vivida en el pasado, con su presente y sus proyecciones al futuro. Salir, moverse del lugar en palabras de Flor Edilma Osorio

En principio, nos remite a un cambio de territorio, de los espacios vividos, hecho que implica nuevas relaciones con otra sociedad y grupos sociales. Moverse bajo la presión de la guerra, modifica la representación social de sí mismo, es decir genera otra identidad, la cual se mezcla con representaciones de sus lugares de procedencia, los actores armados que los presionaron [a salir], sus actividades laborales previas, es decir, se movilizan y complejizan los referentes identitarios (p. 35).

Así pues, reterritorializar otro espacio a raíz de las acciones violentas en el origen significa además de traer la experiencia de los espacios ya vividos, sentidos y percibidos que dieron paso a una forma particular e individual de marcarlos y otorgarles una identidad propia-sentido de lugar y territorialidad-, significa también permitirse estar ahí, conocer, relacionarse, construir y comprender todo lo que sucede en el nuevo contexto espacial al que se llegó, a pesar de los estigmas que se pueden atribuir por el lugar de procedencia, o simplemente, por ser un o una recién llegada.

Enif señala en su relato como uno de los momentos de prueba en destino más *cañones* de afrontar fue la navidad, como se mencionó en el capítulo anterior, la añoranza es un sentimiento que acompaña latentemente la salida y el reasentamiento. Para ella estar en Morelia durante esa época fue darse cuenta, además de las diferencias en la celebración de las tradiciones, ser testiga de que un cambio empezaba en sus modos de vida.

la verdad, en una navidad que estuvimos allá, estuvimos navidad y año nuevo, y sí que estuvo gacho para nosotros. Primero porque nosotros ese día salimos, como es nuestra costumbre salimos a la calle en Apatzingán, afuera de tu casa, ver al vecino que tan bien sale, estar conviviendo, pero allá no, en Morelia, no. Es más no se escucha ni la música, ni siquiera que platiquen, que se rían, nada, uno aquí es escandaloso porque es abierto, divertido, alegre, ellos allá no, allá no, todo mundo como si no hubiera nadie en sus casas. La gente pasaba y nos miraba y se encerraba, fuimos los únicos de celebrar en la calle y ahí nos dimos cuenta de que la vida ya no era igual. Nos tocó aprender otras costumbres (Mujer, entrevista 5, 22Nov2017).

Este momento es el que puede marcar la ruptura entre lo encontrado y lo dejado, el asentarse en otro espacio significará para la población “un replanteamiento y una renegociación de su posición en el mundo” (Arango y Sánchez, 2016: 61), los cambios entre el ir y venir de lo pasado y lo presente significa para la población que sale y se enfrenta a otras dinámicas -no solo espaciales-

darse cuenta de que se está en una realidad diferente. Aunque no fue objeto de esta investigación y tampoco es el momento para desviar la atención, solo mencionar que quienes se mueven y salen por fuera de sus fronteras locales a raíz de un contexto adverso, la mayoría de las veces se enfrentan a que la población local donde llegan se ofrezca colaborativa y dispuesta a ayudar, o, por el contrario, renuente a quienes son ajenos, extraños en sus ciudades, dando pie a expresiones xenofóbicas y señalamientos estigmatizadores¹³³.

Finalmente, el reservorio de testimonios, de los cuales en este caso se dio lugar a la voz de Enif y Leo, dejaron entrever como el llegar a otro espacio, en el proceso mismo de moverse forzadamente, implicó y demandó construir nuevos referentes territoriales, a componer el nuevo espacio, a dotarlo de significado, a hacerlo más próximo. Y en esta proximidad florecen los sentimientos de experiencia, pertenencia e identidad sostenidos con el lugar dejado para articularse a la apropiación con el nuevo espacio. Si bien este momento del proceso genera una variedad de sentimientos, muchos de los cuales pueden ser traumáticos por la ruptura temporal o definitiva con los lugares de origen, también implica cambios que llevan a resolver nuevas situaciones, entre las que se encuentra su capacidad de enfrentar y reestablecer además de las relaciones sociales, culturales, económicas y políticas, aquellas que están en el orden de lo espacial, habló en este caso de la apropiación y valoración al nuevo espacio que determinará la permanencia.

VOLVER

Mi esposo no se adaptó a la ciudad, no le gusto, ¡Apatzingán, no lo cambia por nada! (risas). Aunque yo tenía miedo de regresar pensando que las cosas seguían igual o peor, pero no nos aguantamos. Prácticamente se añora mucho la instancia de lo que es tu hogar, donde tú creciste, ver todos tus recuerdos, ver que la gente tiene otras costumbres, tiene otra sazón, la comida sabe diferente, no logras encontrar lo que tú acostumbrabas aquí [en Apatzingán]. Aquí por ejemplo en las noches se salía a la cena, a los taquitos, la morisqueta, la bebida, el refresco, allá son otras costumbres totalmente diferentes, la gente reacciona diferente, aunque hubo gente muy buena que siempre estuvo con nosotros, conocimos nuevas personas, diferentes, y... pero no dejas de añorar tu hogar, volver fue la alegría al alma, estas en lo tuyo (Mujer, entrevista grupal 22Nov.2017).

Aunque **el volver** es un reencuentro con el territorio dejado y con los lugares amados, también se asiste a que el espacio no es el mismo que se dejó, se vuelve a uno diferente por lo que sucedió cuando no se estaba, pero que también empieza a redefinirse por las experiencias con las que se llega de los otros espacios transitados y de las estancias prolongadas durante el proceso de movilidad. Volver no significa que el contexto de violencia haya pasado, muchas de las personas

¹³³ Véase: Elias, 2012; Schütz, 2012; Simmel, 2012.

con las que se conversó regresaron a los pocos meses de haber partido y se encontraron con que la situación puede seguir igual o aún con mayor degradación que cuando se fueron, pero en muchos casos, pesa más en la decisión de regresar el extrañamiento de su lugar, lo propio, su terruño, su pueblo. Aunque el regreso se marca a partir de la evocación, la añoranza del pasado, y junto con ellas, según otras experiencias narradas las dificultades económicas, la imposibilidad de ingresar al mercado laboral o los altos costos del nivel de vida, especialmente en las ciudades capitales o intermedias, la realidad muestra que hoy esa lectura, del lugar dejado en la memoria, ya no es posible.

Podría en este caso, hablarse de nuevo proceso de reterritorialización del espacio dejado, es decir, se inicia la “construcción de una nueva relación con el lugar [dejado] (...), entendiendo que dicha relación comprende desde la disponibilidad de una vivienda y domicilio fijo, la generación de sentidos asociados a los lugares habitados y recorridos, hasta la garantía de la subsistencia y del disfrute de condiciones de seguridad” (Ocampo, et. al, 2017). Dentro de los relatos logrados en campo, algunas personas insistieron en que *se vuelve hacer el lugar de nuevo*, la reterritorialización de un espacio conocido, familiar y propio.

La reterritorialización, en este caso, se enmarca a partir de la llegada. La construcción y apropiación del espacio estará marcada por la forma en cómo las personas que han decidido regresar resignifican, a partir de la sumatoria de los aprendizajes que dejó el proceso de movilidad con sus tránsitos y repertorios, junto con los conocimientos anteriores que se tenían, nuevamente el espacio dejado y de nuevo habitado. Este momento del proceso, implica reinventar con el cúmulo de experiencias, previas y nuevas, tanto el espacio como los lugares en donde la vida sucedía antes de la movilidad y que hoy, con el volver, se presenta la “oportunidad” de construir una nueva relación en ellos tanto material como simbólica. Aunque las relaciones espaciales, además de las familiares y las sociales no son las mismas, el volver significará inicialmente entender las diversas dinámicas, entre ellas las socioespaciales, en las que se desenvuelve la cotidianidad, hoy, en esos espacios que pueden o no seguir signados por la diversidad de acciones violentas, para así reiniciar la reconstrucción de la vida, a nivel individual, pero también social.

Las narrativas recogidas coinciden en manifestar como el volver implica, a quienes viven esta experiencia, retejer los vínculos, inicialmente con los grupos de socialización -familia, amigos,

vecinos- como con el *pedacito de tierra*, este momento, que no significa que con él finalice el proceso de movilidad, conlleva también a emprender un ejercicio de restablecer la relación, interrumpida o rota, con el lugar al que se pertenecía, se asumía propio y era conexo a la experiencia de vida, aquella que antecedió a la salida a raíz de las situaciones asociadas a la violencia criminal.

Así el contexto de violencia continúe o ya haya diezmado, volver aflorará la alegría de llegar al lugar conocido, en donde está la raíz. El volver, en este caso, se separa de las formas institucionales y académicas con las que se ha leído este componente del proceso de movilidad¹³⁴, especialmente hago referencia a la tendencia que está sujeta a los principios orientadores de políticas públicas que buscan, desde disposiciones del Derecho Internacional Humanitario, que la población retorne bajo el principio de voluntariedad, seguridad y acompañamiento institucional -principalmente gubernamental- a los espacios que tuvieron que abandonar a raíz de circunstancias adversas y forzadas. Sin embargo, en las 32 entrevistas realizadas y las 22 conversaciones libres sostenidas con población de Apatzingán y Granada en situación de movilidad forzada, solo cuatro personas -todas ellas granadinas- reconocieron que tuvieron acompañamiento institucional dentro del marco de la *“Política Pública de retorno para la población en situación de desplazamiento”*¹³⁵, de hecho, cuando se refieren a esta dimensión del proceso, algunas personas fueron enfáticas en decir: *yo no soy retornada, yo volví; yo volví solita, a mí el Estado no me ayudó; es diferente retornar que volver*. Cuando se asiste a este proceso ya sea volver sin ningún tipo de ayudas gubernamentales o retornar porque se cuenta con ellas, las mujeres y hombres que así lo deciden, lo hacen porque no lograron muchas veces insertarse en las dinámicas que “imponen” los territorios de destino o, por el contrario, nunca dejaron de pensar en el lugar dejado y todo lo que alrededor de él se había construido, sin embargo, con ayuda o sin ella, “el retorno

¹³⁴ Las lecturas relacionadas con el retorno luego de un proceso de movilidad forzada están en el orden de la sistematización de cómo se dieron esos procesos, el balance sobre el acompañamiento institucional del Estado o lo que es lo mismo el seguimiento a la política pública, procesos de estabilización socioeconómica o los ejercicios de memoria para la no repetición, la justicia y la verdad. Véase, por ejemplo: Bello (2005), Corte Constitucional (2004), Giammatteo (2010), Ibáñez (2003, 2010), Ruiz Ruiz, y otros, (2006).

¹³⁵ Véase para el caso de Colombia: Los principios rectores que rigen el proceso de retorno en la Ley 387 de 1997, el Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada- SNAIP, Acción Social (2009) y la Ley 1448 de 2011 reconocida como la ley de víctimas y restitución de tierras. Respecto a políticas y directrices en este campo, México no cuenta aún con disposiciones legislativas que indiquen como debe atenderse este proceso a nivel de república o estatal.

debe ser descifrado desde su día a día, desde sus significados y desde las apuestas personales, familiares y organizativas que se movilizan desde este proceso” (Garzón, 2014: 68).

Es así como en esta investigación se apela al volver como un momento del proceso de movilidad en el que las personas deciden emprender la trayectoria del regreso desde su deseo, motivación y voluntad personal, sin ningún tipo de acompañamiento institucional, las medidas y garantías necesarias que refrenden lo “formalizado y dispuesto” en los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos promulgados por Naciones Unidas. En las experiencias documentadas, el volver significó relacionarse de nuevo con el espacio y sus lugares dejados a partir de la memoria construida en el pasado y su resignificación en el presente; un presente que continúa signado, en el caso de Apatzingán por la violencia criminal. Una anotación que se hace necesaria manifestar es que el volver, no debe leerse como la finalización del proceso de movilidad principalmente por dos razones:

La primera de ellas referida a que la población vuelve a pesar de que no existen las condiciones de seguridad en el territorio, es decir, continúan en él las marcas del horror y las huellas de la violencia con mucho más ahínco que como estaba cuando se decidió salir. Razón que puede, en un momento dado, incidir para de nuevo tomar la decisión de moverse o construir e implementar “nuevas” estrategias para habitar y darle otro sentido al lugar a pesar de que la violencia siga acérrima.

Y la segunda razón, la encontré más en los testimonios de la población granadina, que manifestaron como algunas veces se hace latente la idea de volver a salir, porque no se cuenta con el apoyo estatal para garantizar la sostenibilidad de permanecer en el campo, *ya la tierra no es igual, está muy caro todo el insumo pa' poner la tierrita a producir; desmontar la finquita sí que costó, además, de sudor y lágrimas, mucho billete y aun sin tener cosecha estoy endeudado.*

A pesar de estas dos circunstancias, en la mayoría de los casos documentados, tanto la población de Apatzingán como de Granada, opinaron que, así como hubo razones muy significativas para salir, también las hubo para tomar la decisión de volver. En sus relatos se destaca como éstas estuvieron determinadas, paradójicamente, por las condiciones de precariedad

y falta de provisión de capital para (sobre)vivir en un espacio urbano¹³⁶, en este caso, fueron las circunstancias adversas a nivel social y económico las que se impusieron para decidir volver; pero en otros, el entusiasmo de regresar estuvo marcado por la necesidad de reencontrarse con su lugar de origen, las prácticas y las relaciones establecidas allí: *estar en lo de uno, en lo que conozco; al menos allá puedo sembrar y comer, en la ciudad tengo que trabajarle a otro para poder comer y vivir; la familia y los amigos hacen falta, no se está tan sola y se afrontan los problemas y la soledad acompañada.*

Bajo la antesala de estas motivaciones y en la compañía de los relatos es como en este apartado desarrolló el cómo se manifestó la resignificación espacial que tuvo lugar cuando la población en su proceso de movilidad decide volver. El periodo de tiempo que marcó la ausencia y la separación de las personas con sus lugares –aquellos de los que se partió al iniciar el proceso de movilidad– se presenta en el regreso, como la oportunidad de “armonizar” o coordinar las experiencias y aprendizajes que convergieron en las múltiples espacialidades construidas y a las que se asistió luego de la salida, la itinerancia y el reasentamiento fuera de Apatzingán o Granada; y que con el volver, harán parte de las nuevas dinámicas de reterritorialización que emergerán en esta nueva experiencia, el volver.

Las voces interpeladas tienen de presente que este momento del proceso, muestra cómo el espacio del que se salió no es el mismo, ahora, se llega a un

lugar que debe reconstruirse y resignificarse en función de la relación que mantienen con su memoria (reconstrucción de tradición, del pasado), con la práctica social (apropiación del presente), con la utopía (apropiación del futuro) y con la conciencia que los sujetos tienen de todo este proceso (Caicedo, Manrique y Millán, 2006: 44).

Lyra y Sirio son quienes nos acercan, en esta ocasión, a la experiencia del volver, un proceso en el que coinciden que con solo pensarlo les generaba *ansiedad* y un *deseo enorme* de regresar a la *tierra que es de uno*. Su iniciativa de volver fue por voluntad propia, no hubo ningún tipo de ayuda estatal, solamente fueron empujados por el apego que tenían hacia el lugar abandonado o como

¹³⁶ En el caso de la población mexicana se hizo referencia a ciudades como: Morelia y Uruapan (en el Estado de Michoacán), Ciudad de México (capital de la República), Tijuana (ciudad fronteriza de México) y Los Ángeles en Estados Unidos. En el caso de la población granadina, las ciudades que se aludieron e hicieron parte de las trayectorias de movilidad, ya fuera de tránsito o asentamiento fueron: Rionegro, Bello y Medellín en el Departamento de Antioquia; Bogotá en Cundinamarca; Cali, Tuluá y Buenaventura en el Valle del Cauca.

también lo reconoce Yi Fu-Tuan por “el lazo afectivo [existente] entre las personas y el lugar” (2007: 13). En ambos relatos, al igual que en otras experiencias registradas, la esperanza de volver estaba anclada a poder recuperar y recomenzar lo que se había dejado “suspendido” al momento del desarraigo y así lo hicieron, aunque, también se vieron desafiados por los cambios sociales, económicos, culturales y físico territoriales a los que asistía Apatzingán y Granada al momento del regreso.

¡Yo me regreso a mi tierra!

Lyra es una mujer apatzinguense de 24 años, vivía en unión libre con el padre de dos de sus tres hijas: la mayor de 7 años, nacida en Apatzingán, pero cuando tenía 4 años acompañó a su madre, que estaba en embarazo, durante la trayectoria de su movilidad forzada desde Tierra Caliente, pasando por Tijuana hasta llegar a Estados Unidos; la segunda que para el momento de la entrevista tenía 19 meses y nació en este último país; y la tercera, nació en Tijuana a solo un par de meses de tomar la decisión de regresar de nuevo al *lugar de donde yo soy, de donde nací y me conocen*.

El 24 de diciembre de 2014, aprovechando la celebración de la navidad, salió de su casa ubicada en la Colonia Antorcha Campesina con dirección a la central de camiones, donde tomó un autobús con destino a Tijuana. Iba en embarazo, con su hija -que para entonces tenía 4 años- y para no levantar sospecha llevó muy poco equipaje para su larga trayectoria

Yo de aquí de Apatzingán agarré un camión que me llevó de aquí a Tijuana, de aquí son tres días, directo, yo no podía viajar en avión por mi barriga, yo no me llevé nada, yo no me llevé ropa, nada, para que no vieran que me iba, puros papeles, los más importantes que eran las actas de nacimiento de la niña y los míos, fue todo (Mujer, entrevista 4, 24Oct.2017).

La decisión de salir estuvo determinada por las amenazas que recibió en varios mensajes de texto y llamadas a su celular, no fue un asunto que pensara mucho porque para entonces su pareja ya había huido por la misma razón, amenazas contra su vida. De hecho, las intimidaciones que Lyra recibió fueron a raíz de su relación con él,

cuando me fui ya nos habían amenazado por parte de él, porque él andaba pues... (silencio por unos minutos) en juntas malas, él andaba con personas malas de la maña (carraspea su voz) entonces aquí hay una... ¿Cómo se le dice...? Mmm, eso que le dicen toque de queda, es cuando hacen la limpia, que andan buscando todos los que andan trabajando, todos los que andaban con la gente del... pues con la gente que no debían de andar, entonces en esas listas andaba él, entonces

como él andaba en esa lista... yo pues también porque yo era la pareja de él, entonces él se fue en noviembre y yo me fui... buscándolo a él, para estar con él, pero también huyendo. (...)

¿Por qué me fui para los Estados Unidos? Por amenazas de muerte, amenazas sobre mi hija y sobre mi familia, yo me fui por cuestión de temor, de miedo, entonces ahora sí que uno se va por el bienestar de uno ¡vaya! Entonces me quedé allá un tiempo y ya cuando vi que las cosas estaban bien, me regreso para acá [se refiere a Apatzingán] (Mujer, entrevista 4, 24Oct.2017).

La trayectoria de su movilidad tuvo una duración aproximada de tres años, estuvo itinerante en varios municipios del norte de México, se quedó por muy pocos días alojada en uno de los albergues de Tijuana junto con las 60 personas que compartían los *cuarticos pequeños* donde le dieron cobijo, mientras esperaba su cita para pedir asilo en Estados Unidos. En esta ocasión -que son muy pocas- ¡ella lo logró, pasó!, llegó a Los Ángeles donde su hermana, en los cuatro meses que vivió ahí, tuvo su segunda hija, trabajó a escondidas del gobierno porque su condición no lo permitía, pero no aguantó, *todos dicen: ¡Estados Unidos es un lujo!, no, no es un lujo pues para mí fue un infierno.*

Desde que estaba del lado de la frontera mexicana con el vecino país del norte, Lyra presenció cómo sus modos de vida cambiaban, su itinerancia la llevó a ajustar su cotidianidad, sus prácticas socio espaciales de vivir, sentir y construir un espacio se modificaron considerablemente: en la frontera vivió hacinada mientras resolvía su estatus de asilada, por seguridad su estadía estaba entre la garita y el albergue; al pasar, ya como asilada, debía hacer permanentemente visitas a un centro de control migratorio, trabajar en servicios de cuidado mal remunerados y sin el permiso requerido; esto último, puede ser señalado como una contradicción, dejar sus hijas al cuidado de terceras personas, *eres prisionera de tu trabajo, debes de descuidar a tus hijos para cuidar los de otros*, habitar una ciudad grandísima que *no es como vivir en tu tierra.*

Desde que inició su trayectoria del centro occidente de México a Tijuana y de ahí pasar y “establecerse” en el país vecino, Lyra vio como poco a poco se trastocó su sentido de lugar y la idea de espacio que había construido en Apatzingán. La soledad y las limitadas posibilidades de moverse libremente en el nuevo espacio habitado son las razones que más sobresalen en su testimonio y las que le obligan a pensar en regresar a los pocos meses de haber llegado. La aspiración de recomenzar su vida y reconstruir el arraigo perdido parece una aspiración inalcanzable y esquiva, si bien coincido con Rogério Haesbaert (2011) cuando sostiene que la idea

de territorialidad es algo inacabado y en permanente movimiento en los que interviene, entre muchos factores, los procesos de apropiación. En este caso, a la protagonista de la experiencia se le hizo difícil hacer suyo ese nuevo espacio, dotarlo de sentido, hacer de él su lugar, principalmente porque la idea de encontrar, en el nuevo asentamiento, un espacio que devolviera su lugar y territorio perdido se hizo difuso, máxime si se continuaba con la idea de poder lograr de nuevo, en este espacio de reasentamiento, la dinámica de vida vecinal y de convivió que se dejó atrás. De hecho, el reto de desproveerse de ser sabedora de un lugar y permitirse el encuentro con lo otro diferente -un espacio, una sociedad, unas prácticas nuevas para ella- no fue logrado.

Aceptar e integrarse al cambio fue una lucha diaria para Lyra, la referencia de que Estados Unidos fue para ella *un infierno* podría leerse como que ese nuevo espacio desestructuró su mundo, aquel que conocía y donde tenían asidero todos aquellos referentes que había construido a lo largo de su vida en Apatzingán, aunque su permanencia solo fue por cuatro meses, se dio cuenta cómo la vida allá no era igual a la que había dejado con su proceso de movilidad, *vivir en los Estados Unidos no es como vivir en tu tierra*. Lo que señalan estas palabras es cómo ella siente que ha perdido aquel territorio donde sucedía su vida, donde yacían sus referentes de identidad tanto individual, como familiar, social y cultural.

Yo como michoacana, yo como apatzinguense es un privilegio vivir aquí en Apatzingán porque eres más libre (hace un acento más pronunciado cuando dice: “eres más libre”), aquí puedes andar a horas de la madrugada con tu “punchis, punchis, punchis” (haciendo referencia al sonido de los vehículos), con tú música puedes andar en la calle, nadie te dice nada, es como en todo, si tú no te metes con el vecino, el vecino no viene y se mete contigo, o sea, eres libre en cuestión de eso, de que puedes tener la música afuera y el vecino no te dice: “bájale”, el vecino no te dice: “apágalo” y en Estados Unidos es: tienes tú música hasta un cierto volumen porque los vecinos duermen y casi vives con el vecino adentro, o sea, no es lo mismo, es mucho muy diferente, es difícil de explicar sino lo has vivido, (...) es triste dejar tú tierra, es triste porque dejas atrás todos tus... toda tu familia, tu hogar, tus amistades desde niña, dejas todo, todos tus recuerdos acá, entonces, lloré y lloré porque dejé todo, dejé a mi familia, dejé hermanos, dejé tíos, primos, amigos, todo, como una parte de mí (Mujer, entrevista 4, 24Oct.2017).

En este caso, como lo ha señalado ya Donny Meertens (2002: 102), el proceso de movilidad forzada rompe con el proyecto vital de las personas, lo que les implica la pérdida de rumbo, desorientación hacia el futuro y un fuerte sentimiento de nostalgia, muchas veces, paralizante, sin embargo, con todo ello buscan maneras para cohabitar en ese espacio nuevo al que se llega, que

para el caso de Lyra fue *un infierno*. Para ella esas transformaciones en sus modos de vida - afectivo, social y cultural principalmente-, que se hicieron presentes desde la partida, pero con mucha más latencia en su residencia en Estados Unidos, fueron los que en solo meses le llevaron a tomar la decisión de volver, infringiendo los acuerdos contenidos en su condición de asilada.

Lyra regresó a México movida por el extrañamiento de las relaciones sentimentales, familiares y de amistad; al otro lado de la frontera sintió como perdía su libertad, como la norma se anteponía a sus costumbres apatzinguenses, pero sobre todo como la soledad y la falta de apoyo hacían mella para pensar y decidir volver. En su caso, se hizo evidente como la creación de vínculos con el lugar de destino y asentamiento no se logró. Pese a las amenazas contra su vida y al progresivo aumento de acontecimientos violentos en Apatzingán, su decisión de volver estuvo determinada por su apego a su lugar de origen, en general, por las relaciones construidas y sostenidas a lo largo de su vida en este territorio; esto último, podría constituirse en lo que Milton Santos (1999) considera le da sentido al espacio, es decir, el significado otorgado por quien lo habita y por las relaciones que lo constituyen o lo transforman.

la gente de aquí de Apatzingán es muy amable, es muy sociable, es muy amistosa, muy cariñosa, sobre todo [sí] necesitas una ayuda ya viene la gente que te hecha la mano, vete a otra ciudad y cuando [te estás ahogando] te dejan tirada ahí, no hay esa colaboración, no es como estar en tu tierra, tu tierra va a ser siempre tu tierra. En mi tierra hay más apoyo que en Estados Unidos, uno llega y la gente te recibe, te ayuda de nuevo, hay como ese apoyo, allá no. Aquí conoces cómo se vive, allá [Estados Unidos], no es fácil moverse, sales al trabajo y regresas sola y a estar encerrada con las niñas (Mujer, entrevista 4, 24Oct.2017).

Cuando Lyra decide volver, su trayectoria de regreso al igual que como sucedió en la salida, tuvo un tránsito nuevamente por Tijuana, a pesar de que allí no tenía vínculos familiares ni sociales, su testimonio resalta como el solo hecho de estar en tierras mexicanas le daba un sentido diferente a su noción de estar habitando un lugar, lo que no pudo lograr cuando estuvo en el país vecino. Para ella, estar de vuelta era *como estar en tu tierra, porque Tijuana es México, tipo Apatzingán, Tijuana es libre, en Tijuana también te ayuda la gente, Tijuana es muy sociable como tipo Apatzingán y yo, me sentí a gusto en Tijuana*. Lo que puede intuirse con este sentimiento es que el proceso de la experiencia puede, además de sufrir transformaciones, encontrar referentes cercanos a lo que se dejó al momento de salir, de hecho, en este caso, se nota como la forma de percibir y relacionarse con el espacio es diferente a la vivida en Estados Unidos, si bien aún hay un trastocamiento de lo que ya se ha nombrado como los modos de vida, el asentamiento y

reterritorialización, en el espacio tijuanaense logra generar conexiones que permiten rehacer su lugar en el mundo, es decir, aunque su “nuevo” estar habitando un espacio y dotándolo de sentido sí reconoce modificaciones al conjunto de prácticas anteriores, en este caso, el solo hecho de que *es México*, constituye un elemento significativo para ella que contribuye a que no se rompa del todo la relación con ese espacio dejado, si bien esto puede para algunas personas “funcionar”, es conveniente también decir que eso dependerá de asuntos netamente subjetivos y de la vivencia que se tenga con y en los espacios habitados durante el proceso de movilidad.

Luego de estar por un año y ocho meses en Tijuana, en total aproximadamente dos años en proceso de movilidad forzada, la decisión de regresar era inminente, Lyra motivada por su compañero y padre de dos de sus hijas acuerdan volver de nuevo a Apatzingán, aunque tuvo temor porque las condiciones de seguridad allí estaban igual o peor que como cuando había salido; esto se corrobora con el informe “*Incidencia de los delitos de alto impacto en México*” del Observatorio Nacional Ciudadano de seguridad, justicia y legalidad (2016: 154) que ubica a Apatzingán en el puesto número seis según el ranking de municipios de toda la república con mayor índice de delitos de alto impacto -homicidios, secuestros y extorsiones-, sin embargo, a pesar de ello, regresó, porque de acuerdo con su testimonio ya no había riesgo para ella y su familia, las amenazas por las que salió ya no tenían “vigencia”

los riesgos que tenía yo años atrás ya no los tengo, ya no los tengo, ya esos riesgos ya desaparecieron, ya todos los que nos amenazaron (...) de muerte ya no están aquí. Ya no están aquí es en la tierra, ya unos están vivos, otros están muertos, otros encerrados (Mujer, entrevista 4, 24Oct.2017).

La motivación más grande que esta mujer tuvo para volver era el reencuentro con los suyos y con el lugar. Regresar fue la posibilidad de reiniciar y resignificar sus actividades cotidianas y sociales que fueron “suspendidas” al salir y tan difíciles de aprehender en el destino. La experiencia de vivir sola, sin la familia y sin sus amistades, junto con un espacio que no se sintió propio y no se conoció fue lo que impulsó a Lyra a volver, lo conocido en este caso es lo que se constituyó en el verdadero reto para regresar. Llegar a Apatzingán, implicó reterritorializar de nuevo ese espacio conocido que, luego de no estar en él por casi dos años, también cambió.

Yo en Tijuana, ni en Estados Unidos no tenía familia, mi familia eran mis hijas y ya, pero pues acá tengo toda mi familia, mis hermanos, mis papás, mis amigas, todo. (...) ¿Por qué quise regresar? Yo quise regresar porque quiero estar aquí, ¿por qué me gusta aquí? Porque aquí nací, aquí crecí, aquí me vieron crecer gente,

esta para mi es mi tierra (refiriéndose a Apatzingán), muchos dicen: “es que hay muchos peligros”, Sí, en todo lugar hay peligro ¡en todos! yo no me meto con nadie y si yo no me meto con nadie, nadie se mete conmigo, entonces yo regresé porque esta es mi tierra, ahora si como dicen: ¡Aquí me hicieron!, aquí crecí y aquí he vivido, aquí es mi vida, aquí conozco, es mi tierra, es... desde niña, ¡aquí es mi todo! (Mujer, entrevista 4, 24Oct.2017).

A diferencia de lo que veremos con la experiencia de Sirio en Granada, el volver para Lyra significó poder reencontrarse, más allá de que el territorio estuviera signado por la muerte y el miedo, con los suyos, pero también con la afectividad espacial¹³⁷ que ella otorga a Apatzingán: *¡Aquí me hicieron!, aquí crecí y aquí he vivido, aquí es mi vida, aquí conozco, es mi tierra, ¡aquí es mi todo!* En esta descripción, es posible, ubicar cómo se carga de significado un espacio que en esta oportunidad se refiere no aun lugar “micro” como podría ser una habitación, la casa, un parque, una esquina, la colonia u otros referentes, sino que es la escala local, Apatzingán, ese espacio que ella ha vivido y construido en relación con otras personas y las vivencias en él ocurridas. Así entonces, el lugar estaría definido por la perspectiva empírica que Lyra tiene de este su espacio, es decir, por las experiencias construidas por ella en ese espacio que son las que hacen que Apatzingán, como lugar, sea significativo para ella (Tuan, 1977).

Finalmente debo anotar que si bien en este caso, como pasa en otros sucedidos tanto en Apatzingán como en Granada, la motivación de volver estuvo impulsada por los afectos y las redes establecidas en el lugar de origen, no debe perderse de vista que muchas personas regresan aun cuando en el territorio continúan haciendo presencia los actores armados y la pervivencia de sus acciones violentas siguen en la mayoría de los casos con más ímpetu, circunstancia que además de suponer un riesgo para las condiciones de vida de la población que ha tomado esta decisión, lleva a que la reapropiación del espacio y la construcción de sentidos en él se haga bajo estos órdenes. En el caso de Apatzingán, informes provenientes especialmente de organizaciones no gubernamentales y de los medios de comunicación, han señalado que desde el sexenio del expresidente Felipe Calderón, han aumentado los incidentes de violencia en el marco de la política “guerra contra el narco”, donde además de que las fuerzas armadas han sido coludidas y excedido

¹³⁷ Gustavo Montañez y Ovidio Delgado acuñan este término para referirse a los procesos de territorialidad que incluyen apropiación, identidad y afectividad espacial, de hecho, identifican tres combinaciones territorio de hecho, de derecho y de afectividad (1998: 124).

en el uso de la fuerza, se ha desatado una disputa y confrontación armada entre los carteles que buscan el control territorial en la región.

En estas circunstancias, la población que regresa es consciente de que el territorio ha asistido a diversas transformaciones que se han dado bajo el accionar violento, razón que tienen de presente para convertirse en otro actor que desde el “reacomodo” de sus prácticas cotidianas buscan otras maneras de reapropiación a las que hacían antes de haber tomado la decisión de salir, esto es, empezar desde formas sutiles a recuperar, poco a poco, al igual que lo hizo la población que decidió quedarse, el control y el dominio del territorio desde sus posibilidades.

Volver es empezar de nuevo.

Por casi quince años, Sirio estuvo por fuera de su finca, su vereda, su pueblo. Los caminos de la movilidad forzada lo llevaron a recorrer junto con su familia -su esposa y su pequeño hijo- los 529 kilómetros que separan Granada de Tuluá, un municipio del departamento del Valle del Cauca en Colombia. Salieron huyendo de la violencia que estaba *recia* por todo el cañón de la vereda: La Aguada, ubicada en los límites entre Granada y San Carlos, en ese entonces la población de estas tierras debía

sortear la vida, porque sí estabas del lado de San Carlos, los de Granada eran guerrilleros; pero sí estabas del otro lado, los de San Carlos eran paramilitares, y nosotros estábamos en toda la mitad y no éramos ni lo uno, ni lo otro (hombre, conversación 14Feb2018).

El temor y el miedo que sentía con lo que estaba sucediendo por la confrontación entre la guerrilla, el Ejército y los paramilitares en las veredas y caminos que llevaban de Granada a San Carlos, fue lo que le impulsó a salir, *antes de que me pasará algo a mí o alguno de mi familia, nosotros agarramos y nos fuimos*. Al recordar como fue ese momento, Sirio baja el tono de voz y habla más pausadamente, dice que

me dolió dejar la finca y lo que más me gustaba, el café, porque pues yo... yo desde pequeñito estoy trabajando el campo, fui ahorrando platica y me compré este tajito, cuando eso la plata valía mucho, este tajo valió 2 millones de pesos haré por ahí unos 35 años y me dieron este tajo en esa plata y eso era mucha plata porque en un jornal uno ganaba 200 pesos en el día y de ahí fui ahorrando, la compré y la puse bien bonita, con café, nunca nos faltó que comer humildemente, pero digamos que esta tierrita nunca nos faltó con nada, había abundancia en medio de la escases y así uno cómo no va a querer las cosas que son de uno, eso

sí dio mucha verraquera dejarla, pero era eso o que nos pasara algo, porque esto se puso muy feo por aquí, que enfrentamientos, que la voladura de torres, que muertes de personas sanas que no debían nada, que retenes, todos hacían retenes: el ejército, la guerrilla y los paracos, ya uno sí se atrevía a salir al pueblo era muerto de miedo (hombre, conversación 14Feb2018).

Este relato además de hacer evidente lo que significó vivir en un territorio con actores armados y sus acciones, también muestra como históricamente se había construido un arraigo y una identidad con *la finca y la tierrita*, sus lugares. Estos son un factor determinante en el caso de la población masculina que vivía en áreas rurales, en tanto, el moverse forzosamente de los lugares donde sucedía la vida implicó también abandonar las fuentes de trabajo y los medios de producción que garantizaban la subsistencia básica, no solo para ellos, sino también para sus familias. Al irse, en el caso de Sirio, sus saberes como trabajador de la tierra quedaron en desuso en el espacio que territorializó de nuevo, Tuluá, allí gracias a las redes de amigos pudo vincularse y aprender un nuevo hacer, ya no era el café ni las legumbres a las que estaba acostumbrado sembrar y cosechar en tierras de su propiedad, ahora además de ser trabajador dependiente de una empresa *el ingenio Riopaila* debía aprender a ser *cortero de caña*, a *cortar caña*, ahí aguantó dos años, luego aprendió a manejar un tractor y entonces *ya me cuadré de tractorista en el mismo ingenio*, gracias a este trabajo que fue *a puro sol logré recoger una platica para comprar un negocito de tienda en Buenaventura*, su segundo y último asentamiento en la trayectoria de su movilidad antes de decidir volver a Granada.

El moverse implicó en este caso, y en otros que fueron relatados, un replanteamiento evidente de las actividades y trabajos que se hacían en origen y que ahora en destino se vieron obligados a emprender nuevos haceres a los que no estaban acostumbrados; tanto para mujeres como para hombres hay, además de una transformación en sus roles de género, un cambio en las actividades económicas, por ejemplo, los casos más comunes son que las mujeres ya salen de sus hogares para hacer trabajos de cuidado y los hombres que antes se dedicaban al trabajo agrícola, en algunos casos, se insertan en el campo de la construcción, *mientras antes sembraban la tierra, ahora pegan cemento y adobe en las ciudades*.

Luego de que Sirio estuviera como tendero, su tercera actividad laboral durante su movilidad y de la que lograba obtener buenas rentabilidades, se cansó por el estrés que le generaba el negocio, razón que lo llevó a pensar en *el pedacito de tierra dejado*,

estaba uno comiéndose la comidita cuando ahí mismito llegaba la clientela como molesta porque no los atendía ligero y tenía que dejar uno de comer por vender y entonces nos fue como cansando el estrés y la gente también se enojaba porque uno no les fiaba, entonces, todo eso nos fue aburriendo y ahí fue cuando decidí volver a la finca, inicialmente solo, como que me llamaba volver, como que me empezó a picar las ganas de volver (hombre, conversación 14Feb2018).

En términos de Yi-Fu Tuan (1975: 152), Sirio comenzó a traer desde la evocación *mi tierrita*, ese lugar dejado y al que le otorgaba un significado por la experiencia que allí había construido; y es el valor de esta experiencia, lo que genera en él un *rootedness of place* (Tuan, 1980: 3), es decir, el sentimiento de arraigo acompañado de la identidad que se otorga al lugar y que es construido, a nivel personal, por la relación que se da cuando un espacio es apropiado y en el que se incluye tanto el componente físico- material como lo simbólico- subjetivo, esto es lo que permitiría reconocer un sentido de lugar, que en este caso puede verse reflejado, por ejemplo, en lo significativo que es para él la representación material de la finca y todo aquello que la integra.

Las narrativas que fueron recogidas en la diversidad de voces que apelaron compartir su experiencia de movilidad, hicieron evidente el profundo sentimiento de arraigo y apego que se manifiesta al lugar que se tuvo que abandonar por las acciones violentas de los grupos armados, pero que, desde el asentamiento en otra localidad, recuerdan y añoran. Y son estos sentires lo que lleva a algunas personas y familias, además de considerar la idea de volver, acometer decididamente el regreso, sin que las transformaciones que se hayan producido a pesar de que *la tierrita, la casita, los potreros y los cultivos estén enmontados y perdidos por el abandono de tanto tiempo en que no tuvieron a alguien que les echara una manito*, sean un obstáculo para regresar de nuevo.

uno en la casita de uno es tan feliz... aquí teníamos todo pa'vivir: gallinas, que la vaquita, que la mata de frijol, el café, que la naturaleza, el agua, hasta las guayabas, las naranjas y el limón no faltaban, eso en otra parte no lo tiene uno y le hace falta, en Buenaventura teníamos la tienda, pero ahí todo era comprado y pa'comer teníamos que vender. Yo creo que yo me vine porque la tierrita me jalaba, es que uno recordaba cómo vivió de bueno hasta antes de la violencia y le daban como esas ganas de volver, uno recordaba todo eso y así iba sacando animo pa'decidirse venir otra vez (hombre, conversación 14Feb2018).

Como se ha manifestado ya, la memoria es un elemento fundamental para tener vivo el sentido de lugar, es el vehículo que llevó, en este caso a Sirio, a que en su destino -Buenaventura- pensará de nuevo en su lugar, el de Granada, y empezará a considerar la posibilidad de volver a él, pese a las razones que lo llevaron a salir y a todos los cambios que implicó estar por más de una década fuera

de él. La memoria junto con los sentimientos afectivos que se tienen hacia ese lugar en donde se vivió, fue lo que lo motivó y le dio el impulso a regresar, de hecho, los recuerdos de la vida de antes de la violencia: *se tenía todo, no había de que preocuparse*, junto con la experiencia del presente: la vida en la ciudad, en otro municipio, con otras prácticas, van de la mano del proceso de volver, será la memoria la que permitirá resignificar no solamente el sentido de lugar de aquellos espacios físicos y simbólicos que se dejaron con la movilidad forzada, sino también, la experiencia personal y social que en ellos tenían lugar.

A mediados de 2016, Sirio decide volver, fue una decisión que se comentó y decidió en familia, luego de tener *unos cuantos pesos ahorrados*, de nuevo tomó el camino que lo llevó de regreso a su lugar dejado, el recorrido lo hizo en un solo trayecto, solo transbordó cuando llegó a Medellín y tomó un bus de San Carlos que era el que llegaba hasta La Aguada,

Volví yo a la finca solo, me vine de Buenaventura a la finca que a ver cómo estaba y por aquí me vine contando con el caminito que hallé por aquí y resulta que eso estaba en monte, todo, todo, así como hasta arriba a la casa, todo en monte y ya... ya me tuve que devolver y subir por más encimita y ya me quedé yo como un mes por aquí solo, en la casa que estaba caída (silencio)... tendí un plástico así en el techo y ahí amanecía y me compré dos ollitas pequeñas y yo mismo hacía de comer porque como la mujer y el hijo estaban en Buenaventura en el negocio, y yo aquí me conseguí dos trabajadores y empezamos a tumbear monte... Entonces, eso lo tumbamos, como en dos semanas tumbamos toda esa montaña de maleza, pero salía yo cansado... y llegaba y tendía un costalito, de esos de cabuya y me arropaba con una cobija y ese frío tan horrible porque una casa sin techo, solamente el techo era un plástico y ya luego compré el Eternit y me puse a sacarle escombros a la casita y aparar y organizar la casa, eso habían palos grandes, árboles grandes y enmotado todo eso y ya estamos... ya gracias a Dios hay va... y eso fue lo que me impulsó a mí para volver a la finca.

...Entonces esos fue lo que me impulsó a mí para la finca, porque uno en la finca vive como muy sosegado y siembra uno maticas y a mí me gusta el campo, en cambio, el negocio es bueno y deja plata, pero es muy estresante porque eso de lidiar la humanidad siempre es complicado, hay unos buenos para lidiarlos y otros no...

Ya el sueño es volver a tener mis arados, todas estas montañas eran café, caña o potrero y vea ya como está y eso que ya se ha empezado a ver gentecita. Pero ya estoy aquí, y de a poquito en poquito voy parando ya la finquita, estoy muy animado y de volver a verla como era antes con la familia, los vecinos y los cultivos, cuando uno vuelve empieza de nuevo hacer como la vida que tenía (hombre, conversación 14Feb2018).

En este relato es posible identificar como la experiencia del volver implica además de enfrentarse a un paisaje desolador por la forma en cómo se encontró la *finca, enmontada*, junto con latencia

de los recuerdos de la vida de antes; también supone imaginarse a futuro el resarcimiento de lo perdido, especialmente, el trabajo de la tierra, la familia, las redes vecinales y sociales, asuntos que se sumarían a la reconfiguración de los espacios y modos de vida que hacen quienes deciden volver. En este caso, no sobra decir que este rehacer estará orientado desde las prácticas y experiencias que las personas inmersas en este proceso han construido socio-históricamente, pero también con lo nuevo aprehendido y vivido en los otros espacios que se habitaron durante el tiempo que duró la trayectoria de su movilidad forzada. En últimas, como lo nombra Sirio al final de su testimonio, lo que se hace también cuando se vuelve es reinventar la vida nuevamente en el que es su lugar, la apuesta del día a día de su cotidianidad, máxime si se tiene de presente que quienes deciden volver deberán, si así lo resuelven, resignificar en el presente esperanzador lo que la violencia signó en el espacio: dolor y muerte.

tomar la decisión de rehacer la vida en el lugar en donde fue deshecha es tomar la decisión de continuar la construcción de una identidad colectiva con historia y memoria. Los pobladores regresan para construir una vida teniendo en cuenta el pasado, pero dejándolo como pasado. Es decir, reconstruyen el pueblo y su vida” (Durán, 2016: 7).

Aunque los datos de la Alcaldía Municipal de Granada han identificado que desde el 2006, en la base de datos de caracterización de personas en situación de movilidad forzada, cerca de 9.090 personas han regresado a la cabecera urbana y las distintas veredas del municipio¹³⁸, Sirio reconoce que las condiciones actuales no son iguales a las de hace unos años atrás,

ya somos puros viejitos aquí, niños casi no hay, antes éramos 150 familias y ahorita ni se anesabe, pero somos todavía muy poquitos vecinos, en la escuelita se cuenta en la mano los niños que estudian... los cultivos se perdieron y ya no se ven tantos arados, mire como esta todo lleno de monte, somos escasitos los que estamos de nuevo echando mano a la tierrita, por eso es que se empieza de nuevo, uno solo en su pedacito de tierra, pero también, en la vereda con la Junta de Acción Comunal, volviendo hacer convites, trabajos pa’la vereda, que el acueducto, que los torneos de fútbol... (hombre, conversación 14Feb2018).

Esta condición de la población tendrá implicaciones en las formas de reapropiación que se van dando en el territorio, de estas, de acuerdo a los testimonios recogidos, se destacan tres: la primera

¹³⁸ De las 9 090 personas que han sido registradas, 5 099 personas agrupadas en 1 283 familias son retornadas silenciosas, es decir, no han tenido el debido acompañamiento según lo estipulado en la Ley 1448 del 2011, la Ley 387 de 1997, los Autos correspondientes de la Corte Constitucional y la demás normativa que busca el restablecimiento y el goce efectivo de los derechos de quienes padecieron y padecen el conflicto armado en Colombia (Noticias Oriente antioqueño, 2013).

se refiere a la adecuación del espacio de habitación, muchas de la estructuras luego de estar abandonadas por varios años sufrieron un deterioro progresivo porque *estuvieron solas mucho tiempo, a lo que el sol y el agua hicieran con ellas*; o fueron saqueadas, algunos testimonios narraron como hubo gente que aprovechó que las casas o fincas estaban desocupadas para usurpar: baños, tejados de Eternit, vigas, ventanales, puertas o tuberías. Estas razones, llevan a que la población repare o, en muchos casos, reconstruya de nuevo sus viviendas, sus hogares. En los recorridos realizados por varias veredas de Granada era muy visible identificar cuando la población volvía,

Las casas parecen nuevecitas, están pintadas de colores vivos, en muchas ocasiones resalta la combinación del: blanco y verde, blanco y azul, blanco y rojo. A diferencia, de los otros años en los que observaba las ruinas de las casas, hoy además de su reconstrucción, o construcciones nuevas porque hacen parte de los proyectos de reparación a la población víctima, las casas tienen sus jardines coloridos, sus huertas cercanas y no muy lejos, los tendidos de los cultivos que son un gran abanico de colores (LCartagena, Fragmento del diario de campo, 05feb2018).

Como manifiesta María Garzón “la casa adquiere un significado que va más allá de la vivienda; la casa que alguna vez estuvo abandonada es desmontada y adecuada para volver a vivir en ella: tratar de vivir como se vivía antes. La casa se convierte así en el primer eje o punto fijo sobre el que se comienza a tejer el territorio” (2011: 90).

La segunda forma identificada hace referencia a lo último que manifiesta la nota de campo, la reapropiación del espacio a partir de las actividades agrícolas; en el caso de los hombres sus relaciones estarán en el orden de lo que implica el cultivo para la renta económica, por ejemplo, el café y el aguacate¹³⁹; y para caso de las mujeres, en la mayoría de las veces, serán quienes de nuevo han tomado el oficio de sembrar los jardines, donde incluyen plantas aromáticas, las huertas ubicadas en el traspatio o en un espacio a escasos metros de la casa, mismos que se acompañan además con corrales para gallinas de engorde o cerdos.

Y por último, la tercera expresión para reapropiarse del espacio y resignificarlo desde el sentido otorgado a nivel individual y colectivo, está en el rescate de los espacios de socialización vecinales (fiestas, torneos, convites) y de organización para la acción colectiva (Junta de Acción

¹³⁹ El cultivo de aguacate, según los testimonios, hace menos de 5 años llegó generando mayor rentabilidad que los cultivos tradicionales que había en Granada antes de la violencia.

Comunal- JAC, de producción de agricultores, de víctimas de la violencia), ambos con larga trayectoria no solo a nivel municipal sino en el país, pero que luego del momento más álgido de la violencia se han convertido

en una instancia que ha ayudado mucho a la reconstrucción del municipio, antes la gente tenía miedo de pertenecer a las Juntas porque se les señalaba de guerrilleros o auxiliares de la guerrilla, por eso mataron muchos líderes, no importaba si eran mujeres, también las mataron, pero ahorita con el retorno, cuando las veredas quedaron sin gente son la máxima instancia comunitaria para volver a parar la vida en el campo, ellos han empezado a arreglar las escuelas, los caminos, las capillas, hacen jornadas de pintura, que los torneos de fútbol (Hombre, promotor de desarrollo comunitario, 08feb2018).

De esta manera, es posible identificar cómo la población que decide volver a los espacios dejados comienza a recobrar no solo su vida, sino también, el espacio que aunque guarda memorias de lo que la violencia hizo en él, hoy es protagonista, porque posibilita tejer una red de significados entre lo perdido que en la mayoría de las ocasiones se reivindica desde condiciones prodigas y de abundancia, lo nuevo aprehendido en la trayectoria de movilidad, lo que se construye en el presente y lo proyectado como posibilidad a alcanzar. En los dos casos narrados en esta dimensión se debe señalar que, aunque no puede considerarse como una generalización, fueron varias las personas que junto con Lyra y Sirio identificaron como una de sus principales motivaciones para *volver* estaba anclada al profundo lazo afectivo que se sentía con el lugar que se había dejado.

A manera de cierre capitular

A lo largo de este capítulo, se buscó a partir de las experiencias de la población en situación de movilidad forzada, recuperar desde el dato empírico cómo se significa un lugar cuando se ha asistido, en este caso, a situaciones y actos de violencia criminal como los acaecidos en Apatzingán y Granada. El *quedarse*, el *salir* y el *volver* son categorías emergentes, *in situ*, que deben ser entendidas como la forma en que esta población aprehendió desde los acontecimientos y situaciones de la vida diaria que sucedían en medio de la violencia a identificar cómo no solo en su vida había cambios, sino también cómo estos estaban presentes también en sus vínculos socio espaciales, en este caso por los intereses de esta investigación, en los sentidos de lugar construidos.

El *quedarse*, el *salir* y el *volver* constituyen dimensiones del proceso que son interpretadas por medio de los testimonios como decisiones que se localizan -pero a su vez trascienden esa localización espacial cuando se emprende el movimiento- y representan un sinnúmero de

emociones que dan cuenta de cómo a partir de los vínculos y las experiencias que ocurren desde y en el mismo lugar y desde fuera de él, cobra valor lo que aquí se ha sabido reconocer como el sentido de lugar; mismo que se define desde los elementos físicos y simbólicos que lo constituyen, como de lo que se hace y las relaciones individuales y sociales que desde las prácticas cotidianas se construyen en él, asuntos todos que llevan a decir que un lugar se dota de significado. Se debe señalar, además, que estas dimensiones están relacionadas entre sí a través de las múltiples trayectorias que van configurando el proceso de movilidad.

Al partir de la premisa de que los lugares cumplen una función fundamental en la vida de las personas, puede recuperarse de las tres dimensiones que en *el quedarse*, las personas llevan a cabo un proceso de reterritorialización sobre el mismo territorio sin salir de él, aunque a veces esto no se haga de manera explícita, se comienza a construir otro espacio desde las dinámicas espaciales que signan, en el caso que nos compete, las acciones de los actores armados y sus hechos victimizantes; *el salir*, es una dimensión ambivalente, por un lado, la idea de nostalgia por el lugar perdido acompaña y se hace latente en el tránsito y destino en miras de hallar en él algo de eso que se dejó, el sentido de lugar funde aquí como reminiscencia; y por el otro lado, la desorientación y la expectativa que genera estar en un espacio desconocido llevan a crear estrategias de territorialización con las cuales se va aminorando el sentimiento de pérdida dando paso a la posibilidad de reconstruir el arraigo en un nuevo espacio donde la vida pueda reinventarse; Y *el volver* al territorio dejado significa para quien ha decidido hacerlo, tanto en relaciones sociales como en sus relaciones espaciales, reconocer que estas ya no son las mismas, por el contrario, hay una conjugación en este momento del proceso de las experiencias dejadas, las adquiridas durante el proceso de la movilidad y las nuevas encontradas. En palabras de Elizabeth Jelin y Victoria Langland:

Muchas veces, lo que se intenta construir no es algo nuevo, sino que se agrega una nueva capa de sentido a un lugar que ya está cargado de historia, de memorias, de significados públicos y de sentimientos privados. Generalmente, no hay un proyecto de rememoración explícitamente formulado, sino que el devenir de la acción humana incorpora nuevos rituales y nuevos significados al ya cargado lugar (2003: 5).

Finalmente, la analogía del *quedarse*, *el salir* y *el volver*, lo que hace es una invitación a pensar lo que ocurre en el proceso de movilidad forzada con el ejercicio conexo de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, que en este caso y de acuerdo a las experiencias

narradas, son una continua creación y recreación no solo de relaciones humanas sino de significación del espacio a partir de prácticas, usos, costumbres y hábitos que se cimientan desde las formas en cómo se vive y habita este, asuntos todos que permitieron a su vez, construir sentidos de lugar. Así mismo, identificar estos componentes, llevó a reconocer desde las narrativas, cómo es posible, a pesar de los miles de kilómetros que separan ambos municipios y de las particularidades de los contextos en ocasión de la violencia criminal, en tanto actores, dinámicas y formas de victimización, aludir a una espacialidad compartida que se va desplegando a medida que el proceso de movilidad ocurre; esta espacialidad, se hizo visible en este caso, al entrever la manifestación del lugar en las distintas trayectorias e itinerarios de habitar un espacio que se dotó de sentido por la apropiación o no que se hizo de él.

CONCLUSIONES GENERALES¹⁴⁰

A lo largo de este trabajo he explicitado, como el lugar asume un valor en el proceso de entender las lógicas a las que se debe enfrentar la población en situación de movilidad forzada a raíz de los contextos de violencia criminal que se viven en la mayoría de los países latinoamericanos, en especial, los casos de Colombia (Granada, Antioquia) y México (Apatzingán, Michoacán). Esta experiencia hace visible los efectos que tiene este proceso en la forma cómo las personas experimentan, viven y asumen sus lugares como componedores de su identidad.

Los aprendizajes y hallazgos de esta investigación han quedado consignados desde la singularidad en cada uno de los cierres capitulares, sin embargo, bajo la generalización del conjunto de circunstancias que implica el proceso de movilidad forzada en contextos de violencia criminal, me lleva a identificar dos balances diferenciados, pero sin duda que convergen: el primero de ellos referido al objetivo trazado ¿cómo las personas (re) construyen sus sentidos de lugar desde esta experiencia?; y el segundo, ¿Cuál es su contribución en la perspectiva de la geografía humana, al estudio de este proceso de la movilidad forzada?.

En relación con el primer aprendizaje y como generalidad, se podría concluir que la experiencia del *quedarse, el salir y el volver*, etapas del proceso de movilidad forzada, evidencia contrastes, tensiones y diferentes matices de un conjunto de vivencias que de ninguna manera pueden considerarse homogéneas. El repertorio de situaciones que ocurren cuando lo “habitual”, la *vida normal* o la *vida cotidiana que se había estado acostumbrada a vivir* se ve alterada “sorpresiva” y paulatinamente por la presencia y actuación de grupos armados legales y al margen de la ley, muestra como los sentimientos que se experimentan en función del significado del conjunto de pérdidas y la modificación de la *vida en el antes, el durante y el después* es (re)apropiada o resignificada mediante una espacialidad y temporalidad propias, que hacen parte de la gradación particular con la cual cada experiencia de las aquí narradas es incorporada a los sentidos de lo que significa la vida en movimiento, un movimiento que en este caso es forzado.

¹⁴⁰ Aunque cada capítulo cuenta con un cierre capitular que recoge un par de reflexiones acerca de lo abordado, estas últimas páginas dan cuenta, a manera general, de la concatenación de los hallazgos y aprendizajes logrados en la mirada amplia de lo que me propuse realizar.

Un asunto clave para saber cómo se construyó el sentido de lugar en la población granadina y apatzinguense, tuvo una potencia en las narrativas que las personas hicieron al valorar esos espacios como propios, importancia que está en el orden de lo que ellos, los espacios, son y de lo que en ellos se hace. En últimas, lo que esto evidencia, es que la experiencia humana en relación con la movilidad forzada es afectada por los lazos emocionales y simbólicos que crearon las personas, en el transcurso de su ciclo vital, con sus lugares habitados, vividos y significados. Lugares que incorporan como señalan Silvia Ramos y Yolanda Feria “factores físicos, geográficos, sociales y culturales, así como elementos de identidad y de los estados psicológico y emocional” (2016: 106).

En el recorrido de esta narrativa se trató de mostrar los tránsitos a los que se vio abocada la población de Apatzingán y Granada, municipios que, si bien han sido, por muchos años, manifestación de la vida campesina, se han convertido también en territorios usados para la dinámica de las territorialidades de los actores armados en la disputa y el control de corredores estratégicos para los grandes capitales. Se resalta también, en las tres temporalidades identificadas, como el conflicto vivido a escala regional trajo consigo nuevas y diversas formas del ejercicio en la organización del espacio, así como la coexistencia de territorialidades en medio de la disputa (las de la vida campesina, las de los actores armados, la del Estado, la de la economía, etc.). En este sentido, se resalta cómo el ejercicio de la violencia, en este caso la criminal, tiene la disposición de cambiar la configuración y organización territorial desde sus prácticas y repertorios en ellos manifestadas.

Una contribución en este primer aprendizaje relacionado con lo disciplinar revela la apremiante necesidad de considerar los aportes que puede hacer la geografía humana en los análisis asociados a las dinámicas y expresiones sobre los contextos de violencia criminal y la manifestación de esta en los procesos de movilidad forzada. La revisión de la literatura académica dejó manifiesto que esta perspectiva analítica y comprensiva no es tomada en cuenta al abordar esta realidad. En este sentido se exalta las aportaciones que hace la geografía humana, en especial, desde la dimensión del sentido de lugar al estudio del proceso de movilidad forzada bajo un contexto de violencia criminal, esto último, no solamente deja huella en las subjetividades individuales de quienes asisten a este proceso, sino también, en el vínculo que las y los pobladores

construyen con ese o esos espacios que han hecho suyo, circunstancia que lleva a resignificar el sentido de lugar como conexo a la experiencia de vida.

Lo anterior abre un campo de reflexión y acción para pensarse la geografía de la movilidad desde la perspectiva humana, enfocada en las actuales formas en que se expresa la violencia en territorios con potencialidades diversas, especialmente de recursos naturales, y en cómo, por esta razón, se impacta en las prácticas y las experiencias en el uso y apropiación que se construye de y en los lugares. Pensar una geografía de la movilidad, desde la construcción del sentido de lugar, implica reflexionar y poner en discusión las formas en cómo la construcción del lugar y las prácticas de territorialidad pueden jugar un papel importante en el momento de decidir permanecer o salir de un territorio por condiciones adversas, en las que está incluida, la violencia criminal.

En este sentido esta investigación permitió, en lo que respecta al papel que juegan los lugares en el proceso de movilidad, encontrar que, efectivamente, las experiencias asociadas a un lugar o unos lugares sí inciden en las valoraciones, los significados y las representaciones hacia esos espacios y en la determinación de emprender unas trayectorias de movilidad por fuera de las fronteras locales. De ahí la importancia de ver cómo operan en la construcción de ese sentido de lugar, asuntos que están en el orden del apego al lugar, la identidad construida en él o la vinculación funcional, dimensiones que coadyuvarían a ver si ellas influyen en la toma de esta decisión.

Un asunto que puede considerarse como aprendizaje es que el sentido de lugar es un proceso en continua reproducción, se configura y reconfigura a partir de la diversidad de actores, intereses y visiones construidas del y desde el espacio. En este caso, se puede decir que la organización del espacio es el reflejo de lo que está viviendo la sociedad en sus distintos contextos sean estos de carácter económico, político y/o social; la organización responde a los distintos intereses que se traslaparon uno tras otro, bajo un contexto de violencia. En este sentido, cobra importancia reconocer como el acceso a la tierra – concentración, uso del suelo y despojo– es el eje de pervivencia de la disputa armada tanto en Colombia como México.

A manera de síntesis, la memoria construida en las narrativas de los dos casos, permite identificar, cómo el sentido de lugar, desde la experiencia de movilidad forzada por contextos de violencia criminal, es una construcción multilocal, esto significa que existen apropiaciones y

significados que están atravesadas por memorias y emociones que se circunscriben en las vivencias, prácticas y relaciones forjadas con el espacio y en el espacio y, además con los significados que se construyen *del quedarse, el salir y el volver* como proceso. En últimas, concebir el sentido de lugar bajo la experiencia de la movilidad humana, está dado a partir del reconocimiento de entrecruzamientos, complementaciones u oposiciones al sentido que se tenía originariamente y el que se sucede durante la movilidad, es decir, la transformación de la vida de las personas que a ella asisten, en este caso granadinos y apatzinguenses (re)configuran en el devenir de este proceso formas para enfrentarse con eso extraño, ajeno, nuevo y desconocido que genera la movilidad forzada, pero también la violencia, y que además, llevan a una reinención de sus lugares y las relaciones que se construyen o se han construido en ellos.

Lo anterior responde a los aprendizajes entre el entrecruzamiento de la teoría y el desarrollo del trabajo con las y los sujetos de conocimiento, lo que en la academia conocemos como el campo, pero también resulta importante mencionar lecciones referidas a la implementación de la estrategia metodológica que en este caso estuvo situada desde lo cualitativo con las técnicas propias de este enfoque (revisión documental, entrevistas, recorridos, cartografías) y el aporte del método de la etnografía multisituada. Lo enriquecedor de esta experiencia es que todo lo planeado en términos de cómo y con qué herramientas se llevaría a cabo esta investigación tuvo un cambio significativo cuando tuve el encuentro con la población con experiencia en movilidad forzada y cuando llegué a los territorios donde esta había sucedido, inmediatamente, estos encuentros llevaron a la transformación *in situ* de las herramientas pensadas, es decir, de las estrategias metodológicas de inmersión. En este caso, la experiencia directa de estar en campo transformó radicalmente el diseño pensado previamente.

El caso más representativo se hizo evidente cuando se acudió a las entrevistas, para ello se tenía un diseño que respondió a dos modalidades una de carácter estructurada y otra semiestructurada¹⁴¹, en este caso, la hoja de ruta fue orientadora, pero su aplicación más que una entrevista llevó a varios encuentros mediados por la conversación libre, por ejemplo, varias entrevistas se desarrollaron acompañando a las personas en sus labores cotidianas lo que nombran

¹⁴¹ La entrevista estructurada estaba dirigida a funcionarias o funcionarios públicos entrevistados, académicas o académicos con saberes en el tema de la movilidad forzada y la semiestructurada para trabajo con las y los sujetos de conocimiento en la experiencia de la movilidad forzada.

como el trabajador, es decir, en la molienda de caña o en el tajo de café, en la cocina mientras las mujeres preparaban los alimentos, mientras se hacían los preparativos para una celebración familiar por mencionar solo algunos casos. En otras palabras, fue la inmersión en el campo y la interacción con las y los sujetos de conocimiento lo que en últimas definió las estrategias y técnicas para viabilizar esta investigación.

En términos de los aportes acerca de los lineamientos del método de la etnografía multisituada que se retomaron para esta investigación, debo decir que es una buena estrategia para el acercamiento y estudio del proceso de movilidad humana, en tanto, permitió:

- 1) Observar este proceso desde la experiencia de las personas desde el reconocimiento de sus biografías y trayectorias de movilidad forzada llevó a establecer conexiones y asociaciones en términos de las emociones y prácticas de las y los sujetos de la experiencia, aun estando en dos países tan diferentes en términos geopolíticos y culturales.
- 2) Identificar que las vivencias de la movilidad forzada, en este caso a causa de la violencia criminal, aun estando en diferentes localizaciones- tiempos- contextos, dan cuenta de una multiplicidad de factores interconectados que significan este proceso y comparten similitudes en los vínculos que construyen y mantienen las personas de la experiencia con los lugares en los que han construido la vida, sean éstos transitorios o permanentes. Y finalmente,
- 3) este proceso hizo que como investigadora también me moviera, no solo en sentido metafórico, sino también siguiendo a las personas sujetos de conocimiento en sus lugares contruidos y habitados luego de la experiencia de movilidad forzada, un proceso que además de llevar al movimiento entre diferentes territorios, también significó movilizar simultáneamente aspectos de su vida que no se desvinculan del lugar de origen y sus cotidianidades.

Trabajos citados

- Agencia de la ONU para los Refugiados, ACNUR. «Datos básicos, Anuario estadístico.» *acnur.org*. 19 de Jun. de 2017. <http://www.acnur.org/es/datos-basicos.html> (último acceso: Jun. de 2018).
- Agnew, John A. *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston: Allen and Unwin, 1987.
- Agnew, John, y Jonathan (eds.) Smith. *AmericanSpace/American Place: Geographies of the Contemporary United States*. Londres: Rourledge, 2002.
- Agudelo Naranjo, Sebastián. «Las afectaciones de las represas, Centrales Hidroeléctricas (CH) y Pequeñas Centrales Hidroeléctricas (PCH) en el Oriente Antioqueño, un pequeño recuento.» <http://www.ipc.org.co>. Dic. de 2017. <http://www.ipc.org.co/agenciadeprensa/wp-content/uploads/2017/12/Afectaciones-de-las-represas-centrales-hidroel%C3%A9ctricas-CH-y-peque%C3%B1as-centrales-hidroel%C3%A9ctricas-PCH-en-el-oriente-antioque%C3%B1o.-Un-peque%C3%B1o-recuento.pdf> (último acceso: Sep. de 2018).
- Aichino, Lucía, y otros. «Políticas del lugar: convergencias de discusiones e intervenciones académicas, sociales y políticas.» *Cardinalis, Revista del Departamento de Geografía* 1, n° 1 (2013): 18.
- Alcaldía de Granada. «Plan de Desarrollo de Granada, 2012- 2015 "Tejiendo territorio para vivir en comunidad".» Granada, 2012, 147.
- Alcaldía de Granada. «Formulación Esquema de Ordenamiento Territorial, Municipio de Granada.» Granada, 2000, 287.
- Alcaldía de Granada Antioquia. *Características generales del municipio*. 19 de Abril de 2009. http://www.granada-antioquia.gov.co/index.php?option=com_content&view=article&id=78&Itemid=64 (último acceso: 30 de Diciembre de 2016).
- Alcaldía de Medellín. «Perfil Sociodemográfico 2005 - 2015, Comuna 4 Aranjuez.» *medellin.gov*. 2011. <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpcccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Planeaci%C3%B3n%20Municipal/Secciones/Indicadores%20y%20Estad%C3%Asticas/Documentos/Proyecciones%20de%20poblaci%C3%B3n%202005%20-%202015/Resumen%20perfil%20Barrios%20> (último acceso: 31 de Sep. de 2018).
- Alessandri Carlos, Ana Fani. *O Lugar no/ Do Mundo*. Sao Paulo: LABUR, 2007.

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados- ACNUR. «Estadísticas 2016: Desplazamiento forzado alcanza un nuevo record.» Dic. de 2016. <http://www.acnur.org/index.php?id=714>.
- Amnistía Internacional. «Informe 2017/18 Amnistía Internacional. La situación de los Derechos Humanos en el Mundo.» *amnesty.org*. 2018. <https://www.amnesty.org/download/Documents/POL1067002018SPANISH.PDF> (último acceso: Jun. de 2018).
- Angón Torres, María del Pilar. «Trabajadores agrícolas del Valle de Tepalcatepec.» En *La Tierra Caliente de Michoacán*, de José Eduardo Zárate Hernández, 267- 292. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2001.
- Anibal, Quijano. «Colonialidad del poder y clasificación social.» En *El Giro Decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, de Santiago Castro-Gómez y Ramón (Eds.) Grosfoguel, 93- 123. Bogotá: Universidad Javeriana, 2007.
- Appadurai, Arjun. «Modernity at large: cultural dimensions of globalization. .» University Of Minnesota Press, Minneapolis , 1996.
- Arango Escobar, Gilberto. «Moravia una historia de mejoramiento urbano.» Medellín: Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín), Grupo de investigación en procesos urbanos en habitat, vivienda e informalidad, 2007. 15.
- Arango López, Cindia, y Luis Sánchez Ayala. *Geografías de la movilidad: perspectivas desde Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2016.
- Arias López, Beatriz Elena. «Vida cotidiana y conflicto armado en Colombia: los aportes de la experiencia campesina para un cuidado creativo.» *Aquichan* 15, n° 2 (2015).
- Arocha, Jaime. «Muntú y Ananse amortiguan la diáspora afrocolombiana. En exclusión, nomadismo y destierro.» Editado por Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Humanas. *Palimpsesto*, 2002: 92-103.
- Arteaga Botello, Nelson, y Vanessa Lara Carmona. «Violencia y distancia social: una revisión.» *Papeles de población* 10, n° 40 (2004): 169-191.
- Asamblea General de las Naciones Unidas. «Declaración Universal de los Derechos Humanos.» 10 de Dic. de 1948. <http://www.un.org/es/universal-declaration-human-rights/>.
- Asociación Alto al Secuestro. *Estadísticas*. Dic. de 2017. <http://altoalsecuestro.com.mx/wp/wp-content/uploads/2018/04/Victimas-privadas-de-la-vida-EN-CAUTIVERIO-hasta-dic-2017.pdf> (último acceso: Jun. de 2018).
- Atuesta, Laura. «Militarización de la lucha contra el narcotráfico: los operativos militares como estrategia para el combate del crimen organizado.» Cap. 5 de *Las violencias. En busca de*

la política pública detrás de la guerra contra las drogas, de Laura Atuesta y Alejandro (Eds.) Madrazo. Ciudad de México: CIDE, 2018.

Atuesta, Laura, Oscar Siordia, y Alejandro Madrazo. «La 'Guerra Contra las Drogas' en México: Registros (oficiales) de eventos durante el periodo de diciembre 2006 a noviembre 2011.» *cide.edu*. Feb. de 2017. http://www.politicadedrogas.org/PPD/documentos/20170202_095133_14_atuesta_siordi_a_madrazo_la_guerra_contra_las_drogas_en_mexico_registros_oficiales_de_eventos_durante_el_periodo_de_diciembre_de_2006_a_noviembre_de_2011.pdf (último acceso: Dic. de 2018).

Avendaño Flores, Isabel. «Un recorrido teórico a la territorialidad desde uno de sus ejes: El sentimiento de pertenencia y las identificaciones territoriales.» Editado por Universidad de Costa Rica. *inter.c.a.mbio* 7, n° 8 (2010): 13- 35.

Barros, Claudia. «Reflexiones sobre la relación entre lugar y la comunidad.» *Documents d'analisi geografica*, n° 37 (2000): 81- 94.

Bartolo Ruíz, Diana. *Migración internacional, redes migratorias y sentido de lugar en Valle de Chalco-Solidaridad*. 137. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2010.

Bataillon, Gilles. «Narcotráfico y corrupción: las formas de la violencia en México en el siglo XXI.» *nuso.org*. Ene.-Feb de 2015. <http://nuso.org/articulo/narcotrafico-y-corrupcion-las-formas-de-la-violencia-en-mexico-en-el-siglo-xxi/#footnote-15> (último acceso: Dic de 2018).

Bello Albarracín, Martha Nubia. *Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014.

Bello, Martha Nubia. *Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, ICFES, 2001.

—. *El desplazamiento forzado en Colombia: acumulación de capital y exclusión social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.

Bello, Martha Nubia. «Identidad y desplazamiento forzado.» Editado por Programa Andino de Derechos Humanos y Universidad Andina Simón Bolívar. *Aportes Andinos*, n° 8 (Ene. 2004): 11.

Bello, Martha Nubia. «Restablecimiento. Entre retornos forzados y reinserciones precarias.» En *Desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y*, de Martha Nubia y Villa Martha (eds.) Bello, editado por Acnur, Universidad Nacional, Corporación Región Redif. Bogotá, 2005.

Bello, Martha Nubia, y Sandro Jiménez Ocampo. *Justicia reparativa y desplazamiento forzado. ciudades: Bogotá, Soacha, Medellín y Cartagena*. Bogotá: Ediciones Ántropos, 2008.

- Black, David, Donald Kunze, y John Pickles. *Commonplaces: essays on the nature of place*. Nueva York: University Press of America, 1989.
- Black, Richard, y Michael Collyer. «Poblaciones "atrapadas" en épocas de crisis.» *Migraciones Forzadas, revista* (Refugee Studies Centre), n° 45 (2014): 52- 55.
- Blair Trujillo, Elsa. «Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición.» *Política y Cultura* (Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco), n° 32 (2009): 9-33.
- Blanco, Cristina. «Inmigración e identidad colectiva. Reflexión sobre la identidad en el País Vasco.» *Papers* (Universidad Autónoma de Barcelona), n° 43 (1994): 41- 61.
- . *Las migraciones contemporáneas*. Madrid: Alianza Editorial, Colección Ciencias Sociales, 2000.
- Blanco, Jorge, y Ricardo Apaolaza. «Políticas y geografías del desplazamiento. Contextos y usos contextuales para el debate sobre gentrificación.» *Revista INVI* 31, n° 88 (Noviembre 2016): 73- 98.
- Bosque Maurel, Joaquín, y Francisco Ortega Alba. *Comentario de textos geográficos: Historia y crítica del pensamiento geográfico*. Barcelona: Oikos-Tau, 1995.
- Bourdieu, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales*. Traducido por Ma. José Bennuz Beneitez. Bilbao: Desclee de Brouaer, 2000.
- Bozzano, Horacio. «Procesos, lugares y actores: una triada social.» En *Territorios posibles. Procesos, lugares y actores*, de Horacio Bozzano, 223- 252. Argentina: Ediciones Lumiere, 2009.
- Bozzano, Hugo. *Territorios posibles. Procesos, lugares y actores*. Buenos Aires: Lumiere, 2009.
- Braudel, Fernand. *La larga duración en La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza, 1979.
- Bruce, Nanzer. «Measuring Sense of Place: A Scale for Michigan.» *Administrative Theory & Praxis* 26, n° 3 (2004): 362- 382.
- Brun, Catherine. «Reterritorializing the Relationship between People and Place in Refugee Studies.» *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography* 83, n° 1 (2001): 15-25.
- Buela, Alberto. «Diferencias no solo semánticas entre modelo y proyecto.» *elojodigital.com*. 25 de May. de 2011. <http://www.elojodigital.com/contenido/9761-diferencias-no-solo-semanticas-entre-modelo-y-proyecto> (último acceso: 31 de Jul. de 2018).
- Buttimer, Anne, y David (Eds.) Seamon. *The human experience of space and place*. Londres: Croom Helm, 1980.

- Caicedo Fernández, Alhena. «Vida campesina y modelo de desarrollo: configuraciones del despojo/ privilegio en el norte del Cauca.» Editado por Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). *Revista colombiana de antropología* 53, n° 1 (Ene.- Jun. 2017.): 59- 89.
- Calderón Aragón, Georgina. «La geografía como ciencia social.» En *Geografía humana y ciencias sociales. una relación reexaminada*, de Martha Chávez Torres, González Santana Octavio y María del Carmen (Coords.) Ventura Patiño, 375- 402. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2014.
- Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. *Perfil socioeconómico de la Subregión del Oriente*. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín, [2017].
- Canales, Alejandro. «Periodicidad, estacionalidad, duración y retorno. Los distintos tiempos en la migración México-Estados Unidos.» *Papeles de Población* 5, n° 22 (1999): 11- 41.
- Castaño Gómez, Iván Darío. *Articulación de esfuerzos para la reconfiguración del territorio y del tejido social en el Municipio de Granada- Antioquia*. Medellín: Universidad EAFIT, 2012.
- Castell, Manuel. «Espacios públicos en la sociedad informacional.» En *Ciutat Real, Ciutat ideal. Significado y Función en el espacio urbano moderno*, de Josep (Ed.) Subirós Puig. Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 1998.
- Castles, Stephen. *Etnicity and globalization. From migrant worker to transnational citizen*. Londres: SAGE Publications, 2000.
- Castro Neira, Yerko (Coord.). *La migración y sus efectos en la cultura*. Ciudad de México: CONACULTA, 2012.
- Castro, Santiago, y Ramón (Ed.) Grosfoguel. *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007.
- CDHDF, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. «Personas internamente desplazadas por conflicto y violencia en México y el mundo.» Editado por Centro de Investigación Aplicada en Derechos Humanos de la CDHDF. *Dfensor, Revista de Derechos Humanos* XIV, n° 4 (Abr. 2016): 26- 27.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). *Granada: memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*. Editado por CNMH, Colciencias y Corporación Región. Bogotá, 2016.
- Centro Nacional de Memoria Histórica- CNMH. «Las cifras del secuestro.» *Noticias CNMH*. 19 de Jun. de 2013. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/index.php/noticias/noticias-cmh/1530-las-cifras-del-secuestro> (último acceso: 11 de Jun de 2018).

- Centro Nacional de Memoria Histórica. *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016.
- . *Una nación desplazada : informe nacional del desplazamiento forzado*. Editado por Myriam (Coord.) Hernández Sabogal. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015.
- Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia. *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 2013.
- Cheng, Antony S., Linda E. Kruger, y Steven E. Daniels. «“Place” as an Integrating Concept in Natural Resource Politics: Propositions for a Social Science Research Agenda.» *Society and Natural Resources* (Colorado State University), nº 16 (2003): 87- 104.
- CMDPDH. *Episodios de desplazamiento interno forzado masivo. Informe 2017*. Editado por José Antonio Guevara Bermúdez (Coord.). Ciudad de México: CMDPDH, 2018.
- CODHES. «Desplazados: entre la violencia y el miedo.» *Boletín CODHES informa*, nº 6 (1997).
- Collado, Carmen. «Empresarios lombardos en Michoacán: La familia Cusi entre el porfiriato y la posrevolución (1884-1938).» *América Latina en la Historia Económica* 19, nº 1 (Abr. 2012): 209- 212.
- Colombia, Congreso de la República de. *Ley 1448 de 2011*. Bogotá, 2011.
- Colombia, República de. *Ley 387 de 1997 (18 de julio), Por la cual se adoptan medidas para la prevención del desplazamiento forzado; la atención, protección, consolidación y estabilización socioeconómica de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia*. Santa Fé de Bogotá: Diario Oficial, No. 43.091., 1997.
- Comisión de Derechos Humanos de la ONU. «Violencia política y desplazamiento interno en Colombia.» En *Desplazamiento, derechos humanos y conflicto armado*, de Jorge Enrique (comp.) Rojas. Bogotá: CODHES, 1993.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos- CIDH. «Situación de Derechos Humanos en México.» [oas.org](http://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/Mexico2016-es.pdf). 31 de Dic. de 2015. <http://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/Mexico2016-es.pdf>.
- Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos- CMDPDH. «Organizaciones presentan denuncia general al Grupo de Trabajo sobre desapariciones forzadas o involuntarias.» <http://cmdpdh.org>. 4 de Sep. de 2017. <http://cmdpdh.org/2017/09/organizaciones-presentan-denuncia-general-al-grupo-trabajo-desapariciones-forzadas-involuntarias-relativas-la-condicion-los-ninas-ninos-adolescentes-victimas-las-desapariciones-e/> (último acceso: Jun. de 2018).

- Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos. «Desplazamiento interno forzado en México.» *cmdpdh.org*. 2017. <http://cmdpdh.org/temas/desplazamiento-interno/> (último acceso: 25 de Sep. de 2017).
- Comisión Nacional de los Derechos Humanos. *Informe Especial sobre Desplazamiento Forzado Interno (DFI) en México*. Informe Nacional, Senado de la República, México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos, 2016, 244.
- Comité contra la Desaparición Forzada, . «Observaciones finales sobre el informe presentado por México en virtud del artículo 29, párrafo 1, de la Convención.» Organización de Naciones Unidas, 2015, 11.
- Conciudadanía. *Plan de vida para la reconciliación en el municipio de Granada*. Medellín, 2012.
- Conferencia Episcopal de Colombia. *Desplazados*. Bogotá: Secretariado Nacional de Pastoral Social, Movilidad Humana, 1994.
- Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos. *Ley General de Víctimas*. Ciudad de México: Diario Oficial de la Federación, 2013.
- Consulta Permanente sobre Desplazamiento Interno en las Américas. *Informe final in situ de asistencia técnica sobre desplazamiento interno en Colombia 1997*. Santa Fé de Bogotá: UNICEF y CPDIA, 1997.
- Convery, Ian, Gerard Corsane, y Davis (Edts.) Peter. *Making sense of place. Multidisciplinary Perspectives*. The Boydell Press, Woodbridge, 2012.
- Coraggio, José Luís. *Territorios en transición: crítica a la planificación regional en América Latina*. Quito: ciudad , 1987.
- Cornare. «Reseña histórica.» <http://www.cornare.gov.co>. 2014. <http://www.cornare.gov.co/corporacion/institucional/resena-historica> (último acceso: Sep. de 2018).
- Corporación Autónoma Regional de las cuencas de los ríos Negro y Nare- Cornare; World Wildlife Fund- WWF; Fundación Natura. *Plan de Crecimiento Verde y desarrollo compatible con el clima para el Oriente Antioqueño*. Cali, 2017.
- Corporación Jurídica Libertad. «El proyecto minero-energético en la Región del Oriente antioqueño.» Medellín, 2015, 61.
- Corte Constitucional. *Sentencia T-025/04*. Bogotá: Gaceta Oficial, 2004.
- Cortés, Nayeli. «Michoacán: política con sabor a narco.» *El Financiero*, 19 de Feb. de 2015: Nacional.

- Covarrubias Velasco, Ana. «La Política Exterior de Calderón: objetivos y acciones.» Editado por El Colegio de México. *Foro Internacional* LIII, n° 3- 4 (Jul.- Dic. 2013): 455-482.
- Cresswell, T. *Place, a short introduction*. Londres: Blackwell, 2008.
- Cresswell, Tim. *On the move: Mobility in the modern western world*. New York: Routledge, 2006.
- Cultura Colectiva. «¿Cuáles son los países con más secuestros en América Latina?» *news.culturacolectiva.com*. 19 de Ago. de 2016. <https://news.culturacolectiva.com/noticias/secuestros-en-america-latina/> (último acceso: Jun. de 2018).
- Cunjama López, Emilio Daniel, y Alan García Huitrón. «Narcotráfico y territorios en conflicto en México.» Editado por Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Azcapotzalco. *El Cotidiano*, n° 184 (Mar.- Abr. 2014): 99- 111.
- Cusi, Ezio. *Memorias de un colono*. Editorial Jus, 1969.
- Das, Veena. *Life and words : violence and the descent into the ordinary*. California: University of California Press, 2007.
- . *Life and words: violence and the descent into the ordinary*. California: University of California Press, 2007.
- Defensoría del Pueblo. *El Desplazamiento Forzado en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 2004.
- Deleuze, G., y F. Guattari. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Traducido por J. Vásquez Pérez y U. Larraceleta. Pre-Textos, 2008.
- Delgado, Ovidio. *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- Dumont, Guillaume. Multiplicidades móviles, dibujo de una pluralidad situacional. *Encrucijadas Revista de Ciencias Sociales*, 2012: 66- 80.
- Duque, Conrado, Vitelio Manjarrés, Hermógenes Mejía, y Amalia Rojas. «La economía campesina en el Oriente antioqueño.» *Revista Lecturas de Economía*, May- Ago. 1984: 196- 257.
- Durán Bermúdez, Juana. «Gracias.» En *El Salado: memorias del retorno*, de Ana María Durán Rodríguez y Felipe Cuervo Restrepo, 79. Bogotá: Zetta Comunicadores S.A., 2016.
- Durán, Juan, y Bustin Alain. *Revolución agrícola en Tierra Caliente de Michoacán*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1983.

- Durin, Séverine. «Lo que la guerra desplazó: familias del noroeste de México en exilio.» *Desacatos*, n° 38 (Ene.- Abr. 2012): 29- 42.
- Echeverri Suárez, Lorenzo Tulio. *Granada ayer y hoy*. Medellín, 2007.
- Echeverri, Andrea. «Extractivismo y derechos humanos en el Oriente Antioqueño- Colombia.» <http://omal.info>. 2016.
http://omal.info/IMG/pdf/extractivismo_y_ddhh_en_oriente_antioqueno._2016.pdf
 (último acceso: Sep. de 2018).
- EL Tiempo. «Colombia refugiada.» *eltiempo.com*. Editado por Casa Editorial El Tiempo. 2016.
<http://www.eltiempo.com/multimedia/especiales/refugiados-migracion-y-desplazamiento-de-colombianos/15503358/1/index.html> (último acceso: Jun. de 2018).
- Elias, Norbert. «La relación entre establecidos y marginados.» En *El extranjero, sociología del extraño*, de George Simmel, Alfred Schütz, Norbert Elias y Massimo Cacciari, 57- 86. Madrid: Sequitur , 2012.
- Entrikin, Nicholas. *The betweennes of place, towards a geography of modernity*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1991.
- Escobar Villegas, Juan Camilo. «La historia de Antioquia, entre lo real y lo imaginario. Un acercamiento a la versión de las élites intelectuales del siglo XIX.» *Revista Universidad EAFIT* 40, n° 134 (Abr.- Jun. 2004): 51- 79.
- Escobar, Arturo. «Political Ecology of globality and difference.» *Gestión y Ambiente* (Universidad Nacional de Colombia) 9, n° 3 (Dic. 2006): 29- 44.
- Fazio Vengoa, Hugo. «Globalización y guerra: una compleja relación.» Editado por Universidad de los Andes. *Revistas de Estudios Sociales* (Uniandes), n° 16 (Oct. 2003): 42- 56.
- Fernandes, Bernardo. «Territorios en disputa: campesinos y agrobusiness.» *landaction.org*. 2010.
http://www.landaction.org/IMG/pdf/Bernardo_halifax_esp.pdf (último acceso: 14 de May. de 2018).
- Fernández Christlieb, Federico. «¿Quién estudia ese espacio? Una relación sobre la geografía y los intereses de las ciencias sociales.» En *Geografía humana y ciencias sociales. Una relación reexaminada*, de Martha Chávez Torres, Octavio González Santana y María del Carmen (Eds.) Ventura Ptiño, 107- 130. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2014.
- Fleitas Ortiz, Diego M., Germány Lodola, y Hernán Flom. «Delito y Violencia en América Latina y el Caribe. Perfil de los Países de la Región.» Asociación para Políticas Públicas y Action on Armed Violence, Buenos Aires, 2014, 79.
- Foucault, Michel. *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

- García de Botero, Clara Inés. *Movimientos Cívicos y Regiones: El oriente Antioqueño*. Editado por Instituto de Estudios Regionales (INER). Vol. Vol. I. IV vols. Medellín, 1989.
- García de la Torre, Clara Inés, Clara Inés Aramburo Siegert, Diana Marcela Barajas Velandia, Daniel Valderrama, y Nicolas Espinosa. *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia: Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*. Bogotá: CINEP; INER, 2011.
- García Sánchez, Andrés. «Espacialidades del destierro y la re-existencia. Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia.» Tesis de Maestría, Instituto de Estudios Regionales, INER, Universidad de Antioquia, Medellín, 2010, 136.
- Garzón Martínez, María Angélica. «Andar los recuerdos: elementos para pensar el territorio desde los procesos de retorno de población desarraigada por la violencia.» Editado por Universidad Autónoma del Caribe. *Encuentros* 9, n° 1 (Ene.- Jun. 2011): 83- 94.
- Garzón, María Angélica. «Las narrativas del retorno.» Editado por Universidad Autónoma del Caribe. *Revista Encuentros* 12, n° 2 (Dic. 2014): 67- 77.
- Giammatteo, John. «To return or stay?» *Forced Migration review*, n° 35 (Jul. 2010): 52- 53.
- González Bustelo, Mabel. *Desterrados, el desplazamiento forzado en Colombia*. Santafé de Bogotá: Médicos Sin Fronteras- España, 2002, 55.
- González Gil, Adriana. *Viajeros de ausencias: Desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2010.
- González y González, Luís. «Introducción: La Tierra Caliente.» En *La Tierra Caliente de Michoacán*, de José Eduardo (Coord.) Zárate Hernández, 17- 61. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2001.
- González y González, Luís. *Nueva invitación a la microhistoria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- González, Andrea, y Leticia Calderón. «Rastros del duelo: exilio, asilo político y desplazamiento forzado interno en la frontera norte de México.» En *Migrantes, desplazados, braceros y deportados. Experiencias migratorias y prácticas políticas*, de María Dolores (coord.) Paris, 333- 365. México: Colegio de la Frontera Norte; Universidad Autónoma de Ciudad Juárez; Universidad Autónoma Metropolitana, 2012.
- Grupo de Memoria Histórica (GMH). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta nacional, 2013.
- Guerra Manzo, Enrique. «Guerra cristera y orden público en Coalcomán, Michoacán (1927- 1932).» Editado por El Colegio de México. *Historia Mexicana* LI, n° 2 (Oct.- Dic. 2001): 325-362.

- Guerra Manzo, Enrique. «La gubernatura de Lazaro Cardenas en Michoacan (1928-1932): una via agrarista moderada.» Editado por Instituto Mora. *Secuencia, Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n° 45 (Sept. - Dic. 1999): 131- 166.
- Guerra Manzo, Enrique. «La violencia en Tierra Caliente, Michoacán, c. 1940-1980.» *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* (Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Xochimilco) 53 (Ene.- Jun. 2017): 59- 75.
- Guevara Bermúdez, José Antonio, y Lucía Guadalupe Chávez Vargas. «La impunidad en el contexto de la desaparición forzada en México.» *Eunomía. Revista en cultura de la legalidad*, n° 14 (Abr.- Sep. 2018): 162- 174.
- Gutiérrez Sanín, Francisco. «¿Ciudadanos en armas?» En *Las violencias: inclusión creciente*, de Jaime Arocha y Fernando y Jimeno, Myriam (Comp.) Cubides, 186-204. Bogotá : Facultad de Ciencias Humanas-CES, 1998.
- Haesbaert, Rogério. *El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI, 2011.
- Harvey, David. *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. Nueva York: Columbia University Press, 2009.
- . *El nuevo imperialismo*. Traducido por Juan Mari Madariaga. Madrid: Akal, 2004.
- Hay, Robert. «A rooted sense of place in cross-cultural perspective.» Editado por Wiley Blackwell. *Canadian Geographer* 42, n° 3 (1998): 22p.
- Heller, Agnes. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península, 1987.
- Huffingtonpost. «México, el país "en paz" con más desaparecidos.» *Huffington Post*, 03 de Ene. de 2018.
- Human Rights Watch- HRW. «Informe Mundial 2017.» *hrw.org*. 2018. <https://www.hrw.org/es/world-report/2017> (último acceso: Jun. de 2018).
- Ibáñez Londoño, Ana María. «¿Qué hacer con el retorno? Los programas de retorno para la población desplazada.» En *Más allá del desplazamiento. Políticas, derechos y superación del Desplazamiento forzado en Colombia*, de César Rodríguez Garavito (Coord.), editado por Embajada de Suecia, Asdi, Acnur Colección estudios Cijus. Universidad de los Andes. Bogotá, 2010.
- Ibáñez Londoño, Ana María. «Determinantes del deseo de retorno de los hogares desplazados.» En *Colombia, Planeación y Desarrollo*, de Departamento Nacional de Planeación (DANE). Bogotá: DANE, 2003.

- Ibarra Arcos, Karen Johanna. *El confinamiento de la población civil, obligaciones y responsabilidades del Estado Colombiano (Tesis)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, 2016.
- Igarapé Institute a think and do tank. *Citizen security in Latin America: Facts and figures*. Editado por Robert Muggah y Aguirre Katherine. Río de Janeiro: igarapé, 2018.
- Infobae. «Cómo llegaron "Los Viagras" a dominar Michoacán: responsabilizaron a Alfredo Castillo.» <https://www.infobae.com/>. 12 de Agosto de 2019. <https://www.infobae.com/america/mexico/2019/08/12/como-llegaron-los-viagras-a-dominar-michoacan-responsabilizaron-a-alfredo-castillo/>.
- Instituto de Estudios Regionales, INER. *Granada. Colección de estudios de localidades*. Medellín: Corporación Autónoma Regional de las cuencas de los ríos Negro y Nare, Cornare, 1990.
- Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas; Instituto Nacional de Transformación Agraria. «Memorias VI Reunión Interamericana de Ejecutivos de Reforma Agraria.» Guatemala, 1976. 220.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática. *Victimización en el Perú 2010- 2013*. Lima, 2014.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía- INEGI. «Banco de indicadores. Tasa de defunciones por homicidio por cada 100 mil habitantes, 2016.» [inegi.org.mx](http://www.beta.inegi.org.mx/app/indicadores/?ind=6200002200#divFV6200002200#D6200002200). 2016. <http://www.beta.inegi.org.mx/app/indicadores/?ind=6200002200#divFV6200002200#D6200002200> (último acceso: Jun. de 2018).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía- INEGI. «Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de la Seguridad Pública- INVIPE.» Ciudad de México, 2017, 52.
- James Cantor, David. «The New Wave: Forced Displacement caused by organized Crime in Central America and Mexico.» *Refugee Survey Quarterly* 33, n° 3 (2014): 34- 68.
- Jaramillo Arbeláez, Ana María. «El oriente antioqueño.» En *Migración forzada de colombianos. Colombia, Ecuador, Canadá: Colombia.*, de Pilar Riaño Alcalá y Marta Inés Villa Martínez, editado por The University of British Columbia, Flacso- Ecuador Corporación Región, 113- 143. Medellín, 2007.
- Jaramillo, Roberto Luis. «La colonización antioqueña.» En *La historia de Antioquia*, de Jorge (Dir.) Orlando Melo. Medellín: Editorial Presencia, 1991.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2002.
- Jelin, Elizabeth, y Victoria Langland. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

- Johnston, Ron. *A question of place: exploring the practice of human geography*. Oxford: Blackwell, 1991.
- «Lugar.» En *Diccionario Akal de Geografía Humana*, de Ron. Johnston, Derek Gregory y David Smith, traducido por Rosa Mecha López, 352- 353. Madrid: Akal Ediciones, 2000.
- Jorgensen, Bradley S., y Richard Stedman. «A comparative analysis of predictors of sense of place dimensions: Attachment to, dependence on, and identification with lakeshore properties.» *Journal of Environmental Management*, n° 79 (2006): 316- 327.
- Kaldor, Mary. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Traducido por María Luisa Rodríguez Tapias. Tusquets, 2001.
- Kauffer Michel, Edith F. «Pensar el extractivismo en relación con el agua en América Latina: hacia la definición de un fenómeno sociopolítico contemporáneo multiforme.» *Sociedad y Ambiente* 6, n° 16 (Mar.- Jun. 2018): 33- 57.
- Kourí, Emilio. «La invención del ejido.» *nexos.com*. 1 de Enero de 2015. <https://www.nexos.com.mx/?p=23778> (último acceso: Sep. de 2018).
- Kuri Pineda, Edith. «La construcción social de la memoria en el espacio: Una aproximación sociológica.» Editado por Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales Universidad Nacional Autónoma de México. *Península XII*, n° 1 (2017): 9- 30.
- La Jornada. «Arrojan 5 cabezas humanas en centro nocturno de Uruapan.» *La Jornada*, 07 de Septiembre de 2006: Estados.
- Lander, Edgardo, ed. *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y ciencias sociales—perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, 2005.
- Latinobarómetro. «Informe 2016.» Corporación Latinobarómetro, Santiago de Chile, 2016, 76.
- Lefebvre, Henri. «La producción del espacio.» *Papers: Revista de Sociología*, n° 3 (1974): 219- 229.
- Lestage, Françoise. «Diseñando nuevas identidades. Las uniones matrimoniales entre los migrantes mixtecos en Tijuana.» En *Fronteras fragmentadas*, de Gail Mummert, 421- 436. Zamora: Colegio de Michoacán, 1999.
- Lewicka, Maria. «Place attachment, place identity, and place memory: Restoring the forgotten city past.» Editado por University of Warsaw Faculty of Psychology. *Journal of Environmental Psychology*, n° 28 (Feb. 2008): 209- 231.
- Linck, Thierry. «Cambio técnico y marco macroeconómico de la “modernización” de la agricultura campesina.» Editado por El Colegio de Michoacán. *Relaciones VII*, n° 25 (1986): 7- 33.

- Lindón, Alicia. «Geografía de la vida cotidiana.» En *Tratado de Geografía Humana*, de Daniel Hiernaux y Alicia (Dir.) Lindón, 356-400. Ciudad de México: Editorial Antrhopos, 2006.
- Lindón, Alicia. «Violencia/miedo, espacialidades y ciudades.» *Casa del Tiempo* (Universidad Autónoma Metropolitana) 1, n° 4 (Feb. 2008): 8- 14.
- Lindón, Alicia, y Daniel (Dir.) Hiernaux. *Los giros de la geografía humana*. Iztapalapa: Anthropol Editorial y Universidad Autónoma Metropolitana,, 2010.
- Llambí Insúa, Luis. «Fundamentos teóricos y normativos del desarrollo rural con enfoque territorial.» Editado por Universidad de Los Andes. *Revista Derecho y Reforma Agraria*, n° 36 (Dic. 2010): 37- 70.
- Llanos Hernández, Luis. «El concepto de territorio y la investigación en las ciencias sociales.» Editado por Universidad Autónoma Chapingo. *Revista Agricultura, Sociedad y Desarrollo* 7, n° 3 (Sep.- Dic. 2010): 207- 220.
- Londoño Vega, Patricia. «La identidad regional de los antioqueños: Un mito que se renueva.» En *Mitos políticos en las sociedades andinas: Orígenes, invenciones, ficciones*, de Germán (Dir.) Carrera Damas. Caracas: Institut français d'études andines, 2006.
- López Levi, L., y Blanca. Ramírez Velázquez. «Pensar el espacio: región, paisaje, territorio y lugar en las ciencias sociales.» En *Explorando territorios. Una visión desde las ciencias sociales*, 21- 48. México: UAM-X, 2012.
- Lussault, Michel. *L'homme spatial: la construction sociale de l'espace humain*. Paris: Seuil, 2007.
- Mabel Barabas, Alicia, y Miguel Alberto Bartolomé. «Antropología y relocalizaciones.» Editado por Unidad Iztapalapa Universidad Autónoma Metropolitana. *Alteridades* 2, n° 4 (s.f.): 5- 15.
- Machado Cartagena, Absalón. *De la estructura agraria al sistema agroindustrial*. Editado por Universidad Nacional de Colombia- Facultad de Derecho Ciencias Políticas y Sociales. Bogotá, 2002.
- Maldonado Aranda, Salvador. «Negociando la violencia, enfrentando el crimen. La construcción del orden bajo el narcotráfico.» En *Violencia en México. Actores, procesos y discursos*, de Nelson (coord.) Arteaga Botello, 189. Madrid: Catarata, 2013.
- Maldonado Aranda, Salvador. «Drogas, violencia y militarización en el México rural. El caso de Michoacán.» Editado por Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales. *Revista Mexicana de Sociología* 74, n° 1 (Ene.- Mar. 2012): 5- 39.

- Maldonado Aranda, Salvador. «Globalización, territorios y drogas ilícitas en los estados-nación. Experiencias latinoamericanas sobre México.» Editado por A.C. El Colegio de México. *Estudios Sociológicos* XXVIII, n° 83 (May.- Ago. 2010): 411- 442.
- Maldonado, Salvador. *Los márgenes del Estado mexicano: territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, 2010.
- Malkin, Victoria. «Narcotráfico, migración y modernidad.» En *La Tierra Caliente de Michoacán*, de José Eduardo (Coord.) Zarate Hernández, editado por AC. El Colegio de Michoacán, 549- 583. Zamora, 2001.
- Marcus, George. «Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal.» *Alteridades* (Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa) 11, n° 22 (Jul.- Dic. 2001): 111- 127.
- Martínez Godoy, Diego. «Territorios campesinos y agroindustria: un análisis de las transformaciones territoriales desde la economía de la proximidad.» *Eutopia, Revista de Desarrollo Económico y Territorial (Flasco, Andes.)*, n° 10 (Dic. 2016): 41- 55.
- Martínez Rodríguez, Marcela. «El proyecto colonizador de México a finales del siglo XIX. Algunas perspectivas comparativas en Latinoamérica.» *Secuencia*, n° 76 (Ene.- Abr. 2010): 101- 132.
- Marulanda García, David (Coord.). *Oriente. Desarrollo regional: una tarea común universidad-región*. Editado por Instituto de Estudios Regionales- INER. Medellín: Universidad de Antioquia, 2000.
- Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la economía política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Massey, Doreen. *For Space*. Londres: Sage, 2006.
- Massey, Doreen. «Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización.» Editado por Societat Catalana de Geografia. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, n° 57 (2004): 77- 84.
- Massey, Doreen. «Making spaces or, geography is political too.» *Soundings* , 1995: 193- 208.
- . *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- Massey, Doreen. «The conceptualization of place.» En *A place in the world?: Places, Cultures and Globalization*, editado por Doreen Massey y Patt. (Ed.) Jess, 45- 85. Oxford: Oxford University, 1995.
- Massey, Doreen, y John (Eds.) Allen. *Geographical matters! A reader*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

- Massey, Doreen, y Pat Jess. *A place in the world?: places, cultures and globalization*. Oxford: Oxford University Press, 1995.
- Mattos, Carlos de Meira. *Geopolítica e modernidade : geopolítica brasileira*. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército, 2002.
- Meertens, Donny. «Desplazamiento e identidad social.» *Revista de Estudios Sociales* (Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales), n° 11 (Feb. 2002): 101- 102.
- Mejía, Juan Luís. «La gesta antioqueña.» *Semana*, Oct. 2007.
- Mendoza, Cristóbal, y Diana Bartolo. «Lugar, sentido de lugar y procesos migratorios. Migración internacional desde la periferia de la Ciudad de México.» *Documents d'Anàlisi Geogràfica* 58, n° 1 (2012): 51-77.
- Mesa, Manuela. «La transnacionalización de la violencia en América Latina.» Editado por Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. *Defensor* 5, n° 2 (2007): 19-13.
- Miralles- Guash, Carme, y Ángel Cebollada. «Movilidad cotidiana y sostenibilidad, una interpretación desde la geografía humana.» *Boletín de la A.G.E.*, n° 50 (2009): 193- 216.
- Mireles Gavito, Sofía. «El Conflicto Cristero (1926-1938).» *La voz del norte, periódico cultural de Sinaloa*. 23 de Dic. de 2012. <http://www.lavozdelnorte.com.mx/2012/12/23/el-conflicto-cristero-1926-1938/> (último acceso: Nov. de 2018).
- Mireles, José Manuel, entrevista de Rompeviento TV. *Michoacán: una lucha a muerte... por la vida*". RompevientoTV. 07 de Noviembre de 2013.
- Molina Fuentes, Mariana Guadalupe. «El conflicto Cristero en México: el otro lado de la Revolución.» Editado por Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, n° 4 (2014): 163-188.
- Montañez, Gustavo, y Ovidio Delgado. «Espacio, Territorio y región, conceptos básicos para un proyecto nacional.» *Cuadernos de geografía VII*, n° 1 y 2 (1998): 120- 134.
- Montes Vega, Octavio Augusto. «Clientelismo y recomposición de oligarquías en Tierra Caliente (México).» *Gazeta de Antropología* 25, n° 1 (Jun. 2009): 12.
- Morales Benítez, Otto. «La colonización antioqueña: Un Aspecto de la revolución económica de 1850.» En *La colonización antioqueña*, de Fiducal (comp.). Manizales: Gobernación de Caldas, Biblioteca de autores caldenses, 1997.
- Morin, Edgar. *La Cabeza Bien Puesta: Repensar la reforma, reformar el pensamiento*. Argentina: Ediciones Nueva Visión, 1999.

- Muggah, Robert. «A tale of two solitudes: Comparing conflict and development-induced internal displacement and involuntary resettlement.» *International Migration* 41, n° 5 (2003): 5-31.
- Naciones Unidas. «Report of the Working Group on Enforced or Involuntary Disappearances.» 6 de Feb. de 2012. <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/G12/103/11/PDF/G1210311.pdf?OpenElement> (último acceso: Jun. de 2018).
- Nexos. «La Operación Cóndor. Recuento mínimo.» 01 de Mayo de 1978. <https://www.nexos.com.mx/?p=3120> (último acceso: Dic. de 2018).
- Nieto López, Jaime Rafael. «Resistencia civil no armada en Medellín. La voy y la fuga de las comunidades urbanas.» *Análisis Político* (Universidad Nacional de Colombia) 22, n° 67 (2009): 38- 59.
- Nogué, Joan. «Espacio, lugar y región, hacia una nueva perspectiva geográfica regional.» *Boletín de la asociación de Geógrafos*, n° 9 (1989): 63-79.
- Norwegian Refugee Council- NRC; Internal Displacement Monitoring Centre- IDMC. «Informe del Observatorio de Desplazamiento Interno del Consejo Noruego para los Refugiados sobre el desplazamiento forzado en México a consecuencia de la violencia de los cárteles de la droga.» 2010, 8.
- Noticias Oriente antioqueño. «Más de nueve mil personas víctimas del conflicto han retornado a Granada. Municipio en emergencia.» *Noticias Oriente antioqueño*, 21 de Feb. de 2013.
- Observatorio Nacional Ciudadano de seguridad, justicia y legalidad. «Incidencia de los delitos de alto impacto en México 2016.» México, 2017, 223.
- Ocampo Prado, Myriam, Philippe Chenut Correa, Mayerlín Férguson López, y Mabel Martínez Carpetá. «Territorialidades en transición: pobladores desplazados por la violencia del conflicto armado colombiano y la resignificación de su territorio.» *Psicología USP* 28, n° 2 (2017): 165- 178.
- Oficina de las Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito- UNODC. *Estudio mundial sobre el homicidio*. Viena: Oficina de las Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito- UNODC, 2013.
- Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. «Kidnapping at the national level, number of police-recorded offences.» Statistics, Viena, 2016.
- Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito- UNODC. *Manual de lucha contra el secuestro*. Nueva York: Naciones Unidas, 2006, 49.

- Olaya Rodríguez, Carlos Hernando. «El exterminio del Movimiento Cívico del Oriente de Antioquia.» Editado por Medellín Universidad de San Buenaventura. *El Ágora USB* 17, n° 1 (Ene.- Jun. 2017): 128- 144.
- Organización de Naciones Unidas- ONU. «Principios Rectores de los desplazamientos.» *Icrc.org*. 1998. <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/misc/5tdmhb.htm> (último acceso: 17 de Septiembre de 2017).
- Orihuela, Mijal. «Territorio. Un vocablo, múltiples significados.» *Area, Agenda de reflexión en arquitectura, diseño y urbanismo* (Universidad Nacional del Comahue), 2019: 1-16.
- Ornelas, Raúl, y Sandy Ramírez. «Los grupos de autodefensa en Michoacán.» *De raíz diversa. Revista especializada en estudios latinoamericanos* 4, n° 7 (Ene.- Jun. 2017): 249- 282.
- Oslender, Ulrich. «Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia".» Editado por Universidad de Barcelona. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* VI, n° 115 (Junio 2002).
- Oslender, Ulrich. «Geografías del terror: Un marco de análisis para el estudio del terror.» Editado por Universidad de Barcelona. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XII, n° 270 (Ago. 2008).
- Osorio Pérez, Flor Edilma, Fabio Lozano, Amanda Orjuela, y Manuel Pérez. «Referencias bibliográficas sobre desplazamiento forzado.» *Cuadernos de Desarrollo Rural*, n° 41 (1998).
- Osorio, Flor Edilma. *Del campo a la ciudad: los desplazados por la violencia política, estudios de caso*. Santafe de Bogotá: Universidad Javeriana, 1993.
- Osorio, Flor Edilma. «Más allá de las migraciones internas. Destierro y despojo en la guerra.» *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 76, n° 35 (Ene.- Jun. 2014): 19- 51.
- . *Territorialidades en suspenso. Desplazamiento forzado, identidades y resistencias*. Editado por Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento -CODHES. Bogotá, 2009.
- Ospina Florido, Byron. «Reconfiguración de prácticas espaciales: análisis socioespacial a los procesos de desplazamiento y retorno campesino.» *Ánfora* (Universidad Autónoma de Manizales) 21, n° 37 (2014): 151-177.
- Peet, Richard. *Modern geographical thought*. Inglaterra: Blackwell, 1998.
- Peniche Moreno, Luis Alberto. «La disputa por el poder en Tierra Caliente: conflicto y violencia en Michoacán.» *3er. Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Posgrado en Ciencias Sociales*. Ciudad de México: Flacso, 2018. 15.

- Peral Fernández, Luís. *Éxodos masivos, supervivencia y mantenimiento de la paz*. Trotta, 2001.
- Pérez Ortiz, Luís Alejandro. *Fausto en el trópico seco. El Distrito de Riego de la Tierra Caliente del Tepalcatepec, 1927- 2011*. Zamora, Michoacán, 2018.
- Pérez Porto, Julián, y María Merino. *Definicion.de*. 2011. <https://definicion.de/territorio/> (último acceso: Noviembre de 2020).
- Pérez Vázquez, Brenda. *Desplazamientos internos generados por la violencia en México, en la Región de la Sierra, Durango, 2006- 2012*. Ciudad de México, 2013.
- Pérez Zapata, Sara Edilia. *Territorio y desarrollo. Análisis de percepción en los municipios de Rionegro y Sonsón- Oriente antioqueño*. Editado por Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, 2010.
- Pérez, Mario. «Paisajes del silencio en estruendor. Voces fragmentadas de los desplazados por la violencia en México.» *El Cotidiano* 183, Ene.- Feb. 2014: 51- 56.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-. *Oriente antioqueño: Análisis de la conflictividad*. Impresol, 2010.
- Pred, Allan. «Place as historically contingent process: structuration and the time geography of becoming places.» *Annals of the Association of American Geographers* 74, nº 2 (1984): 279-297.
- Pred, Allan, y Michel Watts. *Reworking Modernity: capitalism and symbolic discontent*. Nueva Jersey: Rutgers University Press, 1992.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo- PNUD; Red ORMET. *Perfil Productivo Municipio de Granada. Estudio del perfil productivo urbano y rural para el Municipio de Granada*. Bogotá: PNUD, 2015.
- Pureco Ornelas, Alfredo. «Prácticas y estrategias empresariales en el sector arrocero. Los Cussi en Michoacán (México) 1884- 1915.» *Revista América Latina en la Historia Económica- ALHE*, nº 34 (Jul.- Dic. 2010): 67- 89.
- Pureco Ornelas, José Alfredo. «Familias extranjeras propietarias. La historia de la hacienda de Lombardía, Michoacán, siglos XVIII al XX.» Tzintzun.» Editado por Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. *Revista de Estudios Históricos*, nº 65 (Ene.- Jun. 2017).
- Ramírez, Fabián Orlando, y Felipe Osorio Vieira. «Barrancabermeja: Cartografías regionales y locales del conflicto social y político armado.» En *Región, espacio y territorio en Colombia*, de Luis Carlos (Comp.) Jiménez Reyes, editado por Departamento de Geografía de la Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ingeniería, 346. Bogotá, 2006.

- Ramos de Robles, Silvia Lizette, y Yolanda Feria Cuevas. «La noción de sentido de lugar: una aproximación por medio de textos narrativos y fotografías.» Editado por Instituto Politécnico Nacional. *Innovación Educativa* 16, n° 71 (May.- Ago. 2016): 83- 110.
- Real Academia de la Lengua-RAE. <http://dle.rae.es>. 2018. <http://dle.rae.es/?id=UFbxsxz> (último acceso: 30 de May. de 2018).
- Real Academia Española- RAE. *rae.es*. s.f. <https://dle.rae.es/contenido/cita> (último acceso: Noviembre de 2019).
- Reguillo Cruz, Rossana. «Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros.» En *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*, de José Miguel Pereira y Mirla (Eds.) Villadiego, 319. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2006.
- Reina, Elena. «México atraviesa el momento más sangriento de su historia.» *El País*, 22 de Ene. de 2018:.
- Relph, Edward. *Place and Placelessness*. Londres: Pion Limited, 1976.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica, FCE, 2010.
- Rius Facius, Antonio. *Historia de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) en los años de 1925 a 1931 y de su participación en el conflicto cristero*. Editorial Patria, 1966.
- Rivera Velásquez, Jaime. *Crimen organizado y autodefensas en México: el casode Michoacán*. Colombia: Friedrich-Ebert-Stiftung (FES), 2014.
- Rodríguez Garavito, César. *Más allá del desplazamiento. Políticas, derechos y superación del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: Uniandes, 2010.
- Roldán, Gabriel, y John Ramírez. «Los Embalses en Antioquia: Fuentes de Agua Potable y de Agua para Energía.» En *Geografía de Antioquia*, de Michel (coord.) Hermelin, 340 . Medellín: Ediciones EAFIT, 2006.
- Rubio Díaz, Laura. *Desplazamiento interno inducido por la violencia: una experiencia global, una realidad mexicana*. Ciudad de México: ITAM y CMDPDH, 2014.
- Rubio Díaz, Laura, y Brenda Pérez Vázquez. «Desplazados por la violencia. La tragedia invisible.» *Nexos*, 2015: 30- 39.
- Ruiz Ruiz, Nubia Yaneth, Alejandro Gonzalez Pulido, Maria Aysa Lastra, y John Jairo Roldan Henao. *Desplazamiento, movilidad y retorno en Colombia : dinámicas migratorias recientes*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Centro de Investigación en Filosofía y Derecho, 2006.

- Ruíz, Gabriel. «Perder el lugar: Un caso de estudio del desplazamiento.» *ERLACS- European Review of Latin American and Caribbean Studies*, n° 96 (2014): 55- 74.
- Sack, Robert David. «El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios.» *Documents D'analisi geografica*, n° 12 (1988): 223- 241.
- Salas Salazar, Luis Gabriel. «Corredores y territorios geoestratégicos del conflicto armado colombiano: una prioridad por territorializar en la geopolítica de los actores armados.» *Perspectiva Geográfica* (Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia) 15 (2010): 9- 36.
- Salazar Cruz, Luz María, y José María Castro Ibarra. «Tres dimensiones del desplazamiento interno forzado en México.» Editado por Unidad Azcapotzalco Universidad Autónoma Metropolitana. *El Cotidiano*, n° 183 (Ene.- Feb. 2014): 57- 66.
- Sánchez Díaz, Gerardo. «Agua para una tierra sedienta.» En *La Tierra Caliente de Michoacán*, de José Eduardo Zárate Hernández, 203- 231. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, 2011.
- Sanmartín Esplugues, José. «¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia.» *Daimon. Revista de Filosofía* (Universidad de Murcia), n° 42 (2007): 9- 21.
- Santis Arenas, Hernán, y Mónica Gangas. «La aproximación humanística en Geografía.» Editado por Pontificia Universidad Católica de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*, n° 31 (2004): 31- 52.
- Santos, Milton. «O Dinheiro e o Território.» *geographia.uff.br*. 1999. <http://www.geographia.uff.br/index.php/geographia/article/viewFile/2/2> (último acceso: 30 de Jun. de 2017).
- . *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Convenio Andrés Bello, 2004.
- Schedler, Andreas. *En la niebla de la guerra. Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*. Ciudad de México: CIDE- Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2015.
- Schütz, Alfred. «El forastero; ensayo de psicología social.» En *El extranjero, sociología del extraño*, de George Simmel, Alfred Schütz, Norbert Elias y Massimo Cacciari, 27- 42. Madrid: Sequitur, 2012.
- Seamon, David, y Robert (Eds.) Mugerauer. *Dwelling, place and environment: towards a phenomenology of person and world*. Nijhoff, 1985.
- Secretaría de Marina- SEMAR. «Sexto informe de labores.» 2012, 105.

- Secretaría Nacional de Pastoral Social. *Desplazamiento forzado en Antioquia*. Bogotá: Sección de Movilidad, Pastoral Social, 2001.
- Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública- SESNSP. «Cifras de homicidio doloso, secuestro, extorsión y robo de vehículos 1997- 2017.» Secretaría de Gobernación- SEGOV, Ciudad de México, 2017, 199.
- Simmel, George. «El extranjero .» En *El extranjero, sociología del extraño*, de George Simmel, Alfred Schütz, Norbert Elias y Massimo Cacciari, 21- 26. Madrid: Sequitur, 2012.
- Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada- SNAIP, Acción Social. «Política Pública de Retorno para la población en situación de desplazamiento. Lineamientos, Metodología e Instrumentalización de la Política Pública de Retorno para la Población en Situación de Desplazamiento.» *acnur.org*. Oct. de 2009. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2011/7506.pdf> (último acceso: Oct. de 2018).
- Sosa Velásquez, Mario. *¿Cómo entender el territorio?* Guatemala: CaraParens, 2012.
- Souto, Patricia (Coord.). *Territorio, lugar y paisaje. Prácticas y conceptos básicos de geografía*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2011.
- Stanford, Lois. «Campesinos en la Tierra Caliente.» En *La Tierra Caliente de Michoacán*, de José Eduardo Zárate Hernández (Coord.), 293- 319. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2001.
- Stavropoulou, María. «The right not to be displaced.» *The American University Journal of International Law and Policy*, n° 9 (1994): 77- 90.
- Suárez, Harvey Danilo. «Aplazados y desplazados. Violencia, guerra y desplazamiento: el transfondo cultural del destierro y la exclusión.» En *Destierros y Desarraigos. Memorias del II Seminario Internacional Desplazamientos: "implicaciones y retos para la gubernamentalidad, la democracia y los derechos humanos"*, de Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento- CODHES: Organización Internacional para las Migraciones- OIM, 387. Bogotá, 2003.
- Svampa, Maristella. «Pensar el desarrollo desde América Latina.» *Seminario Latinoamericano "Derechos de la Naturaleza y Alternativas al extractivismo"*. Buenos Aires, 2011. 25.
- Torres A., Andrés. «Elpidología: la esperanza como existenciario humano.» *Theologica Xaverinana*, n° 154 (2005): 165- 184.
- Torres Sánchez, María Adelaida. «Análisis de nuevas dinámicas territoriales por proyectos de infraestructura y su influencia en la generación de conflictos socioambientales. Caso de estudio: Hidroituango.» Tesis de maestría para optar al título de magister en medio

- ambiente y desarrollo, Departamento de Geociencias y Medio Ambiente, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 2013, 174.
- Torres Torres, Felipe. «La modernización agrícola en México: Una estocada sobre la economía campesina.» Editado por Universidad Nacional Autónoma de México. *Momento Económico*, n° 55 (1991): 14- 17.
- Tuan, Yi- Fu. «Rootedness versus Sense Of place.» *Landscape* 24 (1980): 3- 8.
- Tuan, Yi Fu. *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Traducido por Flor Durán. Melusina, 2007.
- Tuan, Yi-Fu. «Place: An Experiential Perspective.» *Geographical Review* 65, n° 2 (1975): 151- 165.
- . *Space and Place: The perspective of experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977.
- Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas- UARIV. *cifras.unidadvictimas.gov.co*. 1 de Mar. de 2018. <http://cifras.unidadvictimas.gov.co/Home/Victimizaciones>.
- Uribe, María Teresa (Coord.). *Desplazamiento forzado en Antioquia*. Vol. 0. Bogotá: Secretariado Nacional de Pastoral Social, 2001.
- Uribe, María Teresa. «Notas para la conceptualización del desplazamiento forzado en Colombia.» *Estudios Políticos*, n° 17 (2000): 47- 70.
- Vega, Juan Pablo. «Las 26 hidroeléctricas tienen capacidad para generar 10.959 megavatios.» *La República*, 18 de Agosto de 2017: Infraestructura- Energía.
- Velásquez Ramírez, Adrián. «La producción política del espacio: el problema de la praxis.» Editado por Universidad de Zulia. *Utopía y praxis latinoamericana*, Oct.- Dic. 2013: 63- 74.
- Vélez Pérez, Luís Alejandro. «La violencia en Granada Antioquia 1985- 2011: una valoración histórica al discurso de la prensa escrita.» Tesis de pregrado para optar al título de historia, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, Medellín, 2017, 127.
- Verdad Abierta. «Movimiento Cívico del Oriente Antioqueño: una persecución que será resarcida.» *Verdad Abierta*, 28 de Mayo de 2018.
- Vértiz, Columba. «Tierra de cárteles: Colusión de policías rurales y el narco en Michoacán.» *Proceso.com*, 01 de Jul. de 2015: Reportaje especial.

- Vidal López, Roberto Carlos. *Derecho global y desplazamiento interno: creación, uso y desaparición del desplazamiento forzado por la violencia en el derecho contemporáneo*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2007.
- Vilalta, Carlos J. «Anomia institucional, espacialidad y temporalidad en las muertes asociadas a la lucha contra la delincuencia organizada en México.» *Estudios Mexicanos* 29, n° 1 (2013): 280-319.
- Vitale, Ermanno. *Ius migrandi. Figuras de errantes a este lado de la cosmópolis*. Traducido por Piero Dal Bon y Isabel Fernández Giua. España: Melusina S.L., 2006.
- Vite Pérez, Miguel Ángel. «Territorios ilegales mexicanos y la violencia regional en Michoacán.» *Cultura y Política*, n° 46 (2016): 101- 117.
- Vive y siente el peñol. «Proyecto hidroeléctrico del Río Nare.» 2013. <https://viveysienteelpenol.blogspot.com/2016/06/proyecto-hidroelectrico-del-rio-nare.html> (último acceso: Agosto de 2018).
- Walsh, Catherine. «¿Son posibles unas ciencias sociales/culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales.» *Nómadas* (Universidad Central de Colombia), n° 26 (2007): 102-113.
- Yory García, Carlos Mario. *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana, 2007.
- Zebadúa González, Emilio (Coord.). *Desplazados internos en México*. Editado por Grupo Parlamentario del PRD en la LIX legislatura de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión. Ciudad de México: Offset Universal, S.A., 2004.
- Zemelman, Hugo. *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Anthropos, 1998.
- Zepeda Patterson, Jorge. «Michoacán antes y durante la crisis sobre los michoacanos que no se fueron de braceros.» Editado por El Colegio de Michoacán. *Relaciones* VIII, n° 31 (1987): 5- 24.
- Zuluaga Salazar, Claudia Patricia. *Disputas por el agua para generación de energía en el Municipio de Granada (Antioquia). Colombia*. Tesis de maestría para optar al título de Desarrollo Rural, Facultad de Ciencias Económicas, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre: 2017, s.f., 157.

Anexo 1. Consentimiento informado

COLEGIO DE MICHOACÁN CENTRO DE ESTUDIOS EN GEOGRAFÍA HUMANA MAESTRÍA EN GEOGRAFÍA HUMANA

Investigación: Sentidos de lugar de población en movimiento: ida y vuelta en la (re) construcción de territorialidades. Etnografía multisituada entre Granada (Antioquia-Colombia) y Apatzingán (Michoacán- México), 2000- 2016¹⁴²

CONSENTIMIENTO INFORMADO

En el marco de la maestría en Geografía Humana de El Colegio de Michoacán AC, se está realizando esta investigación que busca acercarse desde las narrativas y las experiencias de la población a las formas en que se (re) construyen sentidos de lugar y procesos de territorialidad en contextos de movilidad forzada a raíz del conflicto armado o violencia generalizada.

En desarrollo de este trabajo se realizan diversas actividades como encuestas, entrevistas, talleres y grupos de discusión, para lo cual nos gustaría contar con sus contribuciones. En caso de que usted decida participar en las actividades tendientes a alcanzar los objetivos propuestos, nos gustaría poder tomar diferentes registros como un soporte para el análisis, no sin antes contar con su consentimiento en asuntos como:

Derechos: La participación en las diferentes actividades es completamente voluntaria. Dado este carácter libre y voluntario, usted puede interrumpir el curso de esta o responder selectivamente las preguntas. A la vez, la información una vez sistematizada será entregada a usted como memoria del proceso.

Confidencialidad: toda la información obtenida en esta actividad tendrá un manejo estrictamente confidencial y anónimo. No serán registrados en ningún documento sus datos

¹⁴² Para la fecha que se realizó el trabajo de campo este era el título orientador de la tesis, sin embargo, en la etapa final del proceso de investigación, el momento de escritura, se llegó a la versión que aquí se presenta.

personales. La información será manejada exclusivamente por la investigadora y utilizada para los fines de esta investigación. No tiene objetivos disciplinarios ni de auditoría. En caso de aceptar que sea grabada le devolveremos las transcripciones (que no llevarán su nombre) para que usted las revise y autorice su uso (completo o parcial).

Compensación: no hay ningún tipo de compensación económica por su participación. Cuando se tengan los resultados finales se le invitará a participar en los espacios de presentación de dichos hallazgos.

Con la información antes mencionada, Yo _____, deseo participar en el proceso de investigación “Sentidos de lugar de población en movimiento: ida y vuelta en la (re) construcción de territorialidades. Etnografía multisituada entre Granada (Antioquia- Colombia) y Apatzingán (Michoacán- México), 2000- 2016.”

El objetivo me ha sido mencionado claramente y he leído la hoja explicativa al respecto:

Sí ____ No ____

Doy autorización para:	Sí	No
------------------------	----	----

Ser entrevistado(a) por la investigadora	☐	☐
--	--------------------------	--------------------------

Que la entrevista sea grabada	☐	☐
-------------------------------	--------------------------	--------------------------

Que la entrevista sea transcrita	☐	☐
----------------------------------	--------------------------	--------------------------

Que partes de la entrevista sean citadas en el informe de manera anónima	☐	☐
--	--------------------------	--------------------------

Que partes de la entrevista sean citadas en el informe con su nombre	☐	☐
--	--------------------------	--------------------------

Cualquier información puede contactar a Laura Cartagena en el correo electrónico, leidyc@colmich.edu.mx

Nombre

Firma

Fecha

Nombre de quien entrevista: _____